ERNESTO TENEMBAUM

MILEI

UNA HISTORIA DEL PRESENTE

Planeta

Milei

UNA HISTORIA
DEL PRESENTE

Ernesto Tenembaum

Índice de contenido

Portadilla

Legales

PRÓLOGO: Una crónica imposible

PRIMERA PARTE. LA FURIA

1 «Quiero que te enojes» (septiembre de 1976)

2 «Toda la Argentina está hablando de vos» (julio de 2016)

3 Palizas (octubre de 1970-julio de 2016)

4Un mundo feliz (abril de 2013)

5 El superhéroe libertario (enero de 2017-diciembre de 2018)

6 «La corrección política métansela en el culo» (diciembre de 2018-marzo de 2019)

7 «Los zurdos son el club de las porongas cortas» (marzo de 2019)

8 En medio de la noche (marzo de 2020-febrero de 2021)

9 La batalla cultural (en algún momento, antes de 2021)

SEGUNDA PARTE. LA REVANCHA

10 Golpe de gracia (agosto de 2021)

11 «Yo soy el que grita» (agosto-diciembre de 2021)

12 «¿Vos decís que estoy loco?» (pequeño apunte personal)

13 Una lucha continua contra el ego, la codicia, la lujuria (mayo de 2022-julio de 2023)

14 «¿Me indultaste?» (22 de junio de 2023) (pequeña anotación personal)

15 Un aluvión incontenible (agosto-octubre de 2023)

16 «Yo estoy en el medio de sus sábanas» (22 de octubre al 19 de noviembre de 2023)

17 Antes de que sea tarde (pequeña anotación personal)
18 «Dios los bendiga» (19 de noviembre de 2023)
19 Garabatos (21 y 22 de noviembre de 2023)
20 El enviado de Dios (27 de noviembre de 2023)
21 «We need to talk, Elon!» (6 de diciembre de 2023)
TERCERA PARTE. LA PROFECÍA MALDITA
22 La trampa argentina (pequeña anotación personal)
23 El rey de la selva (diciembre de 2023-febrero de 2024)
24 Los cuarenta y tres conejos (febrero-marzo de 2024)
25 La tienen adentro (abril-junio de 2024)
EPÍLOGO. Argentina será un paraíso
AGRADECIMIENTOS
LIBROS
VIDEOS

Tenembaum, Ernesto
Milei : una historia del presente / Ernesto Tenembaum. - 1a ed -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2024.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-8835-9
1. Política Argentina. I. Título.
CDD 320.82

© 2024, Ernesto Tenembaum

Todos los derechos reservados

© 2024, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1.ª edición digital: agosto de 2024
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-8835-9

Para Ale

Todos han desaparecido: los hombres con barba, los melodramáticos padres monumentales, los magnánimos liberales quejicas, los oradores grandilocuentes, cultos y floridos, los moderados y su sentido común, a los que siempre debemos nuestras desgracias, los políticos insolventes que viven aterrorizados por el colapso inminente, mendigando cada día una prórroga al acontecimiento inevitable. Para todos ellos, están sonando las campanas. Los hombres viejos se verán arrollados por esta masa enorme…

Antonio Scurati, *M. El hijo del siglo*

PRÓLOGO
Una crónica imposible

Las viejas reglas del periodismo indican que una crónica no debe estar contaminada por la opinión del periodista que la escribe, ni por sus emociones. Es, desde ya, un precepto imposible de cumplir. La mirada del cronista impone siempre su sesgo, desde el momento en que selecciona lo que cuenta y lo que omite, aun cuando los criterios de esa selección solo persigan que el texto sea lo más atractivo posible.

Así y todo, las normas sirven como una orientación. O sea que un cronista debería intentar que su relato sea influido lo menos posible por su perspectiva ideológica, por su formación, por sus propios valores. Un cronista debería limitarse a mirar y contar. Nunca buscar que su texto tenga moraleja. Si no se desprenden de la narración, sobran porque son un injerto, una arbitrariedad. En una historia, lo más trascendente debe ser la propia historia.

Empecé a escribir este libro el 13 de agosto de 2023, unas horas después de que Javier Milei ganara las primarias presidenciales y empezara a proyectarse como el nuevo presidente de la Argentina. Yo estaba estremecido y muy preocupado. Los valores que defendía Milei me generaban un rechazo visceral y pensaba que su triunfo produciría una tragedia de dimensiones desconocidas, aun para la escala argentina.

Unos días antes, había firmado un contrato para escribir sobre otro asunto. Perdí inmediatamente el interés. El fenómeno Milei me atrapó y no me soltó hasta el día de hoy, seis meses después de su llegada a la presidencia de la nación.

Creo que algo similar les ocurrió a muchos argentinos.

De repente, el país entero hablaba, discutía, opinaba, se

posicionaba alrededor de esa figura novedosa, rara, magnética, bizarra, violenta, carismática, disruptiva, agresiva, tumultuosa, egocéntrica, conflictiva, talentosa, audaz, estrafalaria. Nadie resultaba indiferente. Luego, ese torrente de sensaciones se trasladaría hacia otros lugares del mundo, cuando el propio Milei, en ese ascenso sin fin, se transformó en una referencia política internacional.

Hasta el momento en que comencé a trabajar en este libro, lo había visto a Milei, pero no lo había mirado con detenimiento. En los años previos a su irrupción, había otras historias para contar: un gobierno peronista que debía atravesar desafíos casi imposibles, mientras sus principales figuras se desangraban en público; una fuerza de oposición de centro derecha que se preparaba para asumir el poder en breve; una pandemia, que cambió a la especie humana.

En ese contexto, Milei era una curiosidad o, como decían algunos de sus enemigos y él recordaría con rencor para siempre, apenas un fenómeno barrial: un fulano que se ganaba su fama minúscula y aparentemente efímera en base a escandaletes vulgares.

Desde ese 13 de agosto empecé a mirarlo con la atención que merecía. Me encontré con un material riquísimo, que recorre este libro, y que me ayudó a descubrir algo de su vida, sus búsquedas, sus fortalezas y fragilidades, sus heridas abiertas, su desmesura, y a indagar sobre cómo este personaje inesperado sintonizó con las esperanzas y frustraciones de un sector mayoritario de la sociedad argentina. También me crucé con las ideas que lo rodeaban y nutrían, y que eran —en lo económico, en lo social, en lo político, en lo filosófico— mucho más extremas de lo que había esperado.

Durante su vertiginoso ascenso, Milei había protagonizado cientos de horas de televisión. Allí anidaban confesiones públicas sobre conductas íntimas, relatos de hechos traumáticos de su infancia, la narración descarnada de una complicadísima historia familiar, discusiones sobre política y economía, trifulcas violentísimas, mascotas que se harían famosas, frustraciones evidentes, misticismo, religiosidad y una receta sencilla —y por lo

tanto, sospechosa— sobre cómo transformar la Argentina. Rastros de Milei, de su personalidad compleja, podían encontrarse también en sus siete libros, en los fragmentos allí plagiados, en los textos de los autores que recomendó hasta el cansancio y en el elenco que lo rodeaba, cuyas características eran, por momentos, circenses.

En un trabajo habitual, el desafío hubiera consistido en conseguir que apareciera progresivamente el personaje, en toda su densidad y riqueza, a partir de una narración cronológica de los hechos y de su contexto.

Eso solo sería suficiente.

Pero en este caso ese objetivo conviviría con una dificultad extra: la tensión y la angustia que me generaba la historia que quería contar.

Conozco a Milei, lo entrevisté varias veces, nos hemos peleado en privado, luego reconciliado, pero en todo momento se trató de una relación asimétrica. Salvo en una ocasión, recibí de él un trato respetuoso y hasta afectivo. Entre los libros que escribió, *El camino del libertario*, su desproliija autobiografía, menciona a varios periodistas por los que sentía «aprecio y respeto». Mi nombre figura en último lugar y me describe así: «No hay nota en la que no vaya al hueso, desde una perspectiva ideológica opuesta a la mía, pero siempre con respeto». Descubrí esa frase de casualidad, meses después de su publicación.

Yo nunca hubiera escrito que siento por él «aprecio y respeto». En principio, para mí, era un objeto de estudio profesional. A medida que el fenómeno político que encarnaba crecía, me interesaba estar cerca, entrevistarlo, entender al personaje. Por fuera de eso, sentía un fuerte rechazo a las ideas que defendía. Esa aversión se trasladaba, por momentos, a la dimensión personal.

Ese 13 de agosto pasó algo más. Su triunfo me sacudió. No podía entender lo que había pasado, por qué la sociedad argentina había votado a alguien en las antípodas de lo que yo pensaba. Milei había anulado, como en una ráfaga violenta, muchos de los parámetros que me orientaban —a mí y creo que a muchos argentinos— en la vida. El personaje estaba en el centro de un proceso que me

perturbaba, me corría de eje, me desvelaba. Milei me interpeló como nunca me había sucedido con ningún otro político de primera línea.

Durante los últimos veinte años, he participado de intensos debates acerca de las características que definían al kirchnerismo, al macrismo, al peronismo y al antiperonismo, sus vicios y virtudes, las razones de sus fracasos. Milei llegaba para decir que esas discusiones eran irrelevantes, porque todos los que participábamos de ellas —macristas o kirchneristas, críticos de uno, de ambos o de ninguno— pertenecíamos a un mundo en decadencia y eso igualaba, en su intrascendencia, a cualquiera que lo hubiera habitado.

Los periodistas tenemos una herramienta para tratar de exorcizar estos fenómenos intensos, novedosos y disruptivos: contarlos.

De eso trabajamos.

Pero, ¿cómo contar un proceso que al narrador le genera perplejidad, angustia, enojo? ¿Cómo prescindir de esa intensidad, de ese sesgo? ¿Cómo evitar que contamine todo?

Se puede, al menos, intentarlo. Es lo que hice —creo— durante el año largo de trabajo que me demandó esta crónica: limpiar opiniones, descartar adjetivos, limitar la narración a todo lo que es público y probado, sin prejuzgar, sin inclinar la cancha, sin subestimar lo que no entendía. Porque es desleal contar una historia para que el lector llegue a una conclusión predeterminada. Los hechos están antes que las opiniones de quien, primero, los recolecta y, después, los relata. Y mucho antes que cualquier objetivo político.

Descuento, de cualquier modo, que esa tensión ha dejado alguna marca en las páginas que siguen. Tal vez el esfuerzo por neutralizar mi rechazo tiñó el texto de un dejo de complacencia que Milei no merecía, o de una animosidad que no correspondía. O de ambas cosas en distintos momentos.

El lector merece estar advertido.

Ojalá que, pese a tantas incomodidades, haya surgido un relato

interesante, honesto y leal.

Porque contar, tal vez, ayude a entender.

Junio de 2024

PRIMERA PARTE

LA FURIA

1
«Quiero que te enojes»
(septiembre de 1976)

Durante más de una década, Howard Beale fue uno de los presentadores de noticias más populares de los Estados Unidos. Hasta 1969, cuando su estrella comenzó a declinar, era conocido como «El señor de las Noticias». Por entonces, murió su esposa. Quedó viudo y sin hijos. Sus *ratings* empezaron a decaer. Se volvió un hombre hosco, ermitaño, y se deslizó progresivamente hacia el alcoholismo. El 22 de septiembre de 1975 le anunciaron que le quedaban solo dos semanas al aire. Esa noche fue a beber hasta emborracharse con su buen amigo y compañero de toda la vida, Max Schumacher, director de Noticias del canal, y quien le había transmitido que quedaría fuera de la programación. La vida de Beale daría un vuelco inesperado.

En el programa siguiente, antes de ir a un corte, Howard dijo como si tal cosa:

—Quería anunciarles que en dos semanas me retiraré debido a los bajos *ratings*. Este programa es lo único que me mantiene en esta vida, así que he decidido suicidarme en vivo. Voy a volarme la tapa de los sesos el próximo martes a esta hora.

Rápidamente, sus palabras resonaron en otros medios. El señor de las Noticias se volaría la tapa de los sesos al aire. Las autoridades del canal estaban furiosas. Beale les rogó que le concedieran unos minutos finales para despedirse, después de tantos años. Se lo concedieron a cambio de que se limitara a una despedida formal, sin ningún agregado.

Él aceptó las condiciones, pero incumplió lo pactado.

«Buenas noches. Ayer anuncié que me iba a suicidar en público. Fue un acto de locura. Les diré lo que me pasó. Me cansé de las mentiras. Con las mentiras nos ayudamos a sobrevivir. Si no podemos pensar en las propias, siempre tenemos las mentiras de Dios. Dolor, humillación y ruina. Mejor que haya alguien en alguna parte que lo sepa. La vida es una porquería. Si hay alguien que puede mirar alrededor del loco mundo en que vivimos y decirme que el hombre es una noble criatura, créanme, está diciendo mentiras. Estuve casado treinta y tres años. Fue todo un fraude, una mentira. Así que no me queda ninguna mentira. Se me terminaron».

Las autoridades lo despidieron inmediatamente. En la volteada también cayó su buen amigo Schumacher, quien había impedido que sacaran a Beale del aire, abruptamente, en medio de su catarsis.

Y entonces llegaron las mediciones de audiencia.

La persona que más insistió en que Beale volviera al aire fue una eléctrica y bella ejecutiva llamada Diana Christiansen. Sus argumentos se conocieron mucho después:

«Habíamos encontrado una mina de oro. Habíamos tenido una cobertura en la prensa que no hubiéramos pagado ni con un millón de dólares. El programa sumó entre 20 y 30 millones de televidentes en una sola noche. Beale estaba diciendo lo que sentía cada norteamericano. Estábamos cansados de las mentiras. ¡Él articulaba la rabia de todos!».

Los ejecutivos del más alto nivel sostenían que era una irresponsabilidad poner a «un loquito» en la televisión nacional.

Ella respondía:

«Veo a Howard Beale como una figura mesiánica vituperando contra la hipocresía de estos tiempos. Un predicador al desnudo que tendrá un éxito fenomenal. Estoy hablando de 130 000 dólares por minuto».

Triunfó la posición de Laura.

Había nacido una estrella.

Beale se transformó de verdad en un profeta. El *rating* crecía y crecía. Lo trasladaron a un estudio enorme. Habilitaron espacio para que el público se sentara en las gradas. Era imparable.

Mientras esto ocurría, Howard se ponía cada vez más raro. Fuera de las cámaras también hablaba como un profeta, como quien tenía una misión. Después se supo que, por la noche, oía voces. Max, su buen amigo, intentó detenerlo. Temía que Howard fuera camino a la locura, que el juego de la televisión terminara por destruirlo.

El programa más recordado de Beale se emitió dos meses después del anuncio de aquel despido. Fue espectacular. Howard hizo un monólogo que sería recordado durante mucho tiempo. Fue la expresión más genuina de la bronca que recorría a la sociedad norteamericana en esos tiempos.

Así arrancó:

«No hace falta que te diga que las cosas están mal. Todos saben que las cosas están mal. Es una depresión. Todo el mundo está sin trabajo o tiene miedo de perderlo. El dólar compra una moneda de cinco centavos, los bancos quiebran, los comerciantes guardan un arma bajo el mostrador. Sabemos que el aire no es apto para respirar y nuestra comida no es apta para comer, y nos sentamos a mirar la televisión mientras un presentador de noticias local nos dice que hoy hemos tenido quince homicidios y sesenta y tres crímenes violentos, como si así debiera ser…».

Las imágenes de ese momento mostraban a Beale casi fuera de sí. Estaba despeinado, atribulado, mal vestido, ojeroso, evidentemente mal dormido.

En el medio de su discurso, se puso de pie y empezó a gritar.

«Sabemos que las cosas están mal, peor que mal. Es como si todo en todas partes se estuviera volviendo loco. Nos sentamos en la casa y poco a poco el mundo en el que vivimos se hace más pequeño y todo lo que decimos es: “Por favor, al menos déjennos en paz en nuestras salas de estar”. Déjame tener mi tostadora, mi televisor y no diré nada. Bueno, yo no te dejaré en paz. ¡Quiero que te enojes! No quiero que te rebeles, no quiero que le escribas a tu congresista porque no sabría qué decirte que escribas. No sé qué hacer con la depresión, la inflación, los rusos y la delincuencia callejera. Lo único que sé es que primero tienes que enojarte».

Y entonces, se produjo ese momento mágico.

«Tienes que decir —gritaba el presentador—: "¡Soy un ser humano, maldita sea! ¡Mi vida tiene valor!". Entonces, quiero que todos ustedes se levanten de sus sillas. Quiero que te levantes ahora mismo y vayas a la ventana. Abrila, asomá la cabeza y gritá: "¡Estoy muy enojado y no voy a soportar esto!"».

Max veía la escena con enorme tristeza, desde su living, acompañado por su familia. En un momento, su hija se levantó del sillón.

Beale seguía:

«Las cosas tienen que cambiar. Pero ¡primero tienes que enojarte!… Tienes que decir: "¡Estoy muy enojado y no voy a soportar esto!". Luego descubriremos qué hacer con la depresión, la inflación y la crisis del petróleo. Pero primero levántense de sus sillas, abran la ventana, saquen la cabeza, griten y digan: "¡ESTOY ENOJADO Y NO VOY A SOPORTAR MÁS ESTO!"».

Cuando la joven abrió la ventana, él pudo escuchar los gritos de decenas de vecinos:

«¡Estoy muy enojado! ¡No voy a soportar esto!».

Cada vez eran más.

«¡Estoy muy enojada! ¡No vvvoy a ssssssoportar esssto!».

Y más. Y más. Y más.

A los cinco minutos, su propia hija gritaba a voz en cuello:

«¡Estoy muy enojada! ¡No voy a soportar esto!».

La historia que antecede no ocurrió en la realidad. Es la trama de *Network*, una maravillosa película estrenada en 1976, que ganó varios premios Oscar. El actor que interpretaba a Howard Beale era Peter Finch. La coprotagonista, esa ambiciosa ejecutiva dispuesta a hacer cualquier cosa por el *rating*, era Faye Dunaway. El monólogo del protagonista es recordado por los cinéfilos como el «*Mad as hell monologue*», algo así como el «monólogo del desquiciado».

Casi cincuenta años después del estreno de esa película, una historia similar se desarrolló en la Argentina. Su protagonista —el «articulador de la rabia de todos»— arrancó, como Howard Beale, en un set de televisión. De ahí saltó a la política y, en apenas siete años, asumiría la presidencia del país y se transformaría en una

especie de celebridad mundial. Si se prorratearan los logros que obtuvo por el tiempo invertido, tal vez se trate de una de las carreras políticas más exitosas en la historia de la humanidad.

2
«Toda la Argentina está hablando de vos»
(julio de 2016)

Hasta el 27 de julio de 2016, Javier Milei era un profesor de Economía solitario, un poco estrafalario y conocido solo en muy pequeños círculos. Ese día su vida estaba a punto de dar un viraje excepcional. Ocurrió, exactamente, a las 0.35 de la madrugada.

Alejandro Fantino cerraba un programa más de *Animales sueltos*, un show televisivo con un formato bastante tradicional: un conductor rápido, versátil y carismático, cuatro o cinco periodistas que lo apoyaban con información y análisis, algún invitado.

Unos días antes, Fantino había conocido a Milei en una parrilla porteña.

—Te presento a Javier Milei, es un gran economista que trabaja conmigo en Corporación América —le dijo Guillermo Nielsen, también economista, que había trabajado para distintos gobiernos.

—Un honor, Alejandro. Te veo todas las noches —avanzó Milei.

—Hola, maestro, mucho gusto.

Nielsen, entonces, dijo:

—¡No sabés lo que sabe este tipo! ¡Es una bestia!

—¿En serio?

Milei interrumpió el diálogo en un tono inusualmente alto:

—¡Odio a Keynes!

Fantino rio.

—Yo soy un poco keynesiano —le aclaró.

—No me podés decir eso.

Milei le dio su tarjeta. Antes de despedirse, Nielsen atacó:

—Invitalo, boludo, te juro que este pibe la rompe.

Si Fantino se hubiera negado, la historia argentina tal vez habría sido distinta. Quién sabe. Pero el conductor decidió darle esa chance. «Le dije a la producción que lo invitaran si alguna vez faltaba uno o había una silla vacía».

Así fue como el 27 de julio de 2016 el tal Milei, vestido con un traje oscuro, corbata al tono, y tan despeinado como puede estarlo una persona, aterrizó en *Animales sueltos*. Le llevó de regalo a Fantino tres libros de su autoría.

Como casi siempre, eran tiempos difíciles en la Argentina. El presidente era Mauricio Macri, quien había triunfado en noviembre de 2015 por una diferencia ínfima en el balotaje contra el peronismo. Su asunción representó un momento bisagra porque, después de doce años en los que habían gobernado Néstor y Cristina Kirchner, el peronismo se retiraba al llano, derrotado por una mínima diferencia.

La esperanza que Macri había despertado convivía con los duros efectos de sus primeras medidas económicas, que se reflejaban en una caída de la actividad y en la aceleración del proceso inflacionario. El gobierno explicaba que se trataba del dolor necesario para estabilizar la economía y pasar de un ciclo de estancamiento a otro de crecimiento sostenido en el tiempo.

¿Era así?

Esa pregunta clave y angustiosa generaba mucho interés en escuchar a especialistas en Economía. Nunca sobraba un economista en las mesas de debate de los programas políticos.

Fantino introdujo a Milei como quien presenta a un desconocido. Pero de inmediato lo provocó:

—Me empecé a analizar —dijo el conductor—. Uno me dice: «Hacé gestáltica». Otro me dice: «Psicoanalizate». Otro me dijo que fuera al psiquiatra. Yo, en los últimos tiempos, entrevisté a los que han manejado la economía argentina. Vino Kicillof y me regaló este libro. Le pido al director que lo enfoque a Milei. Miren su cara.

La cámara tomó un primer plano del economista.

—Vean su reacción —dijo Fantino y luego levantó el libro con

su mano derecha y mostró la tapa—. Kicillof vino y me regaló este libro: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, de Keynes.

Milei empezó a resoplar.

—Miren ese rostro —insistió el conductor.

—¿Hacía falta que lo mezclaras con mis libros? —refunfuñó Milei.

—¿A Keynes?

—¡¡A esa basura de libro!!

—Este es un libro tradicional…

—¡¡A ese libro yo lo llamo *basura general*!!

—Pero, ¿vos lo leíste?

—Lo estudié cinco veces. La gran mayoría de los economistas argentinos no lo leyeron ni una vez. Es un panfleto dedicado a la corporación política. Keynes era parte de la corporación política. Escribió un libro para beneplácito de los políticos mesiánicos y corruptos. Te lo voy a demostrar con un ejemplo fácil, más allá de que en ese libro le canta una oda a Hitler. Suponete que un político tiene que arreglar un problema. Entonces, llama a dos economistas, uno keynesiano y otro libertario. Los dos le dan un diagnóstico. El keynesiano le dice: usted es la continuidad del brazo de Dios, usted tiene en sus manos, con el gasto público, el milagro de la multiplicación de los panes. El libertario le dice: el problema sos vos, tomátelas. ¿A quién creés que va a contratar el político? ¿Por qué creés que hay tanta horda keynesiana dentro del gobierno?

Esa primera escena permite empezar a conocer al protagonista de esta historia. Lo primero que se puede decir es que el economista solitario y —hasta ahí— irrelevante odiaba a Keynes, como él mismo le había dicho a Fantino. Pero no lo odiaba moderadamente, si tal cosa fuera posible. Lo odiaba con mucha intensidad. Era odio real y llegaba a producir episodios realmente curiosos. Una vecina de Milei contó, por ejemplo, que cierto día se lo cruzó en un ascensor y le preguntó de qué trabajaba. Milei le contó que era profesor de Economía. «Ah, entonces debe enseñar a Keynes», tuvo la mala idea de responder. «Me gritó “comunista de mierda”. No llegaba más al piso para bajarnos. Y seguía: “Vos sos una hija de

puta, estás arruinando el país”».

John Maynard Keynes, el destinatario de los insultos de Milei, ha sido uno de los hombres más influyentes del siglo XX. Su apellido sintetiza una corriente de pensamiento económico que, en lo esencial, sostiene que, ante una crisis social, el Estado está obligado a intervenir mediante el estímulo de la demanda. Parece una idea sencilla y difícil de rebatir: ningún gobernante debería permanecer pasivo ante una crisis que genere millones de desocupados. Pero cuando Keynes empezó a intervenir en el debate sobre el tema, a mediados de la década de 1920, esa perspectiva desafiaba a toda la tradición del pensamiento económico.

A lo largo de los años, sus ideas se transformaron en dominantes. Esa hegemonía duraría casi medio siglo, hasta que en los años setenta se produjo un resurgimiento de la corriente antagónica, según la cual las intervenciones del Estado —en general — generaban inflación, inestabilidad y, por lo tanto, pobreza o estancamiento.

Esa batalla ideológica entre keynesianos y antikeynesianos, entre intervencionistas y economistas clásicos, ortodoxos y liberales, atravesó el centro del debate económico en el siglo XX y llega hasta la actualidad. A lo largo de las décadas, miles de profesionales serios y prestigiosos trabajaron, investigaron, experimentaron en base a uno u otro punto de vista. Conceptos como patrón oro, ahorro, inversión, tasa de interés, falla de mercado, oferta monetaria, gasto público, generaron extensos debates muy relevantes para los economistas, aunque a veces indescifrables para quienes no pertenecieran a ese círculo de iniciados.

¿Era factible mejorar las condiciones de vida de la sociedad mediante la intervención del Estado o esa idea representaba un error porque toda intervención interrumpe un proceso virtuoso y, por mejores intenciones que la guíen, tarde o temprano produce más pobreza e inestabilidad? Esa confrontación estaba atravesada por miradas filosóficas profundas y divergentes acerca de cómo la humanidad había llegado a ser lo que era. El austríaco Friedrich von Hayek, el principal adversario de Keynes, sostenía que los

mejores resultados de la civilización eran consecuencia de infinitos intercambios libres que, a través de las décadas, habían logrado producir más y más riqueza: si eso era interrumpido o intervenido de alguna manera, el resultado sería el contrario al buscado. O, peor aun, una intervención produciría problemas que requerirían otra intervención, y así sucesivamente hasta que surgiría un Estado totalitario.

Entre tantos conceptos extraños e inasibles, hay una idea que permite entender algo de la naturaleza de la discusión y sus consecuencias prácticas. Se trata de «el multiplicador» o «el multiplicador de Keynes». Antes de la irrupción de este personaje, los gobernantes eran reacios a impulsar la obra pública porque sostenían que generaba déficit fiscal, y eso obligaba a aumentar los impuestos o la deuda del Estado, con lo cual finalmente produciría más problemas que los que intentaba resolver. La inversión pública era, hasta entonces, sinónimo de irresponsabilidad.

En 1933, junto con un discípulo llamado Richard Kahn, Keynes publicó un texto donde sostuvo que, en condiciones de recesión y alto desempleo, la inversión pública mejoraba la situación fiscal porque impulsaba la actividad y, por lo tanto, la recaudación. Cada libra invertida por el Estado se multiplicaba porque el trabajador que recibía un sueldo lo gastaba en un producto que permitía aumentar la inversión privada, hasta que la economía arrancaba fuerte y producía más empleo y más riqueza.

Así lo explicaba el propio Keynes: «Es un completo error creer que hay que elegir entre los esquemas para aumentar el empleo y los esquemas para equilibrar el presupuesto —que hay que ir muy despacio y con mucho cuidado con el primero por miedo a perjudicar al último—. Todo lo contrario. El presupuesto solo se podrá equilibrar si aumenta la renta nacional, que viene a ser lo mismo que aumentar el empleo».

«Los salarios adicionales y otras rentas pagadas se gastarán en compras adicionales, que a su vez provocarán un aumento del empleo. Si los recursos del país ya estuvieran totalmente empleados, estas compras adicionales se reflejarían principalmente en un

aumento de los precios y de las importaciones. Pero en las circunstancias actuales esto solo ocurriría para una pequeña porción del consumo adicional, ya que la mayor parte de él se conseguiría sin demasiados cambios en los precios, mediante recursos que en este momento estuvieran desempleados».

«El hecho de que muchos trabajadores que ahora están desempleados reciban un sueldo en lugar de un subsidio de desempleo supondrá un estímulo general para el comercio. Además, la actividad comercial irá retroalimentándose; ya que las fuerzas de la prosperidad, igual que las de la depresión comercial, tienen un efecto acumulativo».

Hayek, el antagonista de Keynes, ganaría el premio Nobel de Economía en 1973. Las batallas teóricas entre ambos fueron y siguen siendo un clásico de la historia del pensamiento económico. Eran polémicas apasionadas que incluían una alta dosis de agresividad personal.

Pero nunca perdieron el respeto recíproco. A tal punto que en 1945 Keynes propuso que Hayek ocupara un lugar en la Academia Británica. Un año después, el 21 de abril de 1946, Keynes murió. Hayek le escribió a su viuda que su adversario había sido «el único gran hombre que he llegado a conocer por el que siento una admiración sin límites».

Ochenta años después de la muerte de Keynes, un economista solitario, despeinado y poco relevante tomaba en Buenos Aires la posta de Von Hayek, a los gritos, sin ninguna preocupación por ser respetuoso, en un canal de televisión.

Luego de esa intervención en la que Milei calificó de «basura» al libro más importante de Keynes, Ismael Bermúdez, uno de los más prestigiosos periodistas de economía de la Argentina, le reprochó que fuera tan ofensivo.

—Uno puede no estar de acuerdo. Pero se trata de un libro importante. No es necesario calificarlo como una basura.

—¡¡Ese libro es una basura!! —subió el tono el profesor Milei.

—No. No lo podés definir de esa manera.

Milei enfureció.

—¿Querés que lo discutamos? Te lo discuto capítulo por capítulo. Y te demuestro que es una basura. Es un montón de inconsistencias. ¿Sabías que Keynes tomó solo un curso de economía y escribió eso basado en Marshall, y está todo mal?

Era un debate exótico. Cuando Milei hablaba de Marshall, se refería a Alfred Marshall, uno de los profesores de Economía más influyentes de la historia británica. Keynes había sido su alumno y luego su detractor. En el Reino Unido, tal vez alguna gente conozca a Marshall. En la Argentina, prácticamente nadie. ¿Por qué a alguien le interesaría mirar un programa de televisión donde se hablaba sobre Marshall o sobre Keynes? Sin embargo, Fantino permitía que el entredicho continuara.

Rodeado de periodistas experimentados que le preguntaban, y también lo cebaban un poco, el profesor de Economía se iría poniendo aún más enfático.

En esos días, el Gabinete de Mauricio Macri estaba atravesado por serios conflictos entre personalidades muy fuertes que pensaban distinto sobre qué debía hacer el gobierno. Dos de ellas eran el ministro de Economía Alfonso Prat-Gay y el presidente del Banco Central Adolfo Sturzenegger.

Milei respaldó al segundo. «Sturzenegger, por escándalo, le saca cincuenta cuerpos a Prat-Gay. Si le sale bien, puede llegar a ser el mejor presidente del Banco Central de la historia argentina».

Para fundamentar esa posición, dio indicios del encuadre con el que analizaba el funcionamiento de la economía: en el corazón de ese esquema estaría, siempre, la cantidad de dinero en circulación. Milei hacía cálculos: hay tantos pesos, tanta deuda, tantos bienes, tantos dólares, y de allí deducía el futuro, como si esos números conformaran una esfera de cristal. Para explicar su punto de vista recurría a cálculos expresados a toda velocidad. ¡Matemática! Pero nadie cambiaba de canal.

«Sturzenegger recibió lo que es verdaderamente una bomba de tiempo. Cuando se fue el irresponsable de Vanoli [el anterior presidente del Banco Central], la tasa de crecimiento de la cantidad de dinero estaba en el 47%. En los ocho años de gobierno de

Cristina se emitió 520% y la inflación fue 530%. O sea, como verás, hay una relación muy directa entre inflación y emisión monetaria, porque la inflación es siempre y en todo lugar un fenómeno monetario. Entonces, Vanoli emitía al 47%. Pero, con la bomba de los dólares futuros, la tasa de emisión iba a niveles del 80%. Había otro problema más grave, que era el sobrante de dinero. En la Argentina sobraban 200 000 millones de pesos. Eso en la Argentina pasó dos veces: en el ’59 y en el ’75. En ambos casos, la tasa de inflación se sextuplicó. Si no era por Sturzenegger, estaríamos en niveles de inflación del 480%».

Ese día Milei desparramó otras de sus ideas centrales: su aversión por los impuestos y sus enfrentamientos con la corporación política. «Lo que hace que vos inviertas es que crees valor, que puedas ganar plata; o sea que pongas un dólar y saques más que un dólar. La Argentina es una picadora de carne. Vos ponés un dólar y sale cualquier cosa; básicamente, por la presión fiscal, que es agobiante. Tenemos presión fiscal nórdica con servicios africanos y políticos ricos. De cada tres pesos que ganamos, pagamos dos. Es decir, la Argentina creó un nuevo concepto, que es el del esclavo tributario. Nosotros somos esclavos de la corporación política y por eso vos no tenés repunte de inversión. Porque no se puede crear valor en una trituradora de carne donde se la llevan todos los políticos».

Sobre el final, Fantino le agradeció los libros que le había llevado de regalo y dijo:

—Javier Milei, señores.

Hizo una breve pausa.

Eran las 0.35.

Lo miró.

—Te quiero decir que sos *trending topic*. Toda la Argentina está hablando de vos.

La chispa se había encendido.

—Es un error tipo dos —dijo Milei.

—¿Perdón?

—Error tipo uno es cuando uno hace todo bien y le sale mal. Yo

hice todo mal y me salió bien. Soy matemático, economista, tengo todo para ser aburrido… Soy liberal en un país de zurdos… Y mirá lo que pasa.

Tiempo después, Fantino contaría cómo siguió la historia.

«Estábamos en 2 puntos y, cuando vino él, subimos a 5. Lo invitamos al día siguiente. Llegamos a 6. Lo vieron los de *Intratables* [otro programa del mismo canal que tendría a Milei como un invitado recurrente]. Llegaron a 9. No se fue más».

A las 0.35 de ese 27 de julio, una bola de nieve empezó a deslizarse, imperceptiblemente.

3
Palizas
(octubre de 1970-julio de 2016)

¿Quién era ese señor que odiaba a Keynes y desparramaba números como si tal cosa? O mejor dicho, ¿quién había sido él, antes de ese instante en el que un conductor de televisión se dio cuenta de que ese señor medía, que garpaba, que hacía número, que era un negocio ponerlo al aire?

La mayor parte de la vida de Javier Milei se conoce gracias a su generosidad. Él fue quien la contó a lo largo de cientos de horas de televisión.

Nació en una familia de clase media baja que progresó con el tiempo y llegaría a amasar una pequeña fortuna. En una película de propaganda política, dijo que su padre era un ejemplo para él: «Mi papá arrancó trabajando en un colectivo. Trabajaba muchísimo. En base a ese esfuerzo se compró un colectivo cuando nací yo, cuando nació mi hermana se compró otro». Su hermana Karina agregó: «Papá trabajaba más de veinte horas al día. Nos han inculcado el esfuerzo y el trabajo. Si vos trabajabas los días de fiesta, te pagaban toda la recaudación. Mis padres han pasado muchos días de fiesta brindando arriba del colectivo. Y así fue como fueron progresando».

La realidad había sido más tortuosa, como él mismo se había ocupado de describir en otras notas. «De chico, había maltrato físico, y estamos hablando de una persona de 1,90. No eran palizas normales. Después, cuando estudiaba, mi padre siempre fue muy despectivo con mi carrera, siempre me dijo que era una basura, que me iba a morir de hambre y que iba a ser un inútil toda la vida», contó. «Tuve 9,43 de promedio como reacción al ataque de mi

padre para que me fuera mal en la universidad. Ahora, tal vez gracias a eso, ante las dudas y miedos de otros, yo resuelvo como si nada».

Un periodista le sugirió que les enviara a sus padres un mensaje de reconciliación.

—¡Me importa un rábano! —reaccionó.

Y explicó:

—Con mis papás llevamos casi diez años sin hablarnos. Vos no llegás a una decisión así porque sí. Yo considero que debés relacionarte con gente sana. El vínculo sanguíneo es un accidente. En ese sentido, para mí no es tan dramático. A la gente tóxica te la sacás de encima. No tengo ninguna intención de perdonarlos.

Tal vez como consecuencia de eso, Milei ha decidido no tener hijos. «A la luz de la pésima experiencia que tuve como hijo, es probable que no me considere en condiciones de ser un buen padre. Porque, aun cuando vos quieras hacer las cosas bien, también te puede salir mal. No creo que todo lo que me hicieron fue por maldad», le contó a la modelo Nicole Neumann.

—Uno a veces hace lo que puede —acotó ella.

—Si lo ponés en esos términos, e hicieron las cosas que me hicieron, está claro que te puede salir mal.

Tampoco era fácil la relación con su madre: «Me la hacían muy difícil en mi casa. Mi madre me hizo las mil y una. Por ejemplo, llegaba la época de los finales y me dejaba de hablar, me generaba situaciones de mucho estrés para que me fuera mal».

En los vínculos afectivos de Milei hay un solo punto de apoyo: su hermana menor, Karina. Ella lo acompañaba, de muy pequeña, a los partidos de fútbol en los que participaba. Era la mascota de su equipo. Era, también, su cobijo frente a la tensión que se vivía en la familia. En 1982, al desatarse la guerra de Malvinas, Javier recibió una tremenda paliza porque opinó que no estaba de acuerdo con la última aventura de la dictadura militar. El episodio fue tan violento que Karina entró en shock y debió ser internada. Desde el hospital, su madre lo llamó y le advirtió que, si su hermana moría, sería culpa suya. Milei era entonces un pequeño de apenas once años.

Así lo contó en un diálogo con la actriz Claudia Fontán.

—El 2 de abril, cuando la Argentina recupera las Malvinas, nosotros estábamos en la casa de mi padrino. Esa casa tenía un living comedor, después venía la cocina y después el comedor diario. Estaban todos muy exultantes porque habíamos recuperado las Malvinas. Yo dije que era un disparate porque nos iban a hacer de goma. Y bueno, no le gustó y me dio una tremenda paliza.

—¿Y qué actitud tomaba tu madre? O sea, ¿era pasiva ante ese tipo de situaciones?

—Los padres tienen un contrato preexistente a nosotros.

—Pero ver a un hijo ser golpeado no es fácil para ninguna madre. Hay madres que se van con los hijos por esa situación.

—En mi caso, lo que hago es valorar la enseñanza. Era muy difícil. Imaginate que era una persona que medía arriba de un metro noventa, más de cien kilos de peso, con un nene de once años. Es como que hoy me encontrara con un tipo de cuatro metros y cuatrocientos kilos. El tema es que, bueno, una situación como esa me permitió que no le tenga miedo a nada. Cuando te viene una situación muy adversa, una situación de crisis, los cobardes y los ineptos se van. Y se quedan los tipos que las tienen bien puestas.

Esa imagen de un hombre gigantesco golpeando sin piedad a un niño sería recurrente en los relatos de Milei.

El momento más distendido y fresco de Karina en público ocurrió unos meses antes de que su hermano comenzara a ser famoso. Ella concurrió, junto con sus padres y su perro Aron, a un programa de televisión en el que concursaba por un carrito de supermercado repleto de productos. Para ganarlo, tenía que hacer girar una especie de ruleta y, luego, someter al perrito a una prueba no demasiado difícil. Entre una cosa y otra, dialogaba con el conductor del programa.

—¿Y Karina cómo era estudiando?

—Regular, ja, ja.

—Regular, Karina. O sea que no era muy buena estudiando.

—No.

—¿A qué se dedica ahora Karina?

—Soy licenciada en relaciones públicas.

—¿Qué es lo mejor de Karina?

—El carácter.

—¿Qué es lo peor?

—No… no sé.

Esa señora que concursaba en televisión sería, en poco tiempo, una de las personas más poderosas de la Argentina.

Unos meses después de ese programa de *Animales sueltos*, Milei publicó, junto con su único amigo, Diego Giacomini, un libro titulado *Otra vez sopa. Maquinita, infleta y devaluta*. En la dedicatoria se puede leer: «A Conan Milei y Karina Milei, por su apoyo incondicional frente a todo evento». Todos los libros de Milei están dedicados a ella. Conan Milei era, en ese momento, el perro del señor que odiaba a Keynes.

De su familia, Milei también reivindicaba a su abuela: «Si pudiera volver a tener una cena con alguien que no está, sería con mi abuela materna, Elia, y con quien fue su marido. Ella enviudó cuando mi mamá tenía catorce años y fue un ejemplo de vida, una luchadora, una gladiadora. Era hija de italianos y una remadora, porque su hija era chica y tenía que llenar la olla. Si existió alguien carente de maldad, fue ella».

—¿Cómo debutaste sexualmente? —le preguntaron en un programa de televisión.

—Con una profesional, a los trece años, el 5 de noviembre de 1983.

—¿Y fuiste con amigos?

—Solo.

—¿Cómo solo? ¿Con tu papá?

—No, solo. En esa época, tenían un cartel con un número y era imposible no saber que ahí había lo que había. Sentía la necesidad. Fui, vi de lo que se trataba y dije: «Bueno, bárbaro, sigamos».

Milei también contó muchas veces, con orgullo, que fue arquero de fútbol. Tanto tiempo le dedicaba al deporte que su desempeño escolar se derrumbó. Eso generó otra crisis familiar. Hasta que los padres le pidieron consejo a una monja que trabajaba en el

Cardenal Copello, el colegio católico al que asistía. Ella les dijo que no le quitaran el fútbol, pero que lo condicionaran a que mejorara sus calificaciones.

«Yo jugaba de arquero. El arquero tiene una característica distintiva respecto del resto de los jugadores. Se viste distinto, entrena solo. Si un delantero erra un gol, no pasa nada. Pero si el arquero se equivoca, es gol. Vos jugás con la tribuna a tus espaldas. Te tenés que aguantar un montón de cosas».

Milei era bajito en comparación con el resto de los arqueros. «Eso me obligaba a entrenar mucho más, seis horas por día. Cuando estaba en el arco, saltaba y dejaba el travesaño a la altura del pecho. Volaba de un palo al otro sin problemas».

Karina, su hermana, recordó: «Me acuerdo de una final en que estaba todo el público en contra. Ellos eran locales. Teníamos todas las de perder. Y había un montón de gente nuestra que lo alentaba porque estaba jugando muy bien. Toda la hinchada contraria —encima, con el apellido en la espalda— lo puteaba. Pero, ¿qué pasó? Fue uno de los mejores partidos de Javi. Salimos campeones. Tuvimos que salir escoltados porque lo querían matar. Cuanto más lo puteaban, él se hacía más fuerte».

Milei llegó a la tercera división, bastante más lejos que la mayoría de los niños que sueñan con jugar en primera. Pero nunca logró un contrato de jugador profesional. Abandonó el fútbol para dedicarse a la economía.

En distintas notas, Milei explicó que la primera idea de ser economista le apareció en 1982, «cuando fracasó la *tablita* de Martínez de Hoz». «En ese entonces, era por una cuestión materialista. Pensé que iba a necesitar plata para vivir. Y si entendía cómo funcionaba eso, la iba a poder ganar».

Pero la vocación definitiva se le despertó en 1989, con el estallido de la hiperinflación. «Yo estaba acompañando a mi mamá en el año 1989, en el mes de julio, cuando fue la hiperinflación de Alfonsín. Estaba apoyado sobre el changuito y pasaban unas chicas remarcando los precios. Subían los precios y, sin embargo, la cantidad demandada no bajaba, como yo había estudiado, sino que

la gente se abalanzaba sobre los productos. La solución de dignidad hizo que dejara de jugar al fútbol, porque eso me demandaba seis horas por día. Y empecé a estudiar a fondo. A los veinte años escribí mi primer artículo académico, que se llama "La inflación y la distorsión en los mercados"».

¿Ha sido Milei un economista destacado?

Milei se había recibido en la Universidad de Belgrano y luego hizo un posgrado en el Instituto de Desarrollo Económico Social, donde se nucleaba lo más destacado de la heterodoxia keynesiana, todo eso que después odiaría. El periodista Ezequiel Burgo contó en *Clarín* que allí se destacó como un alumno «estrella». Eso hizo que Javier Finkman, titular de la cátedra de Microeconomía en la UBA, lo tuviera como ayudante. Milei dedicó muchos años a ser profesor de Economía. Volvió a ser ayudante en la UBA, en la cátedra de Moneda, Crédito y Bancos, cuyo titular era Diego Giacomini. También enseñó en universidades privadas como El Salvador, Belgrano y la UADE. Muchos alumnos recuerdan sus reacciones violentas ante preguntas incómodas. Giacomini, luego de pelearse con él, contó: «Más allá de todo, a Javier le gustaba enseñar».

Uno de sus empleadores fue Miguel Ángel Broda, titular de la consultora de empresas que durante mucho tiempo fue la más influyente del país. Broda ha dicho que pocas veces tuvo un empleado tan brillante. «Era impresionante. Vos le dabas cinco *papers* para analizar, se los leía en una noche y era capaz de ver cosas que yo no había visto. Pero esa misma capacidad no la tenía para aplicarla a la realidad. Se fue porque tuvo dificultades para integrarse. No hubo ningún problema conmigo, pero sí con gente de mi equipo».

En su libro *El camino del libertario*, Milei sugirió que el conflicto fue con la hija de Broda. Dijo que, a mediados de 2004, Broda le ofreció ser el economista coordinador de su estudio, «tarea compartida con su hija Andrea». Destacó el desafío que significaba para él, «a pesar de que venía de publicar dos artículos muy buenos», acostumbrarse a la tarea de escribir informes con una frecuencia semanal. Milei se dedicó a estudiar en qué condiciones el

gobierno de entonces, que encabezaba Néstor Kirchner, podía perseguir metas de tipo de cambio. Su contribución, dijo Milei, era «importante», pero «el doble comando en el estudio» siempre dejaba esa idea fuera de los informes semanales. Un día, Broda le pidió asesoramiento sobre un tema puntual. «Para que haga cosas como esta es que lo contraté», le dijo. Pero Milei entendió que debía renunciar debido a «la presencia de otras personas en el lugar». «Justo ahora que le estaba tomando la mano al trabajo», respondió Broda. «El tango se baila de a dos y, si la otra parte no quiere bailar, es imposible», se despidió Milei.

Antes de esa experiencia había intentado ingresar, sin éxito, en el Banco Central. No es doctor en Economía ni completó estudios de posgrado en universidades importantes, no fue titular de una cátedra relevante ni publicó *papers* en publicaciones destacadas del mundo.

Al saltar a la fama, tampoco había fundado una empresa, ni conducido los destinos de un banco, y hasta había enfrentado dificultades para sostener su propia economía. En 2004, el diario *Clarín* publicó una nota donde reunía a los economistas más promisorios de su generación. Entre los entrevistados figuraban Axel Kicillof, Miguel Braun, Vladimir Werning, Martín Lousteau, Nicolás Gadano, Luciano Laspina y Ernesto Schargrodsky, que cumplirían funciones académicas o políticas muy destacadas. Milei no figuraba.

«No solo no estaba. No lo conocíamos», contó uno de ellos.

Su intención de demostrar que eso no era así, que se trataba realmente de alguien destacado, registra esfuerzos que quedaron impresos. En el currículum que figura en sus libros, Milei destaca que tiene «más de cincuenta artículos publicados en distintos medios». Eso podría reflejar que es un polemista, un columnista o un difusor de ideas, pero en ningún caso se trata de una expresión de jerarquía teórica o científica.

Pese a ello, llegaría más lejos que los demás.

En 2013, Milei asegura que tuvo una epifanía. Llegó a sus manos un libro que cambiaría su vida, escrito por el economista

estadounidense Murray Rothbard. Y como se trataba de un libertario, se convirtió, él también, en libertario. Por entonces, eso significaba pertenecer a una secta. Casi nadie era libertario, ni en la Argentina ni en el mundo. Milei se sumó al credo de ese grupo de marginales, con la pasión de un recién llegado. De a poco, y «gracias a él», mucha gente en el mundo parece que empezó a llamarse «libertaria».

En el momento en que pisó el set de televisión de *Animales sueltos*, Milei trabajaba para la Corporación América, un conglomerado empresarial conducido por el magnate Eduardo Eurnekian, uno de los hombres más ricos de la Argentina. Eurnekian creció como empresario textil, luego hizo una gran fortuna al invertir tempranamente en una red de televisión por cable, que luego vendió por una cifra sideral. Su salto definitivo se produjo cuando logró la concesión de la administración de Aeropuertos Argentinos, que estaba en manos del Estado. En la plantilla de Corporación América siempre figuraron políticos destacados —un excanciller, una exsenadora que sería secretaria legal de la presidencia, un exsecretario de Finanzas, entre otros—, que pertenecían a distintos partidos políticos. Entre ellos, estaba Milei. Era algo solitario, aunque no completamente. Además de su hermana, contaba con Conan, su perro, al que llamaba «mi hijito de cuatro patas» y al que le dedicaba sus libros.

Días después de salir del estudio Broda, viajó a Córdoba para presentar un artículo publicado en la revista de la Universidad Nacional de Córdoba. En el hotel, almorzó con el dueño de un criadero de mastines ingleses y luego lo visitó en su casa. «Allí conocí al amor de mi vida. Los cachorros eran trece, pero uno vino hacia mí casi de inmediato. Conan ya me había elegido. Se hizo la luz».

La llegada del perro a su vida lo hizo engordar mucho. «Cuando quedé desocupado y tenía la indemnización, saqué la cuenta de cuánto tiempo iba a tardar para volver a conseguir laburo. En ese contexto, las restricciones eran: el paseo de Conan no se toca, la calidad de la comida de Conan no se toca; no se tocaban las cosas

de Conan. Me quedaba dinero para comer una pizza por día. Desayunaba, almorzaba y cenaba con pizza. Por eso llegué a pesar 120 kilos».

Aquel 27 de julio de 2016, cuando estaba a punto de iniciar, sin saberlo aún, su viaje hacia la presidencia, vivía en un departamento no demasiado grande, ubicado en una torre, construida en un típico barrio de clase media porteña. Algunos vecinos de entonces recuerdan su dedicación a Conan. En sus últimos días de vida, el perro casi no podía caminar y Milei lo alzaba para bajarlo en el ascensor. Se trataba de un animal de casi 100 kilos.

Su devoción por Conan influía en sus relaciones de pareja, que habitualmente duraban poco tiempo. «La mayoría de las veces, no pasaron de los dos meses», contó.

La modelo Nicole Neumann le preguntó cómo congeniaba ambas cosas.

—Vos dijiste que, a raíz de que un perro se puso celoso, no entran más mujeres a tu casa.

—Fue algo distinto. Conan, como todos los perros, es curioso. Él mide un metro ochenta y uno en dos patas y pesa 90 kilos. Es un mastín inglés. Había venido una señorita a casa y estábamos en el cuarto. Y Conan daba vueltas por toda la casa, paseaba. Entonces la señorita se sintió incómoda porque venía y miraba. Y me hizo echarlo de la pieza.

—Es que, con un perro de 90 kilos, es como si un tipo te estuviera mirando. Medio intimidante —rio Nicole.

—Entonces tuve que explicarle que tenía que salir del cuarto. Entiende todo. Y le cerré la puerta, porque no me quedaba otra. Tené en cuenta que yo practico sexo tántrico y eso requiere mucho tiempo. Cuando la señorita salió del cuarto, Conan se había hecho pis. Imaginate las dimensiones del tema; con lo cual me tuve que quedar limpiando hasta sacar eso, y a primera hora de la mañana llamar por teléfono para que me saquen la alfombra y me pongan una nueva.

Conan incidía en otras de sus pasiones: la ópera. «Sé que, por ejemplo, detesta las óperas de Bellini y Donizetti. Conan, cuando las

pongo, se va… se va».

—¿Vos preferís a los perros o a las personas? —le preguntaron en una nota.

—A los perros.

Su único amigo, en aquel momento, era Diego Giacomini, un economista que se define como «liberal radical» y que trabajaba como consultor externo de empresas. Giacomini se separó de su mujer en 2005 y fue a vivir a lo de Milei. «Nos divertíamos mucho. Se dio una coincidencia de tres gustos que teníamos en común. Yo soy socio vitalicio de Boca, y teníamos abono durante añares. De manera que, todos los domingos, cada uno iba a su asiento en la platea. Los dos somos, además, fanáticos de los Rolling Stones. Segunda cosa importante. Y la tercera es que los dos amamos, respiramos la economía. Entonces, las charlas eran interminables». De esas conversaciones surgieron cuatro libros que Milei y Giacomini escribieron juntos. Con el tiempo, romperían. Las razones de esa ruptura aportarían otro costado interesante para conocer al profesor. En muchas relaciones de Milei se repetía la misma parábola: una súbita intensidad, que duraba un tiempo, anticipaba una ruptura agresiva y definitiva.

Antes de que el fenómeno popular estallara, o sea, antes del 27 de julio de 2016, Milei ya había intentado penetrar en los medios de comunicación por distintas vías. En ese recorrido, había logrado que lo incorporaran como columnista en dos programas radiales, sin demasiada audiencia, que eran conducidos por liberales. Uno era Carlos Kikuchi, exvocero de Domingo Cavallo, y el otro, Carlos Maslatón, que había sido un influyente líder liberal estudiantil en la década del ochenta. Ambos jugarían roles importantes en algún momento de su ascenso hacia el poder.

Pero el encuentro más trascendente fue con Mauro Viale, un periodista que arrancó como relator de fútbol y luego condujo algunos de los programas de mayor audiencia de la televisión argentina. Viale conocía el oficio televisivo. Tenía una larga trayectoria y era valorado en el medio periodístico como un gran productor. También, recibía críticas por su estilo sensacionalista.

Joni Viale, su hijo, sería uno de los que más entrevistaría y defendería a Milei a medida que se acercaba al poder.

Mauro aconsejó a Milei acerca de cómo debía encarar su carrera en televisión.

«Aún recuerdo como si fuera hoy, un día domingo, que estaba invitado para el programa de Mauro Viale. Llegué muy temprano. De repente, se acerca la silueta de un hombre flaco y alto que me dice: "¿Qué hacés, Milei? Vamos a tomar algo"». Viale le dio un consejo que fue central para todo lo que vino después: «Ahí me dijo: "Mirá, te pasa lo mismo que a Joni cuando arrancó. Esto es un round de box: tenés que meter la idea completa en tres minutos. En el primer minuto, tenés que meter una piña de nocaut". La piña de nocaut es el zócalo. Entonces, si el conductor se interesa en el tema, desarrolla». Tiempo después Milei presumiría: «Yo te meto un zócalo por minuto».

Cuando se encontró con Fantino, Milei tenía cuarenta y cinco años. Nunca se había casado. Estaba filosóficamente en contra del matrimonio, al que calificaba como «una institución horrorosa». Lo explicaba en términos económicos. «Si vos estás en el desierto del Sahara, ¿cuánto pagás por el primer vaso de agua? Lo que te pidan. ¿Cuánto pagás por el segundo? Menos. Una vez que tomaste 50 litros, le tirás el vaso de agua por la cabeza. Eso se llama "utilidad marginal decreciente". Si consumís todos los días el mismo producto, la utilidad cae. A vos te gusta el café con medialunas, porque al agregarle las medialunas se incrementa la valoración que hacés del café. La diversidad incrementa tu utilidad. Entonces, una de las cosas que pasa cuando salís con dos o tres personas es que funciona bárbaro, porque de una persona captás una cosa, de la otra, otra, y así sucesivamente. Ahora, cuando por alguna cuestión te ponés monógamo, la ley de la utilidad marginal decreciente te mata». Y agregaba: «¡No quiero matrimonios! ¡No quiero regulaciones! Entiendo lo de "hasta que la muerte los separe", digamos, hace dos mil años, ¿me entendés? La gente vivía veinticinco años, pero hoy vive ochenta. Es un disparate. Cuando estás de novio, si te mandás una, se cortó, y tenés que ir a remar a

otro lado. En cambio, si estás en un matrimonio, romper el contrato es costoso. Entonces, los hombres engordan, las mujeres se cuidan menos y se produce toda una serie de deterioros. Si las mujeres internalizaran esto, las cosas funcionarían mucho mejor. A mí me han tocado todas celosas. Las mujeres son dirigistas. Aparte, intervienen la red y los teléfonos, todo».

Entre las múltiples confesiones que hizo en televisión, Milei contó que practicaba el sexo tántrico. «Tengo cuarenta y siete años, participé de varios tríos sexuales y en el 90% de las veces fueron dos mujeres conmigo», afirmó. En varios reportajes, abundaría sobre el tema.

«Hay un libro maravilloso que se llama *Las matemáticas de la naturaleza*. Para esto hay una función logística. Las funciones logísticas tienen dos tramos: el tramo exponencial, donde una función crece crecientemente, y después viene lo que se llama la parte logarítmica de la función, cuando la función crece decrecientemente. El truco está en que, cuando estás recorriendo la primera fase de la exponencial, no te aceleres mucho, para que no te vayas, ni vayas tan despacio que el amigo se caiga. Entonces, buscás el punto de inflexión de la función y, a partir de ahí, empezás a acelerar.

»He asistido a varias personas que, digamos, han tenido excelentes resultados. Esto se acompaña con lecturas. Hay un libro muy bueno, que se llama *Tantra*, el culto de lo femenino. Tiene toda una primera parte de historia y otra de ejercitación. Son dos capítulos para hombres y un capítulo para mujeres. Lo interesante es que toda la parte histórica te sirve para reflexionar sobre el criterio filosófico, porque hay mucha gente que va directamente a la parte de la ejercitación. Y lo más importante es el concepto».

«En el sexo tradicional, el hombre, cuando termina lo suyo, se pone muy reactivo. Al no eyacular, en realidad le das contención a tu pareja y entonces el vínculo afectivo y espiritual crece mucho más».

En ese marco, contó que él demoraba mucho en eyacular: «Me dicen “vaca mala”: eyaculo cada tres meses».

También explicó que no le interesaba demasiado la comida. «Es una cuestión meramente fisiológica, una forma de meterle combustible al cuerpo. Si vos me dieras una forma de alimentarme vía pastillas, sin tener que estar comiendo, me mando las pastillas». Con el tiempo, se supo además que tenía una repulsión violenta hacia las papas fritas.

Antes de su lanzamiento, Milei había tenido dos breves experiencias políticas. En 1992, cuando era muy joven, había asesorado en algunos proyectos a Antonio Domingo Bussi, quien por entonces era diputado nacional. Durante la dictadura, Bussi había encabezado la represión en la provincia de Tucumán. En 2015, mucho tiempo después, Milei participó como asesor en la campaña de Daniel Scioli, el candidato kirchnerista. Fue guiado hasta allí por Guillermo Nielsen, su amigo y compañero de Corporación América que meses más tarde le presentaría a Alejandro Fantino.

Milei asegura que aprendió mucho de un capítulo de *Los Simpson*, en el cual a Homero le quedaban solo veinticuatro horas de vida y un médico le recomendaba que enumerara las diez cosas que haría antes de morir. «Yo estaría con mis hijitos, con Conan, Murray, Milton, Robert y Lucas. Estaría con mi hermana, que es un sol de ser humano, y con mi sobrino Aarón, y si tengo un rato más, seguramente leería un poco de economía». Aarón era el perro de Karina.

Aquella noche de 2016, cuando Fantino le dijo «Toda la Argentina está hablando de vos», Milei era un argentino más, con sus heridas tan grandes, con sus frustraciones, con sus pasiones y su lucha por ser alguien, que luego sería bien recompensada. Era un profesor despeinado, solitario. Había sido un niño golpeado, un arquero, un cantante de rock y un economista sin demasiado reconocimiento por parte de sus pares. No se había destacado especialmente en ninguna de esas áreas, aunque algunas personas importantes habían quedado deslumbradas por su peculiar inteligencia. Sus afectos cercanos se limitaban a su hermana y a su perro, y en menor medida, a un amigo economista. Había debutado

con una prostituta. No encontraba placer en la comida aunque sí en el sexo, siempre y cuando se tratara de una variante oriental, el sexo tántrico. No tenía novia ni novio estable, esposo ni esposa, ni hijos. Tampoco los tenía su hermana. Despreciaba la institución matrimonial. Eyaculaba cada tres meses.

Tenía, además, una misión.

4
Un mundo feliz
(abril de 2013)

¿Deben existir las escuelas públicas? ¿Hay que prohibir la pornografía? Un padre, ¿tiene derecho a dejar morir a sus hijos? ¿Debe existir la democracia? ¿Y la ayuda social? ¿Cómo se combate la inflación? ¿Hay que regular a los monopolios? ¿Debe existir un Banco Central?

En abril de 2013, Javier Milei encontraría su verdad. Por entonces, el profesor buscaba respuestas a preguntas que lo angustiaban, acerca de la organización económica de las sociedades capitalistas. En ese recorrido, se encontró con una doctrina filosófica que lo conmovió hasta convertirlo en una especie de creyente. El autor que produjo esa metamorfosis se llamaba Murray Rothbard y era hasta entonces tan desconocido en el mundo como él en la Argentina.

Ese año, el padre de Conan, el exarquero, el adulto que había sido golpeado de niño, no entendía por qué la inmensa mayoría de los economistas, aun los liberales, trataban a los monopolios como si fueran perjudiciales para la economía. «La teoría económica dice que las estructuras de mercado concentradas son malas para el bienestar. Y mirá los datos. Rendimientos crecientes y una caída fenomenal de la pobreza. ¿Dónde está mal eso?», le planteó a su colega Federico Ferrelli Mazza, que trabajaba, como él, en Aeropuertos Argentina 2000.

Muchas razones pueden explicar un cambio abrupto en la vida y en las convicciones de una persona: la muerte de un ser querido, un accidente, una pandemia, una guerra mundial, un desengaño

amoroso, una enfermedad grave. Un libro bien puede estar entre ellas.

Ferrelli le recomendó que leyera un artículo de Rothbard, «Monopolio y competencia», y Milei quedó deslumbrado. De ahí en más, el economista estadounidense se transformaría en su principal inspirador. Milei contaría que, cuando lo leyó, sintió que «durante más de veinte años» había estado «engañando a mis alumnos».

«Monopolio y competencia» es, en realidad, un capítulo de un libro gigantesco titulado *Hombre, economía y Estado*. Allí, Rothbard responde la pregunta de Milei. Tradicionalmente, la mayoría de los economistas ha temido que, al manejar la oferta completa de determinado producto, una empresa podría, gracias a la falta de competencia, imponer precios más altos de los que surgirían de la interacción entre la oferta y la demanda. Para Rothbard, ese temor era infundado. Si un monopolio subiera demasiado los precios, afirmaba, aparecería un competidor que ofrecería el mismo producto más barato. Así, le ganaría parte del mercado y destruiría la posición monopólica.

A estos planteos, reconocía Rothbard, se les oponía habitualmente una nueva objeción. Si el monopolio viera surgir un potencial competidor, podría incluso vender por debajo de sus costos, perdiendo dinero, hasta fundir al nuevo emprendimiento. El economista sostenía que eso sería una gran noticia para los consumidores, que podrían acceder a su producto de preferencia a precios mucho más baratos. Que se fundieran algunos emprendimientos en el camino representaba un costo menor por obtener semejante beneficio social.

Milei utilizaría el siguiente ejemplo para ilustrar el planteo de Rothbard: «Pensemos en diez empresas que venden celulares. De pronto, una de ellas hace un desarrollo que le permite ofrecer el mejor celular al menor precio. ¿Cuál es el resultado? Las restantes nueve empresas quiebran. Ahora hay una sola. Un monopolio. Ese monopolio es un benefactor social. Darme cuenta de esto implicó un shock fenomenal sobre mi forma de pensar».

Rothbard había escrito ese libro por pedido del Fondo Volker, una organización de orígenes socialistas y cristianos que había pegado un giro tras la muerte de su fundador, William Volker, y el encumbramiento de su sobrino, Harold Luhnow. El heredero le pidió a Rothbard que difundiera las ideas contenidas en *La acción humana*, de Ludwig von Mises, una de las estrellas rutilantes de la Escuela Austríaca de economía. Así surgió *Hombre, economía y Estado*, un texto de filosofía y economía con dos tesis centrales: el libre mercado es la mejor forma que tenemos los humanos para administrar nuestros recursos, y toda intervención estatal o política sobre él es inmoral e ineficiente.

Rothbard era, efectivamente, un heredero intelectual de la Escuela Austríaca, una corriente de pensamiento extremadamente liberal. Sus dos máximos referentes, Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek, consideraban que las sociedades humanas evolucionaban a partir de millones de intercambios libres, guiados por las ansias de bienestar de los individuos, y cualquier intervención en esa dinámica sería perjudicial. Hayek escribió *La fatal arrogancia*, que sería central en el discurso de Milei. Una y otra vez, el argentino acusaría a sus oponentes de practicar la «fatal arrogancia», una referencia a ese libro fundamental.

Allí, el pensador austríaco polemizaba con los postulados racionalistas que consideraban a la razón un instrumento tan poderoso que podía ser utilizado para rediseñar las sociedades. Para Hayek, esa idea causaría mucho daño, porque nadie estaba capacitado, por inteligente y bienintencionado que fuera, para reemplazar el mecanismo libre por el cual las sociedades progresan. En ese contexto, Hayek se distanciaba de pensadores de distintas épocas como Platón, Rousseau, Saint Simon o Marx, a los que acusaba de caer en la «fatal arrogancia» de creer que era posible modelar una sociedad de acuerdo con sus ideas.

Esa mirada, naturalmente, se aplicaba a la economía, porque Hayek sostenía que esos miles de millones de intercambios que suceden en un orden espontáneo son los que generan los precios de los productos, por el libre juego de la oferta y la demanda. Querer

influir desde el Estado en ese mecanismo de relojería solo lograría quebrarlo, enloquecerlo y limitar la producción de riqueza, o empeorar la asignación de recursos. La aplicación de esa mirada, naturalmente, apartaba al Estado de la regulación de los precios, ya fuera mediante subsidios, impuestos diferenciales e, incluso, del propio control de esos precios.

Hayek dio un paso más. En otro libro, *Camino de servidumbre*, sostuvo que cualquier intervención generaría fallas que obligarían a nuevas intervenciones, y eso derivaría finalmente en un régimen totalitario. Para Hayek, las ideologías se podían dividir en dos grandes conjuntos. Uno de ellos contenía al individualismo; el otro, al intervencionismo en sus variantes socialista, nazi o fascista. Mientras que el primero confiaba en el libre mercado, la oferta y la demanda, y el sistema de precios como manera de organizar a una sociedad, los colectivismos partían de un objetivo distributivo y se planteaban la necesidad de planificar la economía para llegar a ese punto. Ese objetivo podía ser igualitario (que todos tengan lo mismo), supremacista (que determinado grupo obtenga más que los demás), racial, religioso o aristocrático. Para el economista, todos estos casos eran esencialmente iguales: al determinar quiénes debían recibir qué cosas de la sociedad, los gobiernos debían planificar la producción de forma tal que esos bienes y servicios estuvieran disponibles para las personas que se lo «merecían». Esa ambición terminaría, tarde o temprano, en un sistema totalitario.

Esa idea influiría en Milei. De allí surge el planteo que le permitiría equiparar a la socialdemocracia y al socialcristianismo con el nazismo o el estalinismo: un poco de intervención termina en el peor de los escenarios represivos.

De aquellos pensadores austríacos surgió Rothbard, el preferido de Milei. Descendiente de inmigrantes polacos y rusos de religión judía, Murray creció entre el Bronx y Manhattan, al ritmo de la evolución económica de sus padres. En su juventud vivió rodeado de jóvenes judíos, muchos de ellos socialistas y comunistas. Su padre llegó a ser gerente de una fábrica. Cuando Murray era pequeño, el padre quedó atrapado en su lugar de trabajo mientras

los obreros realizaban una huelga. Ese episodio explicaría, según el pensador libertario, el origen de sus críticas al sindicalismo.

Durante su adolescencia, se sumó al Young Republican Club de Nueva York. En 1945 obtuvo un título de primer grado en matemáticas. Ingresó a la militancia política a los veintidós años, cuando decidió apoyar a Strom Thurmond, un dirigente de Carolina del Sur cuya plataforma se centraba en la defensa de la segregación racial. ¿Cómo podría un libertario apoyar a un candidato racista? Es que, para él, los movimientos racistas del sur representaban una resistencia contra la prepotencia del gobierno central. Además, sostenía que nadie debía estar obligado a ir a la escuela con gente que no era de su agrado. A lo largo de su vida, la defensa de la libertad por parte de Rothbard lo llevó muchas veces a defender a los movimientos racistas del sur estadounidense.

Otros teóricos, que Milei cita con admiración, sostuvieron también la superioridad del hombre blanco heterosexual. Así, por ejemplo, el alemán Hans-Hermann Hoppe, uno de los pensadores libertarios más destacados, escribió: «¿No es la típica familia blanca jerárquica compuesta por padre, madre, sus hijos comunes y futuros herederos, y su conducta burguesa —todo aquello que la izquierda combate— el modelo de organización más exitoso que el mundo alguna vez haya visto, con el mayor grado de acumulación de riqueza y el más alto promedio en el nivel de vida?… Las ideas libertarias, además, fueron desarrolladas y luego elaboradas como un sistema intelectual en el mundo occidental por hombres blancos y en sociedades dominadas por hombres blancos. En las sociedades dominadas por hombres blancos heterosexuales es donde hay más adhesión a los principios libertarios. Los hombres blancos heterosexuales son los que han demostrado el mayor ingenio, industria y destreza económica».

Contrastes similares marcaron la vida de Mises y de Hayek: uno elogió al fascismo por su lucha contra el comunismo y el otro tuvo gestos hacia la dictadura de Augusto Pinochet en Chile.

En los años cuarenta, Rothbard estableció sus primeros contactos con los referentes de la Escuela Austríaca. En 1963, publicó *La gran*

depresión americana, donde discutía la extendida opinión según la cual la crisis de 1930 se había producido porque los Estados no habían intervenido a tiempo ante una depresión. Para Rothbard, el problema había sido exactamente el opuesto: la intervención del Estado. Era otro intento de combatir la hegemonía keynesiana, que había surgido producto de esa crisis.

Hasta el final de su vida, Rothbard enseñó y trató de instalar las ideas libertarias, sin demasiado éxito. A principios de los ochenta publicó *El Manifiesto Libertario*. En las primeras páginas se muestra entusiasmado porque en las elecciones parlamentarias de 1978 los candidatos del Partido Libertario habían conseguido apenas un millón de votos, sobre un total de ochenta millones.

Murray murió en 1995, como un pensador marginal. No podía saber que, mucho tiempo después, un extraño argentino le pondría su nombre a uno de sus perros amados.

El Manifiesto Libertario sintetiza la utopía de Rothbard. Ahí despliega sus ideas sobre los bancos centrales y la inflación, sobre la democracia y la pornografía, sobre la venta de niños y el rol del Estado. Para entender a Milei resulta útil zambullirse unos minutos en esas páginas, como lo hizo él una década antes de llegar al poder.

El libro comienza con una descripción de los abruptos cambios políticos que se produjeron en la segunda mitad del siglo XVIII, en distintos países —particularmente en Francia, el Reino Unido y los Estados Unidos—, tras la implantación de regímenes liberales. Ese momento histórico, o al menos la construcción que realiza Rothbard de ese momento histórico, es clave para el pensamiento libertario, porque allí se produjo algo parecido a la sociedad ideal.

Antes de esas revoluciones, existía «un Estado central absoluto y un rey que gobernaba por derecho divino en la cima de una red antigua y restrictiva de monopolios territoriales feudales, y de controles y restricciones gremiales en las ciudades». La consecuencia de tanta presencia del Estado era «una Europa estancada bajo una paralizante red de controles, impuestos y

monopolios de privilegios para producir y vender, otorgados por los gobiernos centrales (y locales) a sus productores privilegiados».

Los regímenes liberales surgieron de una rebelión contra ese orden asfixiante. Bajaron drásticamente los impuestos, se eliminaron los controles y las regulaciones. «La energía humana, la empresa y los mercados quedaron en libertad para crear y producir intercambios que beneficiarían a todos, y también a la masa de consumidores». Además, «la libertad personal y la libertad civil quedarían garantizadas, contra la depredación y la tiranía del rey y sus elegidos. La religión, que durante siglos fuera motivo de sangrientas guerras, en las cuales las sectas luchaban por el control del Estado, se liberaría de las imposiciones o de la interferencia de este, para que todas las religiones —o los grupos no religiosos— pudieran convivir pacíficamente».

El problema fue que, luego, el Antiguo Régimen se tomó revancha. «Esta vez los beneficiarios resultaron ligeramente alterados: ya no eran tanto la nobleza, los terratenientes feudales, el ejército, la burocracia y los comerciantes privilegiados, sino más bien el ejército, la burocracia, los debilitados terratenientes feudales y, sobre todo, los fabricantes privilegiados».

En todos sus textos, Rothbard adjudica un rol central a los intelectuales, que, financiados por la monarquía o por el Estado, han jugado un rol decisivo en el mantenimiento de los privilegios. «Los Estados siempre se han servido de los intelectuales para embaucar al público. Hasta el advenimiento del Estado moderno, esos intelectuales fueron inevitablemente los clérigos. Era una cómoda alianza entre la Iglesia y el Estado: la Iglesia informaba a sus engañadas huestes que el rey gobernaba por mandato divino y, por lo tanto, había que obedecerlo». Ahora, los intelectuales del poder ya no eran sacerdotes. Allí aparece «la nueva casta de profesores, doctores, historiadores, maestros y economistas tecnócratas, trabajadores sociales, médicos, sociólogos e ingenieros».

Milei traduciría esos párrafos para que fueran entendidos por la sociedad argentina. Los beneficiarios de la «paralizante red de

controles, impuestos y monopolios de privilegios» serían, en la Argentina, los políticos parasitarios e inútiles, los empresaurios, los sindicalistas que «entregan a sus trabajadores» y los periodistas «corruptos y ensobrados», los profesores universitarios, los científicos.

Las ideas contenidas en los textos de Rothbard estaban destinadas a ejercer una enorme influencia en los debates en los que participaría Milei a partir de 2016, especialmente cuando se refería a las causas, y los remedios, de la inflación. En *El Manifiesto Libertario*, por ejemplo, se puede leer:

– «Consideremos qué sucedería si el gobierno dijera a un grupo de personas, por ejemplo, a la familia Jones: "Les damos el poder absoluto e ilimitado para imprimir dólares. Tendrán un poder monopólico absoluto: cualquier otro que se atreva a utilizar ese poder será encarcelado por falsificador y subversivo". Podemos predecir casi con exactitud qué harán los miembros de la familia Jones. Al principio lo utilizarán lenta y cuidadosamente para pagar sus deudas y comprarse algunos objetos que desean. Pero luego, embriagados por la posibilidad de imprimir su propia moneda, comenzarán a utilizar el poder al máximo, para darse lujos y hacer regalos a sus amigos y, por ende, generando inflación y acelerándola».

– «Así como el interés de un falsificador es imprimir tanto dinero como pueda, también el Estado imprime tanto dinero como puede, y de la misma manera empleará el poder de recaudar impuestos: extraerá tanto dinero como le sea posible, sin suscitar demasiadas protestas».

Ciertos párrafos escritos por Rothbard permiten inclusive entender algo de lo que hizo Milei cuando llegó al poder:

– «Si estamos en un período de auge, el gobierno y sus bancos deben detener inmediatamente la expansión monetaria. Eso llevará a su fin al auge inflacionario y dará comienzo a una recesión o una depresión. Pero cuanto más demore este proceso, más duros serán los reajustes

necesarios. El gobierno nunca debe postergar la depresión. Tiene que permitir que empiece a funcionar por sí sola tan pronto como sea posible, para que empiece la verdadera recuperación».
– «Nunca debe intentar sostener situaciones económicas poco sólidas, ni rescatar o prestar dinero a empresas insolventes porque, al hacerlo, todo cuanto logrará será prolongar la agonía y convertir una fase de depresión repentina y rápida en una enfermedad crónica. El gobierno no debe tratar de expandir nuevamente la oferta monetaria para salir de la depresión dado que, aun si esta reexpansión tuviera éxito, solo provocaría mayores problemas y una depresión más duradera y profunda. No debe hacer nada para incentivar el consumo ni incrementar sus gastos».

Rothbard también incluyó en sus textos la idea de terminar con los bancos centrales: «Considerando que el Estado siempre querrá expandir la oferta monetaria e interferir en la economía, la prescripción libertaria destacaría la importancia de que la moneda y el sistema bancario estén totalmente separados del Estado. Esto implicaría, por lo menos, la derogación del Banco Central y el retorno a una moneda mercancía (como el oro o la plata) para que la unidad monetaria vuelva a ser la unidad de peso de un bien producido por el mercado, en lugar del nombre de un papel impreso por el aparato falsificador del Estado».

Sería limitado reducir el aporte de Rothbard solo a su explicación del fenómeno inflacionario. Él imaginó un programa radical para volver a las fuentes del liberalismo. Pero no lo hizo solo porque ese sistema sería mucho más eficiente en la generación de riqueza y bienestar, sino, antes que nada, por una razón moral: era el elemento clave, la piedra basal de su castillo intelectual.

La razón moral era la defensa de la libertad.

O, al menos, lo que él entendía como libertad.

Esa libertad se resumía en el derecho inalienable de cada persona a disponer de su cuerpo y de su propiedad. Respecto de lo

primero: nadie debería tener el derecho a someter o lastimar el cuerpo de una persona, ni a imponerle que hiciera algo que no quiera. Parece una idea sencilla de entender: una detención, una agresión física, una prohibición de hacer algo que no dañe a nadie, una obligación, son maneras de violentar este derecho elemental.

Y tampoco debería poder afectar su derecho a la propiedad. En este sentido, Rothbard sostenía que cada uno es dueño de todo aquello que ha creado —como un artista de su obra— o de aquello de lo que se haya adueñado antes que ninguna otra persona lo hubiera hecho —como un conquistador que alambra un territorio desierto—. Un impuesto, una incautación de ahorros, una regulación serían formas de violar este mandamiento.

El enemigo máximo de los libertarios es, entonces, el Estado, que cobra impuestos por la fuerza —es decir, que viola el derecho de propiedad—, regula, impone límites y obligaciones a los individuos. «Lo son todos los Estados, en todas partes, sean democráticos, dictatoriales o monárquicos, y cualquiera sea su color».

Para un argentino que vive en 2023 y ha escuchado con atención a Milei, es imposible no advertir las similitudes. Decía Rothbard: «Tomemos, por ejemplo, la institución del impuesto, que según los estatistas es, en cierto sentido, voluntaria. Invitamos a cualquiera que crea en la naturaleza voluntaria del impuesto a negarse a pagarlo y entonces verá lo que le sucede. Solo los libertarios son capaces de llamar al cobro de impuestos como lo que es: robo legalizado y organizado a gran escala». Son palabras que el argentino repetiría mil veces.

Javier Milei ha comparado al Estado con la mafia y con los ladrones comunes. Mucho antes que él, Rothbard había escrito: «El ladrón asume la responsabilidad, el peligro y el crimen que entraña su propio acto. No reivindica ningún derecho legítimo sobre el dinero ajeno ni alega que tiene la intención de utilizarlo para beneficio del otro. No pretende ser otra cosa que un ladrón. Además, cuando se ha apoderado del dinero de otro, lo deja ir, tal como este deseaba que lo hiciera. No persiste en perseguirlo contra

su voluntad. No continúa protegiéndolo, ordenando que se incline ante él, robándole dinero una y otra vez con la frecuencia que le plazca, y calificándolo de rebelde, traidor y enemigo de su país, y matándolo sin piedad si discute su autoridad o se resiste a sus órdenes. Se limita a robar y no intenta convertirlo en su víctima o su esclavo».

Milei ha dicho: «Entre la mafia y el Estado prefiero a la mafia. La mafia tiene códigos, la mafia cumple, la mafia no miente, la mafia compite». Rothbard, medio siglo antes, escribió: «Existe otra razón por la que la agresión del Estado ha sido más importante que la privada… Esa razón es la falta de control sobre la depredación estatal, un control que sí existe cuando se trata de los ladrones o la mafia. Podemos acudir al Estado o a su policía para que nos protejan de los criminales privados, pero ¿quién puede preservarnos del propio Estado?».

De ese punto de partida, el derecho inalienable de cada persona a disponer de su cuerpo y de su propiedad, el escritor libertario derivaba conclusiones muy controvertidas.

Rothbard, por ejemplo, defendió el derecho a consumir pornografía. «La posición conservadora tiende a sostener que la pornografía es denigrante e inmoral y que por eso debería ser proscripta. Los socialdemócratas, por su parte, tienden a pensar que el sexo es bueno y saludable y que, por lo tanto, la pornografía solo puede tener buenos efectos… Ninguna de las dos partes aborda un punto crucial: que las consecuencias buenas, malas o indiferentes de la pornografía son completamente irrelevantes en cuanto a si debería ser prohibida. El libertario afirma que no corresponde a la ley imponer a nadie una concepción de la moralidad. No es de su incumbencia hacer que todos sean buenos, respetuosos, morales, limpios o rectos». Por otra parte, sostiene que prohibir la pornografía implica una restricción al derecho de propiedad, «el derecho de producir, vender, comprar y poseer pornografía», y al derecho a la libertad de prensa.

Algo parecido sostenía respecto de la prostitución. «La prostitución es la venta voluntaria de un servicio laboral y el

gobierno no tiene derecho a prohibirla o restringirla». Alguien podría pensar que esa posición se limitaría a defender el derecho a trabajar de una prostituta. Pero Rothbard lo extendía a los prostíbulos. «Muchos de los aspectos más penosos del comercio callejero surgieron debido a la proscripción de los burdeles. Como casas de prostitución administradas por celestinas, ansiosas de cultivar la buena voluntad de los clientes durante largo tiempo, los burdeles solían competir para proveer un servicio de alta calidad. Su prohibición obligó a la prostitución a desarrollarse en un mercado negro».

Como se sabe, las posiciones enfrentadas sobre el aborto se apoyan en las diferentes ideas acerca de cuándo comienza la vida humana. Los católicos, aquellos que combaten cualquier interrupción de un embarazo, sostienen que eso ocurre en el momento de la concepción y, por lo tanto, presionan para que el embarazo llegue a término. Quienes defienden el derecho a abortar consideran que un feto, o un embrión, no constituye vida humana. Para Rothbard, ese debate era irrelevante.

«El auténtico dato de partida para el análisis del aborto se encuentra en el derecho absoluto de cada persona a la propiedad de sí misma. Todas las mujeres tienen el derecho absoluto sobre su cuerpo y sobre cuanto hay dentro de él, incluido el feto. En la mayoría de los casos, los fetos se encuentran en el seno materno con consentimiento de las madres. Si una mujer no desea que se prolongue esta situación, el feto se convierte en "invasor" de su persona y la madre tendría perfecto derecho a expulsarlo de sus dominios. Habría que considerar el aborto, no como el "asesinato" de una persona, sino como la expulsión de un invasor». Luego, insistía: «Concedamos, a los efectos de nuestra discusión, que los fetos son seres humanos —o, en un sentido más genérico, seres potencialmente humanos— con los correspondientes derechos. Pero, ¿qué seres humanos, si se nos permite la pregunta, tienen derecho a ser parásitos coactivos dentro del cuerpo de un huésped que no los quiere aceptar? Si ningún ser humano ya nacido tiene tal derecho, menos aún lo tienen, *a fortiori*, los fetos».

Murray se oponía también a que el Estado prohibiera el consumo de drogas, los juegos de azar, el cigarrillo o lo que fuera. «Un argumento a favor de la prohibición del juego consiste en que, si se le permite al obrero pobre participar en juegos de azar, gastará irreflexivamente su paga semanal y dejará desamparada a su familia. Pero si se debe prohibir el juego de azar porque las masas podrían gastar en él gran parte de sus ingresos, ¿por qué no prohibir también muchos otros artículos de consumo masivos? Después de todo, si un obrero está decidido a malgastar su sueldo, puede gastar demasiado en un televisor, un equipo de audio, una bebida alcohólica, un equipo para jugar al béisbol. La lógica de prohibir a un hombre que participe en juegos de azar por su bien y el de su familia lleva directamente a una jaula totalitaria en la que el Papá Gobierno le dice exactamente qué debe hacer, cómo gastar su dinero, cuántas vitaminas debe ingerir».

Lo mismo sucedería con las drogas: «Si bien los narcóticos son, sin duda, mucho más dañinos para quien los consume que el alcohol, este último también puede ser perjudicial. Proscribir algo porque puede dañar a su usuario lleva directamente a la jaula totalitaria, donde la gente tiene prohibido masticar caramelos y está obligada a comer yogur por su propio bien». Rothbard explicaba que toda prohibición genera escasez, mercado negro, violencia y corrupción. La prohibición de comerciar drogas genera bandas que las venden clandestinamente a un precio mucho más caro que si se sometiera al libre juego de la oferta y la demanda. Para combatir la venta ilegal de droga es necesario apelar a las fuerzas policiales. De allí surge, necesariamente, la corrupción policial. Porque los capitalistas de ese mercado sobornan a los policías para que los dejen trabajar».

Casi treinta años después de la muerte de Rothbard, Javier Milei se enredó con la idea de que, en determinadas condiciones, no le parecería repudiable que se instalara un mercado de compra y venta de niños. Eso surge también de la prédica de Rothbard, un convencido de que los padres deberían poder vender a sus hijos. Así lo fundamentó en el capítulo sobre derechos del niño de su libro *La*

ética de la libertad, donde llegó a sostener que un padre tiene, incluso, el derecho a dejar morir a su hijo deforme. Para llegar a ese punto, Rothbard establecía que los padres, y especialmente la madre, eran los propietarios de sus hijos. A diferencia de otros bienes, el vínculo entre los padres propietarios y su propiedad —los hijos— cambia con el tiempo, hasta que finalmente el niño se transforma en una persona libre y ya nadie puede someterlo. Pero, en el origen, es propiedad de sus padres.

«Si un padre puede tener la propiedad de su hijo, puede transferirla a terceros. Puede dar al niño en adopción, o puede vender sus derechos sobre él en virtud de un contrato voluntario. En suma, tenemos que enfrentarnos al hecho de que, en una sociedad absolutamente libre, puede haber un floreciente mercado libre de niños. Esto suena, a primera vista, a cosa monstruosa e inhumana. Pero una mirada más atenta descubre que este mercado posee un humanismo más elevado».

¿Por qué sería una idea humanista? «Asistimos diariamente al espectáculo de la tragedia de personas adultas a quienes agencias de adopción tiránicas les niegan el gozo de poder adoptar un hijo. Se da, a la vez, una amplia demanda insatisfecha de niños por parte de adultos y parejas, y un elevado número de excedentes, de niños no deseados, desatendidos o maltratados por su padres… Si se permitiera el mercado libre de niños, se eliminaría este desequilibrio y se llevaría a cabo una transferencia de bebés y de niños desde padres que no los quieren a padres que desean ardientemente tenerlos. Todos los implicados, los padres biológicos, los niños y los padres adoptivos que los compran saldrían ganando en este tipo de sociedad».

Rothbard llevaba al límite sus ideas cuando se refería al derecho de los padres a dejar morir a sus hijos: «En una sociedad libre, a nadie se lo puede cargar con la obligación legal de hacer algo por otro, ya que se invadirían sus derechos».

¿Eso quería decir que un padre tenía derecho a dejar morir a un niño? Sí, claro. «Esta norma nos permite resolver algunas cuestiones espinosas; entre otras, si les asiste a los padres el derecho a dejar

morir (por ejemplo, no dándole alimentos) a un hijo deforme. La respuesta es, por supuesto, afirmativa, en virtud de un *a fortiori* derivado del derecho, mucho más general, de permitir que muera cualquier niño, deforme o no».

De todos modos, en una sociedad libertaria con un floreciente mercado de compra-venta de niños, un padre que no quisiera alimentar a su hijo podría venderlo, y así los compradores, o sea, los nuevos padres, lo alimentarían sin problema.

Las opiniones de Milei en contra de la educación pública también tienen su origen en Rothbard, quien la consideraba uno de los sistemas de servidumbre, en los que los individuos son obligados por el Estado a hacer algo contra su voluntad. «Si se somete a todos los jóvenes a un sistema carcelario denominado eufemísticamente "educación", ¿cómo no esperar que se sientan desdichados, descontentos y alienados, y —en consecuencia— se rebelen?».

Rothbard proponía que fueran a la escuela solo aquellos que tuvieran cualidades compatibles con lo que allí se enseñaba. «En lugar de permitir que asistan a la escuela aquellos que tienen la aptitud y la habilidad necesarias, se obliga a hacerlo a todos, supuestamente por su propio bien. El resultado de esto es que se produce una deformación en las vidas de quienes no tienen capacidad para estudiar y los verdaderamente dotados se ven privados de una institución apropiada».

Ludwig von Mises, el fundador de la Escuela Austríaca, ya había postulado que el gobierno se retirara de la educación. Murray lo citaba. Milei leía a ambos. «Hay una sola solución: el Estado, el gobierno, las leyes no deben intervenir de ninguna manera en la instrucción o educación. Los fondos públicos no deben ser utilizados para esos propósitos. La educación de la juventud debe ser dejada enteramente a los padres y a las asociaciones e instituciones privadas».

«Si abolimos las leyes de escolaridad compulsiva y les devolvemos a los niños su libertad intelectual, volveremos a ser una nación de gente mucho más productiva, interesada, creativa y feliz», sostenía Rothbard. «La abolición de la ley de escolaridad

compulsiva pondría fin al rol de las escuelas como guardianas de la juventud de la nación y dejaría en libertad a todos aquellos que están mucho mejor fuera de las aulas para que sean independientes y desarrollen un trabajo productivo».

«¿Qué puede hacer el gobierno para ayudar a los pobres? La única respuesta correcta es: apartarse». Rothbard ha sostenido, también, que los planes sociales son incompatibles con una sociedad libre. Sus argumentos eran predecibles: solo se pueden obtener esos recursos por medio de impuestos, es decir, de un robo compulsivo. Y agregaba algunos postulados específicos: «La situación económica de las personas tiende a ser, en el largo plazo, fruto de su propia responsabilidad interna, más que a estar determinada —como los seudoprogresistas socialdemócratas coinciden en afirmar— por factores externos. Gran parte del persistente desempleo de la clase baja, y por ende de la pobreza, es consecuencia de una decisión voluntaria de los propios desplazados… Si el principal problema con los pobres de clase baja es que son irresponsables y solo les interesa el presente, y si es preciso inculcarles los valores burgueses de preocupación por el futuro para lograr que salgan de la beneficencia y de la dependencia, entonces en alguna instancia esos valores deberían ser incentivados y no desalentados en la sociedad… La fácil disponibilidad del cheque de la asistencia social obviamente promueve en los beneficiarios la actitud de pensar solo en el presente, la renuencia a trabajar y la irresponsabilidad».

Murray Rothbard, por otra parte, no creía en la democracia. «La democracia es incompatible tanto con una sociedad libre como con el socialismo. Solo estas dos sociedades son estables. Todas las mezclas intermedias están en un “equilibrio inestable” y tienden constantemente hacia uno u otro polo. Esto significa que la democracia, en esencia, es una forma inestable y transicional de gobierno». Otros pensadores recomendados por Milei, como Hoppe, autor de *Democracia. El dios que fracasó*, eran más enfáticos en la negación del sistema democrático.

Rothbard estaba en contra, incluso, de las licencias para ejercer profesiones, como la medicina: «Bien podría ser que, por ejemplo,

una cantidad de años en determinado tipo de escuela produzca los mejores doctores. Sin embargo, al prohibir el ejercicio de la medicina por parte de gente que no cumple con esos requerimientos, el gobierno perjudica a los consumidores que podrían querer contratar los servicios de estos competidores prohibidos, protege a los doctores "calificados" pero menos productivos de una mayor competencia, y les da precios más altos a los demás médicos. Los consumidores se ven impedidos de elegir tratamientos de menor calidad para enfermedades menores a cambio de un precio menor, y tampoco pueden apoyar a médicos con una teoría de la medicina distinta de aquella sancionada por el Estado».

En un mundo feliz, entonces, nadie pagaría impuestos, ni siquiera impuestos a la herencia. No habría ejércitos ni policías manejados por el Estado. La policía sería privada y tendría la dimensión que eligiera quien decidiera solventarla. No habría democracia. Cualquiera podría drogarse, o suicidarse, o mirar pornografía, o realizar cualquier tipo de práctica sexual consensuada sin que el Estado pudiera perseguirlo, observarlo o siquiera opinar sobre el asunto. Se podrían vender libremente órganos o niños. Las escuelas serían optativas. El Estado no tendría derecho a imponer límites o regulaciones al funcionamiento de la economía. Ningún medio de producción estaría en manos del Estado. No habría, por supuesto, Banco Central. Las mujeres podrían abortar libremente. Los medios de comunicación serían privados. Los hombres blancos y heterosexuales merecerían ser venerados. La segregación racial estaría permitida. En un mundo feliz, las personas intercambiarían libremente según sus necesidades y deseos subjetivos, eso definiría los precios, y ese fenómeno no debería ser intervenido de ningún modo, porque destruiría la libertad en todo sentido y derivaría en el comunismo o el fascismo.

No todas esas ideas serían defendidas por Milei. Pero entre ellas navegaba su cerebro habitualmente.

Con esos elementos en su cabeza, Milei estaba a punto de salir a

la luz del día. Su misión sería cambiar la mente de los argentinos. Así quedaría plasmada en *Libertad, libertad, libertad*, uno de los libros que escribió con su amigo Diego Giacomini:

– «Creemos que nuestra decadencia tiene su origen en la propia forma de pensar de los argentinos, así que trabajamos sobre esa forma de pensar».

– «Para revertir la decadencia hay que mostrarle a la gente cuál es su origen. Es necesario mostrarle que actúa a partir de un pensamiento equivocado, uno que mamaron desde muy chiquitos, en la escuela, cuya función es adoctrinar en la religión del Estado».

– «Hay que lograr que la gente adopte las ideas de la libertad, es decir, que no quiera un Estado paternalista, ni pida un Estado como seguro de todos sus fracasos».

– «Como decía Foucault, primero que cambie la gente».

5
El superhéroe libertario
(enero de 2017-diciembre de 2018)

«Gorda, ¿te cuento una cosa? A la hora de limpiar el hogar, el secreto es usar productos E-sen-cial. Con el lavavajillas desengrasás todo. Y como es extrasuave, no te arruina las manos. ¡¡¡También tenés el jabón líquido Esencial, gorda!!! Saca todo tipo de manchas, resaltando los colores y perfumando toda tu ropa. Porque, con Esencial, la limpieza es… ¡¡¡total!!!».

La voz de Georgina Barbarossa sonaba fuerte y potente esa mañana en Crónica TV. Georgina es una de las buenas actrices de la Argentina. En los últimos años, se había dedicado a la conducción de programas de interés general. Mientras leía el texto del aviso de los detergentes, la cámara tomaba la imagen de varias botellitas de plástico con un contenido de distintos colores.

Todo era alegría y vértigo en el estudio, como correspondía a un programa de ese estilo.

Luego de mostrar los productos, Georgina se dirigió hacia una cocina donde la esperaba una pareja. La mujer se llamaba Daniela, era una cantante que en los años ochenta había brillado en un grupo de música popular, muy alegre y exitoso, llamado Las Primas. Sus hits eran «Saca la mano, Antonio» y «Los nenes con los nenes, las nenas con las nenas». Luego de ese éxito, Daniela había tenido una larga carrera como solista, con diferente fortuna, durante la cual volvió a instalar otros hits como «Endúlzame, que soy café». El otro integrante de la pareja era Javier Milei, un economista que se había vuelto famoso en los meses previos gracias a su participación en programas de política y economía, en los que aparecía muy

despeinado, y defendía sus ideas con vehemencia y agresividad.

Por esos días, Milei recorría estudios de televisión para debatir sus ideas y para contar su relación amorosa con Daniela. Algunos de sus amigos sostienen que fue la primera pareja relativamente estable que tuvo en su vida.

—¡¡¡Esta es la pareja del año, señores!!! Fuerte el aplauso para recibir a Daniela, la mujer, la esposa, el marido, el matrimonio.

Así los presentó la conductora. Y continuó:

—Danielita, ¿cómo estás?

—Muy bien, muy contenta. ¿No se me nota?

Milei intervino:

—¡Preguntame a mí!

Georgina giró entonces hacia él:

—¿Cómo estás?

Él esperaba que le preguntaran cómo estaba Daniela. Y eso es lo que respondió.

—¡Buenísima está! —dijo, y lanzó dos risotadas.

Javier y Daniela contaron que se habían conocido por medio de Instagram.

—Ella estaba haciendo una entrevista y la vi, y le puse *like*. De repente, posteó una foto y dije: ¡pero está muchísimo mejor de lo que pensaba! Y empecé a darle *like* como un fanático —contó Milei.

—Fue un *like you, like me, like you, like me* —bromeó ella.

Ese día, le preguntaron a Milei por qué andaba siempre tan despeinado.

—Yo, a la mañana me baño. Con la toalla, le doy duro, ¿viste?, hasta que te quema. Y me subo al auto, bajo los vidrios y que me peine la mano invisible.

Georgina les preguntó si realmente practicaban sexo tántrico.

—El que habla de eso es él. Él es el que sabe.

—Pero vos participás. ¿Se excitan con eso?

—Lo único que voy a decir es que lo que él dice es real.

Entonces, Georgina anunció que Daniela presentaría una canción en homenaje a él. Se llamaba «Bomba tántrica». Y ella empezó a cantar y a bailar.

«Él es Milei, el hombre que me vuelve locaaaa. Me come la bocaaaa, y me libera el corazóooon. Un beso de él me hace vibraaar, así me provocaaaa, y va encendiendo mi pasióooon. Es una bomba, tántrica, fantástica. Bomba. Tántrica romántica, me hace volaaaar, me hace soñaaaaar».

Milei intentaba besarla torpemente mientras ella cantaba, y Daniela se lo sacaba de encima para poder continuar. Entonces, Milei flexionaba las rodillas y sacudía los brazos al ritmo de la música, lo más cerca posible de su pareja.

A partir de 2017, Javier Milei empezó a transformarse en una figura realmente conocida. Su irrupción en el debate público argentino coincidió con el ocaso de un proceso que marcó al continente durante los primeros quince años de este siglo. El periodista estadounidense Jon Lee Anderson, uno de los grandes especialistas en América Latina, describía de esta manera el contexto regional, en su libro *Los años de la espiral*:

> Fue la década del eclipse de la flamante «marea rosa» de la década anterior, cuando llegaron al poder líderes de izquierda en una decena de países de las Américas, que juntos parecían cambiar el rumbo político del hemisferio. Murieron líderes emblemáticos como Fidel Castro y Hugo Chávez, mientras que Correa, Dilma, Lula y Evo cayeron en desgracia. Junto con el ascenso de Nicolás Maduro en Venezuela ha venido la catastrófica agonía de la llamada «revolución bolivariana».
>
> A cambio, hemos visto la llegada de actores nuevos, incluidos populistas de derecha como Jair Bolsonaro, Nayib Bukele y Jeanine Áñez, y una preocupante degradación política por toda la región, acelerada por el viraje radical en la política de los Estados Unidos, cuando terminó la presidencia de Barack Obama y llegó el demagogo Donald Trump.
>
> La de 2010-2020 ha sido la década de la corrupción, de los casos Odebrecht y los *Panama Papers* y otros escándalos, que han traído como resultado destituciones, arrestos y hasta

encarcelamientos de presidentes y altos funcionarios en Perú, Argentina, Guatemala, El Salvador, México y Brasil, por nombrar algunos países.
Entre otras cosas, América Latina obtuvo el récord mundial por convertirse en la región con más homicidios y crímenes violentos, además del peor rendimiento económico, y una de las que alberga las mayores desigualdades sociales.

En la Argentina, este proceso tuvo como consecuencia la salida del kirchnerismo del poder. Se trataba del movimiento que había sido hegemónico desde 2003. Pero enfrentaba un creciente rechazo debido a dos o tres cuestiones centrales: la inflación, la corrupción y el destrato a los disidentes.

Apoyado en esos ejes, surgió un candidato alternativo que llegaría a ser presidente. Se trata de Mauricio Macri, un empresario riquísimo, cuya carrera había logrado cobrar impulso gracias a una notable gestión al frente del club Boca Juniors y, luego, por la manera en que condujo los destinos de la ciudad capital del país. Macri fue durante una década el meticuloso y paciente constructor de una alianza heterogénea que unía a casi todo aquello que el kirchnerismo alejaba. Y era mucho.

Así fue como, en 2016, cuando empezaron a escucharse los alaridos de Milei, el debate político partía a la sociedad en dos. Por un lado estaban aquellos que apoyaban a Macri, en buena medida para que no volviera el peronismo al poder. Por el otro, quienes sostenían que el empresario había llegado para implementar políticas favorables a los ricos y lo resistían.

Esa división se conocía con la metáfora de «la grieta». O se estaba de un lado o se estaba del otro. El 10 de diciembre de 2015, el día de la asunción de Macri, la Argentina era una democracia plena, sin presos políticos, sin asesinados ni exiliados por pensar distinto, con alternancia en el poder, sin denuncias de fraude, con absoluta libertad de prensa. Sin embargo, millones de argentinos pensaban que ese día concluía una dictadura. Y otros millones consideraban que ese mismo día se implantaba una dictadura y se

preparaban para resistirla. Esas percepciones rompían amistades y dividían familias.

Milei no solo aportaría otra estética, sino una mirada alternativa: él iba contra ambos. En cada una de sus intervenciones era lapidario con el macrismo, pero por razones diferentes de las que esgrimía el kirchnerismo. Donde los partidarios de Cristina denunciaban la existencia de un ajuste, Milei sostenía lo contrario: que el ajuste había sido tímido y el gobierno se enredaba en ideas contradictorias. El economista era partidario de un cambio abrupto de régimen. Las diferencias entre macristas y kirchneristas le resultaban irrelevantes. A los kirchneristas los llamaba «socialistas de malos modales», y a los macristas, «socialistas de buenos modales».

Mientras su estrella empezaba a descollar, en 2017 Milei sufrió una de las peores desgracias de su vida. Murió Conan, su perro amado. En *El camino del libertario*, había contado que el encuentro con ese mastín inglés había sido uno de los momentos más felices de su vida. Lo había cuidado como a nadie en el mundo. Le había dedicado sus libros. Había sacrificado hasta su comida para que nada le faltara. Conan había sido particularmente longevo. Los mastines ingleses viven entre seis y doce años. Milei lo había adoptado en Córdoba en 2004, de modo que el perro había superado las dos marcas.

Nunca se resignaría a su muerte. En los días posteriores al deceso, Karina contactó a Celia Melamed, una respetada veterinaria que, según ella misma ha contado, conoce un método para intermediar entre los animales y sus dueños, aun después de su fallecimiento: se concentra en la foto del animal y recibe sus mensajes a través de vibraciones corporales. Eso hizo en algunos encuentros con Karina y su hermano. Al mismo tiempo que le enseñó la técnica para hacerlo.

La relación entre Milei y Conan fue descripta por varios testigos. Claudia Oviedo y Diego Giacomini contaron que, por pedido del libertario, armaron una cuenta de Twitter con el nombre de Conan. Durante meses, desde la cuenta del economista se escribían

mensajes para la de Conan: «Nadie más grande que vos, Conan», «Yo también, amor de mi vida», «Ojalá afloje la humedad así hacemos caminatas mucho más largas».

Dos veces por semana, Milei participaba en *Intratables*, un programa de debate político donde se apelaba a la polémica exaltada como método para generar audiencia. Era ideal para eso. Siempre gritaba, provocaba, incitaba a la gresca, en términos muy personales. En una ocasión enfrentó a un dirigente peronista: «A la luz de este paraíso que describís, te hago una propuesta. Como decís que los hospitales están bárbaro, ¿sabés qué podríamos hacer? Poner un bolillero y si algún familiar tuyo tiene algún problema, que salga sorteado en el bolillero y lo llevamos a ese sanatorio. A ver cómo le va».

Cuando le reprochaban que nunca había gobernado, levantaba la voz: «No necesito haber gobernado nada para darme cuenta de que el peor gobierno de la historia fue el kirchnerista. Yo no goberné nada pero me dedico a analizar la economía, las cosas que ustedes hacen bastante mal, porque violan toda la restricción de presupuesto y creen que la ley de la gravedad no existe. ¿Y sabés qué? Te condenan los datos que vos, como todo peronista, no podés soportar porque te juegan en contra».

Y cuando le decían «gorila», gritaba aún más.

—Soy todo lo gorila que quieras. Me vivo alimentando a bananas. Pero ¿sabés cuál es tu problema? Que ustedes son la decadencia argentina y la provincia de Buenos Aires es un caos, los hospitales son una basura, las rutas son inmundas y si vas a tener un auto de alta gama, claro, lo rompés todo, pero esa es la redistribución del ingreso. Pero andáaa…

En otra oportunidad la emprendió contra Alfonso Prat-Gay, el primer ministro de Economía de Macri. «Prat-Gay es un keynesiano declarado. La idea de Prat-Gay es estimular la economía con el gasto público. Y, además, es un perverso. Porque cuando vos le decís que tiene que bajar impuestos, te dice que no lo puede hacer por el déficit fiscal. Pero no le molesta en lo más mínimo aumentar el gasto público. Le gusta, para gastársela él».

Milei sostenía que la decisión de liberar los controles de cambio, que había tomado Macri al día siguiente de su asunción, había sido suicida, porque antes no había realizado un ajuste del gasto y, por lo tanto, de la emisión. El sobrante de dinero —un asunto esencial en todos sus análisis económicos— generaría, tarde o temprano, una corrida que presionaría primero sobre el dólar y luego sobre todos los precios. Ese proceso se podría retrasar contrayendo deuda. Sin embargo, eso sería inmoral porque trasladaría el costo a las próximas generaciones. Y tarde o temprano terminaría en un estallido.

Este era su análisis sobre el plan que lanzó Macri en el inicio de su gobierno: «La pobreza aumentó durante este gobierno, básicamente, por la negligencia e incompetencia de Prat-Gay en la apertura del cepo, al negar un problema que se llama "sobrante de dinero". Eso hizo que, cuando saliste del cepo, el tipo de cambio, en lugar de parecerse más al oficial, se pareció más al paralelo. Además, en el mismo momento eliminaste retenciones. Eso implicó que el precio de los alimentos se duplicara, y mandaste un montón de gente por debajo de la línea de pobreza. Y como la gente no va a dejar de comer, dejó de gastar en otras cosas y te metió en una recesión. Para sacar todo ese dinero que sobraba, y que Prat-Gay subestimó, tuvimos que poner la tasa de interés por las nubes y la recesión recrudeció».

Milei dividía al gobierno en dos sectores. Por un lado, estaba la «horda de keynesianos» liderada por el jefe de Gabinete, Marcos Peña, y por el ministro de Economía, Alfonso Prat-Gay, que se oponía a un ajuste abrupto. A lo largo de los meses, incluiría en esa lista negra a Nicolás Dujovne, el sucesor de este último. «Lo que defiende Dujovne es un mamarracho. La sociedad se divide entre los que nos rompemos el lomo laburando para pagar los impuestos y los parásitos de la corporación política que viven de los impuestos. Pero como la reforma tienen que hacerla los parásitos y, además, tienen el monopolio de la violencia, no nos van a devolver nada».

Por otra parte, defendía a capa y espada a Federico Sturzenegger, presidente del Banco Central por entonces. Milei

sostenía que tenía un gran mérito por haber evitado que la inflación se multiplicara por 6 en 2016, cuando el resto del gobierno levantó el cepo sin ajustar el gasto. En *Otra vez sopa* desarrolla esta idea. Dos de los capítulos se titulaban: «Banco Central: lo mejor del gobierno, lejos», y «Señor presidente: banque al Banco Central».

En esos argumentos, que se repitieron cientos y miles de veces, se concentraba la sencilla versión de la historia que Milei transmitía a los argentinos. El problema del país era el gasto público excesivo, que obligaba a financiarlo con emisión, lo cual generaba inflación, o con impuestos, que ahogaban a la economía del país. Ese gasto público se explicaba, básicamente, por el gasto social en jubilaciones y asistencia social. Y existía porque permitía a «los parásitos», es decir, a los políticos, hacer demagogia y, de paso, robar. Era un giro superador en la historia del liberalismo argentino. Hasta ahí, sus voceros se habían limitado a defender una herramienta económica: el equilibrio fiscal. Milei le agregaba a eso un agente del mal, la desprestigiada clase política. Todavía era prematuro proponer una solución, pero algo de eso empezaba a asomar: si alguien se animaba a correr a los políticos, el gasto público sería recortado, el país se liberaría de la inflación y de los impuestos, para volver a crecer. Solo había que sacarse de encima a los parásitos que estaban en el kirchnerismo y en el macrismo.

En su recorrido por los distintos canales, Milei y Daniela ya habían armado un cancionero. Podían cantar *a capella* el tema «Paisaje», de Franco Simone. «Túuuu, no podrás faltarme cuando falte todo a mi alrededoooor. Túuuu, aire que respiro en aquel paisaje donde vivo yoooo». O la versión de «Endúlzame, que soy café», pero reformada como «Endúlzame, que soy Milei». «Endúlzame, que soy Milei, y cántame, que soy canción… Dibújate sobre mi piel… que tengo el cuerpo de papel… Enciéndeme, que soy calor… suspírame, que soy amorrrrr… y llévame a tu pelo… en una pompa de jabón».

«¡¡¡En exclusiva, señores!!! ¡¡¡Javier Milei canta y baila en la pantalla de América TV!!!», los presentaba el eléctrico Mariano

Iúdica.

Luego les pedía que se dieran un beso.

—Dale, no seas cagón.

Milei se prestaba a todo con tal de defender lo que parecían apenas cinco minutos de fama.

El hit del dúo era siempre «Bomba tántrica». Daniela lo cantaba con gracia, oficio, energía y carisma. Milei la acompañaba con un bailecito no demasiado armónico. Su sonrisa rígida, casi una máscara, reflejaba incomodidad.

En uno de los programas, Cintia Fernández le criticó el estilo.

—La estrella es ella, yo soy solo un arquero —se excusó él.

Pero Cintia no se dejó convencer.

—A ver: mové la pelvis —le dijo.

Él, dócil, obedeció.

Daniela se sumó a la escena. Milei se puso detrás y ella acomodó su cola a la pelvis de él. Y fueron bajando, hasta quedar en cuclillas, mientras ambos meneaban la pelvis de adelante hacia atrás, de atrás hacia adelante. Era algo muy parecido a un acto sexual en vivo y en directo, aunque los dos estuvieran vestidos, él de traje y corbata.

Una bomba tántrica.

Entre 2016 y 2019, Milei hizo un impresionante despliegue de hiperactividad. Mientras aparecía en todos lados, escribió cuatro libros, tres de ellos en coautoría con Diego Giacomini. Los títulos son bastante elocuentes: *Maquinita, infleta y devaluta. Ensayos de economía monetaria para el caso argentino*, que desde una perspectiva monetarista analizaba el fracaso económico argentino; *Otra vez sopa: maquinita, infleta y devaluta*, donde advertía sobre los problemas de la política macrista, a la que describía, en lo esencial, como una continuidad de lo anterior; *Desenmascarando a la mentira keynesiana: Keynes, Friedman y el triunfo de la Escuela Austríaca*, un título que luego usó en numerosas conferencias y que refería a sus obsesiones con el debate económico central en el siglo XX, y *Libertad, libertad, libertad. Para romper las cadenas que no nos dejan crecer*, un primer acercamiento a una propuesta económica y de gobierno.

Mientras peregrinaba de canal en canal fue reporteado por el periodista Diego Sucalesca. En el final de la entrevista, Milei le dijo que se parecía a un conductor de televisión que él veía en el canal de la ciudad.

—¡Soy yo! —le aclaró Sucalesca.

—¡No te puedo creer! ¡Me hacés cagar de la risa! —le dijo Milei.

Sucalesca lo invitó a ese programa, *Cuatro caras bonitas*. Luego le propuso sumar una sección fija: «El consultorio del doctor Milei». El formato lo colocaba en el rol de una especie de terapeuta sobre conductas económicas.

—Suca, ¿qué hace acá? Lo hacía en las vacaciones…

—No, qué vacaciones. Estoy ahorrando plata. Nosotros todos los años nos vamos a una casita que me presta un primo en Mar del Plata y los pibes me rompen todos los años con que quieren ir a Disney, y mi mujer, que quiere ir al Caribe, y yo les digo que no, que hay que ahorrar, que hay que ahorrar.

—Está muy bien ahorrar.

—Y no, porque ahora me dicen avaro. ¡En mi casa! ¡Mi sangre! ¡Avaro a mí!

—¿Quiere que le diga algo? Están equivocados. Usted contribuye al bienestar del país.

—¿Cómo es eso?

—Claro, porque cuando usted ahorra, financia la inversión y eso genera empleo.

—¿Estoy combatiendo la inflación yo también?

—Obviamente. ¡Suca, póngase de pie! ¡Usted es un héroe! ¡Usted es un benefactor social!

—Gracias por existir. ¡Vamos, Milei!

Durante varios meses respetaron ese esquema, hasta que un humorista le sugirió a Milei que hiciera una obra de teatro. Lo hablaron con Sucalesca, diseñaron la idea, se la plantearon al empresario teatral Nito Artaza. Al poco tiempo, el profesor Milei subía a las tablas. Artaza le sugirió que sumaran a una mujer a la *troupe*. Así apareció su hermana Karina, que en los avisos se presentaba con su dirección de Instagram: «@tiadeconan».

En el final de la obra —que concluiría por un conflicto terrible entre Milei y Artaza—, un Milei enloquecido la emprendía a martillazos contra una maqueta del Banco Central. Entonces, Karina subía al escenario, le ponía una camisa de fuerza y se llevaba al loco al manicomio.

El debate sobre la existencia del Banco Central, que Milei comenzó a instalar en esos meses, refiere a un punto nodal de la organización capitalista. El libertario ha sostenido que la inflación en la Argentina se debe a la existencia del Banco Central, porque no ha parado de subir desde 1935, el año de su fundación.

Se trata de un argumento seductor pero, al mismo tiempo, fácil de rebatir, dado que en la inmensa mayoría de los países del mundo hay bancos centrales y no hay inflación. Parece, entonces, que el debate debería girar alrededor de la manera en que los bancos centrales funcionan y no acerca de su existencia.

A favor del planteo de Milei juegan dos elementos. Uno de ellos es de origen local. La experiencia argentina en el manejo de la inflación ha sido pésima. Entonces, puede parecer atractiva la idea de eliminar la institución que imprime dinero o controla el accionar de los bancos. El otro punto es que la discusión acerca de la existencia de los bancos centrales había reaparecido en ciertos espacios académicos en los últimos años, luego de décadas en las que había un sólido consenso respecto de su necesidad.

Aun así, la posición de Milei en este aspecto, como en tantos otros, era tan extrema que algunos de sus mentores opinaban en contra. Era cierto que, en 1978, el austríaco Von Hayek había abogado por la libre competencia en la provisión de billetes por parte de los bancos, sin necesidad de un Banco Central. En cambio, Milton Friedman consideraba que los bancos centrales tenían un papel que cumplir para mantener la prevención del fraude y el funcionamiento eficaz del sistema monetario.

Más allá de quién tuviera razón, la posición de Milei era marginal. Ninguno de los países relevantes en el mundo ha prescindido de sus bancos centrales durante los últimas décadas. Al contrario, han jugado un papel muy activo luego de crisis como la

de 2008 o durante la pandemia. «Que nadie lo haya hecho no quiere decir que está bien. De otro modo, la asamblea del año 13 no debería haber derogado la esclavitud», se defendía Milei.

En la página oficial de la Reserva Federal, el Banco Central de los Estados Unidos, se explica su utilidad, al menos en la mirada de los gobernantes del país símbolo del capitalismo. «Lleva a cabo la política monetaria de la nación para promover el máximo empleo y precios estables en la economía; promueve la estabilidad del sistema financiero y busca minimizar y contener los riesgos sistémicos a través de un monitoreo; promueve la seguridad y solidez de las instituciones financieras individuales y monitorea su impacto en el sistema financiero en su conjunto».

En el fondo de la cuestión, lo que se debatía es el rol del Estado en la regulación de la economía. De todas las posiciones posibles, como tantas otras veces, la más radical era la de Milei.

En esos días, Milei apareció en televisión con cuatro cachorros muy bellos.

¡Había clonado a Conan meses después de su muerte!

—Su nombre es Javier Gerardo Milei. Tiene varios apodos… Podría ser el Mozart de la economía. Fuerte el aplauso porque, mirá, vinieron ellos… Gracias por venir, Javi. ¡Mirá lo que son estos! Son los hijos de Conan —lo presentó María Pía Shaw, la conductora.

—Son mis nietos. Van a cumplir tres meses.

—¿Tienen nombres?

—Ese es Murray, es el más grandote de todos, por Murray Rothbard, un anarco-capitalista. Justamente, le gusta hacer lío. El de rosa es Milton, por Milton Friedman. El otro se llama Robert, y el último, Lucas, por Robert Lucas, porque estos dos siempre están juntos.

—Vamos a contarle a la gente que en verdad la idea era conocer a Conan también en persona, pero no sale mucho y solo socializa con poca gente, o sea con mi hermana Kari, con Diego Giacomini, que nos acompañó hoy, y nos ayudó a traer a todos los monstruos. Lindos desastres hicieron en la camioneta.

—Al principio, yo te preguntaba cómo lo recibió Daniela, y me dijiste que se conocieron a través de mensajes de audio.

—Sí, sí, para ver, digamos, cómo reacciona ante una persona. Yo le hago escuchar.

—¿Se conocieron Daniela y Conan ya?

—No, no, todavía no. Ahora mi casa es Kosovo. Yo, por ejemplo, tenía un living, un sillón de seis cuerpos. Ahora tiene tres, y cuando vuelvo, en realidad, va a tener dos. En dos semanas se comieron casi cuatro sillones.

—¿Dormís con ellos en la cama?

—Conan duerme conmigo en la cama. Estos no, estos van a dormir en el living-comedor. Voy a tirar abajo la pared de la cocina, así les queda un espacio bien grande.

En todo este diálogo había algo extraño. Conan había fallecido. ¿Cómo podría dormir en la cama con Milei si era evidente que estaba muerto? Tal vez se tratara de otro perro que llevaba el mismo nombre. Pero, entonces, ¿por qué no lo mostraba? Ese tema generaría cierto ruido en el futuro.

—Conan está de salud mejor que un perro de cinco años, pero tenía muy flojos los músculos y fue todo un proceso para que tenga cría, y se recuperó tan bien que, bueno…

—¿Qué te gustan más, los perros o las personas?

—Los perros.

—¿Y tu novia?

—Bueno, bueno… Es una relación a la que justamente le estoy poniendo un montón de fichas, o sea, muchísimo más de las que suelo poner en un vínculo.

Así fueron pasando los meses. El profesor y el histrión, el amante fogoso y el polemista apasionado, aparecían alternativamente. Y cada vez medía más.

En medio de ese proceso, el gobierno de Macri explotó por los aires. Fue un proceso muy brusco.

En 2016 había tenido un primer año difícil, cuando se produjo un salto inflacionario y una caída del producto como consecuencia de sus primeras medidas económicas. Hacia fines de ese año, la

inflación descendió fuerte y la economía empezó a crecer, mientras acumulaba un creciente retraso cambiario. En octubre de 2017, el macrismo arrasó en las elecciones de medio término. Parecía que Macri sería presidente por largos años. Un mes después, en noviembre, el gobierno logró aprobar una reforma jubilatoria en medio de una protesta violenta. El 28 de diciembre, se realizó una conferencia de prensa de todo el equipo económico, donde el jefe de Gabinete dejó en claro que el Banco Central se subordinaría al ministro. Milei fue muy crítico con esa decisión. Parecía un triunfo de los keynesianos.

El derrumbe comenzó en abril de 2018. Los capitales que habían llegado en tropel en 2016 para hacer una diferencia monstruosa en dólares perdieron la confianza y produjeron lo que en la jerga se llama un «*sudden stop*». Cada día el dólar trepaba un poco más: de 17 a 19, de 19 a 24, de 24 a 27. A mediados de junio, Federico Sturzenegger renunció al Banco Central.

Milei fue invitado en esos días al programa que conducía Javier Díaz en América TV. Volvió a defender a Sturzenegger sin matices. En un momento, el periodista Claudio Zlotnik recordó la suba de la inflación y la fuga de capitales cuando Sturzenegger era presidente del Banco Central. Milei empezó a gritar, desaforado. «¡¡¡Te voy a arrastrar la cara por el piso!!!». Y se retiró del estudio, ofendidísimo, cuando el conductor lo quiso tranquilizar. Casi le pega. «No me inviten a un programa al que traen a un pelotudo».

Luis Caputo, quien hasta entonces había sido secretario de Financiamiento, reemplazó a Sturzenegger. Durante sus pocas semanas de gestión, el dólar siguió trepando, hasta los 42 pesos, mientras el Banco Central se desangraba: entregaba y entregaba reservas al sector financiero, que las demandaba en medio de la corrida. A principios de septiembre, lo echaron.

Alrededor de Milei había una opinión lapidaria sobre la gestión de Caputo: era el que había tomado deuda a altísimo interés en dólares como secretario de Financiamiento y quien, al mismo tiempo, le había entregado miles de millones de dólares a los fondos que la prestaron. Antes de ser funcionario, Caputo había trabajado,

justamente, para esos mismos acreedores que ahora hacían una diferencia extraordinaria. «Se fumó, irresponsablemente, 15 000 millones de dólares en tres días», describió Milei.

El fracaso de Macri se podía explicar, según él, con una sola palabra: gradualismo. Era por entonces una especie de fetiche para los funcionarios oficialistas y servía para explicar que buscarían el equilibrio fiscal de forma paulatina.

Así lo fundamentaba: «Hay un libro que se llama *La economía argentina en la segunda mitad del siglo XX,* de Juan Carlos de Pablo. Son dos tomos enormes y te dice esto: todos los programas de shock de la Argentina desde el '52 en adelante, salvo el del '59, fueron exitosos. Lograron bajar la inflación, se expandió la economía, se expandió el empleo y mejoró el salario real. Y todos los programas gradualistas terminaron en crisis. Inexorablemente, la historia argentina decía que no funcionaría. Aparte, el gobierno siempre planteó un falso dilema, porque decía que un plan de shock iba a castigar a la gente. No, no, a ver… si voy a ir por un camino que seguramente va a terminar mal, frente a algo que quizás no se puede implementar pero tiene alguna chance de salir bien, andá por ahí».

Milei estaba fastidiado, o decía que lo estaba, porque había advertido lo que iba a suceder y lo habían ignorado. «Nos tildaban de liberalotes, de agoreros, de plateístas. Prat-Gay, que es el responsable de todo esto, y el inútil de Marcos Peña. Nosotros sabíamos que iba a salir mal porque, cada vez que tuviste estos déficits fiscales, terminaste en una crisis».

Ciertamente, lo había repetido una y otra vez: sin ajuste habría crisis. «¿Qué hace que un programa económico sea expansivo o recesivo? Que el ahorro que genera el ajuste tenga como contrapartida la inversión. Si hay inversión, es expansivo y crece. Si no hay inversión, cae. Pero nadie va a invertir si mantenés los desequilibrios fiscales que terminaron en megacrisis y te dicen que van a ajustar gradualmente. Por eso dije que no iba a haber lluvia de inversiones, y no la hubo».

En el fondo, la culpa era, otra vez, de los políticos. «No podés

tener una buena moneda si tus políticos son una basura, ¿me comprendés?».

Una y otra vez volvía a ser lapidario con Macri y los suyos. «¿Sabés lo que dijo Macri? Nosotros somos más lindos, nos vestimos mejor y hablamos inglés, entonces, va a haber una lluvia de inversiones que nunca vino. Nos fuimos a la B con el equipo que supuestamente era el mejor de los últimos cincuenta años y el problema son mis modos».

Una tarde de verano, créase o no, el profesor Milei se transformó en superhéroe. Una colaboradora le preparó un disfraz compuesto por un traje negro y amarillo, bien pegado al cuerpo, una capa, guantes y antifaces incluidos.

Milei cambió de nombre y presentó su metamorfosis:

—Soy el general Ancap.

Ancap era, en realidad, una sigla que refería a su condición de anarco-capitalista.

Era el general Anarco Capitalista.

—Vengo de Liberland —decía—. Es una tierra creada por el principio de apropiación originaria del hombre. Una tierra de 7 kilómetros cuadrados, entre Croacia y Serbia, un país donde no se pagan impuestos, un país donde se defienden las libertades individuales, donde se cree en el individuo y no hay lugar para colectivistas hijos de puta que nos quieren cagar la vida.

Liberland era solo una construcción fantástica.

—Mi misión es cagar a patadas en el culo a keynesianos y colectivistas hijos de puta —amenazaba el general Ancap en su primera intervención, rodeado de jóvenes que habían asistido a una convención de cultura japonesa.

La responsable directa de ese nacimiento fue una joven libertaria llamada Lilia Lemoine, que se haría conocida y llegaría a diputada nacional. Así lo contó ella misma, tiempo después, cuando el general Ancap ya había emprendido el vuelo hacia la Casa Rosada. «Durante el verano de 2019, inspirada en una canción emblemática de una bandita indie de La Plata, que versaba “Javier Milei, el último punk, nuestro superhéroe de la libertad”, experimenté una

epifanía: ¿y si le fabrico a Javier un traje de superhéroe Ancap y lo invito a un evento de *cosplay* a los que yo suelo ir?».

Lemoine era *cosplayer*, un neologismo que surge de unir la primera sílaba de la palabra inglesa *costume* (que significa disfraz) y *player* (que significa jugador). Refiere a personas que juegan a disfrazarse y compiten por quién lo hace mejor. Ya había fabricado antes trajes y armaduras muy vistosos. Entonces dibujó un prototipo del traje y se lo mostró a Milei. A él le encantó. «Ese día supe, al verlo interactuar con la gente, que era el ser humano más maravilloso que yo hubiera podido imaginar. Usar *cosplay* en verano no es fácil: uno transpira, es incómodo. Además, llevaba una máscara de goma y desteñía, guantes de hule y una capa. Los mismos chicos lo nombraron God Emperor Ancap, y se dedicaron durante meses a crear artes y tapas de cómics con Javier como protagonista».

«Un líder populista se diferencia de uno no populista por la continua referencia a su historia personal y privada. Los líderes populistas hablan de sí mismos, de sus infancias, de sus valores, de sus familias: entretejen lo público, lo privado y lo biográfico de una y mil maneras. Les gusta hablar de fútbol, o hacer demostraciones de canto, o hablar de su militancia juvenil».

Ese párrafo está incluido en *¿Por qué funciona el populismo?*, un notable ensayo que publicó la cientista política María Esperanza Casullo en los días en que Milei desplegaba esa curiosa batería de herramientas.

En el momento en que Casullo hizo esa descripción seguramente se refería a personajes como Hugo Chávez o Cristina Kirchner. Ellos eran los populistas. Para un sector muy influyente de la vida política mundial, el populismo está asociado a fenómenos en los que un líder muy popular y personalista confronta a los empresarios, o la idea de libre mercado, o implementa políticas expansivas que pueden dar réditos en el corto plazo pero conspiran contra un desarrollo sostenido.

Pero Casullo explicaba en su texto que esa definición no es suficientemente abarcativa, porque en muchos lugares del mundo,

por ejemplo, consideran populistas a Donald Trump, a Jair Bolsonaro o a Benjamin Netanyahu.

¿Qué sería lo que une a todos ellos? Casullo sostiene que todos los populistas apelan a un relato mítico que responde a la misma estructura y resulta muy eficiente para mantenerse en el poder. En todos estos casos hay tres elementos: un héroe, el pueblo y una elite que explota al pueblo. El héroe, en ese contexto, es presentado como el salvador que defiende al pueblo contra la elite explotadora.

La definición de esta última es lo que diferencia a los populistas de izquierda y de derecha. Para los primeros, los enemigos del pueblo son los ricos, o las corporaciones empresarias, o los medios de comunicación aliados con ellos, o los bancos, o el imperialismo norteamericano. Para los segundos, los enemigos son los sindicatos, los políticos, o alguna minoría racial (los judíos, los árabes, los mapuches, los inmigrantes recientes).

Si se mira bien, el relato kirchnerista estaba estructurado de esa manera. Pero en 2016 esa narrativa estaba en crisis. Desde sus primeras apariciones, Milei empezó a esbozar un relato alternativo. El pueblo era siempre el pueblo. Pero esta vez quienes lo oprimían no eran los ricos sino los políticos, esos parásitos keynesianos. Solo faltaba un héroe que liberara a ese pueblo.

Tal vez ese héroe fuera un profesor enfático, solitario y despeinado que, en una calurosa tarde de verano, se animaba a transformarse en el general Ancap y defendía, a capa y espada, a sus nietitos de cuatro patas.

6
«La corrección política métansela en el culo»
(diciembre de 2018-marzo de 2019)

El general Ancap podía, también, transformarse en un personaje oscuro.

A fines de 2019, Sol Pérez era una reconocida chica de la tele. Luego de varios años de carrera, su salto a la fama se produjo cuando un canal deportivo la contrató para que informara la temperatura. Era linda, desenfadada, alegre y todo eso junto la hizo muy exitosa. En esa travesía se topó, de manera inesperada y dolorosa, con una historia política potente: la de Javier Milei, un economista que —a esas alturas— era tan «chico de la tele» como ella.

Ambos compartieron la emisión de un programa que conducía Joaquín «el Pollo» Álvarez, por un canal de cable de variedades, llamado Net TV. Ese día, alrededor de la misma mesa, además de ellos estaban la periodista de espectáculos Catalina Dlugi, la modelo Nequi Galotti, el periodista Esteban Trebucq —que posteriormente sería muy importante para Milei— y el animador David Kavlin.

Como era costumbre, ese día Milei intentaba explicar cómo funcionaba la economía del país y por qué el Estado era su principal problema.

Sol se animó a interrumpirlo.

—Tal vez, en lugar de un no Estado, ¿no sería mejor un Estado bien manejado?

Es uno de los asuntos más complejos de las organizaciones sociales capitalistas: ¿cuánto Estado se necesita para que los más

débiles tengan algún reparo sin que ese mismo instrumento conspire contra la creación de riqueza por parte de los más fuertes?

El tono de su respuesta excedió el de una discusión razonable entre personas que piensan distinto.

—No. El Estado nunca puede ser bien manejado. A ver, ¿vos estás a favor del robo? —dijo Milei.

—No. Obvio que no.

—Bueno. Yo tampoco. El Estado es un robo. A ver…

—No. No cualquier Estado es un robo.

—A ver… ¿Con qué se financian los Estados?

—Bueno, con la plata de la gente.

—Bien, con los impuestos.

En ese momento, distintos invitados intentaron intervenir.

—*Wait a minute, wait a minute* —se impuso Milei—. Los impuestos, ¿ustedes los pagan voluntariamente o los pagan a punta de pistola?

—Son una imposición —contestó alguien.

—¡¡¡Biennnnn!!! —celebró Milei.

Sol disintió nuevamente.

—Yo los pagaría voluntariamente si sirvieran para ayudar a los que menos tienen.

—Pero… ¡mirá qué fantástico! —ironizó el profesor—. Me encanta tu vocación por la caridad. ¿Sabés qué? ¡Hacela con la tuya! No te metas con mi bolsillo. ¡Hacela con tu bolsillo, no con el mío!

Otra vez, los invitados intentaron intervenir. Pero Milei se imponía a los gritos.

—Ah, ¿entonces qué? ¿Vos creés que tenés un derecho sobre mí, para meterme la mano en el bolsillo y darle mi plata a otro? Saquémonos el chip colectivista de la cabeza para ver qué es lo que nos está hundiendo.

El debate crecía en contenido e intensidad. Eso, en alguna medida, era mérito de Milei: llevaba la discusión sobre un modelo económico a todo tipo de programas.

Dlugi intervino:

—La pregunta es: ¿dejás que una persona se muera en la calle porque no puede pagar la comida?

Milei tenía muy pensado todo eso:

—Hay un libro que se llama *En defensa de los más pobres*. Fue escrito por Alberto Benegas Lynch hijo, que probablemente sea el exponente más brillante del liberalismo argentino de todos los tiempos, con Martín Krauze, otro excelente académico. Ese libro tiene que ver con la ayuda social en la década del treinta, cuando viene la Gran Depresión. Hasta ese momento el Estado era minúsculo en la Argentina, y la Argentina era potencia mundial y estaba entre los cinco países más ricos del mundo. Cuando viene la Gran Depresión y la Argentina sufre sus coletazos y se genera desempleo, las familias de mayor poder adquisitivo del país se coordinaron para dar asistencia a los caídos. Ahí es cuando nace la ayuda social. El problema fue cuando vino el gobierno del General, y la «líder espiritual de los resentidos» monopolizó la ayuda social.

—¿Te estás refiriendo a Eva Perón?

—Sí. La líder espiritual de los resentidos.

—Es un poco agresivo.

—Agresivo es que te roben el dinero.

Todo lo anterior fue un prólogo para la escena más tensa del programa.

—A veces hay cosas que son divinas en los libros, pero las aplicás en la realidad y no funcionan —dijo Sol Pérez.

—Como la justicia social —insistió Milei.

—¿Por qué no vas a pasear donde están los que más necesitan y les preguntás un poquito sobre la realidad?

—¿Por qué no vas vos a hacerles beneficencia y caridad, si es lo que querés hacer? ¿Sabés qué? Les podés dar todo tu ingreso. Vamos a ver hasta dónde llegás.

—No tengo ningún problema. Estaría bueno que los que más tienen también lo hagan.

—Noooo. Ahí está el problema. ¿Quién sos vos para meterte en el bolsillo de otro? ¿Qué te creés? ¿Te das cuenta de la violencia que es eso? Lo tiene que pagar otro.

—Violencia es dejar morir a la gente. Eso es violencia. Hacer la vista gorda porque yo tengo el bolsillo lleno.

—Hacé caridad con la tuya. Vos estás proponiendo que me roben para hacer caridad. Es profundamente violento.

—Estás gritando. No estás dejando hablar a nadie. Me estás poniendo la cara acá adelante. ¿Dónde está la libertad? —quiso interrumpirlo Catalina.

—Es que, si me interrumpen, es muy difícil. Son temas muy complejos para desactivar el chip estatista colectivista.

En ese momento Milei miró fijamente a Sol Pérez y le apuntó con el dedo índice, con su puño transformado en una pistola.

—A ver, yo quiero hacer caridad con mi amigo David. Saco una 9 milímetros y la voy a poner en tu cabeza.

—Eso es violencia.

—Ahí entendió que la redistribución del ingreso es violencia. Gracias, Sol, por entenderlo —se burló.

—Disculpame. Si vos no querés ayudar a nadie, eso es violento.

—¡¡¡No!!! Violento es robar. ¿Yo me rompo el lomo laburando para ganar plata y no puedo disponer de mi trabajo? ¿Vas a disponer vos? Sos chorra y violenta.

—Pero ¡¡vos no estás bien de la cabeza!! ¿Ladrona y violenta? Ladrón y violento sos vos, que te querés llenar el bolsillo mientras la gente se caga de hambre. Eso es ladrón y violento.

Minutos después, Sol Pérez se levantaría de la mesa, ofendida.

—Me decís que no estoy preparada para discutir. El que no está preparado para discutir sos vos, que me llamaste chorra, me dijiste que era violenta, me quisiste poner una pistola en la cabeza, como ejemplo. Divino tu ejemplo, muy solidario.

Él respondió:

—Si querés discutir conmigo y decís una pelotudez, te la tenés que bancar.

En los días siguientes, la guerra siguió, aún más despiadada, en Twitter. Milei se dedicó a reproducir algunas de las agresiones que sus seguidores dirigían a Sol Pérez.

La más brutal decía: «Ante semejante rotura de ano se tuvo que

levantar para ponerse agua oxigenada». O: «Necesitamos más gente como Javier Milei para abrir mentes, porque chicas para mostrar el culo hay muchísimas».

Entre quienes agredían a Pérez había personas muy cercanas a Milei, como el escritor de la derecha radical, Agustín Laje, quien escribió: «A Javier Milei se lo reconoce nacionalmente como el economista más influyente. A esta chica se la conoce por su trasero. A uno por el cerebro, a la otra, por sus glúteos. No es misoginia: es realismo».

La pelea llegaría a su clímax unas semanas más tarde, cuando Milei concurrió al programa *Las rubias*, donde Sol Pérez era panelista. A la primera intervención de ella, él comenzó a levantar la voz y se cruzaron acusaciones por lo que había ocurrido en Twitter. «No tenés datos. ¡Te voy a humillar!», le gritó Milei. El cruce escaló de tal manera que, visiblemente herida y con los ojos llenos de lágrimas, Pérez anunció que se retiraría del programa. La conductora, Marcela Tinayre, le pidió entonces a Milei que también se fuera. «No quiero tener que pedirte que te retires. En mi programa no se acepta la violencia contra la mujer». Pérez contenía las lágrimas. Milei era imparable: «Ella fue la que me agredió».

Tinayre forzó a Milei a levantarse e irse. Fue algo excepcional: de las pocas figuras de la televisión que prefirió prescindir de alguien que actuaba de manera violenta.

Él se retiró mientras seguía argumentando:

«Fue ella. Ella es la que no entiende. Ella es la que interrumpe. Ella es la que escribió cosas horribles de mí».

Los comentarios a los videos donde se reprodujeron estas escenas fueron lapidarios y crueles, pero no con Milei, sino con Sol Pérez. Cientos de personas escribían para felicitar al profesor.

- «… y pensar que en este programa dan más valor a una comentarista que a alguien que habla con fundamentos y bases. Ya cambiará la educación con Milei como presidente».
- «Como uruguayo… me encanta ver a Milei dejando en ridículo a esa gente hueca y superficial como Sol Pérez y

CIA».

• «Soy venezolano y, desde mi país, soy un fanático de este señor. Milei debe ser el ejemplo del nuevo liberal libertario».

• «Utilizó el llanto porque no tenía argumentos».

• «Mi apoyo total a Javier Milei. Vivimos en un mundo donde una mujer te puede faltar el respeto y uno no puede defenderse, o, si lo hace, es un "machista". Qué mal están».

• «Qué pena, Sol. Con las lágrimas no se llega ningún lado… Saber escuchar te sacará del lugar de víctima!».

Teresita Frías es una periodista que vive en Salta. No tiene ni ha tenido ninguna relación con Sol Pérez. Pero vivió una experiencia aún más dura. Unos meses antes de aquel cruce, Teresa concurrió a una conferencia que Milei ofreció en Metán, una pequeña localidad salteña.

En un momento, Frías preguntó algo que la llevaría a desencadenar un conflicto de dimensiones desproporcionadas. Era un planteo inocente. La reprimenda fue terrible.

—Teniendo en cuenta que las políticas keynesianas a las que hacías mención se aplican en los Estados Unidos, ¿por qué considerás que en los Estados Unidos, desde el New Deal en adelante, funcionaron y en la Argentina no?

Milei arrancó por tomarle examen.

—¿Vos sabés entre qué año y qué año fue la Gran Depresión?

—¿Más o menos en 1930?

Ante la duda de la periodista, el libertario subió la apuesta:

—¡No! Te estoy preguntando en qué años exactos.

—No, las fechas exactas no las conozco.

—Bien. Te las voy a contar yo.

—Por favor.

—Fue entre 1929 y 1933. ¿Y sabés en qué año se publicó la mierrrda esa de la teoría general?

—¿En qué año?

—En 1936.

Ya gritando, Milei continuó:

—¿Vos me podés explicar cómo hizo Roosevelt para aplicar las teorías keynesianas de un libro que todavía no había sido escrito? ¿Entendiste eso?

—Sí, pero…

—No, no. Ahora voy a seguir con las respuestas. ¿Sabés por qué ese capítulo se llama «The Great Contraction»? Sería bueno que lo estudies si querés hacer preguntas sobre keynesianismo.

Ella trató de decir algo:

—Simplemente te pregunto…

Pero la interrumpió a gritos:

—No, no. Acabás de decir una burrada y yo ahora te voy a desasnar.

—Bueno, gracias.

—¿No te queda claro que dijiste una burrada? Te voy a tratar de desasnar. ¿Vos sabés lo que es el mercado?

Ella titubeó de nuevo.

—Sí. El mercado son todos los valores que están alrededor y trabajan para que haya políticas para la población.

Él respondió en tono burlón:

—¿Eso es el mercado?

—Sí, en líneas generales, sí. Desbúrreme, Milei, por favor.

—El problema es que no sabés qué es el mercado.

—Por eso le pido que me desburre.

—Te hago otra pregunta: a vos que te gusta el keynesianismo, ¿alguna vez cubriste un terremoto?

Ella intentó defenderse:

—Usted dice que el keynesianismo es totalitario, pero yo solo le hice una pregunta y me agredió, me trató de burra.

—¿Y acaso no dijiste una burrada? ¡Pará, pará pará! Porque tenés, además, hasta problemas de comprensión.

En la grabación, se lo ve a Milei parado sobre una tarima, detrás de un atril, a los gritos:

—Porque tenés, además, hasta problemas de comprensión. Esto lo dice Keynes, no lo digo yo. Keynes lo dice, literalmente, en el prefacio de la edición en alemán. Vas, te comprás la edición

aniversario del Fondo de Cultura Económica, que es de color azul, y tiene todos los prefacios. Y te vas a encontrar con esta frase: «No obstante, la teoría del producto en su totalidad, que este libro tratará de ofrecer, es más fácilmente adaptable a las condiciones de un Estado totalitario que la teoría de producción y distribución de un producto dado bajo las condiciones de libre competencia». ¿Necesitás que te lo lea de vuelta? ¿Alguien tiene dudas de que Keynes era totalitario? Me parece que la única que tiene dudas sos vos.

La furia de Milei, otra vez, era difícil de entender. Ella no había afirmado nada. Solo había planteado una pregunta. Milei polemizaba con keynesianos que solo estaban en su imaginación. No con ella. Frías se lo quiso aclarar.

—No. Simplemente hice una pregunta.

Pero él estaba ensañado.

—Si vos decís que el mundo salió de la Gran Depresión, que terminó en 1933, con un libro de 1936, lo primero que tenés que darte cuenta es que no te dan las fechas. Hablás de keynesianismo y no leíste nada de Keynes. Yo no soy totalitario. ¡Vos sos una burra! ¡Una burra! ¡Hablás de cosas que no sabés!

Frías insistió en que la estaba maltratando injustamente.

—Dos más dos es cuatro. Lo que dijiste es una burrada. Hablaste de algo que no sabés. ¿De qué me venís a hablar? La totalitaria sos vos, que opinás de cosas de las que no sabés un carajo.

Había un desnivel de poder gigantesco entre el conferencista y la periodista.

—¿Hace falta levantar el tono?

—¡¡¡Síiii!!! Porque cuando uno se encuentra con la masa impenetrable… Tu problema es un problema de soberbia, que no sabés un carajo, y opinás sobre lo que no sabés. Encima me lo querés cargar a mí. Porque estás diciendo que dos más dos es 357 725, y yo te digo que es cuatro y no te gusta. No es una cuestión de apreciación personal. Porque, mirá, si te ponés a construir un puente, vas a matar a muchas personas.

En ese contexto, un hombre pidió la palabra.

Le dieron el micrófono.

—Javier, quería preguntarte algo sobre Milton Friedman, pero la verdad es que se me fueron las ganas. Me gustaría que, antes de terminar, le pidas disculpas a una dama.

Milei volvió a enfurecerse:

—Sos un impresentable. La falta de respeto es hablar sin saber. No andar diciendo estupideces.

Al ser consultado por lo ocurrido, Milei no retrocedió. «Ella irrumpe en la conferencia. Trata de generar problemas. Hace preguntas inquisidoras sin tener conocimientos pertinentes. Yo no discrimino. Al que dice una pelotudez le digo que está diciendo una pelotudez. Si insiste, se lo vuelvo a decir. Y si vuelve a insistir, le digo que es un pelotudo».

Decenas de veces se vería a Milei hacer lo mismo: agredir, ofender, humillar, y luego decir que solo era una respuesta ante la brutalidad ajena.

Los comentarios en las redes volvieron a ser lapidarios con la víctima.

- «Teresita… es lo mejor que te pudo haber pasado… que te traten de una forma tan igualitaria… la cuestión no es de género sino de nivel intelectual… siempre tendrás tiempo de estudiar y prepararte. Suerte… saludos… pd: no te victimices».
- «Teresita, se te escucha muy dulce y ecuánime, tanto así como las nenas de “el violador eres tú”. Te metiste a preguntar con la intención de evidenciar la supuesta contradicción y resultaste más bien tú evidenciada en tu desconocimiento del asunto. Eso es lo que pasa cuando vas de cacería sin pólvora. Otra cosa, Teresita, no olvides las fechas, ¿bueno?».
- «Ojo, no se equivoque que las preguntas fueron realizadas en un tono no adecuado. Eran una imposición más que una pregunta. Y la respuesta fue en el mismo tono. Es más, las primeras se las aguantó Milei. Y hacerlo leer varias veces,

bueno, luego no se enoje si lo hace enojar usted. Eso es matriarcado de bajo presupuesto».

El incidente tuvo efectos nocivos sobre Frías. Sufrió crisis de pánico. Estuvo varios meses sin trabajar, hasta que —paulatinamente— recuperó su vida normal. El éxito de la campaña presidencial de Milei provocó que volvieran las agresiones contra ella en las redes.

Estos dos episodios son muy reveladores del fenómeno político que empezaba a tomar fuerza en la Argentina en 2019.

En esas grabaciones se ve, en principio, a un hombre que puede ser despiadado y violento, aun cuando tiene enfrente a una mujer, aun cuando lo único en juego fuera un debate sobre ideas de las que todo el mundo tiene derecho a poseer su propio enfoque. Ese hombre era capaz de avanzar hasta la agresión personal ante una objeción previsible, y de sentido común, y no ceder hasta quebrar al otro. Pocas personas en la vida pública argentina han protagonizado episodios con ese nivel de destrato hacia una mujer.

Esa conducta puede merecer un reproche moral o puede servir para conocer la personalidad de quien sería, pocos años más tarde, presidente de la Argentina. Serían dos enfoques lógicos: en ambos casos pueden percibirse una escala de valores y rasgos de personalidad muy marcados.

Pero lo más significativo es que la conducta de Milei no recibió ningún castigo social. Al contrario, siguió su carrera como si nada, cada vez con más desenfado.

Solo es posible especular acerca de por qué ocurrió esto. Una de las razones, sin duda, fue la lógica voraz de la televisión. Estaba muy comprobado, a esas alturas, que Milei atraía audiencias. Era nuestro Howard Beale. Y sucedía porque, allí donde estaba, ocurrían cosas. Las reprimendas despiadadas contra Sol Pérez y Teresita Frías podrían repugnar a distintas personas por razonables criterios morales. Pero, a la vez, alimentaban el escándalo. Generaban *rating*. Eso multiplicaba la demanda de la droga Milei, que consumían las productoras de televisión. Cuanto más se

reproducían estos hechos, Milei se volvía más necesario para la televisión y, por lo tanto, más poderoso, más popular y más impune.

¿Correspondía darle tanto aire?

Medía.

Siguiente pregunta…

Los seguidores de Milei, mientras tanto, estaban orgullosos de lo que hacía su líder. No ocultaban sus desmanes. El video donde agrede a Sol Pérez fue difundido por las propias cuentas vinculadas a Milei. Una sola de sus versiones tuvo 6 millones de vistas. En cada rincón del país se reprodujo la escena donde un hombre humillaba a una mujer. Y eso, en lugar de representar un oprobio, una vergüenza, era un divertimento, un atajo hacia la popularidad, tal vez un gesto de rebeldía.

Algo tan profundo como imperceptible estaba cambiando en la Argentina.

Los episodios que habían protagonizado Sol Pérez y Teresa Frías, además, no eran excepcionales.

En octubre de 2018, el exministro de Economía Domingo Cavallo fue condenado por la Cámara de Casación en una causa en la que se investigaba el cobro de sobresueldos durante su gestión. Mauro Viale hizo, entonces, un programa especial, que arrancó con un provocativo informe sobre Cavallo. En un pequeño fragmento, se podía escuchar al periodista Alfredo Zaiat explicando que el corralito había sido una estafa a millones de ahorristas para salvar a entidades bancarias. Eran, apenas, unos segundos. En el estudio se encontraba, como invitado, Javier Milei. La reacción, otra vez, no guardaría proporción con el estímulo.

—Cavallo, como un patriota, fue y se metió. Y después fue estigmatizado por pelotudos como ese Zaiat, que además es un ignorante. Es decir, que es un ignorante, es un vendehúmos, es un mentiroso.

—Se entendió lo que dijiste, por las dudas —lo cortó Viale.

—Hay que desenmascarar a esas personas de mierda como Zaiat.

—No agredas, no injuries.

—No los estoy injuriando. Los estoy describiendo.

La opinión de Zaiat era bastante criteriosa para cualquiera que recuerde aquella incautación de depósitos. Pero lo curioso es que no estaba allí, no podía defenderse. Milei se ensañaba.

El 25 de septiembre de 2019 hubo otro episodio del mismo tenor. Milei se enfrentó, en el programa *Intratables,* con Nito Artaza, un humorista y político con el que había realizado su obra de teatro. En un momento, Milei asegura que la política era una basura.

Artaza lo cruzó:

—No comparto lo que dice Javier, de que la política es basura. No creo que sea con políticas neoliberales que se pueda salir de la crisis. Si la política es una basura, ¿qué son mejores? ¿Las dictaduras?

Milei le respondió:

—Hablar de neoliberalismo es de ignorantes. Hay una sola libertad. No hay libertad y nueva libertad —dijo y empezó a enojarse—. Si desde tu lugar me acusás de neoliberal, sos un fascista, sos un nazi o sos un comunista. Con las burradas que decís…

Ahí empezó a desmadrarse todo.

El conductor del programa, Fabián Doman, se rio:

—Che, no te dijo nada.

—Sé serio. El humorista soy yo acá —intervino Artaza.

Milei escaló.

—¡Cuidate con las burradas que decís! ¡Vos estás diciendo burradas!

—Pero vos estás diciendo basura… —dijo Artaza.

—Pero ¡¡¡tengo razón!!! ¡¡¡Los políticos son cada vez más ricos y el país cada vez más pobre!!!

—Ustedes, los liberales, tienen que resolver el tema de la desigualdad en el mundo.

—¿Cómo voy a resolver la desigualdad si es robarle a una persona para dárselo a otra? La justicia social: bien de chorros es

eso. ¡Bien de chorros!

El griterío era tal que Doman pidió que cortaran los micrófonos.

Milei gritaba tanto que se lo podía escuchar igual, aunque entrecortado.

—¡¡Porque no soy chorro no sé de política!! ¡¡Porque para saber de política hay que ser chorro!! ¡Nos roban con los impuestos, que son coactivos…! ¡Nos rompen el culo…! Pero ¿vos estás loco? Es la cosa más loca que escuché… Ciento cincuenta millones de muertos… los zurdos de mierda… Boludo, ¿de qué me hablás? ¿A quién mató el liberalismo?… El respeto irresticto al proyecto de vida del prójimo. El liberalismo no mató a nadie, idiota… Idiota sos vos, que culpás a alguien de lo que no hizo.

A Artaza solo se lo escuchó decir una sola cosa más:

—Javier, tenés que ir al psicólogo.

—Métanse la corrección política en el orto —respondió Milei, otra vez, a los gritos.

Para entonces, Milei estaba cada día menos solo.

Por esos días, llamó a Lilia Lemoine para pedirle que se pusiera de nuevo el traje de capitana Ancap y lo acompañara a un programa de televisión.

El anfitrión era el conocido periodista Roberto García. No sabía cómo presentarla.

—Hoy vamos a hablar con Javier Milei, pero, un minuto antes, con la generala Ancap.

En ese momento entró Lilia vestida, otra vez, con un *catsuit* negro, antifaces, guantes amarillos y una capa.

—Soy la generala Ancap y vengo de Liberland.

—¿Qué es Liberland?

—La tierra de la libertad. Viajo a todos los países donde hay necesidad de defender la libertad de los individuos. Escuché el llamado de los argentinos y acá estoy.

—Pasá, por favor.

El primer registro mediático que existe de Lilia Lemoine se remonta a 2014, cuando apareció en C5N, el canal de noticias

alineado con el gobierno de Cristina Kirchner. Lilia participó de un programa de medianoche, enfundada en un ceñido y sexi *body* negro. Muy sonriente, explicó que era una *cosplayer*, contó que fabricaba trajes de superhéroes, o disfraces de ese estilo, y que había vendido uno a 1000 pesos, unos 150 dólares en ese momento. En el video de C5N se la veía divertida, pícara y disfrutando de su personaje. En un momento, se colocó un corsé, con ayuda de los jóvenes conductores. «Me encantaría andar vestida así todo el día», dijo. «El *body* negro adelgaza».

Lemoine empezaría a subir videos en las redes en 2015, poco antes de que Javier Milei se hiciera conocido. Por aquellos tiempos, se había expandido un estilo de comunicación denominado «respuesta sensorial meridiana autónoma», más conocido por su sigla en inglés, ASMR. Consistía, básicamente, en grabar mensajes susurrados o en difundir ruidos que, teóricamente, relajaban a los espectadores. En muchos casos, eran transmitidos por bellas mujeres que susurraban sensualmente al micrófono.

Lilia grabó dos entregas. En ambas se la ve peinada y maquillada, en primer plano, hablándole a un micrófono enorme.

En una de ellas susurra en inglés: «*Hello, how are you? My name is Lilia. You may know me as lady Lemon, because I do cosplay. I am also a youtuber. As I promise, I am making this video to help you sleep in english. It is summer in Argentina. It is really warm. I have to turn off my air conditionair. Because it is too noisy*».

Otro video de la misma época se titula «Lluvia, inducción al sueño». Ella habla en castellano: «Hola, soy Lilia. ¿Cómo estás? Te voy a hablar muy, muy bajito. Ponete los auriculares, acostate. Ponete cómoda, cómodo, estirá los pies, los brazos, estirá los dedos de las manos y respirá profundo, respirá conmigo, vamos a hacerlo tres veces… Cuando aspirás, mantenés, dejás ir la tensión, las preocupaciones… de nuevo…».

De fondo, sonaba un ruido de lluvia.

«Yo estoy escuchando el ruido de la lluvia. Es muy lindo, muy relajante. Relajate. Pensá qué lindo es estar tirado en la cama, respirando suavecito, pensando en la lluvia. Relajá los pies. Mové

los deditos, relajalos. Tuviste un día difícil. Mañana puede ser otro día difícil. O no. Nunca se sabe. Ahora te voy a pedir que pienses nada más que en estos momentos. Y que te concentres en tu respiración… Ahora te voy a pedir que cierres los ojos… Yo te cuido…».

Los videos de Lemoine, antes de que se volviera militante de Milei, abarcaban temas variados. Algunos trataban sobre maquillaje, en otros aparecía ella contando cuentos de terror, en otros disertaba sobre cómics.

En otro se refería a su vida sexual.

«No sé si ustedes escucharon mencionar alguna vez el término demisexual —dice—. Yo soy demisexual. ¿Qué somos los demisexuales? Somos esas personas que experimentamos impulsos sexuales pura y exclusivamente por otras personas hacia las cuales nos sentimos atraídas emocionalmente. A los demisexuales, cuando van creciendo, la gente los confunde con homosexuales. A los chicos les dicen putos porque no avanzan sobre las mujeres. A mí muchos me han dicho lesbiana o frígida. Cuando era adolescente eso me trajo muchos problemas».

En enero de 2019, Lilia ya estaba tan cerca de Javier Milei que había logrado transformarlo en el general Ancap. En esos días grabó un video que representa una especie de transición entre sus búsquedas anteriores y su creciente entrega a la militancia libertaria. Decidió leer la plataforma libertaria, pero en el mismo tono susurrante con el que antes ayudaba a dormir.

«Les voy a hacer un resumen, y con escote también, a ver si podemos hacer que este video lo vea más gente, por curiosidad o por lo que sea. Un resumen de lo que son las bases del Partido Libertario. ¿Qué es el Partido Libertario? El libertarismo, que en este momento se quiere diferenciar del liberalismo norteamericano, no es un movimiento de izquierda ni de derecha. El partido libertario promueve la libertad de los individuos por medio de la educación y, muy importante, se opone al cobro de impuestos».

Lilia es hija de un policía que ya falleció. Este dato es importante para entender un episodio muy duro de su vida, que dio

a conocer *El País* de Madrid.

«Cuando tenía veintiséis años fui víctima del abuso de un desconocido; no sé por qué a mí me siguen los locos. El tipo estaba drogado. Yo salía de bañarme por dos horas, me había teñido el pelo y había tomado dos gramos de clonazepam porque estaba en tratamiento por una separación. Me saltó encima, me agarró desprevenida. Me golpeó y me dejó medio mareada. Era un *stalker* que conocía todos mis movimientos. Decía que estaba enamorado de mí y que era la única manera, porque si no yo nunca le iba a dar bola. Mi cálculo fue: ¿qué va a ser peor, que me viole o que yo tenga que verme todos los días por el resto de mi vida con una cicatriz en la cara, que me haga recordar este momento, y capaz que hasta también me viole? Lo primero que hice fue meterme en la ducha por el asco. Llamé a mi papá, que hacía seis años no lo veía por indicación de mi psicólogo.

—¿Y encontraron al violador?

—Ahora lo puedo decir porque mi papá falleció: sí. El tipo volvió a aparecer en la ventana de mi casa, y luego vinieron dos policías a casa, me dijeron que era extraoficial y me mostraron una foto de un tipo que estaba todo desfigurado por los golpes. No volvió a aparecer nunca más.

—Pero, entonces, si no entiendo mal…

—Lo hicieron boleta.

Roberto García ya había saludado a la generala Ancap y continó con el show:

—Convocamos al maestro que conduce a Lilia, a la capitana.

Lilia se sentó en un banquito, en la cabecera de la mesa, de manera que las cámaras pudieran tomarla todo el tiempo, a ella y a sus piernas.

—Seguramente no vamos a tener a esta dama como una mujer objeto, sino que le vamos a preguntar algunas cosas, porque ella ha sido candidata a diputada, ¿verdad? —dijo García.

—Efectivamente. Ella ha sido candidata a diputada por el frente Despertar, así que no es solo una bella señorita.

Lilia intervino:

—Así es. La belleza de los liberales es para demostrar que somos superiores también en ese aspecto.

—Ah, es una cuestión de raza… —se sorprendió el periodista.

—¿Cómo de raza? La libertad no es una cuestión de raza —se rio la libertaria.

Milei remató la escena:

—Es que nosotros sostenemos que somos superiores al socialismo no solo en lo productivo. Somos superiores en lo moral. Y además, somos superiores en lo estético.

7
«Los zurdos son el club de las porongas cortas»
(marzo de 2019)

En marzo de 2019 Javier Milei participó en un acto que, analizado en retrospectiva, fue sumamente trascendente. Si el descubrimiento de Rothbard lo transformó en un libertario, ahora empezaba a transformarse en otra cosa. Sus amistades ya no eran tan liberales, si se entiende por eso el respeto a los otros seres humanos.

El acto se realizó en el Auditorio de Belgrano, un teatro con mil quinientas butacas, que fue desbordado, a pesar de que se cobraba entrada. Afuera, para sorpresa de todos, quedaron más de mil personas. Milei fue acompañado en el escenario por dos intelectuales relativamente jóvenes, Agustín Laje y Nicolás Márquez, quienes habían escrito juntos varios libros para defender la actuación militar en la década del setenta y, luego, para analizar y combatir un fenómeno que ellos definían como «la nueva izquierda». Ambos sostenían que existía un ataque contra la libertad, que se valía de herramientas como la liberación sexual, el feminismo, la destrucción de la familia, la denuncia del cambio climático y la pelea por los derechos de las minorías sexuales.

El acto se realizó con la consigna «Nuevos ataques a la libertad». Algunas frases que se escucharon esa noche y recibieron ovaciones fueron «Perón era un dictador pedófilo», «No tengo por qué respetar a un cerdo comunista como Diego Maradona, o a un tipo como Florencia de la V», «Este es un gobierno de inútiles (por el de Mauricio Macri), pero el anterior fue un gobierno de hijos de puta (por el de Cristina Kirchner)», «Nos quieren imponer un mundo en

el que las mujeres tienen pinta de luchador desalineado». También: «Los zurdos son el club de las porongas cortas. El punto es ¿quién va a clamar por el pene promedio? El que la tiene chiquita. Porque el que la tiene grande no pide amputación. Cuando uno entiende eso, esto se va acomodando mejor en la cabeza».

Cada una de estas provocaciones eran respondidas con ovaciones por un público ávido, compacto, expectante y entusiasta. En aquel momento, era una reunión de marginales. En poco tiempo, esos marginales, o muchos de ellos, llegarían al poder.

El presentador fue Segundo Carafí, un joven militante que fue presidente de la juventud del Pro, el partido fundado por Macri, de San Isidro. Se definía de esta manera en el perfil de sus redes sociales: «Católico. Presidente del Centro de Estudios Cruz del Sur, Dios, Patria y Familia».

La fundación Cruz del Sur era la organizadora del evento. En 2024, ya con Milei presidente, ofrecía varios cursos. Uno de ellos se titulaba «La Batalla Cultural. Curso de formación de jóvenes», y lo definía de esta manera: «Los principales referentes intelectuales en la Batalla Cultural, como Agustín Laje, Nicolás Márquez, Miklós Lukács y Pablo Muñoz Iturrieta, entre otros, nos brindan este curso con el objetivo de formar jóvenes líderes para el combate cultural».

Otro curso que brindaban era «Revolución y Contrarrevolución». «El padre Javier Olivera Ravasi nos explica al detalle qué fue la Revolución Francesa, con sus causas y sus consecuencias, para que entendamos su influencia como uno de los puntos de partida de la crisis que sufre la Cultura Occidental en la actualidad». En un intercambio posterior con el autor de este libro, Carafi definió a la Revolución Francesa como «una tragedia para la humanidad».

Olivera Ravasi es hijo de Jorge Olivera, un militar condenado por delitos de lesa humanidad. En medio del debate sobre el matrimonio igualitario y los derechos de las minorías sexuales, Ravasi difundió un texto irónico:

> Querida comunidad parroquial: deseo decirles que en nuestro templo estamos dispuestos a bendecir en unión matrimonial,

con Misa de Esponsales y bendiciones en latín, la relación retrógrada, heterosexual, anticuada y heteropatriarcal, basada en valores y virtudes tradicionales como la custodia de la pureza hasta el matrimonio y todo eso.
Como requisitos indispensables deberán tener, el varón, cromosomas XY, y la mujer XX, identificándose ambos tanto psicológica como espiritualmente con el sexo asignado por Dios al nacer, sin re-significación de este concepto.
La ceremonia, cargada de inciensos y cánticos medievales, estará rodeada de una simbología machista donde la novia se llevará todas las miradas al ataviar, con pudorosa belleza, su hermoso vestido blanco gracias a los cánones provenientes de una sociedad hetero-normativa.
El futuro esposo oprimirá a su mujer trabajando de sol a sol para llevar los ingresos al hogar, de modo tal que toda la actividad de su esposa se centre en la de parir, cuidar y educar a los niños que Dios les envíe en los principios machistas hetero-patriarcales de la caballerosidad para los niños como, por ejemplo, permitir primero el paso a las damas, pagarles las invitaciones o decirles lo bien que se ven, demostrando así la admiración y protección debido a su condición de sexo débil, esperando a cambio una sonrisa, un guiño de ojos, o nada.
A las niñas, bajo los mismos principios, deberán educarlas bajo los planteos retrógrados y cavernícolas del «uno con una para siempre», haciendo especial hincapié en la femineidad, delicadeza y dulzura de una madre cristiana.
Dios los guarde.
El párroco

Entre las personas que brindaban cursos en la Cruz del Sur, además del padre Olivera Ravasi, figuraba Antonio Caponetto. Durante la década del ochenta del siglo XX, cuando la democracia daba sus primeros pasos, Caponetto había sido director de *Cabildo,* una revista pronazi. La consigna central de esa publicación

promovía la lucha contra «la sinagoga radical». En 2006, Caponetto presidió un acto donde sostuvo que, «por las presiones de las sinagogas», la educación cristiana dejó de ser dictada en algunos colegios; calificó de «inmundas» a las marchas por el orgullo gay; trató de «perros mudos» a la cúpula episcopal y sentenció que a la Argentina «la presiden criminales de guerra», a los cuales «más les valiera no haber nacido, más les valiera que les colgaran una rueda de molino al cuello y los arrojaran al mar».

En el comienzo del acto, el joven Carafi agradeció la presencia de varios dirigentes «provida» y a otros que habían tenido una militancia para que liberaran a los militantes detenidos por causas de lesa humanidad, como Cecilia Pando, esposa de un militar retirado que llegó a defender el derecho de la dictadura a secuestrar niños.

Esa tarde, Javier Milei tuvo una participación electrizante. Ya era un agitador muy eficiente.

Explicó por qué los impuestos eran un acto injusto y violento, e insultó a María Eugenia Vidal, la exgobernadora de la provincia de Buenos Aires, discípula de Macri. «A mí siempre se me viene muy a la mente un coloquio de IDEA donde estaba Vidal y le estaban haciendo un reportaje, que más que nada era una tirada de centros. Y ella agarra y dice: "Yo les digo que arriesguen". ¿Y por qué no arriesgás vos, hija de puta? Es fácil pedir que arriesguen los otros, los empresarios que se juegan todo el día el pellejo».

Luego, elogió a Al Capone, el famoso jefe de la mafia de Chicago. «Al Capone, para mí, es un héroe. Porque viene un señor desde la poltrona y dice, arrogantemente, que tomar alcohol está mal. Entonces, había gente que podía producir alcohol y había gente que lo quería tomar. El gran Al Capone unió esas puntas. Y como tenía al pelotudo de Elliot Ness corriéndolo por todos lados, el negocio era muy riesgoso y, obviamente, tenía un retorno importante. Por culpa de una regulación estúpida, al buen señor Al Capone se lo tildaba de traficante, asesino, todo por culpa del Estado».

Milei adornaba los temas complejos con ironías e insultos. «Si ustedes no van a sacar los réditos del trabajo que van a hacer, van a trabajar menos. Hay un problema de incentivo. Con lo cual, eso va a hacer que la torta sea cada vez más chica. ¿Quieren un buen ejemplo reciente? Miren Venezuela. Tienen un palo verde abajo de cada individuo. Pero no tienen para limpiarse el culo».

En esos meses, la figura de Thomas Piketty, un economista francés especializado en la desigualdad creciente en el sistema capitalista, había trascendido a nivel mundial. Milei la emprendió contra él. «Cuando viene el boludo de Piketty y dice: "No, porque la heredera de Peugeot…". ¡No importa un carajo lo que heredó, pelotudo, porque hace tres modelos malos y va a la quiebra! El capital no viene determinado por quién lo pone del lado de la oferta. Lo determina el consumidor decidiendo a quién le compra. Por eso el tema de la herencia se lo pueden meter en el orto también. Y después vienen con el tema de los impuestos progresivos. Pregunta: ¿cuántos están dispuestos a aceptar el trato desigual frente a la ley? Hay que ser un hijo de puta para eso».

Después se ensañaba: «Los zurdos son el club de las porongas cortas. El punto es ¿quién va a clamar por el pene promedio? El que la tiene chiquita. Porque el que la tiene grande no pide amputación. Cuando uno entiende eso, esto se va acomodando mejor en la cabeza».

La referencia a «las porongas cortas» no sería un hecho aislado. Milei, en numerosas ocasiones, apelaría a incómodas metáforas sexuales para defender sus argumentos.

Igual, la platea deliraba.

«Hay que combatir a los zurdos. Sus valores son la envidia, la desgracia, el odio, el resentimiento, el trato desigual frente a la ley, el robo y el asesinato, porque se cargaron más de 150 millones de seres humanos con esa mierda del comunismo. Me tienen las pelotas por el piso cuando dicen, no, Venezuela no es socialismo. Cada vez que aparece un caso donde fracasan, no, esto no es socialismo. Comparemos lo que era Austria contra Hungría, lo que era la Alemania occidental contra la Alemania comunista, lo que

había en Hong Kong comparado con la vieja China. ¿Sí?».

El profesor cerraba su exposición entre aplausos: «Y como si todo esto fuera poco, somos superiores estéticamente. En Nueva York pueden mirar el puente de Brooklyn, pueden mirar el Empire State, pueden mirar la Estatua de la Libertad, pueden mirar el Guggenheim. ¿Y cómo eran los edificios en la Unión Soviética? Eran cuadrados, grises, con ventanas chiquititas, sin luz. Adentro era una podredumbre. Los baños eran inmundos. ¡Miren lo que era el auto de mierda que tenían! ¡La mierda que era el Lada! En cambio, nosotros tenemos la Ferrari, tenemos el Lamborghini, el Lotus, el Mercedes Benz, tenemos el Bentley, el Rolls Royce. Y ellos, esas catraminas asquerosas. Además, nosotros inventamos la minifalda. Tomen conciencia de ello y vamos por ello. Sí, zurdos, hijos de puta, tiemblen. La libertad avanza. ¡Viva la libertad, carajo! ¡Vamos! ¡Viva! ¡Viva la libertad, carajo!».

El segundo orador de esa noche fue Agustín Laje, un escritor prolífico de treinta y cinco años, otro personaje clave para entender esta historia. Laje era a esas alturas, y lo sería cada vez más, una especie de celebridad de la nueva derecha. Su bautismo político fue en la escuela secundaria. Por entonces, la sociedad argentina había consolidado un consenso que repudiaba la represión ilegal ejecutada por la dictadura de los setenta. Eso fue producto de largos años en los que se conoció lo que había sucedido, a través de la Justicia, los organismos de derechos humanos o el trabajo arduo de la Comisión Nacional para la Desaparición de Personas. Ese proceso incluyó, además, una vasta producción literaria y cinematográfica.

Laje recibía esas ideas en la escuela. Pero su abuela le acercaba libros y reflexiones con una mirada alternativa, que ubicaba en un lugar central los crímenes de la guerrilla. «En mi escuela se podía decir cualquier cosa, menos tener un pensamiento alternativo sobre la década del setenta. Eso me motivó a estudiar más sobre el tema. Y cada vez que lo hacía, descubría más omisiones, más silencios».

En esa búsqueda, Laje se conectó con Nicolás Márquez, que tenía veinte años más que él y se transformaría, primero, en su guía intelectual y, luego, en un compañero de lucha por la difusión de

esas ideas. Escribirían varios libros juntos y recorrerían el país para presentarlos. Tenían, además, otro punto en común: habían tomado lecciones de «contraterrorismo» durante un año en el William J. Perry Center for Hemispheric Defense Studies, un *think tank* estadounidense donde han asistido dirigentes relevantes de varios países latinoamericanos.

Cuando compartieron por primera vez un escenario con Milei, la obsesión de Laje y Márquez ya no giraba alrededor de los años setenta. Unos meses antes habían publicado *El libro negro de la nueva izquierda*, donde desarrollaba la tesis según la cual, tras la caída del Muro de Berlín en 1989, la izquierda había adoptado un método novedoso para tomar el poder en Occidente. Ya no intentaba organizar fuerzas revolucionarias, sino infiltrarse en la cultura como paso previo hacia la toma del poder. Para fundamentar ese punto de vista, Laje recurría a Antonio Gramsci, un personaje mítico de la historia del pensamiento de izquierda europeo.

Gramsci fue uno de los fundadores del Partido Comunista Italiano, que estuvo cerca de tomar el poder luego de la Primera Guerra Mundial, y al que también perteneció Benito Mussolini. La relación entre ambos registra distintas anécdotas, pero la más potente es que, luego de años de compartir luchas y discusiones, Mussolini lo encarceló en condiciones inhumanas. En ese encierro, Gramsci anotaba ideas en papelitos, que le entregaba luego a su hermana. De allí surgieron los míticos *Cuadernos de la cárcel*, un compendio de pensamientos que no guardan demasiada ilación, porque su autor no podía corregir ni tampoco tenía a la vista lo que había escrito antes. Pese a ello, los *Cuadernos* tuvieron una gran influencia en la segunda mitad del siglo XX, entre otras razones porque inauguraron una manera de pensar la realidad de forma independiente de la línea soviética. De hecho, el Partido Comunista Italiano fue el primero, en Europa, en liberarse de la tutela estalinista.

Laje citaba a Gramsci: «Toda revolución ha sido precedida por un intenso trabajo de crítica, de penetración cultural, de

permeación de ideas…». «Una parte muy importante del nuevo Príncipe deberá estar dedicada a una cuestión de la reforma intelectual y moral, es decir, a una cuestión religiosa y de concepción del mundo… El príncipe moderno debe ser, y no puede dejar de ser, el abanderado y organizador de una reforma intelectual y moral, lo cual significa sembrar el terreno para un desarrollo ulterior de la voluntad colectiva nacional popular».

Para Laje, Gramsci había aportado una manera distinta de promover la revolución, que después tuvo otros desarrollos, hasta que en las décadas recientes pensadores como Ernesto Laclau sostuvieron que esa batalla cultural debía articular nuevas demandas de múltiples actores sociales disconformes, entre ellos el feminismo, o la lucha por los derechos de las minorías sexuales.

Laje considera que la batalla cultural estaba siendo ganada por la izquierda, que apelaba a instrumentos tan distintos como el aborto, la destrucción de la familia, el feminismo, la legitimación de identidades de género diversas, el veganismo o el cambio climático. El enemigo ya no tenía el rostro del Che Guevara sino el de Madonna, Greta Thunberg o Florencia de la V.

Hacia marzo de 2019, cuando se realizó el acto en el Auditorio de Belgrano, ya eran habituales sus giras por distintos países de Latinoamérica, donde convocaba a mucha gente, que lo seguía y admiraba. En algunos lugares, además, militantes feministas lo esperaban a la salida de sus conferencias para hostigarlo. Él subía a las redes esos episodios y alimentaba su popularidad.

Aquella tarde de 2019, Laje inició su disertación con un recorrido por las distintas maneras de entender la palabra «libertad» a lo largo de la historia. Era la exposición de un profesor de Filosofía refinado y estudioso, pero también camorrero.

«Tenemos un problema conceptual, a mi juicio. Para mí, Alberto Benegas Lynch es el más brillante liberal que tiene hoy América Latina. Él ha dado una definición que se repite mucho y está muy bien, que dice así: “El liberalismo es el respeto irrestricto al proyecto de vida de los demás…”. La verdad es que yo no encuentro ninguna obligación real en tener que respetar todo lo que

se me pone al frente. No quiero estar obligado a respetar a un comunista, a un cerdo como Diego Maradona. No tengo que estar obligado a respetar a un tipo como Florencia de la V. O a un mercenario como… como Jorge Rial. O sea, una cosa es el respeto y otra cosa es abstenerse de hacer daño».

Las menciones despectivas hacia Maradona o Florencia de la V despertaban el fervor en la platea.

Luego continuó con filminas que reproducían noticias: «Hay cosas que no me merecen ningún respeto. Confesó estar enamorada, se casó con una estación de tren y asegura tener sexo mental con ella. La pared viene a ser su novio. Ah, y encima el diario te dice que esto se llama objetofilia. O sea que, si yo no lo respeto, ¿qué soy? ¿Objetofóbico?». Otra: «Una mujer se casa con su muñeca zombi y planea tener hijos para criarlos juntas. Ahora, ¿qué pasa si yo digo que el matrimonio no es entre una mujer y una muñeca zombi? ¿No estoy respetando el proyecto de vida de la zombi que se casa con esta señora?».

Así, usó estos ejemplos para explicar que el mundo occidental estaba viviendo una batalla cultural en todos los frentes. «La cultura es poder. La cultura no es el cuadrito que uno ve, no sé, de Mickey Mouse. La cultura no es simplemente Los Pibes Chorros, ¿no? A ver, la cultura hoy es el factor de poder más importante que rige la posmodernidad. Los instrumentos de difusión cultural son más poderosos que nunca antes. Televisión, internet, Netflix, Hollywood, todo eso. Es decir, hay industrias, hay megaindustrias culturales. Una revolución ya no se opera en la fábrica, en la industria, levantando a la clase obrera, sino que se opera en esos centros de poder cultural».

Por eso, insistió, como lo haría de ahí en más, en la necesidad de enfrentar esa batalla cultural. «La revolución cultural se apoya con poder político. No hay una revolución cultural sin el Estado detrás, utilizando las instituciones coercitivas de ese Estado para orientar la cultura. Nosotros tenemos un problema. Los liberales ven muy bien el dirigismo económico, pero se han perdido del dirigismo cultural. Se han perdido de la ingeniería cultural. Y eso es un error garrafal

en el siglo XXI, cuando el dirigismo hoy, además de económico, es también cultural».

En ese contexto, Laje incorporaba también la cuestión sexual: «Un libro del año 1955, *Eros y civilización*, explica todo lo que estamos viviendo con el progresismo. Marcuse dice allí que la noción de un orden instintivo no represivo debe ser probada, primero, en el más desordenado de todos los instintos: la sexualidad. Es decir, nuestra revolución cultural tiene que estar ubicada en el plano de lo sexual. ¿Qué tenemos que hacer?, se pregunta la izquierda. Un hombre nuevo. Este ya no debe tener en su cabeza la abundancia que el socialismo no le va a dar. Debe cambiar la abundancia por la hipersexualización. Ese hombre nuevo debe ser probado a través de una lucha cultural en el terreno de la sexualidad, y que le cree un nuevo orden instintivo. Ingeniería cultural es lo que estamos viviendo hoy. La libertad sexual, minga: lo están utilizando como estrategia política, y esto está escrito, quien lo quiera leer, que lo lea».

Como contrapartida, citó al libertario Murray Rothbard, para contar cómo y por qué la izquierda intenta modificar la relación entre hombres y mujeres: «Las feministas piden la abolición revolucionaria del supuesto dominio masculino y de su supuesto corolario, la familia. Demuestran un odio profundo hacia los hombres. Estas mujeres quieren comunas solo para mujeres, niños administrados por el Estado, bebés, bla, bla, bla. En las cada vez más numerosas publicaciones de las nuevas feministas hay una abierta y creciente reivindicación de la homosexualidad femenina… En el núcleo duro del movimiento de liberación de las mujeres hay un lesbianismo andrófobo, amargado, extremadamente neurótico, si no psicótico».

Laje postulaba a la familia como un tapón contra todo ese ejercicio de ingeniería cultural. «Como liberales, no se puede estar en contra de la familia. Los verdaderos libertarios hoy, a mi juicio, son estos. “Con mis hijos no te metas”. ¿A quién le están diciendo con mis hijos no te metas? ¿Al profesor? No, al Estado, al político se lo están diciendo. No te metas con mis hijos porque el Estado no

tiene que entrar acá. La familia tiene el derecho a decidir cuál es la educación de sus hijos».

«Yo no tengo por qué respetar a un tipo como Florencia de la V», había dicho Laje ese día. Este fragmento permite entender a qué se refiere la «batalla cultural».

Florencia de la V es la mujer trans más famosa de la Argentina. A fines de los noventa, irrumpió en la escena *under* porteña y luego se transformó en una estrella de los medios de comunicación, que descubrieron en ella a una atracción que generaba *rating*. A partir de ahí, Florencia construyó una carrera exitosa y armó una familia típica: se casó por iglesia con un hombre y adoptó dos hijos. Cuando eligió hablar sobre su vida privada, siempre relató una historia de dolor, marginación, resiliencia y lucha por vencer la discriminación. Sus logros, en alguna medida, reflejan una virtud de la democracia occidental. Se trata de una historia imposible en regímenes totalitarios, clericales o comunistas. Eso mismo se puede decir de la cultura pop, de la tolerancia a las minorías sexuales o de las luchas sindicales: esas cosas solo ocurren en las democracias capitalistas.

Para combatirlas, Laje las transforma en otra cosa: ya no en una expresión de libertad y de búsqueda individual, sino todo lo contrario. Cita a media docena de teóricos de izquierda y denuncia que todo eso es una conspiración izquierdista para instalar el comunismo. En ese contexto, burlarse de una persona trans, llamarla «tipo», ya no es un acto de discriminación por parte de alguien temeroso por el alcance de la libertad ajena. Es un gesto de libertad en contra de una conspiración de izquierda.

Laje va a explicar una y otra vez que, cuando habla contra el feminismo o contra las mujeres trans, en realidad, defiende la libertad. Es una forma de verlo. Tal vez, en nombre de la lucha por libertad, lo que intenta hacer es limitarla, coartarla, imponer su propio diseño de ingeniería social. Lo que presenta como una defensa de la libertad y el capitalismo también puede ser visto como un intento de restauración de un orden perdido, justamente, gracias a la evolución del capitalismo y la libertad.

Sea como fuere, muchos jóvenes empezaban a sentirse muy dispuestos a seguir sus razonamientos, sus teorías, y a consumir sus productos.

El acto sería cerrado por Nicolás Márquez, el orador más provocativo de esa tarde. En *El libro negro de la nueva izquierda* Márquez había escrito sobre «homosexualismo cultural». «Si una persona come más de lo que necesita y se ejercita menos de lo que su organismo requiere, sufre consecuencias. El sida no sería, en esta interpretación, sino un castigo más severo para los homosexuales que el exceso de colesterol». O: «La homosexualidad es anormal. De la simple observación de la composición de un hombre se nos permite inferir que este no tiene un órgano sexual receptor para recibir a otro hombre como pareja, y de la simple observación de la mujer vemos que esta no tiene un órgano de penetración para tener otra mujer como pareja».

Unos meses antes del acto publicó a Salvador Borrego, un pensador mexicano que había dedicado medio siglo a defender al nazismo. El día de la muerte de Borrego, Márquez difundió en las redes una foto de la dedicatoria que le había escrito en su libro *Derrota final*, cuya tapa llevaba una estrella de David vinculada a la figura de la hoz y el martillo.

«Hace cinco años aproximadamente, escribí una biografía sobre el dictador pedófilo Juan Perón. No es una descalificación, son datos objetivos», comenzó. La platea, de inmediato, lo ovacionó.

Si Milei se había dedicado a la cuestión económica y Laje a la cultural, Márquez expuso básicamente acerca de la acción política. Más hiriente aún que los otros dos, dijo: «¿Dónde están institucionalmente los liberales? Bueno, están agrupados en algunas fundaciones que, supuestamente, se dedican a recaudar plata para defender la libertad. Miren: ni defienden la libertad ni influyen en la opinión pública. Son los mismos sectores que nada dicen por los 3000 militares presos en la Argentina. Por corrección política, se hacen los idiotas. Para lo único que han servido es para cultivar ese cáncer que es el extremismo de centro».

Así, siguió maltratando a las organizaciones tradicionales del liberalismo. «Nada han dicho sobre la ideología de género. No se pronunciaron sobre la ley de educación sexual integral. No se pronunciaron sobre el feminismo. No se han pronunciado por el *lobby* LGBT. No se han pronunciado sobre el multiculturalismo. No se han pronunciado sobre el ecologismo. No se han pronunciado sobre el globalismo. Y en todo el año pasado, con el debate que tuvimos, tampoco se pronunciaron sobre el aborto».

Luego, abogó por un cambio «actitudinal». «Esto no es un pasatiempo académico, una dialéctica entre amigos amorosos que intercambian ideas. Si hay sectores que quieren aplastar nuestra libertad, nosotros tenemos que reaccionar con la energía suficiente».

Su blanco predilecto eran los liberales «de copetín». «Por eso, cuando aparece Javier Milei en escena, solo contra el mundo, luchando contra peronistas, centristas bien pensantes, contra el progresismo en todas sus variables y metástasis, peleándose con su estilo y con su pelo, ahí sí, salen de sus oficinas donde están escondidos los liberales de copetín. Pero no salen a luchar para ayudarlo a Javier, salen a luchar para solidarizarse con los elementos con los cuales Javier combate, porque están en desacuerdo con las formas que usa. Los mueve el celo, la envidia y el resentimiento».

Describió, entonces, la guerra cultural: «Si el enemigo natural de una guerrilla que quería tomar el poder eran las Fuerzas Armadas del Estado, el enemigo natural de una revolución cultural es la tradición cultural de una comunidad política. ¿Cuál es nuestra tradición cultural? Nuestra tradición cultural es cristiana. Es occidental y cristiana. Por eso atacar la cristiandad es prioritario para la nueva revolución. Por eso cada marcha de los trapos verdes termina en la iglesia de turno, donde quieren incinerarla, si pueden».

Márquez acusó a Macri de haber traicionado a las tres derechas: «A los liberales no les privatizó ni un tornillo, a los conservadores les quiso imponer el aborto por la ventana, y para los sectores castrenses no solo no terminó con ningún curro, sino que siguió

encarcelando militares y tirando flores en la ESMA».

Pese a ello, creía percibir una esperanza. En esos años se habían producido, según él, tres hechos novedosos. En 2017, por disposición del gobierno de Macri, se había realizado el primer desfile militar: «Una enorme cantidad de argentinos se movilizaron para aplaudir a las Fuerzas Armadas y solidarizarse con el maltrato que sufrieron durante muchos años». Además, durante el tratamiento de la ley de interrupción voluntaria del embarazo, «fíjense la multitud que abarrotó todas las ciudades de la Argentina, pidiendo el derecho a la vida desde la concepción». Por si fuera poco, ahí estaba Milei. «El liberalismo oficial sigue en sus oficinas recaudando plata. Pero ahora hay una legión inmensa de jóvenes liberales de todo el país, gracias a este señor, Javier Milei».

Era, recién, 2019.

Márquez fundamentaba su optimismo con ejemplos internacionales: «Estos tres sectores que acabo de enunciar se han unido y reunido en todo Occidente y están haciendo retroceder vigorosamente al marxismo cultural. Hay que unir fuerzas, limar las asperezas. Me refiero a cómo está creciendo Vox en España. Me refiero a Matteo Salvini en Italia, al Frente Nacional en Francia. Me refiero a la Alternativa para Alemania. A Theresa May en Gran Bretaña. El gobierno polaco. Orbán en Hungría. Rumania, Eslovenia, Checoslovaquia, Bélgica, Austria, Suiza. Todos países donde la nueva derecha o la derecha alternativa, que es un conglomerado de todo lo que les repasé, o es gobierno o está muy cerca de serlo».

Y concluyó: «Esto se va a organizar, porque no todas las fuerzas de derecha que están en Occidente piensan lo mismo. Hay algunas que hacen hincapié contra el aborto, otras a favor de la libre empresa, otras contra el multiculturalismo y la inmigración, otras contra la ideología de género. ¿Cuándo vamos a empezar a trabajar? ¿Cuándo vamos a empezar a ponernos de acuerdo?».

Su frase final fue: «No dejes tu trabajo para mañana». No era suya. Pertenecía a Josemaría Escrivá de Balaguer, el fundador del Opus Dei.

Algunos liberales que conocían ese mundillo se sintieron inquietos por ese acto. El más relevante de ellos, por su cercanía con Milei, fue Diego Giacomini, su amigo personal, la única persona que trataba con Conan, además de Karina. La silla reservada para Giacomini en la platea del Auditorio de Belgrano quedó vacía. «Yo no tenía nada que ver con todo eso», diría después.

Otro de los liberales que reaccionó preocupado fue José Benegas, un escritor y periodista que por entonces vivía en los Estados Unidos. Acababa de publicar *Lo impensable: el curioso caso de los liberales que mutan hacia el fascismo*, un libro que describía el fenómeno de numerosos políticos republicanos que se habían convertido al trumpismo, y que reemplazaban su adhesión a las políticas de libre mercado por el apoyo al nacionalismo y la xenofobia. Desde la contratapa, advertía que «el miedo a los planteos de la izquierda sobre el multiculturalismo, la intromisión en las elecciones privadas por medio de las políticas de "discriminación positiva", la "invasión islámica" y otros elementos combinados han producido una extraña mutación, que mezcla el agua y el aceite, las ideas de la libertad individual con el integrismo religioso, el fascismo cultural y muchas otras viejas rémoras de la llamada ultraderecha del pasado».

Primo segundo de Alberto Benegas Lynch (h), a quien Milei llamaba «el máximo prócer del liberalismo argentino», los conocía a todos de cerca. Cuando vio el acto de Milei con Laje y Márquez, le escribió: «Javier, esos no son liberales. Si andás con ellos, te vas a convertir en otra cosa».

Milei no le respondió.

El cierre del acto correspondió a Segundo Carami, presidente del Centro de Estudios Cruz del Sur: «Es nuestro momento. Debemos salir, debemos formarnos, debemos informarnos, debemos aprender de esta gente. Es nuestro momento de jugar nuestro partido. La Argentina nos necesita y tenemos que salir a la cancha. Muchas gracias. El 23 de marzo, a las 14 horas en Plaza Italia, la Marcha por la Vida. Y por favor, ordenados en la firma de libros. Gracias».

8
En medio de la noche
(marzo de 2020-febrero de 2021)

En 2020, Javier Milei empezaría a recorrer las calles para encontrarse, cara a cara, con sus seguidores. Sin embargo, no sería la razón por la que ese año será recordado para siempre.

Por primera vez, al menos en un siglo, apareció un virus que se contagiaba entre humanos y se expandía por el planeta a una velocidad tremenda. En pocos meses aprendimos que algunos virus contagian pero no matan. Otros son letales: es decir que matan muy rápido a sus recipientes. Los más peligrosos son los de un tercer tipo: los que contagian de manera asintomática y tardan en matar. Eso permite que los contagiados deambulen sin saber que están enfermos y contagien a otros antes de morir. El coronavirus era de este tipo. Su capacidad de daño se potenciaba gracias a la movilidad adquirida por el género humano en las últimas décadas.

El antídoto que imaginó el mundo entero, pero particularmente el mundo occidental, para evitar un holocausto consistió en encerrar a los seres humanos en sus casas. Los científicos más destacados del planeta aconsejaban lo mismo que cualquier médico pediatra cuando un niño tenía hepatitis o paperas: el aislamiento. Era una manera de cuidarse uno mismo, pero también de proteger a la sociedad, porque nadie sabía cuándo había sido contagiado y cuándo podía contagiar. De repente, las redes se colmaron de imágenes donde los lugares más hermosos del planeta, habitualmente repletos de seres humanos, aparecían vacíos: los canales de Venecia, el Muro de los Lamentos, las playas de Río de Janeiro, la torre Eiffel, la cancha del Barcelona o las Highlands de

Escocia, el Coliseo, las callejuelas de Estambul.

Para entonces, el peronismo había regresado al poder.

El presidente era Alberto Fernández y la vice, Cristina Kirchner. Se trataba de viejos conocidos. El primero había sido jefe de Gabinete de Néstor Kirchner entre 2003 y 2007, y también durante los primeros meses de la presidencia de Cristina Kirchner. En julio de 2008, Fernández pegó un portazo, disconforme con la radicalización del gobierno tras un extenso conflicto con el sector agropecuario. Desde entonces, Alberto y Cristina se convirtieron en enemigos.

El triunfo de Macri en 2015 y el posterior deterioro de su gobierno produjeron realineamientos en la política. Todos los peronistas enemistados entre sí volvieron a conversar. Hacia mediados de 2018, Fernández ya trabajaba con Kirchner. Y en mayo de 2019, ella —que lideraba ampliamente las encuestas— sorprendió al país al ungirlo como candidato a presidente y anunciar que sería su compañera de fórmula. Los viejos rencores, aparentemente, se habían apaciguado.

La cuarentena argentina arrancó el 20 de marzo de 2020. En ese momento, la sociedad estaba conmovida por las historias que llegaban de España e Italia, dos países muy cercanos, que habían sido golpeados por la demora en implantar el aislamiento social. Los pacientes desbordaron rápidamente la capacidad hospitalaria. Algunos de ellos morían ahogados, sin acceder a un respirador o a una cama, los médicos se desesperaban por el cansancio, la impotencia y la angustia, los ciudadanos los aplaudían desde los balcones de sus departamentos. El mensaje que llegaba era claro: enciérrense antes de que sea tarde.

Ese 20 de marzo, Alberto Fernández le explicó a una población temerosa que debía permanecer en sus casas hasta nuevo aviso. Lo hizo rodeado del jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, Horacio Rodríguez Larreta, y del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Axel Kicillof. En ese trío estaba representado casi todo el arco político argentino: el peronismo moderado, al que

pertenecía el presidente; la oposición macrista, que integraba Larreta, y el kirchnerismo más duro, de Kicillof. Todo lo que la política había dividido parecía unido por la amenaza de muerte de un virus.

La sociedad se disponía a realizar un sacrificio inédito y era guiada por un presidente sereno, conciliador, que se apoyaba en el saber científico y hablaba paternalmente, aunque también amenazaba a quienes no cumplieran con las directivas oficiales. «Yo mismo los voy a encarcelar si fuera necesario», decía.

Los índices de popularidad de Fernández eran abrumadores.

Por un instante, pareció que surgía un nuevo líder en la Argentina.

Pocas semanas después del comienzo de la cuarentena, aparecieron indicios de que no sería tan sencillo.

La primera señal colectiva de resistencia fue una declaración de intelectuales que convocaba a resistir lo que ellos denominaban «la infectadura». Básicamente, denunciaban que, con la excusa de evitar la propagación del virus, Fernández había comenzado a instaurar un régimen autoritario.

«La democracia está en peligro como posiblemente no lo estuvo desde 1983. El equilibrio entre los poderes ha sido desmantelado. El Congreso funciona discontinuado y la Justicia ha decidido una insólita extensión de la feria, autoexcluyéndose de la coyuntura que actualmente vive el país», argumentaban.

Los intelectuales y científicos mayormente pertenecían al sector político orientado por el expresidente Mauricio Macri. En su párrafo más duro decían: «En dos meses, hubo decenas de miles de detenidos y millones de sancionados en nombre de su propia salud… Miles de argentinos quedaron varados en el exterior y en el interior, mientras provincias y ciudades se han cerrado como condados medievales. Clases suspendidas, enfermos que no pueden seguir sus tratamientos, familias separadas, muertos sin funerales y ahora, la militarización de los barrios populares».

La declaración estaba plagada de exageraciones. Nunca, por ejemplo, hubo «decenas de miles de detenidos» ni «millones de

sancionados». Los argentinos varados en el exterior obligaron a un esfuerzo extremo de diplomáticos y de la empresa aérea estatal para facilitar la repatriación, que lentamente se produjo. El cerco a algunos barrios fue en realidad una medida desesperada en solo algunos sectores, ante el miedo de que el virus causara un desastre en poblaciones hacinadas. Lo que el gobierno había decidido era apoyado por todos los gobernadores de la oposición y no difería —al menos hasta ese momento— en nada sustancial de lo que aplicaban otros líderes democráticos como Pedro Sánchez, Emmanuel Macron o Angela Merkel.

De todos modos, a la distancia, esa primera manifestación de disenso permite percibir que la pandemia podía otorgarle a un gobierno un alto grado de consenso en el corto plazo pero, a medida que corriera el tiempo, las posibilidades de sobrevivir a ese desafío eran improbables. Si era demasiado estricto en la implementación del aislamiento social, debería explicar los crecientes costos anímicos y económicos de una medida tan extrema. Si, en cambio, era permisivo, o privilegiaba la actividad económica, la educación presencial o la necesidad de una vida social normal, el costo se contaría en muertos. Tarde o temprano, la oposición pegaría en el eslabón débil de esa situación sin salida: culparía al gobierno por los sinsabores —económicos, anímicos, educativos— del encierro o por la acumulación de cadáveres, o por ambas cosas.

En aquellos meses iniciales alumbró el germen de una trasformación estructural de la política argentina. De un lado quedaban los gobernantes, que debían administrar las dificultades de la pandemia. Los tres más destacados eran Fernández, Rodríguez Larreta y Kicillof. En ese trío, que periódicamente informaba a la sociedad sobre la evolución de los casos, las muertes y las medidas que se tomaban, estaban representados los principales sectores que regían la vida política del país.

Sin embargo, alguna gente importante quedaba fuera del esquema.

Uno de los que no estaba incluido era Mauricio Macri. El

expresidente de la nación creía que el peronismo había regresado para imponer un régimen similar al de Cuba o Venezuela, y que tarde o temprano intentaría meterlo preso. Eso lo distanciaba de su discípulo Rodríguez Larreta, cuyo acercamiento al gobierno nacional era percibido como una traición personal.

En un momento, el entonces presidente Alberto Fernández difundió que Macri le había recomendado que murieran «los que tengan que morir». Es difícil confirmar si pronunció esa frase, pero era cierto que el expresidente postulaba la necesidad de privilegiar la actividad económica y la libertad individual por encima de la cuestión sanitaria. Por entonces, Macri realizaba reuniones privadas donde no se respetaban las normas de cuidado y se burlaba incluso de quienes usaban barbijo para protegerse. Era otro motivo de enfrentamiento con Rodríguez Larreta, cuyo ministro de Salud, Fernán Quirós, era una de las voces más respetadas entre los que resistían una apertura brusca de la cuarentena.

Macri había elegido en esa batalla a una aliada imprevista: Patricia Bullrich, su exministra de Seguridad. Al dejar el poder, el expresidente había promovido a Bullrich como presidenta del partido político que había fundado a mediados de la década anterior, con un puñado de dirigentes más jóvenes a los que ahora desairaba. A diferencia de ellos, que habían sido seducidos, antes de 2015, por un Macri plástico y moderado, Bullrich era una dirigente cuyo principal valor consistía en su intransigencia con el peronismo. A lo largo de los meses, todo el accionar de Bullrich reflejaría las convicciones del sector más duro de la oposición, que sostenía la necesidad de frenar al peronismo como fuera. La idea de que Cristina Kirchner fuera detenida ocupaba un lugar central en esa agenda.

En poco tiempo Bullrich se transformaría en la principal convocante a manifestaciones de repudio al gobierno y sus medidas de aislamiento. Aunque no lo mencionaba explícitamente, esas convocatorias apuntaban también contra Rodríguez Larreta. La oposición mayoritaria empezaba a tensionarse.

Desde su rol de polemista televisivo, Javier Milei empezaría a

plantear rápidamente sus dudas frente a las decisiones de Fernández. Para un libertario, la idea de que el Estado obligara a todo el mundo a encerrarse en sus casas era distópica. En todo caso, cuidarse o no debería ser una decisión absolutamente individual y cada uno debería atenerse a las consecuencias de sus actos.

El 10 de abril de 2020, Milei apareció en América TV. Su primera mirada fue matizada. «Adhiero a la decisión de la cuarentena de la primera etapa. Como vos tenés una restricción física del sistema de salud, la cuarentena permite que tu sistema tenga respuesta. Y si lo mejorás, permite que la respuesta sea mejor. Además, el trabajo que hicieron los medios en esas dos semanas ayudó a que la gente mejore sus hábitos en materia de higiene. Pasando las dos semanas, empezás a tener un problema gravísimo. ¿Sabés cuánto aguanta una empresa promedio en los Estados Unidos la cuarentena a *full*? Veinticinco días. Un restaurante aguanta catorce. En ese contexto, las empresas ya hoy están ahogadas».

Entonces, proponía: «Si vos hacés cuarentena a *full*, con el 100% encerrado, la producción se hace cero; por ende, el consumo se hace cero, y vamos a tener 45 millones de muertos porque no van a tener para comer. Guardás a los grupos de riesgo y aquellos que están en posibilidades de ir a trabajar, que vayan. Y si tienen fiebre, después decidís qué hacés».

Milei insistía en señalar el problema económico que se avecinaba.

«Si a un país le cae el ingreso, y si esa caída del ingreso es transitoria, vos no bajás el consumo. Lo compensás endeudándote. La Argentina no tiene esa posibilidad porque destrozó el crédito». Y advertía: «Si vas a tirar una montaña de pesos a la calle, de una moneda que nadie quiere, la hiperinflación es una cuestión de tiempo».

—¿Y entonces? —le preguntaron.

—Yo reasignaría partidas. Lo más escandaloso es la obra pública. Es mucho más interesante reasignar partidas que emitir y generar una hiperinflación y llevar la pobreza al 75%.

Las semillas de una discusión que sería muy agria ya estaban plantadas.

Los meses siguientes fueron terribles. El gobierno adoptó una estrategia dura de aislamiento. Mientras tanto, emitió mucho dinero para sostener, al menos, una parte de los salarios de las empresas y para asistir a millones de trabajadores informales, a los cuales el parate de la pandemia había dejado desamparados. En paralelo, impulsó la aplicación de un impuesto extraordinario a los más ricos, que era impugnado desde algunos sectores de la prensa y la política como un paso hacia el comunismo.

El esfuerzo de todo el aparato gubernamental, en todos sus niveles, era gigantesco. Había que llegar a tiempo a todos lados, con camas, colchones, comida, médicos, respiradores, tests, dinero. Cada semana, los gobernantes debían tomar decisiones dificilísimas, que afectaban al personal de salud, o a los comerciantes, o a los empresarios, o a los deportistas, o a los familiares de personas enfermas. Tal vez haya sido uno de los momentos más difíciles para gobernar un país, y, por ende, uno de los más atractivos para ser opositor. Fueran cuales fuesen los resultados, mucha gente quedaría herida o lastimada: sus ingresos caerían, moriría alguien cercano. En esos casos, los gobiernos —hayan hecho bien o mal las cosas— se convierten en el blanco donde descargar el dolor. Aunque, por lo menos en esos meses, aún no se apilaban los cadáveres en las calles.

En ese duro contexto, el presidente del consenso empezó a dinamitar su propio liderazgo.

Vicentín era una empresa familiar santafecina que debería haber sido exitosa, ya que exportaba granos. Sin embargo, en diciembre de 2019 había dejado de pagar sus deudas. El lunes 8 de junio, Alberto Fernández anunció sorpresivamente su expropiación, sin tener en cuenta las opiniones de su ministro de Agricultura, del gobernador de la provincia afectada, de los líderes agrarios más cercanos al gobierno, de su ministro de Economía, ni del juez que conducía el concurso preventivo. Como respuesta a esa medida, se articuló un movimiento de resistencia que impulsó cacerolazos en

defensa de la propiedad privada y denunció una deriva «chavista» por parte del gobierno. Repentinamente, se pudo ver a cientos, tal vez miles de manifestantes sin barbijo. Los canales de noticias recogían testimonios de gente que pedía que se acabara la dictadura comunista en la Argentina. En las marchas se pudieron ver carteles con leyendas novedosas: «Mil muertos no son nada», «La OMS miente», «No queremos ser Venezuela», «Basta de cuarentena comunista».

Viejos fantasmas empezaban a despertar.

El gobierno finalmente retiró la idea de la expropiación.

El segundo punto de quiebre ocurrió en agosto. Las cifras totales de muertos mostraban que el país, hasta ese momento, era uno de los que mejor habían enfrentado el desafío. Sin embargo, si el cuadro se reducía a los últimos diez días, se trataba de uno de los países más afectados del mundo. El momento más oscuro empezaba a golpear a una sociedad agotada tras muchos meses de restricciones.

Fernández anunció un plan para designar alrededor de cien nuevos magistrados en la Justicia federal y la conformación de una comisión para analizar una reforma de la Corte Suprema. Era un hecho con pocos antecedentes en la historia de la democracia mundial, donde el Poder Judicial generalmente es protegido de los vaivenes de las mayorías circunstanciales para preservar su independencia.

No podía haber dos agendas tan disímiles como la de un presidente que intentaba ampliar el poder de su sector político en la Justicia y la de una familia que estaba fundida y angustiada por problemas económicos y sanitarios tan terribles.

Como era de esperar, hubo nuevas manifestaciones y la consigna convocante era la resistencia al autoritarismo peronista.

Fernández no avanzó con la reforma.

Pero se había distanciado un poco más de la gente.

El tercer punto de quiebre ocurrió a principios de septiembre. En esos días, la sociedad argentina estaba conmocionada por una

rebelión de la Policía Bonaerense y, especialmente, porque un grupo de policías rebeldes había sitiado la residencia de Olivos. La actitud policial había sido repudiada por duros opositores.

Fernández habló por cadena nacional. Su discurso inició con el tono de un líder de la democracia. Expresó su perplejidad por el amotinamiento, no escaló el conflicto, prometió una solución y reclamó que la Policía no dejara desprotegida a la población. Por momentos, pareció que el líder de todos le hablaba otra vez a su pueblo.

Pero en un segundo, Fernández giró violentamente y anunció que dejaría de enviarle a la ciudad de Buenos Aires una cantidad de dinero que equivalía a dos meses y medios de sueldo de la administración porteña. Así, lo que hubiera sido un gran momento de la construcción democrática terminó con la ruptura de relaciones entre los líderes moderados de la Argentina.

En las semanas previas al anuncio, además, usinas oficiales difundían de manera poco elegante detalles incomprobables de la vida privada del jefe de Gobierno porteño. Luego, durante varios días, el blanco de las agresiones fue su ministro de Salud, Fernán Quirós.

El propio Fernández fue allanando el camino hacia la ruptura con frases como «Mauricio Macri hizo más daño que el coronavirus» o «Ya habrá un banderazo de los argentinos de bien», una expresión que luego se apropiaría Javier Milei.

Ya no era el líder de todos.

Y eso solo sería el preludio de episodios más graves que estaban al caer.

A medida que el gobierno se enredaba, empezaba a cobrar forma el movimiento que resistía sus decisiones. La primera manifestación de desobediencia civil ocurrió en la zona del Obelisco, el 25 de mayo. Javier Milei no asistió, pero sí lo hizo su colaboradora Lilia Lemoine.

El 20 de mayo ella grabó un mensaje de convocatoria para la marcha. «Hace sesenta días que estamos encerrados. Hay personas enfermas. Hay personas con cáncer, que se van a morir sin haber

podido salir de sus casas. Y sus familiares no van a poder asistir a sus funerales. No les estoy hablando de cumpleaños. Les estoy hablando de situaciones que van a marcar para siempre con tristeza la vida de las personas. Han aumentado los ataques de pánico. Han aumentado los suicidios».

El 25, Lemoine fue al Cabildo a manifestarse. A la vuelta, grabó otro video. Allí contó que su mamá estaba enferma de cáncer y sufría de una enfermedad pulmonar, conocida como Epoc. «Cuando uno está en dictadura, tiene derecho a rebelarse también. Y si esto no es una dictadura, ¿qué es?», preguntaba. Contó que estaba transmitiendo desde la marcha, por Twitter y Facebook, pero le cortaron la transmisión. «Ya somos 114 personas. Les pido, por favor, que guarden este video, así me ayudan a difundirlo. En YouTube no me han censurado todavía, en Twitter y Facebook sí. Tenía once mil personas mirando y borraron mi transmisión».

A las 3 de la mañana, Lilia grabó un tercer video muy raro: en penumbras, abrigada con un sobretodo azul.

«Son las 3 de la mañana. Hoy asistimos a la protesta en el Cabildo por la cuarentena. Mi madre tiene cáncer de pulmón. Está terminal e internada en mi casa. Desde hace unos días ha tenido una pequeña fiebre. Como tiene Epoc, tose un poco. Y hace unos días, yo que soy alérgica, y que el cambio de clima me hace daño, levanté cerca de 37 grados. Le estuve avisando a su médico. Hace un rato me tiré a dormir. Me desperté para comerme una empanada porque tenía hambre. Entonces vi que tenía como ocho mensajes de mi médico diciendo que me enviaba una ambulancia».

Luego de ese párrafo, Lilia intentó demostrar que nadie en ese domicilio tenía Covid. Recibió un termómetro de manos de «uno de los miembros de la casa». Lo mostró a cámara: la pantallita reflejaba una medición de 36 grados. Luego anunció que ella misma se tomaría la temperatura en vivo y se colocó el termómetro bajo las axilas. Y volvió a la narración. Contó que, cuando llegó la ambulancia, los echó. «Los mandé a la mierda. No voy a aceptar que se lleven a mi madre al Hospital Italiano, y que se muera ahí. Entonces me dijeron que iban a llamar a la policía. Oh, ¡qué

casualidad! El día que yo hago el vivo en la Catedral. Y nos vienen a buscar».

Mientras Lilia decía esto a cámara, sonó el timbre.

—Probablemente sea la policía. No les vamos a abrir.

Se sacó el termómetro de la axila.

—Acá está la temperatura: 37.2.

Mientras Lilia hablaba, se escuchaban voces, como si un grupo de intrusos hubiera entrado a su casa.

Lilia volvió a concentrarse en el video. Miró a cámara.

—Mi nombre es Lilia Lemoine. Vivo en Villa Santa Rita. No tengo Covid. Si me llevan, ya saben por qué es. Despertaron a mi mamá, de setenta y siete años, que estaba dormida por las pastillas.

«Críticos de la cuarentena, militantes "libertarios", comerciantes que quieren reabrir sus negocios, teóricos de conspiraciones diversas y médicos que reclaman derechos laborales, entre otros, confluyeron el sábado en el microcentro porteño para expresar su desencanto», publicó el diario *Página/12* ese 25 de mayo.

La protesta había sido convocada desde las redes sociales con la consigna «por una cuarentena inteligente, libertad para trabajar y movilizarse» y en repudio al «estado totalitario». Alrededor de cien personas cantaron el Himno. La mayoría de ellas llevaban banderitas argentinas de plástico. «Esto es un estado de sitio, la cuarentena no es constitucional, no tiene regulación legal», alertó un hombre mientras se quitaba el pasamontañas. Había banderas con leyendas tan diversas como «Gimnasios unidos. Queremos trabajar» o «Soros o Perón».

«Estoy con prisión domiciliaria cuando todavía no se sabe el origen», gritó ese día un señor al volante de su auto, con una máscara para filtrar gases sobre su boca. «Es todo un plan orquestado por una elite que quiere dominar el mundo y ya lo está haciendo», alertó un muchacho con un cartel con la leyenda «Plandemia. Falsa epidemia». «En la Argentina no hay patriotas. ¿Dónde están los diputados? Los únicos que dicen la verdad son Maldini [sic] y Javier Milei», agregó. A sus espaldas había una bandera partidaria: «Partido Libertario. CABA».

Unas semanas más tarde, el 6 de junio, otro pequeño grupo volvió a reunirse en el mismo lugar. Los medios cubrían los eventos como una curiosidad: una minoría extravagante que decía cosas raras. Algunas consignas en los carteles rezaban: «El virus existe, la pandemia no», «Basta de mentiras, periodismo mercenario», «Dióxido de carbono cura prohibida», «Barbijo = bozal», «Basta de cuarentena», «No queremos ser Venezuela». *Perfil* retrató a un manifestante que llevaba una remera con la imagen del exdictador Jorge Rafael Videla.

Uno de los participantes de esas primeras marchas se llamaba Ángel Spotorno. Falleció de coronavirus. Tenía setenta y cuatro años y era jubilado. Su prima Marta Riera contó que había sido radical toda la vida, hasta que se hizo macrista. Era uno de los organizadores de las marchas a través de las redes. «Tenía un montón de nombres en Facebook y era administrador de diferentes grupos de WhatsApp. Lo bloqueaban a cada rato. Estaba entretenido. Decía que los comunistas no tenían que volver y que no quería ver una bandera roja».

Por alguna razón, ciertas personas asociaban la cuarentena al comunismo, cuando era una medida que tomaba la inmensa mayoría de los países capitalistas. Era una convicción muy fuerte.

La primera marcha con algo de masividad se realizó el 9 de julio. Miles de autos se movilizaron en numerosas ciudades del país con banderas argentinas.

El diario *La Nación* tituló: «Multitudinario banderazo contra el gobierno en distintos puntos del país». Esto decía la crónica: «Para las 17, una hora después del comienzo del banderazo, el tránsito por la 9 de Julio estaba prácticamente frenado. “Respeten la propiedad privada”, “Basta de jubilaciones de privilegio”, decían algunos de los carteles que se levantaban desde los autos. Julieta Dicio, de dieciocho años, había viajado con su madre desde Tigre. En su auto, flameaba una bandera argentina y un cartel con la frase “República, no mafia”».

En ese contexto, un grupo de manifestantes rodeó al móvil de C5N y, a los gritos, exigió que se retirara de la zona, mientras

golpeaba a puñetazos el vehículo e insultaba a sus ocupantes. Los periodistas se vieron obligados a retirarse.

«Hoy la bandera flamea bien alta por nuestra independencia, nuestra libertad y una Justicia digna #BanderazoPorLaRepublica», posteó ese día Patricia Bullrich en sus redes, mientras se fotografiaba agitando una bandera en el balcón de su departamento. Mauricio Macri tuiteó una foto con banderas argentinas y la acompañó con la leyenda: «Libres! Feliz día de la independencia!».

El 17 de agosto, la oposición redobló la apuesta. Pese a que las autoridades de la ciudad de Buenos Aires lo desaconsejaron dado que la curva de contagios estaba muy alta, muchos dirigentes opositores se sumaron a una marcha callejera. Una de las novedades, que se repetiría de ahí en más, fue que varios manifestantes se desviaban para gritar consignas frente al domicilio de Cristina Kirchner. En el edificio de la vicepresidenta, un vecino colgó una gran bandera argentina que decía «Argentina República Democrática».

Familiares de víctimas de la inseguridad llegaron hasta la quinta de Olivos. «Nos quitaron tanto que nos quitaron el miedo». «La vida es nada si la libertad se pierde». «Qué gobierno de mierda». «No a la reforma judicial. Viva la república», se leía en la cartelería.

La oposición a las medidas de aislamiento no era mayoritaria. En agosto las encuestas todavía reflejaban que expresaba el sentimiento del 30% de la sociedad. El resto, pese al esfuerzo, estaba a favor. Sin embargo, crecía y se nutría de argumentos que empezaban a sonar razonables.

Ariel Suárez es un remero argentino que, en los años previos a la pandemia, había sido bicampeón de los Juegos Olímpicos. Para un atleta como él, las restricciones lo dejaban fuera de todo. Y, encima, no había razón para limitar una actividad individual, que no lo obligaba a cruzarse con nadie.

A principios de agosto se enfureció al enterarse de que el gobierno había permitido el regreso del fútbol profesional. Entonces tuiteó: «¡Si el fútbol arranca el 10/8, pues ese día yo pongo el bote

en el agua! Yo arranco, no sé ustedes».

El 9 de agosto, se manifestó frente a la quinta de Olivos: «Estoy cansado y mañana no me interesa nada. Voy a poner el bote en el agua y que sea lo que sea».

Finalmente, el 10 llevó su bote a Tigre. Cuando un periodista le preguntó cómo se encontraba, se largó a llorar. Me saqué un peso, una angustia enorme de estar tanto tiempo encerrado».

Unas semanas después, la policía de Santiago del Estero impidió entrar a la provincia a Milagros Jiménez, una nena de doce años, paciente oncológica grave, que había ido a Tucumán para realizarse un tratamiento. Cuando le informaron que no podría pasar, el padre la alzó en brazos y caminó en dirección contraria a la policía. Esa foto conmovió al país. En medio de todo esto, otro joven murió ahogado porque intentó ingresar a la provincia de Formosa para visitar a su hija, a la que extrañaba. Además, otro muchacho desapareció en la provincia de Buenos Aires cuando intentaba visitar a su novia, que vivía en otra ciudad.

Javier Milei no aparecía en un rol destacado en las protestas, pero recorría los sets de televisión y grababa mensajes en las redes sociales. Si en las primeras semanas se lo notaba prudente, hacia mediados de año ya había regresado a su tono virulento.

El 20 de octubre, Milei decidió salir a la calle para realizar su primer acto político callejero. Era el día de su cumpleaños número cincuenta. Convocó entonces a un acto en Plaza Irlanda por medio de las redes y el boca en boca. Algunos miles de fervorosos jóvenes lo acompañaron a soplar las velitas.

Ese día pidió tres deseos por su cumpleaños: «Mi primer deseo es el deseo de la libertad. No por nada San Martín decía “seamos libres, lo demás no importa nada”».

«¡¡¡Bravooooo…!!!», gritaban los muchachos que lo acompañaban.

Luego pidió que todos lo siguieran hasta «ese inmundo edificio en Reconquista 266».

«Vamos a volar a la mierda el Banco Central de la República Argentina. Antes de que existiera esa mierda, cómplice de los

políticos chorros, la inflación en la Argentina era del 0,9% anual. Se creó por 1935. Ya en ese momento la inflación era del 6% anual. Luego lo estatizamos. Para 1991, la inflación fue del 200% anual. Después, en 1993, la Argentina pasó a ser el país con menos inflación del mundo. Después de la crisis de 2002, le devolvimos la navaja al mono asesino. El inútil de Macri hizo saltar la inflación al 40%».

Su tercer deseo era la prosperidad y eso «solo se alcanza con el capitalismo, un sistema basado en la propiedad privada».

En ese momento se ensañó con el dirigente peronista Juan Grabois, la cara visible de los movimientos sociales que nucleaban a algunos de los argentinos más pobres. «Hijo de puta, pedazo de mierda, zurdo», lo insultó. «No dejemos que este zurdo avance sobre la propiedad privada, porque la propiedad privada es la base fundamental del progreso».

Finalmente, agradeció: «A mi ángel de la guarda, que es mi hermana Karina; a mis padres, con quienes me reconcilié. A mi familia de cuatro patas, a Conan, a Murray, a Milton, a Robert y Lucas».

Conan había fallecido menos de tres años antes. Aunque nadie podría asegurarlo, seguramente Milei, al nombrarlo, se refería a uno de los perros clonados, que había recibido el mismo nombre que el original.

A esas alturas, además, Milei había roto su relación con Diego Giacomini, quien ya no lo acompañaba en los actos. «Está haciendo todo lo que juró que nunca iba a hacer. No me puede mirar a la cara», denunciaba Giacomini.

Pero había una novedad afectiva realmente importante: Milei se había reconciliado con sus padres, con quienes se mudó durante la cuarentena. Karina había sido la mediadora.

Cuando terminaba aquel acto en la Plaza Irlanda, María Victoria Baratta volvía de otra manifestación frente al Ministerio de Educación. Había ido para pedir que el gobierno abriera las escuelas. Ella era madre de una niña de cuatro años y comenzó a

notar los efectos emocionales de la pandemia sobre ella. Historiadora, investigadora del Conicet, se vinculó a través de las redes con otros padres y madres, y fundaron Padres Organizados. A partir de ahí comenzó a reunir evidencia internacional, ya que algunos países europeos reanudaban las actividades en las escuelas. El lema era: lo último que se cierra y lo primero que se abre. Contra lo que indicaba el sentido común, si se aplicaban ciertos cuidados, no se producía ninguna hecatombe. Pero el gobierno y los gremios locales se negaban a correr el riesgo. Con el paso de los meses, esa pequeña manifestación frente al Ministerio de Educación se transformaría en un movimiento de presión muy potente y, al mismo tiempo, despertaría una agresiva reacción por parte de militantes del oficialismo. Ese día, Baratta se sorprendió al ver la cantidad de gente que vivaba a Milei.

El 8 de noviembre de 2020 quedó claro que el movimiento anticuarentena había perdido el miedo. Sobre la avenida 9 de Julio, un grupo de dirigentes juveniles surgidos de las redes sociales y muy cercanos a Milei participaron de un acto, al que concurrieron, otra vez, algunos miles de enfervorizados militantes.

La estrella en este caso fue Emmanuel Danann, otro personaje importante en esta historia: un rockero y youtuber liberal y antifeminista, al que lo seguían millones de jóvenes en las redes. Danann tomó la guitarra y entonó uno de sus temas. Al cerrar, gritó: «Estamos juntos festejando la libertad, haciendo uso de nuestra Constitución nacional. Esa que quisieron dejar de lado con esos decretos ilegales. Estos hijos de puta, perdonen mi vocabulario francés, nos han intimado judicialmente. Yo propongo que todos los putos días vayamos a las fiscalías para que esas intimaciones queden sin efecto».

De fondo se escuchaban los gritos de la pequeña multitud: «¡Alberto, basura, vos sos la dictadura!».

Quien lo había convocado para ese acto fue «el Negro» Almeyda, un flaquito, morocho, standapero —había participado de un show de humor en Canal 9—, que luego se convirtió en otro de los liberales que daban pelea en las redes. «Yo me hice libertario por

Javier. Me gustó eso de zurdo ensobrado», dijo ese día.

Uno de los oradores fue Álvaro Cicarelli todavía un desconocido para la mayoría de los argentinos, pero muy popular en ese mundillo.

«¡¡¡Ci-ca-re-lli!!! ¡¡¡Ci-ca-relli!!!», gritaba la muchedumbre cuando Almeyda, el maestro de ceremonias, lo presentó.

Cicarelli tenía cierto aire intelectual, llevaba saco y unos anteojos de marco marrón bastante clásicos. «Me parece un sueño estar hablando con ustedes acá, después de ocho años, cuando millones de argentinos salimos de nuestras casas y le dijimos a Cristina Fernández de Kirchner que ella no iba a instalar ninguna dictadura en la Argentina. Hoy, lamentablemente, ese personaje nos vuelve a traer acá, a defender todo en lo que creemos: la libertad, la justicia, la república y la propiedad privada. Nos vamos a levantar y va a tronar el escarmiento».

«¡Zi-ca-re-lli! ¡Zi-ca-re-lli!».

Luego Almeyda presentó a «El Presto», todo un personaje para la hinchada. Se trataba de Eduardo Prestofelippo, quien había logrado gran repercusión unos meses antes, cuando fue detenido por haber escrito un tuit donde amenazaba de muerte a Cristina Kirchner.

«¡Olé, olé, olé, olé…! ¡¡Prestoo… Prestooo!!».

«Para mí, es un honor estar acá. No me puedo olvidar lo que hicieron por mí cuando Alberto se puso nervioso y me mandó la Federal. Yo estaba preso y pensaba en los jóvenes. Cuando venía para acá, pensaba cómo los operadores del régimen iban a titular la marcha. Ya no pueden decir que es la marcha de las viejas macristas, ¿eh? No pedimos más que eso: libertad para trabajar y poder estudiar cualquier carrera, sin que las universidades nos persigan por pensar diferente».

«¡¡¡Cristina, compadre, la concha de tu madre!!!».

«¡Se va a acabar, se va a acabar, la dictadura de los K!».

Danann, El Presto, Cicarelli, así como personajes de creciente influencia apodados «Tipito enojado», «De Peroncho», eran la avanzada del movimiento libertario en las redes. Ya conocían a Milei. Milei los conocía a ellos. La confluencia de unos y otros sería

explosiva.

En esos días Milei y Bullrich almorzaron juntos en un programa de televisión. El encuentro no fue nada armonioso.

Bullrich es una dirigente política tradicional. En la década del setenta, fue integrante de la Juventud Peronista, que rodeaba a la organización Montoneros, y colaboradora directa de uno de los líderes de ese grupo guerrillero, que vestía casi siempre una campera negra. Se exilió durante la dictadura. En los años noventa se sumó al menemismo, que era la versión más promercado que tuvo el peronismo. Luego, en 1999, fue parte del Gabinete de Fernando de la Rúa, que terminó en la peor crisis económica de la historia argentina. En aquel momento ganó cierto prestigio por la virulencia con que enfrentó en cámara a Hugo Moyano, uno de los capos del sindicalismo argentino.

Bullrich luego fue una de las políticas que denunció con más energía los abusos del kirchnerismo. Eso la acercó a Mauricio Macri, quien la designó como ministra de Seguridad. Desde ese cargo, sintonizó con la creciente cantidad de argentinos que reclamaban medidas más severas para enfrentar ese problema y fue muy cuestionada por organismos de derechos humanos, especialmente a partir de la muerte de dos personas en operativos conducidos por sus fuerzas de seguridad. Al salir del poder, cansado de los dirigentes moderados que lo habían rodeado desde su aterrizaje en la política, Macri la distinguió con la presidencia del Pro.

En el programa, se la notaba a Bullrich preocupada por contener a Milei, porque su crecimiento podía quitarle votantes. Le sonreía, lo trataba con condescendencia. Eso a Milei lo fastidiaba. Sentía —con absoluta razón— que era una trampa. Él era distinto de todos los demás. No quería diluir esa imagen. Era el retador, y ya había sugerido que sería candidato en las elecciones de 2021. En el momento en que estalló contra Bullrich, eso quedaría más claro:

—Yo me comprometo públicamente, y lo voy a hacer ahora frente a esa cámara. Señores argentinos, les voy a decir algo. Cambiemos, el kirchnerismo, todos les subieron los impuestos. Cuando le tuvieron que meter la mano en el bolsillo, no tuvieron

reparo alguno. Yo, antes de subir un impuesto, me corto un brazo.

—¡¡Ehhhhh!! —exclamó Juanita Viale, la conductora del programa.

La periodista Carolina Amoroso, que estaba junto a ellos, rio.

Milei continuó castigando a Bullrich.

—Los condena la historia. Tuvieron un ministro de Economía, Prat-Gay, bien de izquierda. El jefe de Gabinete de ustedes, Marcos Peña, se sentía orgulloso de ser socialista. Tienen de asesor a Jaime Durán Barba: ¡¡¡marxista!!!! Además, no les dieron los números. Generaron un descalabro. Y lo intentaron arreglar cercenando las libertades. El cepo lo volvieron a poner ustedes, al margen de arrancar con el *default* en pesos. Yo soy liberal y no quiero que se me mezcle con una fuerza de centro izquierda. Ustedes nos trajeron de vuelta al kirchnerismo. Y la realidad es que, cuando llega el momento de votar las cosas importantes, ¿sabés qué? ¡¡¡Votan igual!!! Son lo mismo.

El 20 de noviembre de 2020, Javier Milei se subió, armado con un megáfono, a una pequeña tarima en la plaza de Villa Devoto. Parecía un agitador de principios del siglo XX.

—¡Dale, ladri! —le gritó alguien que pasaba.

Él se quitó el barbijo, sacó pecho y le respondió:

—¡Ya te vas a liberar, esclavo!

Sus seguidores reaccionaron:

—¡Viva la libertad, carajo!

—¡Abajo el populismo!

Es difícil saber cuánta gente había ido a escucharlo, en base al único registro del evento, que fueron las cámaras de Lilia Lemoine. ¿Varios cientos? ¿Algunos miles? En cualquier caso, los testimonios recogidos por la «capitana Ancap» reflejan el alto grado de conexión emocional entre el orador y sus primeros seguidores.

«Gracias, Javier, por todo lo que hiciste por el país y para que no me laven la mente en el colegio», dijo ese día, por ejemplo, un adolescente, casi un niño, detrás de un barbijo celeste.

«Yo quería decir que Milei es para nosotros una gran influencia, te motiva mucho a querer formarte por vos mismo, te motiva

mucho a querer dar la batalla cultural. Yo a ellos dos —señaló a otros dos jóvenes— les logré transmitir estas ideas».

«¡¡Convertidooooos!!», lo celebró ella.

«Ellos hablaron con sus amigos, con sus familiares, y tal vez así logremos que se afilien al Partido Libertario».

«¡Así es como se hace, chicos! Se contagia, ¿viste? ¡¡Viva la libertad, carajo!».

Tal vez el testimonio más llamativo haya sido el de una mujer, menor de treinta años.

«Bueno, Javier, estamos acá. Mirá toda la gente que hay. Si no fuese por vos, nunca estaría acá. Te lo agradezco un montón. Mi vida nunca hubiese cambiado si no fuese por vos», dijo.

Milei había llegado con los custodios que ya lo seguían adonde fuera. Al aparecer, vestido con su habitual campera de cuero, empezaron a escucharse los gritos.

—¡¡Vamos!! ¡¡Viva la libertad, carajo!!

Milei se trepó a la tarima, levantó los brazos para saludar y encendió el megáfono.

—¡Holaaaaa! —gritó.

—¡Abajo el populismo! —le respondieron.

Entonces dijo:

—¡Quiero contarles que esta situación no va más! ¡Se acabó! ¡Estamos frente a la peor crisis económica social de la historia, agravada por una crisis sanitaria, a expensas de un títere esclavo de la jefa de la banda y de la infectocracia!

—¡Hijos de puta! —respondió alguien del público.

—¡Estos hijos de puta nos encerraron! —arrancó de nuevo Milei.

—Nos hicieron mierda los ingresos, nos hicieron mierda el trabajo, nos hicieron mierda nuestras familias y esto sería la peor crisis económica de la historia —siguió Milei.

—¡Hijos de puta!

—Estamos cayendo más que lo que caímos en 2002 —continuó Milei—. Nos están haciendo mierda. Pero eso se va a terminar.

La gente aplaudía.

«Eso». «Viva la libertad». «Dale, Javier».

El naciente líder explicó entonces que todo eso había empezado cien años antes, cuando la Argentina abrazó «la mierda del socialismo», que degradó al país más rico del mundo y lo transformó en el actual, que está «entre el 100 y el 120». Pero había una esperanza, aclaró, «porque el cambio empieza de a poco, y en un momento se hace imparable».

—El sistema se va a tener que agarrar del orto, porque empezó a dar la vuelta.

—¡¡¡Biennnn!!! —gritaban algunos en el público.

—Esta vez no les vamos a pedir que se vayan todos. Les vamos a pedir que se queden. Vamos a lustrar nuestros zapatos y ¡¡¡los vamos a sacar a patadas en el culo!!!

—¡¡¡¡Esooooo!!!!!

Al retirarse Milei, Lemoine siguió recogiendo testimonios.

Un muchacho que llevaba una remera de Black Sabbath explicó: «Seguimos a Milei porque estamos cansados de esta opresión del fascismo-kirchnerismo y queremos para el país libertad. Libertad para trabajar en paz y no para mantener a planeros. ¡Así que vamos con todo! ¡Este es el último gobierno populista!».

En los comentarios a ese video volvía a aparecer la creciente adhesión a Milei. «Cristianos de Argentina, oren por Javier Milei, para que Dios lo proteja y sea vuestro presidente», «Zurdos, tiemblen!! Un día se tiene que terminar esta pesadilla socialista de tantas décadas!!!».

Los meses pasaban, la vida no se normalizaba, los muertos se acumulaban, el gobierno tropezaba contra sí mismo una y otra vez. La vicepresidenta expresaba públicamente, y de manera muy destemplada, su irritación por la manera en que Alberto Fernández ejercía el poder. Solo en 2020 —mientras la mayoría de la población seguía encerrada o velaba a sus muertos—, Kirchner destrató tres veces a Fernández de forma airada y agresiva. El presidente enfrentaba un dilema sin solución: si rompía con ella para poder gobernar, quedaba aislado en el Congreso; pero alinearse con ella era humillante y debilitaba su autoridad. Ese show, en el contexto que vivía el país, era obsceno.

A ese elemento estructural se sumaron otros dos episodios autodestructivos. El primero de ellos fue que el Congreso trabó la adquisición de vacunas con el Laboratorio Pfizer, cuando la sociedad estaba desesperada por recibirlas. La carrera por producir las primeras vacunas había tenido a la Argentina en un lugar de avanzada, ya que una de las pruebas más ambiciosas del antídoto se había desarrollado en su territorio, con médicos y personal sanitario locales. A cambio, la empresa se había comprometido a entregar un lote de millones de unidades apenas se empezaran a producir.

Los ejecutivos de Pfizer se sorprendieron cuando, al querer ejecutar ese compromiso, empezaron a encontrar dificultades para conectarse con los funcionarios argentinos. En septiembre de 2020, el Congreso aprobó una ley en la que reducía la protección legal pedida por Pfizer para el caso de que hubiera demandas en su contra por el eventual mal funcionamiento de la vacuna. La ley ofrecía inmunidad salvo en los casos de «negligencia», un concepto que podía dar lugar a múltiples interpretaciones. Ese detalle impidió que se concretara el acuerdo.

Hubo versiones de que el gobierno privilegiaba a un grupo de laboratorios locales de habitual relación con el Ministerio de Salud. Y quien se ocupó de aclarar qué había ocurrido fue Máximo Kirchner, hijo de la vicepresidenta y jefe del bloque oficialista en la Cámara de Diputados. Kirchner explicó que había impulsado la modificación de esa ley por una cuestión de antiimperialismo.

«Cuando no escuchamos nuestra propia experiencia como pueblo, terminamos siempre siendo juguetes de las circunstancias. Yo no quiero un país que tenga que ceder a los caprichos de laboratorios extranjeros que, con muchísima mezquindad, buscan siempre doblarle el brazo al gobierno».

El segundo escándalo vinculado con las vacunas fue mucho peor. El 19 de febrero de 2021, cuando la inmensa mayoría de la población intentaba vacunarse sin éxito, el periodista Horacio Verbitsky contó en una radio oficialista que había sido vacunado gracias a un favor de su «amigo», el ministro de Salud, Ginés González García. Verbitsky había sido muy influyente en el período

iniciado en 1983, con el regreso de la democracia. Hacía ya años que estaba alineado con el sector que comandaba Cristina Kirchner.

«Hace algunos meses yo dije que prefería esperar un tiempo antes de vacunarme, que quería ver qué efectos secundarios podía haber. Bueno, ayer me vacuné. En el camino tuve nueve contagiados en la familia. Es un número grande para una familia chica. Uno de ellos murió y fue un gran impacto».

«Llamé a mi viejo amigo Ginés González García. Me dijo que tenía que ir al Hospital Posadas. Cuando estaba por ir, recibí un mensaje del secretario de Ginés, que me dijo que iba a venir un equipo de vacunadores del Posadas al Ministerio y que fuera allí a darme la vacuna. Me habían dicho que se podía hinchar el brazo y no pasó. Me dijeron que podía tener fiebre y no tuve. Que podía tener decaimiento y cansancio, y no los tuve».

El impacto fue tremendo. Mientras la población entera buscaba turnos sin demasiado éxito, había gente que podía conseguirlos mediante un llamado a un ministro amigo. La crisis produjo la renuncia de Ginés González y de otros funcionarios vinculados con el presidente Fernández. En cambio, el procurador del Tesoro, Carlos Zannini, que también se había vacunado junto con su esposa, siguió en su cargo. Lo protegía la vicepresidenta.

El 27 de febrero de 2021, un humo amarillo empezó a difundirse por la calle Reconquista, en plena city porteña. Emergía de bengalas sostenidas por unos veinte jóvenes vestidos de negro y amarillo, que rodeaban a un señor de campera de cuero. El hombre caminaba con decisión hacia Plaza de Mayo.

Algunas remeras negras tenían leyendas o símbolos pintados en amarillo. «Viva la libertad, carajo» se leía en algunas de ellas. O, simplemente, la sigla VLLC. Se saludaban intercambiando choques de puño, ese gesto tan clásico de la pandemia.

Entre esos símbolos impresos se destacaba una víbora negra enroscada y dispuesta a morder, sobre fondo amarillo. Esa imagen con la leyenda «*Don't tread on me*» (No me pises, no me pases por encima) era uno de los símbolos que acompañó la lucha por la independencia estadounidense. En los años ochenta, el movimiento

conservador Tea Party la incorporó como una muestra de resistencia a las regulaciones y a lo que denunciaban como el avance del Estado sobre las libertades individuales. Además, fue adoptada por las milicias de ultraderecha racista con cierta presencia en estados del sur de los Estados Unidos, junto con las banderas de la Confederación: para ellos, los límites a la segregación también eran una manifestación de autoritarismo del Estado central. ¿Por qué no tendrían derecho a reunirse con quien quisieran, o a mandar a sus hijos a escuelas donde no se mezclaran con otras razas?

La serpiente también acompañó a los grupos supremacistas blancos que portaban esvásticas durante los disturbios de Charlottesville, en agosto de 2017. Y volvió a aparecer junto a los partidarios de Donald Trump cuando intentaron tomar el Capitolio a principios de 2021. Ahora debutaba en las calles porteñas.

Milei se paró junto al monumento a Manuel Belgrano, armado con su megáfono y rodeado de dos jóvenes. Uno de ellos era el rockero, actor e influencer Emmanuel Danann, hasta ese momento pareja de Lilia Lemoine, y el otro, Álvaro Cicarelli, un joven dirigente que venía del sector de López Murphy. En un libro publicado en esos meses Cicarelli explicaba por qué no era pecado ser gay y de derecha.

Milei gritó a través de su megáfono que la Argentina «tuvo 30 000 muertos más que los que hubiera tenido con una gestión mediocre», y acusó al gobierno, «a este gobierno tiránico», de haber cometido delitos de lesa humanidad. Luego, apoyó el dedo donde más dolía: «Los políticos se tomaron el privilegio de vacunarse primero. El hijo de puta que labura acá dice que no es delito saltear la cola. Mirá, Albertítere, te lo voy a explicar: si ustedes estuvieran en el Titanic, ¿me van a decir que no es delito saltarse la cola? Lo que hicieron es mandar a la muerte a los más vulnerables».

Sobre el final de su breve discurso, Milei caminó unos setenta metros hasta la pirámide de Mayo. Allí, la presidenta del Pro, Patricia Bullrich, arengaba a sus propios seguidores.

Había fotógrafos para tomar imágenes de ese acercamiento.

Chocaron los puños.
Cada uno detrás de su barbijo.

Era una noche húmeda y oscura. Las calles de la ciudad estaban vacías. Un auto oscuro avanzaba en medio de la niebla y la oscuridad. Frenaba frente a un portón de hierro. El portón se abría y el auto volvía a avanzar a cierta velocidad. Frenaba. Un hombre bajaba. Lo primero que se veía de él eran sus zapatos negros y el borde inferior de un piloto oscuro.

—¡¡Mi-lei!! ¡Mi-lei! —lo recibía un grupo de jóvenes enfervorizados.

Así comenzaba «Pandenomics».

Milei ya había polemizado por televisión, escrito libros, actuado en teatros. Había bailado con su novia contando intimidades de todo tipo, conducido un programa. Ahora debutaba en una película que él y su gente distribuyeron a fines de 2020. En ese período de su ascenso, la pandemia sería su tema central. Publicó, además, un libro que también se tituló *Pandenomics*.

Gran parte de la película consistía en un reportaje en el que, guiado por una voz en *off*, Milei exponía algunas de las ideas que repetía habitualmente:

– «El desastre tiene que ver con la mentira que es el Estado. Te decían que el Estado te cuida. Sistemáticamente estuviste pagando impuestos para sostener un sistema de salud que, cuando llegó el momento, no respondió, y tuvieron que hacer inversiones que no habían hecho en un montón de años. Te decían que el Estado te cuida y no supieron ni contar los muertos».

– «Generaron un desastre económico porque, mientras a las empresas las dejaban sin ingresos, las obligaban a seguir pagando impuestos, salarios. Hasta suspendieron las quiebras, algo ridículo. Decían que el Estado te salvó con un ATP. Te dejó sin ingresos y lo compensa con plata por otra ventana, pero esa plata la sacó de emisión monetaria. Deberían haber bajado el gasto público para bajar la presión sobre las empresas y que estuvieran mejor, pero eso no les

gusta, porque deja de pasar el dinero por las porosas manos de los políticos. Y la realidad es que la Argentina va a estar entre las tres economías que más cae en el mundo, segunda en el índice de miseria, tercera en inflación, y pertenecemos al 10% de países con más muertos por millón. Es un disparate, fracasó todo».
– «¡Es una locura, esta gente es criminal! Lo que hizo es criminal, un delirio, son criminales».
– «El eje central es el miedo. Porque, cuando te amenazan con la muerte, y te persiguen con la muerte, y te la muestran todo el día de esa manera, sin ponerte orden de magnitudes, le infunden un miedo a la gente que no tiene sentido».
– «La cuarentena permitió que gobiernos con vocación totalitaria avanzaran en ese programa, y el caso de la Argentina tiene una complicación adicional. Con la llegada del Covid, ese proceso se retroalimentó, y aparecieron todos los orcos de la Camporonga, para pronunciar el avance hacia la izquierda. Ese es el plan, se aplicó en Venezuela. ¡¿A ese modelo de mierda nos quieren mandar esos hijos de remilputa?!».

¿Le fue tan mal a la Argentina en la pandemia como decía Milei? ¿Se trató de un crimen de lesa humanidad, como argumentó muchas veces? ¿Debería haber habido 30 000 muertos en lugar de 130 000, como repetiría Milei hasta el cansancio?

En marzo de 2024, la prestigiosa revista *The Lancet* difundió un estudio de mortalidad comparada entre distintos países. La Argentina fue el país que tuvo menos muertes por habitantes de su región, con la única excepción de Chile. Los especialistas discuten si eso se debió a la extensión de la cuarentena, a la fortaleza de su sistema de salud, a cuestiones de índole poblacional, a la existencia de una conciencia muy fuerte acerca de los métodos de cuidado y a favor de la vacunación, o a algún otro factor.

Naturalmente, el gobierno quedó enredado en escándalos y en enfoques muy rígidos. Seguramente, el rechazo a la vacuna Pfizer

desprotegió a muchas personas y la demora en aplicar criterios flexibles, en un contexto de gran incertidumbre, produjo daños económicos y psicológicos innecesarios y profundos.

Sin embargo, no hay elementos para concluir, como decía Milei, que en la Argentina hubo decenas de miles de muertos más de los que hubiera habido con un manejo «mediocre» de la cuestión. Ese bartoleo de datos, referido a la cuarentena, a la economía o a lo que fuera, sería otro clásico del libertario.

Pero las sociedades emergieron muy enojadas de la pandemia. Especialmente los jóvenes, que habían pasado más de un año encerrados en sus cuartos.

No habría espacio para debates sutiles.

El libertario entendía eso a la perfección.

En el final de *Pandenomics*, Milei volvía a arengar a los jóvenes en el galpón.

—Libertarios, estamos frente a un momento histórico. Después de cien años de decadencia socialista, de ser víctimas de zurdos empobrecedores, los individuos empezaron a despertar. Es nuestra misión contarles que el camino es el camino de la libertad. La victoria será nuestra, avancemos sin miedo. ¡Viva la libertad, carajo!»

En ese momento se escuchaba el grito de una mujer.

—¡Javier! ¡Javier!

Él respondía:

—¡Lilia!

Era Lilia Lemoine, que se abría camino entre los jóvenes, transformada, otra vez, en la capitana Ancap.

—El Banco Central está haciendo de las suyas de nuevo. Creo que es hora de cerrarlo de una buena vez.

Lilia, entonces, le entregaba un bolso a Milei. Él allí descubría el traje de general Ancap y sonreía a cámara con una expresión cómplice, similar a la del protagonista de *La naranja mecánica*.

—¡¡¡Des-truc-ción!! ¡¡Des-truc-ción!! —gritaban los jóvenes.

Milei, con un martillo, destruía una maqueta del Banco Central.

—¡Basta de inflación! —gritaba.

Luego volvía sobre sus pasos. Se subía al auto y se perdía en medio de la noche.

9
La batalla cultural
(en algún momento, antes de 2021)

Un hombre y una mujer se cruzan en la calle. Suena una cortina musical suave. Él es Emanuelle Danann. Ella, Lilia Lemoine.

—Hola —dice él.

—Hola, tanto tiempo —responde ella, interesada.

—Estuve pensando mucho en vos en esta cuarentena.

—Sí, yo también.

—Y todo este aislamiento me hizo pensar que, si no nos hubiéramos separado, podríamos haber pasado la cuarentena juntos.

—Sí. La pasábamos bien juntos, ¿no?

—Sí. La verdad que sí.

—Teníamos mucha piel.

—Sí. Mucha.

—Yo estaba yendo a tomar un café. ¿Viste que habilitaron las mesas al aire libre?

—Yo estaba yendo al supermercado. Pero me encantaría tomar un café con vos.

En el preciso momento en que la pareja flirtea, irrumpe un grandote a los gritos.

—¡¡¡Ahhh, no se puede creer!!!

—¿Qué carajo? —se sobresalta el hombre.

—¿¿¿Qué hacen en la calle, queriendo comer y tomar cosas???

La chica interviene:

—Tranquilo, queremos tomar un café, no un terreno.

—Peorrrrrrr —dice el vecino.

—¿Cómo que peor?

—Es peor. Enciérrense ahora o nos van a matar a todos.

Ella intenta despacharlo:

—Flaco, no ves que estamos en el medio de algooo.

Él agrega:

—Estamos a punto de reconciliarnos. Éramos pareja y tal vez ahora volvamos a serlo.

—¿Pareja? ¿Sexo? ¿Contacto? Ustedes son un riesgo para la sociedad. ¡Nos van a matar a todos!

—¿Por tocarnos entre nosotros dos… solossss?

—¡¡Sí!! Van a matar a mi abuelo.

—¿Cómo vamos a matar a tu abuelo??? ¡¡No lo conozco!! ¡¡No lo voy a ver nunca!!

El video se titula «Reconciliación en cuarentena».

En otro video, los mismos protagonistas interpretan, otra vez, a una pareja. Él llega. Ella lo besa apasionadamente. Se disponen a celebrar su aniversario. La escena promete sexo. Hasta que el mismo vecino golpea la puerta y les grita:

—¡Dejen lo que están haciendo o llamo a la policía!

La piba se queja:

—Pero ¿hasta la cama nos van a perseguir mientras sueltan delincuentes?

Su pareja remata, mirando a cámara:

—Creo que tengo la solución: votar a cualquier cosa menos a estos hijos de remilputas.

El más exitoso de los videos de la dupla se llamó «Estándares de belleza». Fue filmado en el Rosedal de Palermo. Otra vez, ella y él caminan el uno hacia el otro. Se miran. La cámara enfoca la cara de ella, la cara de él, la cola de ella, sus zapatos de tacones y plataforma. A medida que se aproximan, ella se acaricia sutilmente el labio superior con la punta de la lengua.

—Adiós, bonita —la piropea el joven.

Ella le sonríe y sigue de largo.

Cuando él gira para seguir caminando, se encuentra con alguien

que interpreta una caricatura de mujer trans.

—¡Me das asco, machirulo, eso es acoso! —le grita.

La joven regresa e interrumpe:

—No, a mí me gustó. Tomá mi teléfono —le dice al joven, mientras le extiende un papelito.

—No la acosé. Simplemente me gustó y se lo hice saber.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué te gustó?

—Porque me pareció atractiva.

—Claro, porque cumple con los estándares de belleza patriarcales.

—¿Con los qué?

—¿Por qué no me piropeás a mí?

—Bueno, porque me gustan las mujeres…

—Yo soy una mujer.

—Bueno, señor, lo que usted diga.

—¿Qué pasa? ¿No cumplo con los estándares de belleza del patriarcado?

En el final, el joven dice:

—Uyyyy. ¡Qué mierda le estamos haciendo al mundo!

Ese video fue visto por 3 millones y medio de personas. Los otros, por decenas de miles.

La protagonista de esos cortos era una estrella del mundo libertario desde principios de 2019. Danann era conocido por su influencia en las redes sociales. Era habitual que algunos de sus videos tuvieran millones de visualizaciones. Quienes caminaban con él por la calle se sorprendían por su popularidad. La relación entre Lilia y Emmanuel se remontaba, al menos, a mediados de 2018, cuando ella era la modelo que actuaba en el video de una de las canciones del influencer.

Rockero, punky, creyente, guionista, actor y director de películas y cortos, youtuber antifeminista, debatidor de internet, movilero de sí mismo, humorista, conductor televisivo de un programa de música, Emmanuel Danann ha tenido una prolífica producción, en general tan efectiva como rústica, la mayor parte de ella guiada por un intento de confrontar con el movimiento

feminista, combatir la cuarentena, o burlarse de la lucha del colectivo LGBT, o todo eso junto. Su método consistía en crear una caricatura del enemigo y, desde ahí, impugnar todos sus planteos.

Uno de los recursos de Danann consistía en doblar dibujitos animados de superhéroes. En uno de los videos, titulado «Superamigues contra la homofobia», aparecen Superman, Batman, la Mujer Maravilla, Robin y Flash.

—Un día más en el salón de la Justicia Social —arranca una voz en *off*.

—Superamigues de la corrección política, estoy muy preocupado por la discriminación a las personas transexuales… —dice un señor mayor, calvo y canoso.

—Totalmente de acuerdo, hay que hacer algo al respecto —responde Superman—. ¿Qué te parece si empiezas tú, Batman?

Batman responde:

—Propongo luchar para que todos los ciudadanos puedan andar por la calle y no se los discrimine y nadie sea violento con ellos.

A lo que Flash inquiere:

—¿Y cómo crees que podemos llevar a cabo aquella idea?

—Castigando con una condena ejemplar a quienes hayan cometido un crimen con carga discriminatoria —responde Batman.

Interviene Superman:

—¿Castigando? ¡No puedo creer que propongas una solución tan fascista, Batman!

—¿Y cómo piensas detener a un sujeto dispuesto a matar a alguien por su orientación sexual? —responde a su vez Batman.

Flash le dice:

—Hay muchas formas. Hablar el lenguaje inclusivo es uno. Llamar travesticidios a los homicidios dará resultado.

El video pertenece a una serie llamada «Superamigues». Son unas veinte entregas. Ninguna tuvo menos de medio millón de vistas. «Superamigues contra la pandemia», «Capitán Aborto», «Superamigues de la diversidad», «Superamigues diversos», «Superamigues y la dictadura en Cuba», son algunos de los títulos.

Pero el hit de Danann fue su sección «Debates»: decenas de

videos en los que discute y ridiculiza a feministas, o a supuestas feministas, porque en algunos casos se trata de evidentes actuaciones. También confronta, y siempre gana, con ateos y comunistas. Los números son impresionantes. «Emmanuel Danann ridiculiza a un ateo», tiene casi 7 millones de reproducciones. «Preguntando en la marcha del 8M», 6,2 millones. «Hombre blanco Hetero CIS», 5 millones. «¿Qué sistema ha causado más hambre? Comunismo vs. Capitalismo»: 1,2 millones.

El recorrido de Javier Milei desde la nada hacia el poder fue impulsado, acompañado y fortalecido por un fenómeno cultural e ideológico muy potente y, a la vez, invisible para la inmensa mayoría de los políticos y periodistas, incluido el autor de este libro. En algún momento, previo a aquella noche mítica en que el profesor apareció en América TV, un grupo importante de jóvenes empezó a descollar en YouTube y, de a poquito, a copar la comunidad virtual. Ese fenómeno se acentuó durante la pandemia.

Esos jóvenes tenían un aspecto, un lenguaje y un estilo que contrastaban con el clásico referente de derecha atildado, solemne y algo petulante. Eran agresivos, camorreros, iban al hueso y no le temían a ninguna reacción. Cuando Milei empezó a aparecer como un referente, encontró a ese batallón de predicadores virtuales, que a su vez lo encontraron a él. La relación fue inmediata y natural. Él hablaba por la tele y explotaba la audiencia. Ellos subían videos que eran vistos por 10 000, 100 000, muchas veces por millones de personas.

Ya antes de la pandemia, las redes sociales habían sido generadoras de poderosos movimientos políticos. En 2008, muchos jóvenes kirchneristas empezaron a explorar vías de comunicación alternativas para sortear los límites que les imponían los medios tradicionales. Un adelantado en esta historia fue el sociólogo y encuestador Artemio López, quien había armado un blog llamado «Ramble Tamble», en homenaje a un tema de Credence Clearwater Revival. En un estilo irónico y provocativo, López opinaba diariamente sobre la realidad y lograba que decenas de miles de militantes lo leyeran. Al final de su página refería a otros blogs

similiares. De algunos de ellos surgieron dirigentes políticos que se incorporaron a distintos sectores del kirchnerismo.

Esa herramienta, poco después, sería utilizada por la oposición.

En septiembre de 2012, un grupo de jóvenes convocó a una marcha en contra del gobierno. Menos de un año antes, Cristina Kirchner había sido reelecta en primera vuelta, con más del 54% de los votos. Parecía que permanecería en el poder por muchos años. La marcha no fue mencionada en los medios tradicionales, que resultaron sorprendidos cuando, al atardecer, algunas decenas de miles de personas aparecieron frente al obelisco. El 8 de noviembre, convocadas desde las redes sociales, no menos de 300 000 personas colmaron la anchísima 9 de Julio. Meses después, el kirchnerismo sería derrotado en las elecciones de 2013 y ya no recuperaría el lugar hegemónico que había ocupado hasta el 2011.

La primavera árabe, fenómenos políticos muy disruptivos como los que lideraron Donald Trump y Jair Bolsonaro, el movimiento español de «indignados» que dio a luz a la agrupación izquierdista Podemos, o la corriente de opinión que desembocó en la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea fueron gestados desde las redes, muchas veces por actores anónimos. Inclusive, fenómenos musicales como el trap argentino —esos artistas tan jóvenes que trascendieron a escala mundial, como Trueno, Bizarrap, Elegante, María Becerra o Duki— fueron disparados desde el mundo virtual.

En 2020, por la pandemia, miles de millones de personas permanecieron encerradas en su casa durante meses. Gran parte de ellas compartían horas y horas en Twitter, Facebook, Instagram y YouTube. Ese era el principal vehículo de contacto entre los seres humanos, especialmente entre millones de jóvenes angustiados por la amenaza de muerte y el encierro. Nunca, como antes, las redes tendrían tanta influencia para canalizar un enojo casi universal.

«Todo está por derrumbarse, nena / La sociedad se va a caer / No somos más que unos esclavos, nena / Inclinándonos ante un rey / Y todo es por dinero / Y todo, nena, es por poder».

Los versos que anteceden, hasta hace unos pocos años, podrían haber sido de una canción de protesta de izquierda. Sin embargo, el

que gritaba «devuelvan el poder al pueblo» era Emmanuel Danann. Las cosas se habían mezclado tanto que la canción tenía referencias a la novela distópica *1984*, una denuncia terrible contra el régimen estalinista, creada por el escritor George Orwell.

Ya no.

El tema de Danann tuvo casi 700 000 reproducciones.

Los youtubers libertarios se vincularon entre sí y con Milei. La historia puede rastrearse en las redes. Lemoine era una especie de asistente personal de Milei, y una militante orgánica del Partido Libertario. Danann era una estrella de las redes. Agustín Laje, cada vez más, un referente del pensamiento joven de la nueva derecha en muchos países de América Latina.

En enero de 2018, Danann y Laje se grabaron conversando en un bar mientras tomaban «birra». En esa charla, Laje le explicaba las reglas de la batalla cultural que era necesario dar contra la izquierda. En un momento, Danann le dice:

—No está mal llamar «malcogidas» a algunas feministas.

Laje ríe.

Danann fundamenta:

—El sexo no es solo el hombre disfrutando. Una mujer que no ha sabido sentir placer en el coito se llama «malcogida».

Laje agrega:

—En una guerra hay generales de escritorio, gente que maneja el tanque, marina, fuerza aérea, o gente que solo aprieta un botón. En esta batalla también hay muchos roles y hay que darla en muchos campos: el del fango de la lucha cotidiana, con el lenguaje burdo que atraiga a ciertas porciones de la población, y también una lucha que desafíe la hegemonía que se ha dado en las universidades.

Otro de los personajes centrales de esta historia era El Presto. El 27 de agosto de 2020, Eduardo Miguel Prestofelippo, activo militante en las redes conservadoras, publicó un tuit dirigido a Cristina Kirchner: «Vos no vas a salir VIVA de este estallido social. Vas a ser la primera en pagar todo el daño que causaron. TE

QUEDA POCO TIEMPO». El 10 de septiembre fue detenido por la policía, en su casa de la provincia de Córdoba. El Presto tenía por entonces 240 000 suscriptores en su canal de YouTube. La cantidad se multiplicaría.

Sus mensajes, durante ese tiempo, no eran precisamente un llamado a la paz y la concordia. «Con los líderes y los seguidores de la izquierda progre (sea de EE.UU. o de Argentina, de Chile o de Francia, etc.) no se debate, SE LOS ANIQUILA. Intentan arrebatarte tu LIBERTAD, tu PATRIA, tu FUTURO y tu DIGNIDAD como ser humano», escribió el 1 de junio.

Antes de su detención, Prestofelippo publicó una serie de tuits sobre el tema: «Me enteré que integrantes de la Federal me vienen "siguiendo" desde hace mucho. Es más, en algunas marchas estaban infiltrados y me vigilaban. Hoy, parece que anduvieron por mi barrio, preguntando por mí. Siempre de civil (¿?). Chicos, toquen timbre… los atenderé». Cerró el hilo de tuits con el siguiente mensaje: «Hago responsable al Presidente @alferdez y a su jefa @CFKArgentina si me pasa algo. Tanto a mí como a mi gente».

El Presto fue liberado a los pocos días y luego fue sobreseído, pero el ambiente libertario quedó conmovido por su periplo.

Algunos de sus hits revelan los límites —o la falta de ellos— del personaje. Por ejemplo, subió una foto suya con el exdictador Jorge Rafael Videla. Allí se lo ve muy jovencito. «Era de mi época de estudiante», explicó. En febrero de 2021, fue condenado a 30 días de prisión domiciliaria efectiva por hostigar y discriminar a la primera dama, Fabiola Yáñez, a través de sus redes sociales. El Presto le dijo «michifus», «parásito» y la asoció con la «prostitución VIP».

Otro de los personajes de este grupo, Álvaro Cicarelli, quien se asumía, desafiante, como gay y de derecha, publicó un libro que fue prologado por Agustín Laje: «Salir del clóset es una expresión que adquirió popularidad hace no muchos años. Todavía se usa con bastante habitualidad. Se trata de una metáfora que refiere a quienes han dejado de esconder algo. Fundamentalmente, describe la acción de un individuo que asume públicamente su

homosexualidad. Sale del clóset porque ya no quiere esconder más su atracción por el mismo sexo […]. Álvaro Cicarelli cuenta que salió del clóset a los diecisiete años. Comunicó entonces a sus padres que sentía atracción por las personas del mismo sexo. Pero andando en la lectura, uno encuentra que otro clóset se interpone en su vida. Ya no es un clóset sexual, sino político. Al salir del clóset político y asumirse como una persona de derecha, Álvaro encuentra la hostilidad de quienes lo quieren fuera de un clóset, pero adentro de otro».

Cicarelli había sido orador en el acto contra la cuarentena realizado en la 9 de Julio y era una compañía habitual de Milei. En su libro afirmaba: «Un día cualquiera, en una red al azar, es común que lea un mensaje dirigido hacia mi persona en tono agresivo. "¿Cómo vas a ser gay y de derecha?"». «Ante cada comentario proferido por mi boca, siempre y sin falta aparecen demasiadas personas a decirme "puto". Si pensara como ellos, celebrarían la inclusión y me defenderían como si tener un gay en el equipo fuera como adoptar una mascota. Al no estar con ellos, mis derechos se desvanecen y paso a ser, sencillamente, una loca».

Después del 8 de noviembre de 2020, los youtubers libertarios eligieron como nombre de batalla «El Ministerio del Miedo». Durante todo 2021 se reunieron en distintos lugares del país para vincularse con sus fans. Uno de esos encuentros se realizó en Parque Chacabuco. Ese día brilló «Tipito Enojado», quien hasta ese momento ocultaba su identidad detrás de una máscara que llevaba escrito: «facho, opinólogo, hereje, dictador, binario, algófobo, hetero, patriarcal, liberal, opresor, loco». Su nombre es Pablo Ramírez. En enero de 2020 empezó a difundir una serie de entrevistas a Milei, llamadas «Las Milei y una noches». También reporteó a Laje y Cicarelli juntos. Legiones de jóvenes se formaban de esta manera.

Tipito Enojado era muy prolífico. Cargó cientos de videos a lo largo de un lustro. La temática se superponía a la de Danann: la obsesión por burlarse y desarticular los argumentos feministas, la denuncia de distintos intentos de censura por pensar distinto. Pero

les agregaba, además, análisis de coyuntura y denuncias contra el gobierno. Subía material con frecuencia semanal y lograba millones de visitas.

En Parque Chacabuco, Tipito Enojado se sacó la máscara y se transformó en Pablo Ramírez. «Soy solo uno más de ustedes. Ustedes tienen que entender que pueden hacer lo mismo que yo. Solo es necesario una cámara».

Otra de las celebridades del Ministerio del Miedo se hacía llamar «De Peroncho». De todos ellos, fue el primero que se vinculó con Milei. Lo aconsejaba, lo acompañaba a los actos. Los títulos de sus videos, vistos por decenas de miles de personas, eran: «Mujer liberal doma a feminista», «Traviolos con peluca exigen entrar a baños de mujeres», «Humillando feministas», «Progres dando vergüenza», «Zurdos diciendo pelotudeces».

Esta reacción en contra de los políticos tradicionales, feministas, gays y hasta científicos era, en ese momento, contracultural. En la Argentina, durante la década previa, el Parlamento había aprobado el matrimonio igualitario. Los homosexuales podían casarse entre sí, con todos los derechos que otorgaba el matrimonio, incluida la adopción de niños. También se habían aprobado leyes por las cuales una persona podía cambiar de género con solo manifestar que esa era su voluntad. En el país, además, se legalizó, luego de varios años de intenso debate, la interrupción legal del embarazo. Eso lo colocaba al nivel de las naciones más liberales de Occidente.

La reacción contra todo eso empezó a insinuarse en las movilizaciones contra la legalización del aborto. A diferencia de otros momentos, como cuando se aprobó el divorcio o el matrimonio igualitario, la oposición a ese proyecto unificó a la Iglesia católica y a las evangélicas, que convocaron a manifestaciones intensas e igualmente masivas, donde decenas de miles de jóvenes de todo el país marcharon juntos. Paralelamente, se vincularon a través de las redes sociales, donde había cada vez más *influencers* dispuestos a alimentar ese apetito.

El politólogo Pablo Stefanoni venía observando con mucha atención lo que pasaba en el mundo con fenómenos parecidos y

publicó un libro anticipatorio: *¿La rebeldía se volvió de derecha?* Allí escribió: «En las últimas décadas, en la medida en que se volvió defensiva y se abroqueló en la normatividad de lo políticamente correcto, la izquierda, sobre todo en su versión "progresista", fue quedando dislocada en gran medida de la imagen histórica de la rebeldía, la desobediencia y la transgresión que expresaba. Parte del territorio perdido en su capacidad de expresar la indignación social fue ganándolo la derecha, que se muestra eficaz en un grado creciente para cuestionar el "sistema". En otras palabras, estamos ante derechas que le disputan a la izquierda la capacidad de indignarse frente a la realidad y de proponer vías para transformarla».

«En rigor no se trata de un fenómeno por completo nuevo. Un clima semejante se vivió en las décadas de 1920 y 1930 mientras el mundo se enfrentaba a la decadencia de Occidente y, sobre todo, a la crisis de la democracia liberal. El historiador Zeev Sternhell interpretó al fascismo no como una simple y pura contrarrevolución, sino como una suerte de revolución alternativa a la que proponía el marxismo. No se jugaba, entonces, una batalla entre el futuro y el pasado, aunque el fascismo movilizara imágenes del pasado en una clave retroutópica: se trataba de una disputa por construir futuros posibles y deseables».

Uno de los episodios que alimentó este debate entre el poderoso feminismo y el creciente antifeminismo provino de afuera de la Argentina. Se trató del movimiento «Me Too», que llegó para reparar la impunidad con que muchos hombres abusaban de mujeres mediante humillaciones verbales, toqueteos o violaciones, en ámbitos variados como la calle, la familia o el trabajo. Ese movimiento generó una ola de denuncias contra actores, capos de la industria de las noticias y el entretenimiento, o políticos. Eso luego se extendió a las familias. Viejas historias salieron a la luz, y las víctimas que habían esperado años para denunciar hechos horrendos empezaron a aparecer. En paralelo, los medios visibilizaban cada vez más los femicidios y los distintos modos de violencia contra la mujer.

Ese fenómeno influyó en las relaciones humanas en todos los ámbitos. Muchas conductas que, hasta ese momento, eran habituales pasaron a ser observadas como reprochables o delictivas. Esto derivó en sanciones judiciales o sociales. Algunas de ellas adquirieron, con el tiempo, el perfil de una «cancelación»: había gente que perdía su trabajo o su pertenencia social ante la aparición de denuncias contra ellas en las redes sociales.

Fue una especie de huracán, que comenzó a provocar debates intensos incluso dentro del movimiento feminista. La influyente antropóloga Rita Segato fue de las primeras en alzar la voz contra los escraches o el aislamiento de jóvenes adolescentes. «Las mujeres siempre fuimos linchadas, siempre fuimos las brujas. Entonces, parece una venganza. Ahora nosotras vamos a linchar. Y ahí me viene la frase que me dijo un jefe de policía en El Salvador: "Profesora, que la mujer del mañana no sea el hombre que estamos dejando atrás". Yo tampoco quiero eso. No quiero un matriarcado que reemplace al patriarcado. Pero entonces entra el feminismo punitivista. Alguien me tocó un pecho y llamo a un abogado. Parece que no puedo decirle "Salí". Estamos desaprendiendo a negociar el cara a cara, que tiene que ver con la vida de las personas».

Mientras esos debates complejos y dolorosos sobre equilibrios, formas, límites, aprendizajes agitaban los movimientos de reivindicación, por fuera del movimiento feminista crecía una reacción en su contra.

«Somos la lucha, el combate / la resistencia, que nace / Somos la vida en la muerte / un pueblo vivo y fuerte / Somos fuertes valientes / nadamos contra la corriente / Somos la voz que expresa / firmeza y destreza que nos atraviesa / Porque hacemos historia / tenemos memoria de lo que perdimos / Escuchamos el canto / oímos el llanto del niño».

Esos versos pertenecen a «Querida resistencia», un tema que Agustín Laje usó como cortina musical en un documental que grabó sobre sí mismo. Su estética parece de izquierda. En cambio, fue interpretada por dos músicos jóvenes muy lejanos a ese sector político.

Una era Nair García, una argentina que vivía en el barrio Santa Mónica, en Florencio Varela. Se había hecho conocida en diciembre de 2020, cuando subió a YouTube el video «Soltá el pañuelo verde», en referencia al símbolo de la lucha por la legalización del aborto, y logró casi un millón de visualizaciones. En cientos de miles de pantallas aparecía ella con un pañuelo celeste, emblema de las antiabortistas, de espaldas a otra joven que llevaba uno verde. García cantaba: «Soltá el pañuelo verde / no me hables de esperanza / si estás gestando tu propia venganza / contra tu vientre / secando tu propia fuente / Esto no es revolución / esto es la muerte».

El otro intérprete de la canción era un rapero cristiano puertorriqueño. El video de su tema «Harto» ha tenido 5 millones de visualizaciones. Allí interpretaba a un presidiario, vestido con el tradicional mameluco naranja. «Debo sumar, a mi vocabulario / el de las feministas / Ni ella ni ellos: se dice elles / para que verbalmente no los atropelles / Cada vez es más alto el riesgo de que te estrelles / con tantas ideas *woke* que se vuelven leyes / Leyes que lamentablemente he infringido / Estoy viviendo en un planeta desconocido».

Laje explicaba la fuerza de ese movimiento del cual era un referente: «Hoy, la mayoría de las personas tiene un celular. La mayoría de las personas tiene una facilidad para usar aplicaciones, para entender cómo sacar una foto, cómo tomar un video, cómo editar un *reel*, cómo editar un TikTok. Eso le da poder cultural al individuo. Y ese poder cultural ha sido muy bien aprovechado por las derechas. Entonces, la derecha logra hacer un contraataque saltando la cerca tendida por los medios masivos de comunicación tradicionales, que la excluyeron de la comunicación social. ¿No me querés invitar a tus programas? No me importa, tus programas ya no están siendo vistos. ¿No me querés abrir el micrófono? No me importa. La gente cada vez te quiere escuchar menos. Yo voy a hacer mi canal de YouTube, mi podcast, mi cuenta de Twitter, y ahí la derecha da una contraofensiva muy fuerte».

Millones de jóvenes consumían contenido anticomunista, antifeminista, homofóbico, mientras replicaban videos de un profesor despeinado que explicaba que el Estado y el colectivismo eran el principal enemigo de los pueblos.

El impacto que esa batalla cultural tendría sobre la política sería más rápido de lo que cualquiera hubiera esperado. Apenas Milei, ese niño golpeado, ese hombre admirado por humillar mujeres, ese profesor ignorado por sus pares, ese amante de los perros pero no de los humanos, decidiera empezar a pedir que lo voten.

SEGUNDA PARTE

LA REVANCHA

10
Golpe de gracia
(agosto de 2021)

A fines de 2020, Javier Milei decidió encabezar la lista de candidatos a diputados nacionales en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. El profesor despeinado saltó decididamente a la carrera electoral. Existen varias narraciones sobre cómo tomó la decisión. Él mismo ha contado que fue Karina, la hermana, quien lo impulsó. «La gente te quiere a vos pero, cuando va al cuarto oscuro, no está tu nombre en la boleta», le habría dicho. En otras versiones esa frase se atribuye a un empresario.

En esos días, Milei convocó a Carlos Kikuchi, un periodista y empresario liberal que había sido vocero del exministro de Economía Domingo Cavallo, y había participado de varias campañas electorales. Milei había sido columnista semanal de un programa de radio que Kikuchi condujo durante algunos años en una FM. Le pidió que se sumara a sus equipos, pero este lo rechazó porque pocos meses antes había enviudado y estaba reponiéndose del golpe. Así y todo, le dio un consejo: «Salí a caminar la calle. Ningún político puede caminar entre la gente. Solo vos podés hacerlo».

Antes de lanzar su candidatura, sobre el final del primer año de pandemia, Milei ya había hecho varios actos. Se lo veía disfrutar de esos contactos, en ese estilo suyo tan eléctrico. A partir de marzo aceleró el ritmo. Los militantes avisaban por las redes dónde iba a estar, se juntaba gente —no demasiada, algunos cientos de personas — y Milei iniciaba la caminata. Ingresaba en los comercios, conversaba con algunos curiosos y admiradores. Luego el equipo de

comunicación subía a las redes una edición muy favorable de lo que había ocurrido, y el fenómeno se realimentaba. En algunos lugares, cuando se propagaba la noticia de que estaba Milei, la gente salía de los negocios para verlo. En otros, los conductores detenían sus autos en mitad de la calle para sacarse una foto con él. No pasaba inadvertido, pero tampoco convocaba multitudes, como sugería la edición de sus videos.

Con el tiempo, Milei explicaría su salto a la política como una rebelión contra la censura. Le atribuía al diputado oficialista Leandro Santoro haber pedido que lo sacaran de los medios. «El señor Leandro Santoro pidió por la censura, digamos, en el aparato de propaganda oficial del gobierno, en una nota con Fontevecchia».

La realidad, como tantas otras veces, difería de su versión. El espacio donde había hablado Santoro lo había recibido a él muchas veces en las mismas condiciones: no era parte de ningún aparato oficial. Tampoco había dicho Santoro lo que Milei decía que había dicho: «Los medios de comunicación tienen una posición absolutamente irresponsable porque habilitan que se diga cualquier cosa sin ningún tipo de límite. Por ejemplo, hay economistas que se sientan en un programa de televisión del *prime time,* miran a la cámara y le dicen a la gente "Estamos al borde de una hiperinflación, yo que usted voy y retiro los depósitos del banco"». Milei, además, nunca fue censurado: su participación en los medios siguió creciendo de manera geométrica. Pero esa cadena de exageraciones le sirvió para explicar que no estaba guiado por la ambición, sino por la necesidad de poner el cuerpo en la lucha por la libertad.

El lanzamiento de la candidatura lo obligó a formar sus primeros equipos. En las recorridas por los barrios, se puede ver quiénes lo acompañaban.

Un personaje central de esa campaña fue Carlos Maslatón, un antiguo dirigente del liberalismo argentino, tal vez la persona más atractiva y curiosa de quienes lo rodeaban por entonces. Maslatón había sido una celebridad política juvenil en la década del ochenta, cuando era jefe de la agrupación universitaria de la Unión de

Centro Democrático, el partido de derecha que comandaba Álvaro Alsogaray. Luego se dedicó a ganar dinero en el mundo financiero. Pero nunca dejó de tener un pie en la actividad política, siempre dentro de la derecha. «Yo soy la derecha», escribió alguna vez. Y empezó a convocar a los dirigentes que conocía para convencerlos del proyecto político de Milei.

En los años previos, Maslatón había tenido una actividad prolífica en los foros de internet. Tiempo después compilaría esos textos que, por momentos, eran graciosos. «Mis reservas estratégicas de papel higiénico jamás bajan de las 200 unidades de noventa metros. Es decir, siempre tengo en stock 18 000 metros de papel. Consumo diez unidades y repongo, consumiendo lo viejo antes que lo nuevo. Llevo cincuenta años administrando el producto de este modo y hago las compras al por mayor peleando el precio», confesaba allí. O: «Mi gran problema con las montañas rusas es que no me alcanzan ni una, ni dos, ni tres, ni quince vueltas. Quisiera girar permanentemente horas y horas, sin parar, en el artefacto y que no exista tal cosa como inicio y conclusión. Me gustaría ser testeador de montañas rusas».

Maslatón se revelaba como un defensor consecuente de las libertades individuales: eso lo diferenciaba de la derecha más conservadora, que ya era poderosa en el entorno de Milei. «Las marchas del orgullo gay son liberales, no son comunistas. Un colectivo discriminado y torturado a lo largo de la historia por su identidad debe poder manifestarse, como sucede cada año en Buenos Aires. Va mi adhesión a perpetuidad a tal evento y mi condena a toda intolerancia», decía. Luego: «El único feminismo posible es el liberal. Todo liberal debe ser feminista».

También hacía comentarios sobre cuestiones financieras. «Tendrás miedo, mucho miedo, siempre miedo, en el sistema financiero. El día que no tengas miedo, te fundirás», aconsejaba. Defendía al Bitcoin: «El Bitcoin es la mayor victoria liberal en más de doscientos cincuenta años. Es una tremenda derrota para el Estado, que se arroga el monopolio de la moneda».

Naturalmente, Maslatón era un activo militante anticuarentena.

Y lo describía así:

– «Esta noche, después de una cena clandestina en un restaurante clandestino, me tomé un café clandestino en un bar clandestino, y a continuación me fui a una fiesta clandestina de dos amigos que cumplían años. Celebramos, bailamos y cantamos clandestinamente contra la dictadura».

– «El que tenga miedo, que se quede en su casa en un frasco de vidrio termosellado y que no salga nunca más. Pero, para nosotros, la libertad, porque la vida le gana a la muerte».

– «Todavía se ve gente con barbijo en esta ciudad. Quedaron reventados del cerebro por culpa de la propaganda comunista del coronavirus».

– «El que putea a los *runners* es un impotente incapaz de correr. El que putea a las fiestas de los jóvenes es un impotente incapaz de garchar. Vean las caras que tienen: amargados, fracasados, envidiosos contra los que viven, porque ellos están muertos».

Otro de los personajes que rodeaban al libertario era Ramiro Marra, hijo del fundador de Bull Market, una de las agencias de ventas de bonos más importantes de la Argentina. Al igual que Maslatón, y que Milei, se movía con comodidad en el mundo financiero.

Marra había logrado cierta fama como youtuber financiero: daba consejos para que jóvenes inversores pudieran volverse ricos. Eran consejos bastante obvios.

En un video, por ejemplo, aparecía sentado en una hamaca. En la introducción desmentía tener un romance con la cantante Lali Espósito. «Cholulos, abstenerse», decía. Luego, enumeraba:

1. NO GASTES MÁS DE LO QUE GANÁS. «Fácil. Si ganás 10 000 y gastás 11 000 estás en un quilombo. Sumás y restás. En primer grado te enseñan a sumar y a restar. Te tiene que dar positivo».
2. NO HACER COMPRAS IMPULSIVAS. «Eso de que te calentás en un momento y te comprás un jean en el shopping

porque a la noche hay joda, no va. Nunca se compra sin analizar lo que estamos haciendo».
3. TENER METAS DE AHORRO. «Pensá para qué querés ahorrar. ¿Querés tener una casa propia, hacer un viaje, comprar un auto, hacerte una cirugía estética? Bueno, tenés que tener esa meta y saber cuánto vale. Así te vas a empezar a ordenar».
4. HABLAR DE PLATA. «Hay que sentarse y decir "loco, ¿por qué gastás tanto?", "fenómena: a ver cómo hacemos para tener un poco más de plata". ¿Adónde querés ir de viaje? ¿Cuánto nos va a costar ese viaje? ¿Cuánto nos cuesta un hijo? Los hijos son caros. El otro día agarré a mi hermana haciendo cálculos de cuánto le costaba un hijo y casi que estaba arrepentida».

Seguir a Milei era la segunda aventura política de Ramiro Marra. Antes, había acompañado la candidatura del exministro de Economía Roberto Lavagna, lo que reflejaba cierta ubicuidad. En los dos casos, Marra logró rápidamente lugares muy destacados. Fue el primer candidato a senador nacional en las listas del segundo. Y sería el primer candidato a legislador porteño en las del primero. Seguramente, esos saltos meteóricos tenían alguna relación con los aportes económicos que hacía en esas campañas ávidas de fondos. En el caso de Milei, además, Marra arrimó a un grupo de youtubers libertarios que trabajaban en una de las oficinas de la empresa familiar. Milei lo adoptó como uno de sus colaboradores de confianza. Al igual que él y Karina, Marra no tenía pareja estable ni hijos (al menos no hijos humanos).

Cuando Milei lanzó la campaña, carecía de una estructura pero ya tenía varias cosas a favor. Los *influencers* libertarios —Danann, El Presto, De Peroncho, Cicarelli, Tipito Enojado, Agustín Laje— llegaban a millones de personas a través de las redes y estaban muy dispuestos a apoyarlo. Además, la televisión lo adoraba, se desvivía por tenerlo en pantalla. Aparecía en los canales casi todos los días. Era publicidad gratuita.

Consciente de su poder, Milei empezó a poner condiciones. Ya no participaba de debates con cualquiera. Si aceptaba una entrevista, quería saber quién le preguntaría y quién no. O solo participaba de reportajes en los que él fuera el único entrevistado. Habían quedado muy lejos los tiempos en los que mendigaba segundos de aire.

Por esos tiempos, trabó una relación personal con Viviana Canosa, una periodista que, originalmente, se había dedicado al periodismo de espectáculos y a informar sobre la vida privada de las celebridades. Luego, ella fue derivando hacia al periodismo político. Durante algunos años su recorrido político fue en zigzag. Para cuando se encontró con Milei era una combativa militante contra la cuarentena. Su momento más discutido fue cuando tomó en cámara dióxido de cloro, como si se tratara de un medicamento útil contra el Covid. Canosa era, además, una mujer bonita, provocadora, taxativa en sus afirmaciones, muy histriónica: una de las marcas de la televisión argentina.

El encuentro con Milei fue natural. Sus charlas periódicas eran, en realidad, encuentros de amigos, donde ella validaba lo que él decía, y él asentía cuando ella hablaba. Milei podía pasar por su programa y explicar que la culpa de todo lo que pasaba en la Argentina la tenía Antonio Gramsci, el líder histórico del Partido Comunista Italiano. «Gramsci, cuando Mussolini lo mete preso, escribe cómo había que hacer para imponer el socialismo. Vos tenés que tomar la cultura. Mirá cómo responde la mayoría de la cultura argentina y en el mundo. Son todos progres, son todos zurdos». O gritaba contra «los zurdos roñosos». «Tienen miedo porque les estamos ganando. Nos insultan, nos tratan de comprar, nos hacen campañas en contra. Y les seguimos ganando. Porque somos mejores, en lo económico, en lo moral, en lo político y hasta en lo estético».

Las entrevistas de Canosa a Milei empezaron a repetirse con una periodicidad que, a veces, era semanal. Las cosas terminarían muy mal entre ellos. Pero falta un poco todavía para ese momento.

El crecimiento de Milei, además, convivió con el crecimiento de

otro fenómeno mediático: el canal de noticias La Nación+. Fundado hace una década por la familia que conducía el tradicional diario *La Nación*, se mantuvo con bajos niveles de audiencia durante largos años, hasta que en 2021 contrató a varios periodistas que, desde otros canales, se destacaban por la difusión de un mensaje opositor muy combativo contra el gobierno de Fernández y Kirchner. Eso los hizo sintonizar con los sectores de la población más disgustados y antiperonistas. La Nación+ se transformó así en el canal líder del *prime time* del cable argentino, una especie de Fox News local, que se dirigía a núcleos de la sociedad ávidos por recibir un mensaje agresivo, binario. Milei era bienvenido allí.

Las redes, los periodistas amigos, la popularidad previa, el *rating* que generaba ser opositor y el favor de algunos dueños de medios de comunicación, su carisma cada vez más visible, eran los principales recursos de esa campaña que recién empezaba.

Mientras el profesor recorría los barrios y los sets de televisión, el gobierno perdía el control de sí mismo. En abril, Alberto Fernández decretó que las escuelas debían volver a cerrar. Su viejo aliado de la cuarentena, Horacio Rodríguez Larreta, hizo un planteo para mantenerlas abiertas ante la Corte Suprema, que le daría la razón. Los padres y madres que peleaban para que se normalizaran las clases ya acumulaban mucha evidencia internacional para demostrar que la apertura no producía efectos letales sobre la población, y además habían aprendido cómo dar el debate en los medios. A esa altura, la posición del gobierno era incomprensible. Todo estaba abierto: restaurantes, empresas, shoppings y hasta boliches bailables, pero cerraban las escuelas. Fernández adoptó la decisión días después de que el Consejo Federal de Educación, compuesto por los ministros de todo el país, resolviera mantener abiertos los establecimientos educativos. Desautorizó, además, a su ministro de Educación, Nicolás Trotta, que debió renunciar, y a la ministra de Salud, Carla Vizzotti. Esto sucedió semanas después del escándalo de las vacunas. La medida afectaba a los hijos de familias angustiadas y desorganizaba sus vidas.

A ese flanco se sumó otro más delicado. Desde el mismo día de la asunción, Cristina Kirchner había manifestado muchas veces, de manera airada, sus desacuerdos con el gobierno. Cartas públicas, discursos enardecidos, desaires humillantes eran condimentos habituales del menú político durante el primer año de pandemia. Esos escandaletes seguían un guion cristalizado: Cristina señalaba culpas, pedía la renuncia de algún funcionario, trataba con desprecio a su compañero de fórmula. Fernández procuraba no romper, aguantaba en silencio y, en ocasiones, le respondía. Pero era, evidentemente, el débil de los dos. Con el correr de los meses, empezaron a renunciar, de a uno, algunos funcionarios: todos pertenecían al sector del presidente, ninguno al de la vice.

Al retirarse del poder en 2015, Cristina había fundado el Instituto Patria, en una vieja casona donde instaló sus oficinas. A partir de 2020, se transformó en toda una entidad conspirativa: «en el Patria dicen», «en el Patria opinan», se repetía. En febrero de 2021 empezaron a aparecer señales de que «el Patria» quería la renuncia del ministro de Economía, Martín Guzmán, el hombre clave de Fernández. Notas de periodistas muy cercanos a la vicepresidenta, declaraciones de dirigentes menores del mismo espacio, alguna insinuación de Máximo Kirchner. Quien conocía el paño podía escuchar el ruido.

A fines de julio estalló un conflicto por un tema histórico: el precio de las tarifas. La Argentina había congelado las tarifas de gas, electricidad y transporte en 2002, en el contexto de una brutal crisis económica y social. Cuando, un año después, llegaron los Kirchner, la situación había mejorado mucho y siguió mejorando durante un tiempo.

Los Kirchner decidieron que no moverían nada.

A medida que aumentaban los sueldos y el resto de los precios, las tarifas seguían congeladas. Entonces, la energía se consumía en gran cantidad porque era barata. Por la misma razón, se producía menos. Eso agotaba recursos fiscales producto de los crecientes subsidios, y también divisas, porque el país empezó a importar.

Se regalaba energía en un país con cada vez menos dólares.

Las consultoras especializadas en temas energéticos, inclusive las integradas por exfuncionarios de Cristina Kirchner, calculan que desde el congelamiento de tarifas se perdieron alrededor de 300 000 millones de dólares entre subsidios e importación de energía.

Guzmán necesitaba ordenar el asunto porque no tenía margen debido a la gigantesca emisión que sirvió para sostener la estructura económica durante la pandemia. La inflación crecía, al país le sobraban pesos y le faltaban dólares. Si seguía emitiendo para financiar subsidios, se multiplicarían todos los problemas. Pero Cristina no estaba dispuesta a ceder. Y cada vez que Guzmán insinuaba un aumento de tarifas, desde el fantasmagórico «Patria» lo desautorizaban. Pasaba el tiempo y la medida no se tomaba.

En un momento del debate, Guzmán provocó fuerte:

—Se trata de subsidios prorricos.

Nada se movía.

Ese invierno, entonces, el Ministerio de Economía decidió dar la batalla final y anunció el desplazamiento de Federico Basualdo, el hombre que Cristina había impuesto en el sector energético. El presidente respaldó a su ministro; Basualdo estaba afuera.

Horas después del anuncio de Fernández y Guzmán, desde «el Patria» empezaron a difundir versiones de que no cederían. Fernández dudó unas horas y, finalmente, retrocedió.

Fernández había sido desautorizado una vez más, y su ministro de Economía, también. Pero el gobierno debía seguir. La inflación volvería a trepar.

En esos días, el candidato Milei analizó lo que pasaba: «Guzmán es un economista heterodoxo pero, al mismo tiempo, entiende la restricción presupuestaria. Los del Patria son heterodoxos pero no saben hacer un círculo con un vaso. Eso plantea una opción entre lo malo y lo horroroso. Guzmán intenta hacer un ajuste ahora, que es un año de transición, para que el año que viene los números no sean tan duros. En el Patria creen que esto se soluciona con más gasto público. Es una opción que siempre fracasó en la Argentina. Pero en el Patria tienen razón en que el ajuste será recesivo, aunque no por las razones que ellos creen. Un ajuste genera un ahorro, y no

sería recesivo si se compensara por el lado de la inversión. Para que haya inversión tiene que existir un gobierno creíble, y no estos tipos. Pero la opción de no hacer nada es peor, porque les va a explotar todo».

Tenía bastante razón.

A mediados de julio, Milei tomó una decisión política de gran trascendencia simbólica: designó como segunda de la lista a Victoria Villarruel, una abogada de cuarenta años que, desde su más temprana juventud, había militado para instalar una versión de lo ocurrido en la década del setenta, en la que, básicamente, los militares de la dictadura, condenados por violaciones a los derechos humanos, aparecían como víctimas. Villarruel estaba en sintonía con Laje y Márquez, los intelectuales de extrema derecha que participaban en los actos con Milei.

En 2006, por ejemplo, se empezó a publicar la revista *B3, una vitamina para la memoria de lo ocurrido en la guerra contra el marxismo,* y allí se la mencionaba reiteradamente, además de promocionar, por ejemplo, su programa de radio, los libros de Nicolás Márquez —que militaba y escribía en la misma dirección— o del exjefe de la SIDE de Menem, Juan Bautista Yofre. Villarruel hacía campaña para que les enviaran cartas a militares prófugos de la Justicia, que ella consideraba víctimas de una persecución injusta. El tono de la publicación era muy sensacionalista, recordaba los crímenes de la guerrilla, y publicaba repetidas fotos de quienes, supuestamente, habían pertenecido a las «organizaciones terroristas» y formaban parte del gobierno kirchnerista.

El jefe de redacción era el mayor Pedro Mercado, quien había sido pasado a retiro luego de que su mujer, Cecilia Pando, increpara al presidente Néstor Kirchner por su política de juicio a los militares. Pando se transformaría en un símbolo, porque recorría los canales planteando sus ideas y, en ese contexto, defendía todo lo que había hecho la dictadura, incluido el robo de bebés.

La figura de Villarruel empezó a adquirir notoriedad porque, como ocurrió con Milei, sus participaciones en el debate sobre los

años setenta generaban audiencia. Villarruel aparecía, de repente, para gritar que antes de la dictadura habían existido grupos guerrilleros que también mataban, y denunciaba que se ocultaba esa parte de la verdad y se abandonaba a los familiares de las víctimas.

En ese último punto tenía cierta razón. Durante los años del kirchnerismo, las víctimas de la guerrilla habían sido olvidadas y ofendidas. El dolor de familias enteras —de militares y de civiles— era olvidado mientras el de otros era transformado en una cuestión de Estado. Un ejemplo es lo que sucedió con José Ignacio Rucci, el jefe de la CGT asesinado por Montoneros. Rucci era una de las víctimas más relevantes de la violencia de los setenta. Había motivos más que suficientes para que se homenajeara su memoria. No lo hicieron. Claudia, la hija de Rucci, una militante de origen peronista, terminó siendo colaboradora de Villarruel.

A medida que crecía su figura, Villarruel moderó su mensaje. Aunque los justificara como consecuencia de una agresión terrorista, era capaz de condenar algunos crímenes de la dictadura. Esa moderación comenzó a inquietar a sus viejos compañeros de ruta, que se sintieron abandonados. Pedro Mercado, entonces, contó que había conocido al dictador Jorge Rafael Videla en la cárcel, gracias a las visitas que organizaba la candidata. Villarruel dijo que solo visitó a Videla para consultar información para un libro. Pando respaldó a Mercado. «No quiero hablar de Villarruel. Pero lo que dijo mi esposo es verdad».

Por todo esto, el anuncio de Milei que ubicaba a «Vicky» en el segundo lugar de la lista era un indicio de cambio de época: un político ascendente incorporaba en un lugar de máxima exposición a alguien de la familia militar que no creía en el consenso social de repudio a la dictadura. «Todo lo que te explicaron sobre lo que ocurrió en los setenta es mentira», diría ella en campaña.

Desde ese momento, en todos los actos, Milei apareció flanqueado por Marra, el youtuber de las finanzas, y por Villarruel, que llevaba, casi siempre, una bandera argentina en sus manos. «Creo que todo lo que luché en la vida fue para llegar al momento

en que Javier me dijo que quería que lo acompañe. Yo le dije que sí. Él es el rockero. Yo, la chica tradicional. Y a la gente le gusta eso», contaría, divertida.

La promoción de Villarruel fue acompañada por otros gestos de Milei en los que se percibía la tensión entre su mirada y el consenso general respecto de que la democracia era el mejor sistema posible.

Una noche, un periodista le preguntó cuál era la compra más tonta que había realizado en su vida. Milei contó, entonces, que se había comprado un muñeco para entrenar boxeo, que encendía luces donde le pegaba. Para entrenar mejor y pegarle con más bronca, Milei le colocaba una careta de Alfonsín, «el fracasado hiperinflacionario».

Raúl Alfonsín fue el primer presidente tras la recuperación de la democracia en el país. Ya había muerto. La sociedad lo había adoptado como un símbolo de libertad, justicia y honestidad. Era extraño ver a un candidato arremetiendo así contra su imagen. «Lo destrocé», decía Milei, orgulloso.

Este tema generaría preguntas razonables acerca de las convicciones democráticas del candidato. Pero Milei avanzaba. En esos mismos días atacó a Jorge Bergoglio, el papa argentino.

«El papa impulsa el comunismo y eso va contra las sagradas escrituras. Lo voy a decir de frente: el papa es el representante del maligno en la Tierra, ocupando el trono de la casa de Dios».

A principios de agosto, el gobierno peronista recibió su golpe de gracia. Todo estalló cuando la periodista Guadalupe Vázquez difundió una de las primicias más importantes en muchos años: fotos donde el presidente Alberto Fernández, el líder que había impuesto una cuarentena muy rigurosa, aparecía brindando en la fiesta de cumpleaños de su esposa.

Ese día escribí una nota titulada: «El presidente, ¿es o se hace?». En sus párrafos centrales, decía:

> En pocas semanas, la sociedad argentina será sometida a una experiencia muy singular. Cuando millones de personas

concurran a las urnas, sabrán que el principal referente de uno de los proyectos en disputa les ha mentido con descaro sobre un asunto de importancia central en sus vidas. La relación entre poder y mentira, o sobre la necesidad de mentir para sobrellevar nuestras vidas miserables, ha sido explorada de manera muy rica por historiadores, novelistas y filósofos. Miguel de Cervantes, Maquiavelo o —mucho más cerca en el tiempo— Javier Cercas, en *El impostor*, son tres de los tantos autores que recorrieron el asunto. No es un tema nuevo en la historia de la humanidad: la persona que miente, el político que miente. Pero pocas veces esta cuestión ha quedado a la vista de manera tan descarnada y humillante para todos: para la persona que engañó y para quienes fueron engañados. De manera que, en apenas algo más de un mes, se sabrá cuántos argentinos están dispuestos a apoyar a un presidente, a pesar de tamaña defraudación.

Es que lo sucedido fue tremendo. El mismo presidente que imponía restricciones muy estrictas a la vida cotidiana, que amenazaba con detener personalmente a los transgresores, que insultaba a ciudadanos que no obedecían sus mandatos, ese paladín de la cuarentena, al mismo tiempo, desmentía en privado todo lo que decía en público. O sea, el presidente construía una ficción, una *fake news* sobre sí mismo, decía que era lo que no era, que hacía lo que no hacía. Mientras, por ejemplo, Pedro Cahn, su principal asesor en el tema, no iba al cementerio a despedir a amigos fallecidos o se privaba de ver a los nietos y se jugaba su prestigio al defender las medidas del presidente, el mismo presidente participaba de una celebración de cumpleaños, con varias personas, y sin ningún tipo de distanciamiento ni barbijo.

Pero, además, cuando el escándalo empezó a escalar, el presidente decidió defender con uñas y dientes al paladín de la cuarentena, al personaje que no era. En los dos reportajes que concedió desde entonces se indignó ante las dudas. «Yo tenía que lograr que los demás se cuiden. Pero, ¿qué

querían? ¿Que un presidente se quede encerrado en una pieza?». Nadie le hubiera pedido jamás tamaño disparate: solo que no participara de cumpleaños, como lo hacía, por imposición suya, el resto del país.

Las mentiras llegaron, incluso, hasta el momento de la admisión de la mentira. La última de la saga es la palabra «brindis» o, mejor dicho, la frase completa: «Mi querida Fabiola organizó un brindis». El presidente, una vez más, intentó desviar la atención, con una maniobra a estas alturas evidente, y por lo tanto, ingenua e inútil. Porque él ya sabe, todos sabemos, que el problema central no es la «querida Fabiola». Vaya uno a saber dónde estaba la cabeza de la primera dama cuando «organizó un brindis» en aquellos días de privaciones. Pero el tema es que, en ese supuesto «brindis», apareció el hombre que iba a detener a los transgresores, y se sumó al festejo.

Lo hizo sin barbijo, detalle que agrega un elemento nada menor: su inconsciencia. Más de 100 000 personas murieron por esos contagios. La vida de un presidente no es patrimonio exclusivo suyo. El presidente es un hombre mayor de sesenta, tiene comorbilidades. Podía haber muerto y causado una conmoción por esa irresponsabilidad, por ese «brindis» que, otra mentira, fue más que un brindis y, además, no fue el único, si es que fue un brindis.

La contracara de todo esto está en algunos sectores de la sociedad civil. Belén Succi, la arquera de Las Leonas, tiene un hijo de ocho años al que le costó entender que su mamá lo dejaría por cuarenta días para ir a los juegos olímpicos. Ella le explicó que en la vida hay que perseguir los sueños y que volverían a estar juntos. Succi regresó hace casi una semana con una medalla de plata. Pero todavía no se reencontró con el hijo, porque tiene que mantenerse aislada. «Me muero de ganas de abrazarlo. Pero después pienso que es peligroso. Porque al otro día va a ir a la escuela, y puede contagiar a otros».

> Salga como salga la elección, el presidente deberá enfrentar lo que le queda de gobierno con un arma menos, que para él ha sido central. Cuando un político habla, no necesariamente busca decir algo verdadero, sino algo que le resulte útil. Pero para que sea útil debe ser verosímil. El presidente ha perdido esa herramienta, porque su discurso, en público o en privado, perdió esa verosimilitud imprescindible.

En esos días de campaña, Milei opinaba sobre el asunto con el estilo rimbombante de siempre. En el medio aparecían los rasgos de una sensibilidad singular: de todos los sufrimientos que hubo en la pandemia, él destacaba el de sus «nietitos de cuatro patas».

«A nosotros nos quebraban los negocios, la gente caía en la pobreza, en la indigencia, se moría de hambre, y él estaba a pura fiesta. A todos nos pegó de una u otra manera. Yo tengo la dicha de que Conan me hizo abuelo de mis nietitos de cuatro patas. Tenían hábito de manada. Cuando vi lo que se venía, los llevé a una guardería. Un año y medio después, no los pude juntar más. Porque son bichos de más de cien kilos. Si se enojan, me comen. Me sometí a un montón de sufrimientos, de no poder verlos. Tengo un despelote bárbaro. Me tengo que mudar. Mientras, este señor se enfiestaba y tenía grandes reuniones con un montón de gente, nos acusaban de ser asesinos».

11
«Yo soy el que grita»
(agosto-diciembre de 2021)

Las elecciones legislativas en la capital de la Argentina se realizan en dos pasos. En primer turno están las primarias simultáneas, donde todos los partidos presentan sus candidatos. Ese día se definen los que quedan para la compulsa general, pero, más que eso, hay un fuerte indicio de cómo le irá a cada uno. Unas semanas después se realiza la elección general, que reparte cargos. Allí, Milei se enteraría de si, además de ser cada vez más popular, era también votado.

La principal fuerza de oposición se nucleaba en Juntos por el Cambio, la coalición articulada por Mauricio Macri que, dadas las sucesivas crisis del gobierno, se preparaba para volver al poder, pero estaba atravesada por tensiones personales, ideológicas y tácticas. De un lado, el expresidente Macri y la presidenta del Pro Patricia Bullrich sostenían que el fracaso de su gestión se había debido a la oposición irracional del peronismo y a la falta de decisión propia.

Macri y Bullrich sostenían que la única causa de la inflación era la emisión, derivada del exceso de gasto público, y que era imprescindible un ajuste. Solo habría que aguantar unos meses duros y ser implacables con la oposición. Casi lo mismo que decía Milei. Había una conexión conceptual entre ambos. Y algo más, que aún no aparecía a la luz del día.

Del otro lado, el jefe de Gobierno porteño, Horacio Rodríguez Larreta, promovía una política de acercamiento con sectores moderados del peronismo. «La grieta sirve para ganar elecciones,

pero no para gobernar», decía. Larreta tenía, al parecer, mejor imagen que Bullrich, más estructura institucional y acceso a financiamiento. Era razonable pensar que, luego de mucho tironeo, Bullrich accediera a ser candidata a gobernadora de la provincia de Buenos Aires. Así, la alianza opositora sería imparable. No obstante, un movimiento subterráneo agitaba esas aguas.

Macri y Bullrich dejaron que Larreta armara las listas de diputados con su gente: pospusieron la batalla. Larreta ubicó a un colaborador de confianza, Diego Santilli, como cabeza de lista en la provincia de Buenos Aires, y a su amiga María Eugenia Vidal, otra fundadora del Pro, en la capital.

Como ya estaba preocupado por el crecimiento de Milei, permitió además que, dentro de la interna de Juntos por el Cambio, se presentara Ricardo López Murphy, un exministro de Economía y candidato a presidente que era muy respetado en el mundo de los liberales. Se suponía que le restaría chances al libertario.

Milei lo tomó como una afrenta personal que nunca perdonaría.

Los adjetivos preferidos de Milei para Larreta en esos días eran terribles: «zurdo», recontrazurdo», «gusano», «gusano arrastrado». «Te voy a pasar por encima con una silla de ruedas, ¿me entendés?», lo desafiaba. Vidal, la candidata de Larreta en capital, la ligaba de rebote. «Zurda», «recontrazurda», «colectivista extrema». Y también López Murphy. «Es un empleado de Larreta».

Tres semanas antes de las primarias, Macri recibió a Milei. El expresidente jugaba a dos puntas.

—Pero ¿no forma parte de la casta política Macri? —le preguntaron a Milei.

—Si el hombre hace una autocrítica y dice que va a abrazar más fuerte las ideas de la libertad, me parece que está del lado de los halcones, no de las palomas.

La pregunta sobre Macri y la casta política no era casual. Milei había empezado a utilizar la palabra «casta». Sintetizaba en esas cinco letras al enemigo que se disponía a combatir: «la casta», «la casta de políticos parasitarios», «la casta de políticos parasitarios e inútiles». A fines de agosto, durante una recorrida por el barrio de

Boedo, sus partidarios la incorporaron a un jingle de campaña. Cuando antes gritaban «la izquierda tiene miedo» o «Larreta tiene miedo», empezaron a cantar «la casta tiene miedo». Sería el grito de guerra de los libertarios. Tiene miedo… la casta tiene miedo.

No se trataba de una originalidad. Ese término había sido utilizado en los años previos en Europa, por experiencias políticas muy distintas. Algunos analistas sostienen que se impuso luego de la aparición, en 2008, del libro *La casta*, de los periodistas italianos Sergio Rizzo y Gian Antonio Stella, quienes detallaron los privilegios de la clase política de su país. Poco después, el humorista Beppe Grillo se candidateó como presidente. Su *leitmotiv*, justamente, era que llegaba para luchar contra «la casta».

El término se mudó luego a España. En 2010, la crisis de las hipotecas *subprime* generó distintos movimientos de protesta en todo el mundo. Uno de los más poderosos surgió, justamente, en ese país, cuando un grupo numeroso de ciudadanos se autoconvocó por las redes sociales para protestar por el alto costo de las hipotecas. Ese conjunto se autodenominó «indignados» y de allí surgió una fuerza de izquierda, Podemos, cuyos líderes eran profesores universitarios. El más destacado de ellos se llamaba Pablo Iglesias y llegaría a ser vicepresidente del gobierno.

«Parece que la casta política que nos gobierna utiliza algo tan serio como la política fiscal para hacer electoralismo. Es algo que nos tendría que preocupar a todos. Si somos uno de los países europeos con menos presión fiscal sobre las grandes fortunas, si según los técnicos de la agencia tributaria somos un país con un fraude fiscal de 90 000 millones de euros, ¿no tendría sentido una reforma fiscal para que los ricos pagaran un poquito más de impuestos en este país?», sostenía Iglesias. Cuando recibía ataques o denuncias en su contra, argumentaba: «Esta campaña de hostigamiento no va a sacar a Podemos de la defensa de los intereses de la mayoría social empobrecida ni, creemos, va a frenar el descrédito y el desprestigio de la casta política y los intereses a los que sirve».

La casta fue publicado en España con prólogo de Íñigo Errejón,

uno de los dirigentes más talentosos de Podemos. «Izquierda y derecha ya no es más la frontera que define lo importante para los ciudadanos, es más importante ciudadanía/casta», escribió.

Para Podemos, el enemigo era la casta, una clase política que complotaba a favor de los ricos. Los libertarios argentinos cambiarían el sentido del término. La casta también hacía referencia, para ellos, a la clase política, pero no porque les cobrara pocos impuestos a los ricos, sino porque les cobraba muchos.

Días antes de las elecciones primarias, Milei encabezó dos mitines proselitistas. El primer acto fue en Plaza Holanda, sobre la coqueta Avenida del Libertador. Milei arrancó por primera vez con una canción clásica de La Renga, una banda de origen barrial. «Hola, soy el León… toda la casta es de mi apetito». Y pronunció una frase que sería uno de sus hits: «No vine a guiar corderos, sino a despertar leones». Inspirada por lo que acababa de escuchar, Lilia Lemoine empezó a imaginar logos y banderas con la imagen del león.

El «estilo Milei» se diferenciaba del estilo festivo del macrismo. Los pasos de baile de gente sonriente y sin corbata, los globitos amarillos que flotaban en el aire eran reemplazados por los cantitos de cancha, las amenazas, los insultos, con una estética callejera y provocativa.

Luego, Milei encabezó otro acto, esta vez en Parque Lezama, en una zona mucho más humilde de la ciudad. Ese día tocó la banda del youtuber Emmanuel Danann. Antes que Milei, hablaron Eduardo Prestofilippo, «El Presto», y Álvaro Cicarelli.

Maslatón presentó a El Presto: «Gran periodista, gran analista político, gran defensor de la libertad, difamado por la izquierda, detenido por la dictadura maoísta de Alberto Fernández (se la vamos a cobrar oportunamente). Estimado Presto, al ataque».

—¡¡¡Olé, olé, olé, olé… Prestoooo, Prestooo!!! —gritaba la multitud, alrededor de 10 000 personas.

El discurso del youtuber dio una fuerte impresión del clima que se vivía esa noche.

—Estoy pasado de emoción por los argentinos que se juntaron

por una sola consigna: ¡Libertad! Todos los que estamos aquí queremos un país rico, grande, poderoso. Nos hartamos de la mediocridad, del autoritarismo, del pa-to-te-ris-mo. Quiero dedicar este acto a los miles de jóvenes que se están yendo de nuestra patria, que se suben a los aviones y escapan de este infierno, a nuestros compatriotas que este sistema populista y decadente los dejó durmiendo en la esquina de una calle. Acá están los jóvenes para demostrarle a esta casta política que lo inmoral jamás será normal en esta patria.

—¡¡Hijos de puta!! ¡¡Hijos de puta!! —coreaba la tribuna.

—Algún día, los libros de historia van a decir que un 5 de septiembre de 2021 la libertad ya había nacido en la ciudad de Buenos Aires. Acá no hay intereses. Acá hay amistad. Esto es espalda por espalda y con el cuchillo entre los dientes defendiendo las libertades y defendiendo nuestra patria. Si alguna vez este pobre youtuber fracasado los defrauda, tienen la libertad de hacérmelo saber en la calle. ¡Antes de traicionarlos me vuelo la cabeza de un balazo!

Faltaban nueve días para las primarias, la primera prueba electoral para Javier Milei. Y apenas dos años y medio para que el niño golpeado, el provocador, el hombre que amaba a los perros y odiaba al comunismo asumiera como presidente.

La noche del 14 de septiembre, Milei se paró en la puerta del hotel donde había esperado los resultados, rodeado de militantes y dirigentes que gritaban consignas, y se burló de todos los que no habían creído en él.

«Nos dijeron que los liberales éramos simpáticos en la tele pero no juntábamos votos…okeiiiii… Después nos dijeron que no superaríamos el voto en blanco… okeiiii… Después, que no pasábamos las paso… okeiiii… Después, que con suerte llegábamos a 5 o 6 puntitos… okeiii… ¡¡¡Y ahora somos la tercera fuerza de la ciudad!!!».

Había obtenido el 13,6% de los votos, un tercer puesto muy por detrás del 48% que había votado a las distintas listas de Juntos por el Cambio, y del 24,8% que había obtenido el kircherismo. Apenas

había aparecido, como tantas veces en la historia de la capital, una tercera fuerza con el 15%.

Pero Milei se imaginaba que en la general podía, incluso, ganar la elección.

La alegría de Milei fue eclipsada por un nuevo paso del gobierno hacia el abismo. La mitad del Gabinete —que respondía a Cristina Kirchner— presentó su renuncia a Alberto Fernández por el mal desempeño electoral. Fernández tenía enfrente las mismas opciones de siempre: aceptarles la renuncia y de esa manera quebrar el gobierno, o rechazárselas y mantener un Gabinete repleto de enemigos que lo había desautorizado ante todo el país. Fiel a su convicción, evitó la pelea.

Unos días más tarde se conocieron audios de la diputada nacional cristinista Fernanda Vallejos, en los que se refería al presidente como «mequetrefe», «inútil», «payaso» y «okupa». Una fuerza política medianamente ordenada hubiera sancionado de alguna manera a Vallejos. Pero alguien protegía a todos los que humillaran al presidente.

Cuando le preguntaron a Milei por el episodio, dio una respuesta sorprendente: «Vallejos tiene razón. El gobierno recibió una paliza y el presidente es un inútil. No tengo nada que objetar. No estoy de acuerdo con la salida que ella propone, porque una respuesta keynesiana solo empeoraría las cosas. Pero, respecto de Fernández, tiene razón».

«Gastar y gastar y gastar y gastar / esa es nuestra regla fiscaaaaaal / y siiii los ingresos no aguantaran máaaaas / luego iremos al Banco Centraaaal / Y eso será inflacionario / y eso será inflacionarioooo / Si no le aflojan al gastooo / entonces la crisis vendrá».

En el arranque de la campaña para la elección de legisladores, después de la primaria, el equipo de candidatos de La Libertad Avanza había alquilado un estudio durante ocho horas, para grabar avisos proselitistas. Como les sobró una, Milei les propuso grabar esa canción, que lleva la conocida melodía de «El brindis» de *La*

traviata. El video fue distribuido generosamente entre los medios amigos y viralizado en las redes sociales. Allí aparecía el libertario frente a un coro de candidatos que seguía sus indicaciones. Ya no era el profesor loco, apenas rodeado por su hermana y un perrazo enfermo: conducía a varias decenas de candidatos y referentes que aceptaban su imprevisto liderazgo.

El mensaje de Milei era sencillo, claro y muy oportuno. Si, cuando hay exceso de gasto, se produce inflación, habría que probar con el método inverso: ajustar fuerte el gasto para bajarla. La inflación era, y sería cada vez más, el problema más angustiante para los argentinos. Por primera vez en la historia, el promedio de los salarios estaba por debajo de la línea de pobreza. De repente, aparecía alguien que tenía un diagnóstico muy fácil de entender, una solución sencilla de aplicar, y una manera didáctica y divertida de hacerlo.

Y, además, repetía como un mantra:

Esta vez el ajuste no lo va a pagar la gente.

Lo va a pagar la casta.

En esa campaña, Milei recorrió dos veces la Villa 31, un territorio impensado para cualquiera de los liberales que lo habían precedido. La 31 —cuyo nombre oficial es Barrio Carlos Mugica, en homenaje al cura peronista de izquierda asesinado en la década del setenta— es un barrio popular donde viven cerca de 50 000 personas. Su peculiaridad es que está ubicada muy cerca de las zonas más ricas de la ciudad, lo que la transforma en un imán para sus pobladores, por la cercanía a distintos servicios y fuentes de trabajo.

Las casas son, en general, de ladrillo hueco, no están pintadas por fuera, los pisos son de cemento, los cielos están cruzados por un cablerío desordenado, las escaleras de caracol son el recurso para subir hacia las viviendas más altas. A lo largo de los años, la Villa 31 fue creciendo en altura, hasta superar la línea que marca la autopista que llega desde la pudiente Zona Norte del gran Buenos Aires. Está surcada por pasillos muy angostos. Su zona comercial es bulliciosa y vital. En los últimos años había sufrido una visible

transformación a partir de la inversión destinada allí por el gobierno porteño: viviendas nuevas, dos escuelas, un ministerio, una comisaría.

Los libertarios tenían ahí una base inesperada: el bar Liberty 31, fundado por Héctor Espinoza, un jujeño emprendedor, que nació en La Quiaca, «en una casa sin luz eléctrica». Espinoza trabajaba desde los ocho años, acompañando a su madre, que era vendedora ambulante. Luego de un paso accidentado por la primaria y la secundaria, se mudó a Buenos Aires para tentar suerte. Limpió baños, fue electricista de obras de construcción, vendió filtros de agua puerta a puerta, atendió kioscos, hasta que decidió estudiar economía. Lo hizo con mucho esfuerzo en una universidad pública, financiada con dinero de los impuestos. En ese periplo, un día le escribió a Maslatón, que lo citó en el Kavanagh, tal vez el edificio más aristocrático de Buenos Aires. «Ah, vos sos liberal, sos el emergente de las reglas hipercapitalistas: estudios, cuentapropismo, libre competencia…», le dijo. Espinoza se sintió reconocido.

En plena pandemia, Espinoza —que ya conocía a Milei— fundó el Liberty 31 como una manera de desafiar los mandatos del Estado. Allí lo visitaban habitualmente referentes libertarios como Maslatón o Santiago Oria, el director de cine que filmaba todo lo que hacía Milei. «Es que la cuarentena era un verso. Nunca existió. Adentro de la villa había fútbol y fiesta todo el tiempo».

En la película que difundió el equipo de campaña de La Libertad Avanza hay registros del momento en que Milei ingresó en el Liberty 31. Espinoza le grita, emocionado: «¡¡¡Vos sos trasversal, loco!!! ¡Siempre te lo dije! A vos te votan los ricos, los pobres, acá y en La Quiaca».

Casi sobre el final de la campaña ocurrió otro hecho anticipatorio. Juan José Campanella es un director de cine que quedará en la historia argentina. Su película *El secreto de tus ojos* fue una de las dos producciones locales que recibieron el Oscar a la mejor película extranjera. En los últimos años, el cineasta había participado activamente del debate político local, con una posición muy crítica respecto del kirchnerismo.

Campanella deslizó una opinión crítica sobre Milei. La respuesta fue virulenta.

Milei lo acusó de ser financiado por Rodríguez Larreta.

—¿Vos decís que le pagan a Campanella? —le preguntó la periodista Laura Di Marco.

—Bueno, le han encontrado algunos contratos con el gobierno de la ciudad.

Mientras Milei decía esto, distintas cuentas anónimas distribuían esos supuestos contratos en las redes. Se trataba de un clásico *carpetazo*, tal vez el primero aplicado por Milei: toda una advertencia. Ese método sería un recurso habitual del aparato mediático libertario, que aún estaba en construcción.

En ese mismo reportaje, Milei se quejaba de quienes lo acusaban de favorecer al kirchnerismo al dividir a la oposición. «Es Hegel puro. La lógica que usan los populistas, que era la que usaban los fascistas, la que usan los nazis, que es: vos estás de este lado o sos el enemigo».

Diez días antes de las elecciones, Milei participó del primer debate electoral. Sus contrincantes eran la candidata del Pro María Eugenia Vidal, el oficialista Leandro Santoro y la referente socialista Myriam Bregman, que se dedicó a desnudar los costados más vulnerables del libertario.

El primer cruce fue con Vidal. La exgobernadora arrancó proponiendo que la votaran para consolidar un bloque mayoritario que le pusiera un freno al gobierno, «con coraje pero sin gritar».

Milei le respondió:

—Sí. Yo soy el que grita. Grito porque estoy indignado. Porque estoy cansado de la casta política que día a día nos está robando el futuro. Hay algunos que dicen que soy peligroso. Sí, soy peligroso para la casta política porque conmigo se acabó la joda de los privilegios para los pocos políticos a los que les va bien mientras a todos los argentinos nos va mal.

Bregman lo arrinconó varias veces con el argumento de que él había sido asesor del general retirado Antonio Domingo Bussi, cuando era diputado. Bussi, luego de ser legislador, había sido

condenado a prisión perpetua por delitos de lesa humanidad.

—No hay peor casta que la militar, Milei. Y tus listas están llenas de represores.

Milei titubeó:

—Le voy a explicar. Ese es un trabajo que yo hice de asesoría. No, a ver, en el momento estaba elegido democráticamente. A ver, entonces, si Bussi tenía esos problemas, quiere decir que falló la democracia, que fallaron las instituciones.

Asesorar a Bussi era toda una definición política y moral. A Milei, los represores no le generaban rechazo, desde muy joven. Además, su sueldo, en ese trabajo, provenía de fondos oficiales: era dinero del pueblo que un diputado destinaba a contratarlo.

Milei quedó también en una situación incómoda cuando Leandro Santoro le preguntó por qué no se había vacunado. En ese momento, casi todos los gobiernos del mundo democrático consideraban que era necesario saltearse los últimos pasos de validación de las vacunas para no demorar campañas sanitarias imprescindibles. Si un referente social se negaba a vacunarse, podía debilitar el necesario consenso para que la población lo hiciera y frenara la circulación del virus.

—Yo hago evaluación de renta riesgo. No soy grupo de riesgo y las vacunas no están totalmente probadas. Así que me hisopo, uso barbijos y no me vacuno. En cambio, a mis padres los vacuno porque son grupo de riesgo, y si se equivocan, se mueren.

En un momento, Bregman empezó a provocarlo.

—Se vacuna para ir a Miami. Se vacuna para ir a Miami —canturreaba, mientras movía la mano al ritmo.

Semanas después, efectivamente, Milei aceptó vacunarse para ir a Miami a dar una de sus conferencias.

En ese debate, Milei se pronunció en contra del cambio climático. «¿Saben qué? Los estudios demuestran que la temperatura del planeta, de diez mil años para acá, fue siempre exactamente la misma». Y a favor de la libre portación de armas. «Los estudios demuestran que en los Estados Unidos hay menos crímenes en los estados que permiten que cada persona lleve armas

que en aquellos que lo prohíben». Las organizaciones de periodistas que chequean la veracidad de los datos rápidamente aclararon que ambas cosas eran falsas.

Por lo demás, Milei se ciñó al libreto de toda la campaña.

—Hoy, aquí, se presentaron dos modelos. Por un lado, el modelo colectivista con final castro-chavista en una versión a velocidad supersónica, en otra versión a velocidad de Fórmula 1, y en otra versión a velocidad de caracol, con muy buenos modales. Yo vine a defender el modelo de la libertad. Por lo tanto, quiero dejarles un mensaje de esperanza. Existe un futuro mejor, pero ese futuro mejor existe solamente si ese futuro es liberal. ¡Viva la libertad, carajo!».

El 15 de noviembre de 2021 se realizaron las elecciones legislativas de medio término en la Argentina. Javier Milei se había lanzado a la aventura política un año antes, como cabeza de lista en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Los resultados de ese esfuerzo, ese día se supo, fueron muy alentadores: un 17% de los porteños lo había elegido. Milei estaba eufórico. Y esa euforia se expresó en un acto que colmó el Luna Park, el estadio cerrado más tradicional y con más capacidad de la ciudad.

En los años previos, Milei había confesado intimidades, se había disfrazado de superhéroe, había imitado a cantantes famosos, había humillado a mujeres, dictado clases públicas en las calles, gritado, insultado al papa, recomendado técnicas sexuales, agredido a Raúl Alfonsín, a Perón, a Macri. Además, se había resistido a vacunarse, negado el cambio climático, promovido la libre posesión de armas de fuego, desafiado las medidas de protección contra el Covid y había elegido para que lo secundara a una integrante de la familia militar.

Y ahí estaba la coronación de ese esfuerzo: esa multitud, tan distinta de lo que siempre había sido el liberalismo tradicional y conservador. No estaban allí los señoritos de las escuelas bilingües —o al menos no se los veía—, no estaban los liberales trajeados y políticamente correctos, ni los economistas. Milei empezaba a lograr algo que nadie había conseguido hasta ese momento en la historia argentina: la creación de un liberalismo popular y, además,

agresivo, provocador, insolente, plebeyo, que no pretendía dar explicaciones sobre nada.

Milei subió al escenario y entonó la canción que lo había acompañado durante toda la campaña, con una voz ronca que sabe impostar a la perfección. «Toda la casta es de mi apetito…». A su derecha estaba la diputada electa Victoria Villarruel, a su izquierda, el legislador porteño electo Ramiro Marra. Quiso empezar a hablar, pero no pudo. La multitud lo interrumpió con el primer cantito. «No me importa el kirchneristaaaaa / el macrista, el radicaaaaal / queda claro en la Argentina / ¡comunismo o libertaaaad!».

Milei se sumó a cantar con la gente. Subió su hermana al escenario. Se abrazaron. Ella arengaba con la mano derecha, que le quedaba libre, mientras con la izquierda rodeaba a Milei. En un momento, apoyó la cabeza sobre el pecho de él. Villarruel y Marra se sumaron al abrazo. Saltaban, cantaban. Detrás del grupo se podía ver al presidente del Partido Libertario de la capital, Nicolás Emma, con la bandera de la serpiente enroscada.

Se trataba, todavía, de un fenómeno limitado. Una fuerza que había obtenido un 17% en un distrito no representaba una amenaza nacional. Sería todo un desafío conseguir ese número en todo el país, y aun así no alcanzaría para llegar a la presidencia. De hecho, la noticia de ese día fue que Juntos por el Cambio había derrotado al gobierno, hasta en la provincia de Buenos Aires, y que, a partir de ahí, se prepararía para volver al poder en 2023. Sin embargo, empezó a ser muy razonable preguntarse cuál sería su techo. Hubo periodistas que informaron: «Ojo que la gente en el interior pregunta dónde está la boleta de Milei porque lo quiere votar».

Por fuera de las cifras gruesas, había algunos números sorprendentes. A Milei lo habían votado de manera homogénea en toda la ciudad: en las villas más pobres no recibía menos votos que en los barrios privilegiados. Históricamente, los partidos que enfrentaban al peronismo recibían más votos entre la clase media y los ricos que entre los pobres. Con Milei no ocurría eso. Estaba en condiciones de robar votos tanto a la oposición antiperonista como de perforar las zonas más tradicionales del peronismo.

—Almas libres. Leones heroicos. Gracias por tanto rugido. En primer lugar…

Lo volvieron a interrumpir.

—¡Tiene miedoooo…! ¡La casta tiene miedoooo…! ¡La casta tiene miedoooo…!

Milei sonrió, bajó la cabeza y empezó a mover el índice como un director de orquesta.

—¡¡¡Vaya que tiene miedo la casta!!! —gritó—. ¡¡¡La casta está toda cagada!!!

Luego explicó:

—Ser liberal era una vergüenza y hoy estamos con la frente en alto. Hoy se discute si es legal subir los impuestos, y hay consenso de que hay que bajar el gasto, y hay que bajar los impuestos, y hay que darle libertad a la gente.

Y fue allí, en ese momento, cuando anunció que daría la batalla para ser presidente de la nación.

—Nosotros no nos metemos acá por los carguitos. Nosotros venimos a transformar la Argentina. Estamos al borde de una catástrofe y hay que hacer un ajuste. Pero ese ajuste no lo van a pagar los honestos, no lo va a pagar el sector privado. Lo va a tener que pagar la casta política.

La multitud volvió a interrumpir:

—¡¡Larreta, compadre, la concha de tu madre!!

—¡A partir de mañana vamos a empezar a recorrer cada rincón de Argentina para que en 2023 haya una boleta liberal en cada rincón del país!

—¡Se siente, se siente, Milei es presidente!

Entonces, por primera vez, ocurrió que la multitud se dejó guiar por su líder, en una especie de oración laica.

—Por eso, para que ese mensaje termine llegando a cada uno de los argentinos, quiero que me acompañen cerrando el acto con la definición del liberalismo de nuestro máximo prócer de la historia del liberalismo argentino, Alberto Benegas Lynch.

Mientras Milei hablaba, Victoria Villarruel, Karina Milei, Ramiro Marra, los guardaespaldas, la decena de dirigentes que lo

acompañaban en el escenario y los miles de personas que habían entrado al Luna Park recitaban con él: «El liberalismo es el respeto irrestricto / al proyecto de vida del prójimo / basado en el principio de no agresión / y en defensa del derecho a la vida, / a la libertad, y a la propiedad».

—¡¡¡Viva la libertad, carajo!!! —gritó el líder.

—¡¡¡Viva!!! —respondió la multitud.

—¡¡¡Viva la libertad, carajo!!!

—¡¡¡Vivaaaaaaa!!!

Milei asumió como diputado el 10 de diciembre. Lo primero que hizo fue anunciar que sortearía su salario, para contrastar con los demás políticos. Lo cumpliría, mes a mes. Nadie lo imitó; ni siquiera Villarruel o los legisladores porteños libertarios, que designaron tantos asesores como los que pertenecían a las fuerzas tradicionales. Con su gesto, Milei atraía las miradas hacia sí —un gran golpe de efecto—, pero tapaba todo lo otro.

En esos días, además, empezó a aparecer con fuerza otro rasgo inesperado de Milei: su devoción por el judaísmo. En numerosos reportajes se comparaba con distintas personalidades de la historia judía.

Ante una pregunta sobre su hermana, empezó a llorar desconsoladamente.

—Cuando Moshé se propuso sacar a los judíos de Egipto, se dio cuenta de que no tenía carisma, que necesitaba un divulgador. Entonces lo puso a Aarón. Bueno, mi hermana es Moshé. Yo solo soy un divulgador.

En un debate sobre el aumento del mínimo no imponible del impuesto a las ganancias, Milei citó un fragmento del Antiguo Testamento: «El segundo libro del Pentateuco, el libro de Shemot —para quienes lo leen desde la Biblia, Éxodo, en el capítulo 1, versículo 11— señala que los egipcios, frente al avance que mostraba sistemáticamente el pueblo judío y para frenar dicho avance, le empezaron a poner impuestos. Y, como aun así el pueblo judío seguía evolucionando, lo terminaron esclavizando, situación

que a la postre terminó con los judíos yéndose de Egipto. Es decir, caminaron cuarenta años para conseguir la libertad, para salir del yugo opresor del Estado. Hoy esa situación también la vemos: se van las empresas, se van los jóvenes, es decir, todos los que producen».

El día de la asunción, un periodista le preguntó a Milei cómo iba a hacer para influir en la Cámara de Diputados, si eran solo dos diputados en un cuerpo que incluía doscientos cincuenta y ocho. «Tenés que leer el libro de los Macabeos. En el versículo 19, dice: "En una batalla, la victoria no depende de la cantidad de soldados, sino de las fuerzas que vienen del cielo"».

El libro que Milei citó cuenta la historia de una mítica rebelión judía.

Poco antes de la era cristiana, el rey sirio le había quitado autonomía política y religiosa al pueblo judío. Había colocado altares de adoración a los dioses griegos en los viejos templos, había prohibido la circuncisión y el respeto por el día sábado, que era sagrado, y había realizado sacrificios de porcinos en el gran templo de Jerusalén. Eso había provocado una grieta entre los judíos. Los comerciantes, generalmente ubicados en las ciudades, aceptaban dócilmente las reglas de juego. Mientras tanto, en las zonas rurales se organizaba la resistencia, liderada por una familia compuesta por un padre y sus cinco hijos: los macabeos.

El ejército macabeo irrumpía en pueblos judíos helenizados, asesinaba a los traidores, circuncidaba a la fuerza a bebés y niños, y reclutaba nuevos apoyos. Con el correr de los meses, fue inevitable enfrentar a los poderosos invasores. Antes de una batalla decisiva, un soldado judío le preguntó a Judas Macabeo, el líder de la rebelión: «¿Cómo vamos a luchar contra esa multitud bien armada, siendo nosotros tan pocos?». Judas le respondió: «No es difícil que unos pocos envuelvan a muchos, porque la victoria no depende del número de soldados, sino de la fuerza que viene del cielo. Ellos vienen a atacarnos llenos de insolencia e impiedad, para aniquilarnos y saquearnos a nosotros, a nuestras mujeres y a nuestros hijos, mientras que nosotros luchamos por nuestra vida y

nuestra religión. El Señor los aplastará ante nosotros. No les tengan miedo».

Moisés y Judas Macabeo se sumaban a la gesta encabezada por Javier Milei.

12
«¿Vos decís que estoy loco?»
(pequeño apunte personal)

—Creo que no sería bueno ni para el país ni para vos que llegues a la presidencia.

—¿Por?

—Porque un presidente está sometido a una tremenda presión y necesita mucha estabilidad emocional para soportarla.

—¿Y vos decís que estoy loco?

—Un poco.

—¿Y los que están ahora? ¿Te parecen muy cuerdos?

La primera vez que escuché el nombre de Javier Milei fue en algún momento de 2016. Por entonces yo publicaba columnas quincenales en *El Cronista*. El periodismo escrito cambiaba a un ritmo vertiginoso.

El Cronista tenía un recuadro donde informaba sobre las notas más leídas en el portal. Yo me sorprendía porque las de un tal Milei eran siempre, o casi siempre, las más leídas. Todo esto antes de su *boom* televisivo, de su popularidad, de estallar como un huracán en TikTok. Comencé a leer algunas de esas notas.

No eran gran cosa, en verdad.

Se trataba de un economista ortodoxo que, en un tono provocador, agresivo y didáctico, explicaba —como tantos economistas ortodoxos a lo largo de la historia— que el problema de la inflación era básicamente monetario, que la Argentina cobraba demasiados impuestos, que los políticos eran todos irresponsables y ladrones. En algunas de ellas, parecía dar cátedra sobre complejas teorías económicas.

Leídas en la actualidad, cuando Milei ya es presidente, tienen su valor. Con esas notas empezó a hacerse conocido. A diferencia del resto de los economistas ortodoxos, que eran cuidadosos y medidos, Milei era impiadoso con el gobierno de Mauricio Macri.

Hay un tercer elemento revelador: muchas eran plagiadas. Milei copiaba partes de libros o de notas que habían escrito otros y las incorporaba a las suyas sin ninguna aclaración sobre la fuente.

A medida que pasaba el tiempo, Milei empezó a transformarse en un asunto serio. Sus actos eran cada vez más numerosos y llamativos. Donde aparecía, hacía ruido. Empecé a hablar con él, ya interesado en el fenómeno.

Milei debe haberme concedido al menos una docena de reportajes, que se desarrollaron de forma tensa y amable, al mismo tiempo, por parte de ambos. A la distancia, lo recuerdo como un ejercicio de exploración mutua. Luego, esa conversación continuaba por WhatsApp.

De los intercambios privados, solo voy a contar dos cosas. La primera es que Milei buscó afianzar la relación a través de algo muy singular: nuestra común admiración por Carlos Salvador Bilardo, el controvertido, obsesivo y genial técnico de Estudiantes de La Plata, que luego fue campeón y subcampeón del mundo con la selección que capitaneaba Diego Armando Maradona. Ambos lo admirábamos. Milei me enviaba stickers con la imagen de Bilardo y hemos dialogado bastante sobre el tema. Lo segundo que voy a contar más adelante es la manera en que terminó, al menos por un tiempo, la relación.

En esos reportajes, me interesaba tratar de entender cómo funcionaba su cabeza porque, cuando Milei hablaba, describía una realidad muy distinta de la que yo veía. Por ejemplo, para mí, el comunismo no era un problema real. Los comunistas, en 2021, eran una rémora, un recuerdo, una nostalgia, un hecho histórico. Para él, en cambio, era la columna vertebral de su identidad. Milei peleaba, básicamente, contra el comunismo, contra los zurdos de mierda.

Entre todas esas notas, todos esos diálogos, hay tres que, a mi entender, destacan. El primero de ellos fue un reportaje que le

hicimos junto con María O'Donnell para el canal CNN.

Allí pudimos conversar tranquilos, por primera vez, sobre el comunismo.

—En varios reportajes, dijiste que aquello que te une a Trump y Bolsonaro es que combatís al comunismo. ¿Podés definir qué es el comunismo? —le pregunté.

Milei respondió:

—Básicamente, el comunismo es un sistema colectivista que lleva al extremo el avance sobre la libertad y sobre la propiedad. Por lo tanto, va contra la esencia del liberalismo, que es el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo. El comunismo no puede hablar de eso porque, en su haber, tiene el asesinato de 150 millones de seres humanos.

—¿Qué países latinoamericanos son comunistas? —le preguntó María.

—Cuba.

—¿Qué otro?

—Bueno, en realidad Venezuela es un socialismo que va avanzando hacia el comunismo.

—Pero, si son esos dos nada más, no es una gran amenaza en América Latina.

—No, porque el gran problema es el siguiente, y esto hay que combinarlo con dos libros, que son *Crítica del intervencionismo. El mito de la tercera vía*, de Mises, y *Camino de servidumbre*, de Hayek. ¿Qué es lo que te dicen? Que hay dos sistemas, nada más. Tenés el capitalismo libre de empresa y el socialismo en su versión real, digamos, su versión más pura, o del comunismo. *Camino de servidumbre* te dice que cualquier intervención que hace el Estado genera un fallo del gobierno. Y ese fallo conduce a más intervención, es decir, que el modelo tiende siempre a más socialismo.

—Pero, Javier, si uno mira la historia reciente del mundo, hoy hay mucho menos comunismo que hace treinta años. El sistema tendió hacia el capitalismo, no hacia el comunismo.

—No, bueno, desde mi punto de vista, decíamos, América Latina

está cada vez más roja.

—A ver, Argentina, hoy, ¿es un país comunista?

—Es un socialismo de muy malos modales.

—Cuando uno piensa en ese comunismo, que decías que mató a 150 millones de personas, piensa como mínimo en un régimen sin derechos humanos, con presos políticos, sin alternancia en el poder, sin elecciones, con exiliados, con asesinatos de disidentes, sin propiedad privada. En la Argentina eso no está pasando. Es un régimen de libertades públicas bastante amplio, donde podés presentarte a elecciones. Si sacás más votos, vas a ser presidente. Con lo cual, ¿dónde está el comunismo en términos de libertades públicas?

—En la dinámica. El problema es en términos dinámicos. Cada suceso, cada acto de intervención del Estado lleva a más Estado y lleva a cada vez menores libertades individuales. […]

—Pero, Javier, en casi todos los países del mundo hay algún grado de intervención del Estado, y casi ninguno termina en el comunismo. En la década del sesenta, los Estados Unidos construyeron el Estado de bienestar, luego en los ochenta viraron a un sistema más conservador. Eso mismo pasó en muchos países capitalistas. Es difícil, en este contexto, no ver tu lucha contra el comunismo como una construcción fantasiosa.

—A ver, el punto es este: yo entiendo que la presentación bipolar genera que uno tiene la sensación de que está discutiendo eso, y en realidad estamos discutiendo cosas que están en el libro de inicio del capitalismo. Y, bueno, pero el problema es cuáles son las dinámicas que se disparan en cada uno. Para mí, que cada vez haya más Estado, es un mal dato, porque además las economías que tienen más Estado crecen menos.

—Esa es una discusión legítima, pero es acerca de cómo se administra una economía capitalista. No tiene mucho que ver con el comunismo.

—Bueno, puede ser que tengas razón. O sea, como lo veo en términos dinámicos y como lo veo en tendencia, creo que existen solamente dos modelos. Puede ser que, planteado en algún lugar

intermedio, dé la sensación de que es una discusión abstracta, por decirlo de alguna manera. Pero en términos dinámicos, no.

En enero de 2022 se produjo el segundo intercambio. Milei acababa de sortear su primer sueldo como diputado nacional. «Todo impuesto es un robo a mano armada y yo no quiero ser cómplice de eso», argumentó.

La frase me pareció, como tantas cosas de Milei, un disparate. Los impuestos son un elemento estructural de todo sistema capitalista. No hay país que no los cobre. En todo caso, se discutirá cuánto, cómo y de qué manera, o cuál es la mejor forma de gastarlos. Pero, ¿eliminarlos?

Así que le anticipé:

—Voy a escribir que es una payasada populista.

Él respondió:

—No me ofende. Pero quiero discutirlo.

—De acuerdo —le contesté—, pero no quiero que discutamos de temas generales, sino que nos restrinjamos a un único tema. En la Argentina, millones de niños reciben educación pública gratuita. Si no cobrás impuestos, ¿cómo la financiarías?

La respuesta sería el origen de muchos debates posteriores.

—El eje central es entender mi concepción acerca del Estado. La existencia de la escuela pública es un derivado del Estado de bienestar. En mi concepción, el Estado es una organización criminal y violenta que se financia a través de una fuente coactiva, que son los impuestos. Por lo tanto, los impuestos son un robo y cualquier cosa que utilices de un robo es ser cómplice de ese delito. Si vos querés que haya educación pública, ¿por qué eso debería estar financiado a punta de pistola, por un método violento? Eso es fuertemente inmoral.

»Si la sociedad está de acuerdo en que quiere tener un sistema que cubra las necesidades educativas de toda la población, podría generar voluntariamente un fondo. De allí se financiaría un sistema de *vouchers*. Por lo tanto, todas las personas dispondrían de dinero para educarse e irían a la institución que más les guste. Entonces, el mecanismo por el cual se fondea el sistema no sería violento,

porque la gente lo haría voluntariamente. Al disponer del dinero, cada uno podría elegir la institución que quiera. Eso generaría competencia en el sistema educativo y lo mejoraría.

—Tratemos de correr las palabras efectistas de la discusión: violento, criminal, a punta de pistola. Suponete que vos dejás de cobrar impuestos y, entonces, proponés un fondo voluntario. Seguramente poca gente aporte. Los ricos no lo harán porque ya tienen con qué pagar las escuelas adonde envían a sus hijos. Los pobres no lo harán porque son pobres. ¿Cómo educás a esos chicos si no te alcanza el dinero?

—No es algo efectista decir que los impuestos son un robo y se cobran a punta de pistola. Es llamar a las cosas por su nombre. Se llaman «impuestos» porque nadie está dispuesto a pagarlos de manera voluntaria. Aquellos que viven del Estado, para poder convivir con su conciencia, han decidido llamar «contribuyente» al pagador de impuestos. Es como que el violador llame «novia» a la mujer que viola.

—¿Por qué en todos los países capitalistas se cobran impuestos?

—Que en todos lados se paguen impuestos no quiere decir que esté bien. Con ese criterio, la Asamblea de 1813 no debería haber abolido la esclavitud porque había esclavitud en todas partes. Si tengo que ir a contramano del mundo para hacer algo en favor del bienestar de los seres humanos, ¿por qué debería fijarme si hay otro que lo hace o no?

—Volvamos al planteo práctico que te hice. ¿Cómo financiás la educación pública si ese sistema de *vouchers* no te alcanza?

—Vos me preguntás qué pasa si lo aportado voluntariamente por la sociedad no es suficiente para financiar determinada cantidad de educación. Bueno, eso significa que los agentes están expresando que no quieren tanta educación. Entonces, ¿por qué habría que robarle a la gente ese dinero para financiar ese gasto? ¿Quién determina cuál es la cantidad óptima de educación que debe haber en una sociedad? Puede haber personas que decidan estudiar muchísimo, y otras que decidan no estudiar en lo más mínimo. Nadie tiene el conocimiento suficiente para determinar cuánto es

óptimo. Lo que es óptimo es que tengas el financiamiento que los individuos decidan. Si creés que es poco, es un problema tuyo, porque tus preferencias son distintas a las de la sociedad. Si creés que es poco, aportá más vos. Pero no le exijas por un medio violento a otro que lo haga.

—Todo es muy interesante en la teoría. Pero seguimos con el mismo problema. Las escuelas no tienen financiamiento y eso deja en el abandono a millones de niños, especialmente a los que nacen en los hogares con menos recursos. La escuela podría ser un instrumento para nivelar la desigualdad de oportunidades entre chicos ricos y pobres. ¿No es terriblemente violenta tu propuesta?

—No me parece algo malo que haya ricos y que haya pobres mientras el proceso por el cual una persona se enriquece sea honesto, lo haga ofreciendo bienes de mejor calidad y menor precio. Por eso, en principio los ricos serían benefactores sociales, en función de lo que han generado. El sistema marxista ha sido refutado empíricamente en todos los lugares donde se aplicó. El socialismo ha sido un rotundo fracaso en lo económico, en lo social, en lo cultural, y siempre tuvo que ser impuesto por métodos violentos.

»En el sistema capitalista, el proceso por el que se genera la distribución del ingreso no es independiente del sistema productivo. Si un trabajador es muy productivo y está en un mercado donde el bien que se produce es apetecible por los seres humanos y hay escasez del mismo, eso genera que tengas unos precios maravillosos con los que se gana un montón de dinero, y permite pagar mejores salarios. Como la productividad marginal del trabajador depende, a su vez, del stock de capital que es aportado por el capitalista, en esta situación son socios y se benefician de la situación. No veo conflicto entre ricos y pobres. Si te ganaste tu dinero honestamente, no me parece que alguien deba venir a robártelo.

—Son teorías, Javier. Mientras tanto, vos no cobrás impuestos y tenés que cerrar las escuelas.

—Respecto de la situación de los niños que nacen en hogares con menos posibilidades, eso no significa que tengas derecho a

quitarle a alguien para dárselo a otro. El planteo de la igualdad de oportunidades no solo no tiene sentido desde el punto de vista de la dinámica económica, sino que además implica un acto violento de arrebatarle el fruto de su trabajo a una persona. Si el capital humano es clave para la determinación de cómo les va a ir a las personas en su futuro, ¿qué pasa si nacen personas más inteligentes que otras? ¿Qué vas a hacer? ¿Les vas a poner un chip en la cabeza para que no generen pensamientos por encima de la media porque eso va a generar una desigualdad?

»Vos insistís en que, si el fondo queda librado a la voluntad de la gente, ese fondo puede ser escaso. Bueno, en definitiva es lo que está decidiendo la sociedad que quiere tener. Llevarlo a otro número implica la implementación de un sistema violento. Le robás a alguien para darle a otro. Eso no es justo. ¿Quién decide cuánto está bien o cuánto está mal? Para establecer eso, deberías tener cualidades divinas. Es la fatal arrogancia de la que hablaba Hayek. Y eso no está dentro del alcance de los seres humanos. Es cierto que el sistema genera injusticias. Pero eso es culpa de la gente que decide reemplazar la mano invisible por la mano de hierro del Estado, robándoles el dinero a algunas personas para dárselo a otros.

—No entiendo qué tiene que ver el sistema marxista en esta discusión. La educación pública es una idea de Sarmiento, no de Marx.

—La base del problema es: ¿por qué creés que es justo robarle el dinero a los ricos? Respecto a Sarmiento, hay distintos tipos de liberales y miradas… Pero la idea de la educación pública es parte del Manifiesto Comunista.

El tercer diálogo fue el más ríspido. Ocurrió en la radio, donde Milei enfrentó mis preguntas, las de Gustavo Grabia y las de Jairo Straccia. Unos días antes, Milei había armado un gran revuelo, cuando sostuvo que debería ser legal la venta de órganos. «Sería un mercado más. Actualmente hay mucha más demanda que oferta de órganos, así que hay un problema ahí». Mi hijo mayor, Juan, me señaló que esa idea pertenecía, originalmente, a Murray Rothbard,

el economista libertario admirado por Milei. Y agregó:

—Con la misma lógica sostiene que debe legalizarse la venta de niños. Si se lo preguntás, seguramente no va a rechazar esa idea.

—¿¿¿La de la venta de niños???

—Bueno, es la misma lógica —concluyó Juan.

Cuestión que Milei vino a la radio. Fue una larguísima nota donde abordamos cuestiones políticas, económicas, teóricas y morales. Milei fue generoso en la narración, pero también un poco quisquilloso: muchas preguntas lo ponían a la defensiva.

—Vos planteaste públicamente que se legalice la venta de órganos. Esa idea está en un libro de un autor económico cuyo nombre le pusiste a uno de tus perros: Murray Rothbard.

—Mis nietitos tienen nombres de economistas. Murray por Murray Rothbard, Milton por Milton Friedman, Robert por Robert Lucas, y Lucas por Robert Lucas.

—Tus nietitos son los hijos…

—Sí. Los hijos de Conan. Está Conan, que es mi hijo.

—Y los hijos de Conan son tus nietos…

—Sí. Yo trato a mis perros como si fueran de mi familia. ¿Cuál es el problema?

—¿No pensás que alguna gente puede ver un problema en alguien que habla de sus perros como sus hijos y sus nietos?

—¿Cuál es el problema de que tenga tanto afecto por mis perros?

—Una cosa es tener tanto afecto, otra es llamarlos hijos y nietos.

—¿Cuál es el problema de cómo yo manifiesto mis afectos?

—Solo te estoy preguntando.

—¿Cuál es el problema de que, cuando uno quiere a sus seres queridos, los quiere de esa manera? Lo mismo haría por mi hermana también.

Finalmente, llegó el momento de preguntarle por el mercado de niños.

—Cuando te nombré a Rothbard…

—Murray Rothbard es el inventor del anarcocapitalismo. Yo soy anarcocapitalista filosóficamente. Es un tema no menor, porque

después la vida real tiene restricciones.

—En el mismo libro que habla de legalizar la venta de órganos, también habla de legalizar la venta niños, diciendo que, si eso pasara, habría un mercado floreciente. Habría más gente que tendría hijos para venderlos, y más padres adoptantes que tendrían hijos para adoptar. ¿Vos estarías de acuerdo con la venta de niños?

Milei contestó:

—Hay un libro maravilloso que se llama *Análisis general competitivo*, de Arrow y Hahn. Es de 1971. Los tipos dicen: mirá, nosotros escribimos esto porque tiene determinadas propiedades normativas. Y esas determinadas propiedades normativas es el mundo al que lo querría llevar. Pero después está el mundo real. Cuando yo te digo «soy anarcocapitalista», filosóficamente tengo una concepción de cómo debe funcionar el mundo. Algunos temas los estudié, otros temas no los estudié. Ahora, hablar contra ese *benchmark* parece muy abstracto, en especial en el estadio donde está la sociedad argentina. Imaginate lo alejada que está esta discusión de la realidad de los argentinos. Porque, de vuelta, lo que tenemos que pensar es el problema de la inflación, que no crecemos: el desempleo, la gente que se caga de hambre.

—Está bien, pero filosóficamente.

—Es que es una discusión filosófica que ni siquiera sé cuánto estamos preparados para esa discusión filosófica.

—Pero, no entiendo: la respuesta, ¿no es no?

—No, depende de en qué términos estés pensando. Porque, cuando yo te digo, por ejemplo, que soy paleolibertario, esto quiere decir que en un mundo anarcocapitalista, aun cuando fueras anarcocapitalista, vos podés ser paleolibertario. Lo que quiere decir que les das un lugar a los usos y las costumbres. Y va a aparecer un entramado legal como consecuencia de las decisiones de las personas. Quizás en uno de esos contextos es absolutamente repudiable.

—La mayoría de las personas se espantaría ante la idea. Vos no.

—Si yo tuviera un hijo, no lo vendería.

—¿Y si otro quisiera?

—No es una discusión de hoy en la Argentina.

—Pero ¿podría serlo?

—No sé. Quizá de acá a doscientos años.

Esa respuesta ambigua tuvo una amplia repercusión durante toda la campaña y generó que Milei interrumpiera el diálogo conmigo.

En esa nota, que fue la última, también apareció la cuestión moral. Unos meses antes, cuando ya era diputado, Milei recomendó en las redes sociales que sus seguidores compraran criptomonedas a una empresa llamada CoinEx. La firma quebró, luego de una intervención de autoridades reguladoras que acusaron a sus dueños de maniobras fraudulentas. Muchas personas se quejaron porque habían invertido allí luego de la recomendación del futuro presidente.

Le planteamos el tema. Milei no percibía ningún problema moral en lo que había hecho.

—Vamos por partes —dijo—. A mí, la gente de CoinEx me llamó y me pidió una opinión profesional. Le pedí que me mostrara cómo funcionaba el negocio, qué era lo que hacían. Ellos tomaban plata. Con eso compraban títulos en dólares, y con la devaluación que se generaba te pagaban tasas en pesos mucho más altas que la que te pagaba el mercado, que las regulaba el Banco Central. Eso, además, les permitía tener fondeo para invertir en las granjas de cripto que tenían en el Sur y ahí generaban criptomonedas. En ese sentido, el negocio no tenía ningún tipo de problemas. Yo dije que la presentación que haría del negocio no sería en estos términos porque, el día que el Banco Central no te devalúa más, y el día que te sube la tasa, y el día que el Bitcoin se cae…

—Pero, Javier, en tu Instagram pusiste: «Están revolucionando la manera de inversión para ayudar a los argentinos a escapar de la inflación. Escríbanles de parte mía».

—Sí.

—Y ya eras diputado el 18 de diciembre.

—Pero, de vuelta, de vuelta. O sea, el negocio tenía una determinada característica y era una forma que hacía que vos

saltearas la regulación del Banco Central, para tener un mayor retorno. Estaba apalancada sobre títulos públicos en dólares.

—¿No te pagaron por eso?

—O sea, mis opiniones las cobro. Claro que las cobro.

—¿No correspondería un pedido de disculpas a los que fueron estafados?

—Es que no fueron estafados. Ellos agarraron y montaron ese negocio. Ese negocio tenía esas características. Yo hice un video con ellos donde, además, dejaba claro de dónde salía ese negocio, que tiene que ver con esto de que tenías una posición en títulos públicos que no estaba acá y que te permitía hacerte de dólares.

—No pusiste eso. Pusiste: «desde ya puede simular su inversión en pesos, dólares o criptomonedas y obtener una ganancia». Lo pusiste vos en Instagram.

—Está bien. Y tenías la parte de la criptomoneda, que también generaba ganancias. Tenía que ver con la granja de criptos. Eso era el *core* del negocio. Era un negocio bastante simple y yo les dije: «Si ustedes quieren que yo trabaje con ustedes, quiero que cambien esto porque, si no cambian, esto yo no lo hago».

—Pero no hiciste un posteo advirtiendo al que podría haber invertido que no te gustó el modelo de negocio.

—No, porque, cuando yo hago estas sugerencias, ellos hacen un montón de cambios. De hecho, una de las cosas que querían hacer era mutar el tipo de negocio.

—Pero no importa el modelo de negocios. Vos sos diputado, recomendás una inversión.

—El negocio estaba bien armado. El problema radica en que después ellos no quisieron modificarlos y yo decidí no hacer cosas con ellos.

—Pero, pará, ¿vos no invertiste ahí?

—No, no.

—O sea, estás recomendando inversiones en una plataforma en la cual no invertiste. Cobraste por hacerlo. No advertiste sobre los problemas.

—A ver, puede ser que tendría que haber hecho esa aclaración.

Pero, de vuelta, ellos no es que cierran el negocio, no estafan a nadie. Ellos están devolviendo la plata. El tema es que cierran el negocio porque se cayó el Bitcoin y no se le movió el tipo de cambio.

Ese día, al despedirnos, tuvimos el diálogo que encabeza este capítulo.

—¿Vos decís que estoy loco?

—Un poco.

—¿Y los que están ahora? ¿Te parecen muy cuerdos?

Tenía un punto su defensa. Millones de personas, en esos meses, empezaban a responder de la misma manera ante cualquier objeción a Milei: «¿Y los que están ahora?».

Algo de razón tenían, por supuesto que sí.

Milei nunca más me concedió un reportaje.

13
Una lucha continua contra el ego, la codicia, la lujuria
(mayo de 2022-julio de 2023)

—Hoy vi la tapa de *Noticias* —dijo ella.

Él respondió con una risotada sarcástica.

—¿Cómo vivís eso de que te operen, de que te persigan, de que investiguen tu historia clínica? Todavía no te inventaron ningún romance, ¿no?

Del fondo del salón se escuchó un grito ahogado. «¡La casta tiene miedoooo!».

—Ahí tenés la respuesta —dijo él—. ¡¡¡La casta tiene miedo!!!

Entonces, otros se sumaron:

—¡La casta tiene miedooooo!

Y ella también:

—¡La casta tiene miedoooo!

Y toda la platea:

—¡Tiene miedoooo, la casta tiene miedooooo, la casta tiene mieeeedoooo!

La escena ocurrió en la Feria del Libro en abril de 2022. Esa mañana, la revista *Noticias* había salido en tapa con el título «El copión». Se refería a Javier Milei. La información era contundente. En su libro *Pandenomics*, Milei había incluido párrafos textuales de otros autores, sin hacer ninguna referencia a la fuente.

«Una mañana de mayo de 1665, George Vicars, sastre de la pequeña villa de Eyam, Inglaterra, recibió un paquete proveniente de Londres. El bulto contenía tela que usaría para la elaboración de

ropa para los lugareños. Días más tarde, el sastre yacía sepultado…», contaba el libertario, en su libro. La anécdota era interesante para graficar el comienzo de una pandemia. El problema era que, en *Las matemáticas de las epidemias: caso México 2009 y otros*, el físico Salvador Galindo Uribarri había narrado la misma historia, con las mismas palabras: «Durante una mañana de mayo de 1665, George Vicars, sastre de la pequeña localidad de Eyam, Inglaterra, recibió un paquete proveniente de Londres. El bulto contenía telas que usaría para la elaboración de ropa para los lugareños. Días más tarde, el sastre yacía sepultado…».

Milei se había copiado de «Entender una epidemia. El coronavirus en España, situación y escenarios», un artículo publicado en España unos meses antes por el profesor Antonio Guirao Piñera. Allí decía: «Una epidemia es un fenómeno de avalanchas que se autoamplifica, pudiendo llegar a dimensiones exageradas. Hay muchos fenómenos similares, como la propagación de un incendio voraz en un bosque, que también crecen de forma…». *Pandenomics* repetía: «Una epidemia es un fenómeno de avalanchas que se amplifica, pudiendo llegar a dimensiones exageradas. Entender esto ayudará a entender de forma realista. Hay muchos fenómenos similares, como la propagación de un incendio voraz en un bosque, que también crecen de forma…».

Milei ya había enfrentado denuncias por plagio, porque en varias de sus notas recurría al mismo método, copiaba y pegaba párrafos enteros sin citar la fuente.

En esta ocasión, en la Feria del Libro, estaba frente a una platea de fans. La presentadora que lo acompañaba esa tarde era Viviana Canosa, que ya lo había recibido tantas veces en su programa de televisión. El cariño entre Canosa y Milei estaba a punto de llegar abruptamente a su fin. Pero ese día la tensión aún no se notaba.

«Es un tipo fabuloso, generoso, bondadoso y, sobre todas las cosas, buena persona. Es un placer ser amiga de un tipo con convicciones, con ideales y con valores. Pueden aplaudir. Sí, pueden aplaudir. Durante la pandemia era el único que hablaba de la libertad en el momento que estábamos todos encerrados. Ahora

tratan de copiarlo todos».

Luego, Canosa se refirió con cariño a Karina Milei, le pidió que se parara para que todos la aplaudieran y le fue preguntando al libertario por distintos personajes.

Fue en ese contexto en que se refirió a la tapa de *Noticias*.

Ese día, «la casta tiene miedo» empezó a ser, además de una gran consigna electoral, una eficiente coartada ante cualquier cuestionamiento.

Poco después de ese episodio, Milei anunció los nombres de quienes encabezarían su equipo económico. Se trataba de Roque Fernández y Carlos Rodríguez, dos economistas del Centro de Estudios Macroeconómicos (CEMA). Fernández había sido ministro de Economía de Carlos Menem, luego de la renuncia de Domingo Cavallo. Su gestión no fue especialmente brillante. Los grandes logros de la convertibilidad —la caída vertical de la inflación, el aumento de las inversiones extranjeras, los tres años de veloz crecimiento— se habían producido antes de 1995.

Con todo, Fernández y Rodríguez le aportaban al equipo de Milei solvencia técnica y algo de previsibilidad. Eran fiscalistas, no creían en las regulaciones masivas por parte del Estado, eran ortodoxos, promercado, coincidían en la necesidad de recortar el gasto, sus pares reconocían su condición de buenos economistas.

Ambos tenían un recorrido que le faltaba a Milei. Rodríguez, por ejemplo, se había doctorado en la Universidad de Chicago, había enseñado en Columbia, había cofundado un centro de estudios con cierta influencia, que luego se había transformado en una universidad privada. Había sido consultor de muchos gobiernos, entre ellos, el de la ex-Unión Soviética. Más allá de las discusiones a veces durísimas y personales entre economistas, Rodríguez era aceptado como un integrante de esa elite. Milei, no.

El equipo empezaba a crecer.

La relación previa de Milei con Rodríguez había sido oscilante. En *El camino del libertario*, su libro autobiográfico, se refiere a él: «Tuve la oportunidad de conocer y luego hacerme amigo —a pesar de que nos habíamos peleado antes en Twitter— de Carlos

Rodríguez, quien para mí es uno de los cinco mejores economistas de la Argentina».

Las diferencias parecían saldadas.

El 21 de julio de 2022 la Argentina estaba, otra vez, en medio del caos. La violenta interna que enfrentaba al presidente Alberto Fernández con la vicepresidenta Cristina Kirchner había producido, finalmente, la renuncia del ministro de Economía, Martín Guzmán. Eso había desatado una corrida más contra el peso. El presidente había perdido a casi todo su Gabinete. La corrida comenzaba a trasladarse hacia una corrida de depósitos. Sin consenso interno en el gobierno, sin cuadros técnicos que le permitieran reencauzar la economía, con una relación irreconciliable con el personaje de mayor poder dentro del peronismo, su destino parecía sellado. Se empezaba a especular con la posibilidad de que no llegara a terminar su mandato.

Entonces, Milei apareció con la solución definitiva para los problemas argentinos. Otra vez, fue en *Animales sueltos*, el programa que lo había catapultado a la escena pública seis años antes.

Alejandro Fantino, el anfitrión, iba y venía, enfatizaba, estiraba, repetía conceptos, alargaba: se lo veía disfrutar cada vez más del show político televisivo. «Quiero avisarles algo. Quiero decirles lo siguiente: si Javier Milei logra contar lo que estuvimos charlando tres minutos antes del aire, su idea para su posible presidencia, porque es un presidenciable que crece en los números y que está realmente muy alto en las encuestas, si él esta noche, en minutos, logra comunicar, como lo comunicó antes del aire, la idea que tiene de la economía argentina, no solo es la tapa de los diarios de mañana, sino que definitivamente mete una ruptura en la política argentina».

Mientras, la cámara tomaba un primer plano de Milei serio, concentrado, como quien está a punto de anunciar algo que cambiaría para siempre la vida de todos. «Prepárense. Yo me voy a ir un ratito a la mesa, ya vengo con Javier. El león viene a rugir fuerte esta noche. Muy fuerte. Preparen redes sociales. Será tendencia. Está bien titulado: “la bomba de Milei”. Así que

prepárense. Porque es muy fuerte. El león Javier Milei ruge».

El diálogo transcurrió así:

—¿Cómo estás, Javier? Te lo tengo que preguntar de una. Si te toca ser presidente, ¿estás en condiciones de dolarizar la economía absolutamente?

—Sí. Hoy es factible dolarizar.

—¿A este tipo de cambio?

—Sí. A 320.

—Pero ¿dolarizar es que sacaríamos dólares del cajero?

—Exactamente. Empezaríamos a hacer transacciones en dólares y es absolutamente factible.

—Te lo pregunto mirándote a los ojos, en vivo, exactamente a las 23.45. O sea, si te toca llevar adelante el destino de la Argentina, ¿dolarizarías la economía?

—Yo dolarizaría.

—Javi, te está mirando Ariel. Él es un compañero. ¿Él iría a cobrar el sueldo en dólares?

—Sí, exactamente, va a cobrar en dólares. Va a pagar en dólares. Se va a mover en dólares, va a ser todo en dólares, como pasa en Ecuador, como pasa en Panamá.

Entonces, Milei se puso a hacer cuentas. Si se canjeaban las reservas en dólares y los bonos en manos del Estado por el circulante, los depósitos y la deuda del Banco Central, a quien quisiera dolarizar le faltarían solo 10 000 millones de dólares.

—¿Quién te los daría? —preguntó Fantino.

Milei lo miró, fijo, a los ojos.

—Una institución financiera internacional de las más importantes del mundo.

—Mirame, ¿ya lo tenés al ok?

—¿Vos querés que te muestre el celular?

—¿Están dispuestos a apostar por la Argentina?

—¿Y a vos qué te parece?

Entre la elección de 2021 en la ciudad de Buenos Aires y la presidencial de 2023, Milei pulió su mensaje económico. Para eso,

contaba con varias ventajas. A diferencia del oficialismo —que discutía su programa a cielo abierto y pifiaba en su aplicación— y de Juntos por el Cambio —una agrupación atravesada cada vez más por sus propios odios y enemistades—, su organización tenía un liderazgo muy claro, con llegada a un vasto sector de la población. Mucha gente estaba ávida por escucharlo. Y, además, no tenía ningún escrúpulo en simplificar al máximo los problemas y las soluciones que proponía para resolverlos. En el caso de la dolarización, el razonamiento era sencillo y Milei lo repetía mil veces. La principal razón de la decadencia argentina era la inflación, que derivaba de la emisión, que a su vez era producida por el déficit fiscal. Había que cortar eso de cuajo. Sería cuestión de reducir violentamente el gasto público. Eso derivaría en una caída vertical de la emisión y terminaría con la inflación. Esta vez, decía Milei, ese ajuste no lo pagaría la gente, sino la casta política parasitaria y prebendaria.

La dolarización era el moño de ese paquete. Si solo había dólares como circulante, ningún político podría imprimir pesos nunca más y eso bajaría rápidamente la inflación. El mundo entendería que la Argentina ya nunca podría dar marcha atrás. Esa propuesta sería muy discutida. Si se dividía la cantidad de dólares que tenía el Banco Central por la cantidad de pesos y depósitos que existía en la Argentina, eso daba un precio del dólar altísimo, salvo que Milei tuviera acceso a un crédito monumental. La abrumadora mayoría de los países del mundo han enfrentado crisis, pero nunca han renunciado a tener su propia moneda, porque eso les permitía amortiguar, a través de una devaluación, crisis exógenas.

Sin embargo, Milei insistía. Caería la inflación, eso produciría un shock de confianza, la Argentina empezaría a crecer. Así de sencillo.

En sus marchas empezaban a aparecer pancartas gigantes con la imagen de un dólar.

El segundo elemento de esa parte de la campaña fue el surgimiento de un notable pragmatismo político. Apareció, de repente, un Milei flexible: empezó a mezclarse con la política

habitual y desplazó a muchos militantes que lo habían acompañado desde el principio.

El primero en ser excluido del círculo áulico fue Carlos Maslatón, el hombre que presentaba a Milei en los actos más importantes. Maslatón denunció que Milei se estaba volviendo autoritario y fascista. Hasta el día de hoy está convencido de que fue desechado como consecuencia de una decisión de Karina, motivada por razones esotéricas.

Otra de las personas desairadas fue Mila Zurbriggen, dirigente de la agrupación La Generación Libertaria, quien había aparecido junto al candidato en los festejos por el resultado electoral de 2021. Ahora denunciaba que Milei designaba en cargos y candidaturas a gente «a dedo», a cambio de financiamiento y «favores sexuales». Maslatón respaldó los dichos de Zurbriggen: «Se le fue la mano a Milei vendiendo candidaturas».

Milei los despreció a ambos. «Zurbriggen ya tuvo problemas con otras agrupaciones. Hay personas que, cuando no consiguen cargos o plata, en ese enojo dicen un montón de cosas». Y fue lapidario con Maslatón: «Es un chorro de la política».

La ruptura más traumática fue con los *influencers*, que habían puesto su popularidad al servicio del despegue de Milei.

Augusto Grinner (@deperoncho), por ejemplo, contó acerca de los primeros recorridos de Milei por la provincia de Buenos Aires, un bastión electoral del peronismo.

«La primera caminata que hizo fue en Lomas de Zamora y yo estaba ahí. El único *influencer*. Ni Lilia estaba. Me acerqué a saludarlo. Él me abrazó y me dijo "Ehh, Augusto". Habíamos hablado algunas veces nada más. No era amigo ni nada. Después lo empecé a acompañar. Estuve, por ejemplo, en Adrogué, Remedios de Escalada. En todos esos lugares no estaba ninguno de los que están ahora. Después empezaron a ver que había plata y empezaron a irse con Milei. A mí, Javier me llamaba día por medio. Yo le daba consejos. La mitad de las veces los tomaba y la otra mitad no. Es muy difícil aconsejar a Milei. No le gusta que lo critiquen. Ya en diciembre de 2021 me enteré de que iba a meter a trabajar en la

Legislatura a Lilia, a Agustín Romo. Lilia era su maquilladora y cobraba de la Legislatura. Entonces le dije: “Che, me enteré que ya estás entongando militantes”».

Grinner comenzó a plantear algunas de esas disidencias en las redes y se sorprendió por la virulencia del ataque que recibió. Entonces, escribió un texto que describía a la militancia que seguía a Milei en 2022.

«Justifican que una candidata diga que no hay que mostrarse con hijos discapacitados. Justifican que un candidato diga que la gente no quiere votar a discapacitados. Justifican que La Libertad Avanza pone de candidatos a quienes paguen por esos espacios y no a gente idónea. Que La Libertad Avanza transa con políticos que viven de la política desde hace treinta años y que entongaron a cientos de familiares y amigos. Justifican que La Libertad Avanza promueva que todo el mundo tenga armas, incluso criminales, violentos, psicópatas, que promueva vender órganos y niños, que vote en contra de salvarle la vida a bebés con cardiopatías, que les dé carguitos a sus militantes, a sus amantes y a sus familiares, poniéndolos a vivir del Estado, como hizo siempre “la casta”? Todo eso lo justifican».

De Peroncho remataba: «La mayoría de los mileístas son más enfermitos, violentos y fanáticos que los zurdos y los kirchneristas. Son una caterva de fascistoides subidos a la moda liberal».

El Presto agregaba: «A mí, hace más de un mes y medio, por un editorial marcando falencias en el armado nacional de Javier Milei, llevó a que muchos se enojen y encima me llamen traidor. ¿Traidor a qué? Yo no puedo traicionar ni a mi madre. Yo siempre hice la mía. Ahora, acusar a alguien porque uno marca un error es un comportamiento de secta. La mayoría de los candidatos tienen un prontuario de estafadores, malandras, ratas de la casta».

Y el rockero Danann agregaba: «La libertad no se trata de cambiar de amo, sino de no tenerlo. Esa cosa de que Javier es la única esperanza me parece de un retraso mental importantísimo».

Uno de los puntos de conflicto entre los *influencers* de la primera hora y Milei era el armado del partido en las provincias. Todos ellos

apuntaban especialmente contra el acuerdo con Ricardo Bussi en Tucumán. Bussi es hijo de uno de los militares más activos durante la represión ilegal. Su padre, Antonio Domingo Bussi, había sido gobernador de esa provincia durante la dictadura. En democracia fue diputado nacional y uno de los primeros trabajos de Milei consistió en asesorarlo. Bussi padre terminó condenado a cadena perpetua por delitos de lesa humanidad. Su hijo se dedicó a la política en su provincia.

Danann disparaba: «Bussi es de la casta. Tiene 700 familiares como ñoquis en el Estado. ¿Cómo es esto? ¿Hay que armar con cualquier cosa? Dale, muchachos, ¿qué es lo que pasa?».

En esos días, varios youtubers disidentes subieron un video conjunto con un audio de Lilia Lemoine que criticaba a la legisladora libertaria Rebeca Fleitas por negarse a nombrar militantes políticos en la Legislatura porteña. «No está mal que los diputados usen a los asesores. Rebeca fue la única hija de puta que dijo "Yo soy libertaria, entonces, no voy a tener asesores". Pero, boluda, la guita ¿se la vas a dar a Ofelia Fernández, forra? Ese fue el gran problema con Rebeca. Loca, son los pibes del partido libertario, gracias a los cuales vos tuviste una candidatura y gracias a los cuales tenés una banca, porque te votaron en las elecciones internas, en las que hubo fraude incluso. No es digna legisladora. ¡Y encima mete proyectos por todos lados para figurar, que no sirven para nada, porque nadie se los aprueba! Pero hace que trabaja. ¡Y encima no le entrega contratos a la gente del partido libertario de CABA, que es la que trabajó para ella gratis! Lo cual la hace una reverenda hija de puta. "Ay no soy casta". No, no sos casta. Sos una reverenda hija de puta. Me chupa un huevo que seas casta, llamate como quieras, pero eso no se hace».

En agosto de 2022, el gobierno cicatrizó la crisis desatada por la renuncia de Martín Guzmán. En su lugar asumió Sergio Massa, uno de los líderes del oficialismo, el tercero en orden de importancia, luego de Fernández y Kirchner. Massa ya se había postulado una vez como candidato a presidente en 2015 y era previsible que su ascenso fuera un paso hacia una nueva candidatura presidencial.

Como mínimo, eso lo transformaba en una especie de presidente paralelo. Guzmán había recibido 50% anual de inflación. Cuando Massa asumió, era del 66%. Pero la economía había crecido en los dos años y medio anteriores. El reto para Massa consistía en bajar la inflación. El método elegido fue explicado por su segundo, Gabriel Rubinstein: era necesario bajar el gasto y la emisión. Sin eso, sería imposible. Pero no era lo que pensaba Cristina Kirchner. En cualquier caso, si Massa lograba bajar la inflación, podía soñar, otra vez, con la presidencia.

Por entonces Milei anunció que Alberto «Bertie» Benegas Lynch encabezaría la lista de diputados nacionales de la ciudad de Buenos Aires. Bertie era el tataranieto de Tiburcio Benegas, un pionero de la industria del vino, que fundó la empresa Trapiche a mediados del siglo XIX y luego fue gobernador de Mendoza. Uno de los siete hijos de Tiburcio, el abuelo de Bertie, se quedó con la compañía, que a su vez heredó Alberto Benegas Lynch (hijo), el padre del candidato a diputado. Trapiche fue vendida casi cien años después de su fundación al grupo Peñaflor. Tal vez eso haya ocurrido porque la pasión de Benegas Lynch (hijo) era otra. Alberto fue uno de los pocos economistas que se dedicó a estudiar a los próceres de la Escuela Austríaca de economía y a traducirlos al castellano, en una época en que Von Mises y Von Hayek no eran demasiado influyentes. Además, fundó en 1957 la Escuela Superior de Economía y Administración de Empresas, un nuevo instituto de formación de economistas que buscaba transmitir el credo liberal. Durante años fue titular de una cátedra en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires.

Bertie, su hijo, el candidato a diputado, no había tenido la relevancia de su padre ni de su abuelo, hasta que Milei reparó en él. Bertie se recibió de economista en la academia familiar y, luego, trabajó como empleado jerárquico bancario. Tampoco es autor de libros relevantes. Por parte del padre, recibía de herencia una inclinación al pensamiento económico austríaco. Por parte de la madre, en cambio, una convicción católica cerrada. Tal vez eso explique su cercanía con Nicolás Márquez y Agustín Laje, los

agitadores de la Nueva Derecha, el ala más dura del proyecto político libertario. En cualquier caso, Bertie pasaría a ser el componente más aristocrático de La Libertad Avanza. Con el tiempo, se haría famoso por propuestas peculiares, como la eliminación de la escuela gratuita y obligatoria, el alambrado de los océanos como una forma de preservar las especies mediante la adjudicación de parcelas en propiedad privada, en áreas marítimas. O por declaraciones en las que decía que «le hacía ruido» calificar como matrimonio a una unión de personas del mismo sexo.

A Milei lo unían muchos lazos con los Benegas Lynch. En medio de la campaña electoral, el instituto de economía familiar le otorgó un doctorado Honoris Causa al candidato. Era un título honorífico entregado por un amigo en un momento oportuno. Desde entonces, aunque no tiene títulos de posgrado, se hace llamar «doctor» en los actos.

El 1 de septiembre de 2022, el país fue sacudido por un cinematográfico intento de asesinato contra Cristina Kirchner. Milei dejaría una marcha también en medio de esa conmoción. El episodio ocurrió pocos días después de que un fiscal pidiera, por primera vez, una condena a prisión efectiva contra ella por causas de corrupción que arrastraba desde su presidencia. La agrupación La Cámpora, presidida por Máximo Kirchner, respondió con una vigilia permanente en la zona de la vivienda de la vicepresidenta.

En uno de esos días, cuando volvía a su casa y era interceptada por los militantes, ocurrió el atentado. La vicepresidenta saludaba a un grupo de seguidores cuando, de repente, una persona se acercó a una mínima distancia, le apuntó con un revólver y gatilló. De milagro, la bala quedó trabada y no salió. La imagen se repitió en el mundo entero.

Al enterarse, Alberto Fernández decretó una jornada de asueto nacional. Durante ese día, la Cámara de Diputados realizó una sesión para manifestar su repudio contra el hecho. Mientras todos repetían expresiones de solidaridad con Kirchner, había un diputado, uno solo, que no estuvo dispuesto a sumarse a la unanimidad.

Javier Milei, ese día, arrancó dirigiéndose a la presidenta de la Cámara, Cecilia Moreau.

—Muchas gracias, señora presidente —le dijo, cuando ella le cedió la palabra.

—Presidenta —corrigió Moreau.

—El español me lo permite —argumentó Milei.

—Soy presidenta —insistió ella.

Y él volvió a arrancar, desafiante:

—Señora presidente, en primer lugar…

Luego de ese guiño hacia quienes no estaban dispuestos a aceptar la mirada del movimiento feminista, Milei dedicó un párrafo a repudiar la violencia política. No se refirió al atentado ni mencionó el nombre de la víctima.

Finalmente dijo:

—¿Alguien me puede decir dónde está el feriado para las víctimas de la masacre de Once o cuando mataron al fiscal Nisman o cuando fue el atentado de la Amia o de la Embajada de Israel? ¿Qué declaraciones hicieron? ¿Qué feriado se dictaminó? Los políticos no tienen privilegios respecto del resto de la población. Pero, claro, cuando tocan a uno de la casta, ahí sí aparecen los hipócritas, la solidaridad. Hubo muertos ayer, hubo muertos hoy y va a haber muertos mañana. Y la política se sigue mirando el ombligo. Por lo tanto, nosotros, desde La Libertad Avanza, dejamos claro nuestro repudio a la violencia pero no aceptamos, de ninguna manera, este circo dantesco de la política.

Milei cerró con otra provocación contra Moreau.

—Muchas gracias, señora presidente.

—Gracias, diputada —respondió ella.

El breve discurso de Milei se viralizó. Millones de personas lo escucharon.

Las analogías históricas entre personajes muy distintos suelen confundir más que aclarar. Pero en este caso hay un antecedente pertinente por la similitud de los episodios. El 14 de marzo de 1912, el albañil anarquista Antonio D'Alba, disparó dos tiros contra el rey italiano Víctor Manuel III. Unas horas después, el rey recibió la

visita solidaria de los socialistas Ivanoe Bonomi, Leonida Bissolati y Angiolo Cabrini.

La novela histórica *M. El hijo del siglo* cuenta lo que sucedió en el siguiente congreso del Partido Socialista: «Benito Mussolini, que aún era socialista, acusó: "No puedo aplaudir vuestro gesto de cortesanos. Dime, Bissolati, ¿cuántas veces has ido a rendir homenaje a un albañil caído de un andamio? ¿Cuántas a un carretero atropellado por su propio carro? ¿Y bien? ¿Qué otra cosa es un atentado contra el rey más que un accidente laboral? ¿Por qué conmoverse y llorar por el rey y solo por el rey? Entre el accidente que afecta a un rey y el que derriba a un obrero, el primero puede dejarnos indiferentes"».

En su declaración ante el Parlamento, Milei se había negado a solidarizarse con Kirchner y calificado las muestras de solidaridad como una hipocresía. En esa posición solo fue acompañado por otra dirigente de primera línea, que por entonces era una adversaria política. La presidenta del Pro, Patricia Bullrich, también se rehusó a solidarizarse con la vicepresidenta.

La política argentina, a esas alturas, ya exhibía claras señales de un cambio vertiginoso hacia posiciones extremas que habían sido marginales hasta poco tiempo atrás.

Joaquín de la Torre era un ejemplo muy potente de esa metamorfosis. De la Torre se había formado en organizaciones conservadoras de la Iglesia y se había convertido al peronismo en los ochenta porque, como militante de la derecha católica, lo contenía más que la socialdemocracia alfonsinista. A lo largo de los años, De la Torre había llegado a ser intendente en San Miguel, uno de los distritos más pobres. En 2022 era uno de los colaboradores cercanos a Patricia Bullrich. No era un marginal ni un recién llegado, sino una figura central de la política bonaerense.

En octubre de 2022, celebró eufórico el triunfo electoral de Giorgia Meloni, la candidata de extrema derecha que sería primera ministra de Italia. De la Torre posteó un conocido discurso de Meloni ante un congreso de Vox, en España, donde ella decía: «Sí a la familia natural. No a los *lobby* LGBT. Sí a la identidad sexual. No

a la ideología de género. Sí a la cultura de la vida. No al abismo de la muerte. Sí a la universalidad de la cruz. No a la violencia islamista. Sí a las fronteras seguras. No a la inmigración masiva». Y escribió: «Cuando todo lo que nos identifica está siendo atacado, triunfó la esperanza en Italia».

En los días posteriores al atentado contra Cristina Kirchner, Eduardo Bolsonaro, hijo del expresidente de Brasil, visitó la Argentina. En 2019, había posteado dos fotos para burlarse de Estanislao, el hijo de Alberto Fernández. En una de ellas aparecía Fernández interpretando a Pikachu. En la otra, aparecía Bolsonaro rodeado de armas largas. Vestía una remera estampada con la figura de un perro haciendo sus necesidades sobre el símbolo de la hoz y el martillo. La remera también llevaba estampada la sigla LGBT. Pero no se traducía como Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans, sino como «Libertad, Armas (Guns), Bolsonaro, Trump». Eduardo Bolsonaro intimó con Javier Milei, con quien mantenía una relación pública desde hacía tiempo, con Joaquín de la Torre y con Miguel Ángel Pichetto, el excandidato a vicepresidente de Mauricio Macri. Al igual que De la Torre, Pichetto no era un personaje exótico en la política local. Antes de integrar la fórmula de 2019, había sido jefe del bloque de senadores kirchneristas durante doce años y medio.

El 31 de octubre de 2022, Luiz Inácio Lula da Silva derrotó a Jair Bolsonaro en las elecciones para presidente de Brasil, el país más importante de América del Sur. Bolsonaro se negó a reconocer su derrota, algo similiar a lo que Donald Trump había intentado hacer en los Estados Unidos: instalar que su derrota no era producto de la voluntad popular, sino del fraude.

Una vez más, la única dirigente de primera línea que se negó, como Milei, a felicitar al triunfador fue Patricia Bullrich.

En ese contexto, un argentino llamado Fernando Cerimedo confeccionó un video donde intentaba demostrar, con datos parciales, que la elección había sido fraudulenta. Ese video se hizo muy popular en Brasil. Cerimedo, para entonces, ya era un asesor de comunicación de Milei y, con el tiempo, se transformaría en uno

de sus principales colaboradores.

El acercamiento de Milei al bolsonarismo era una definición contundente de política internacional, que se profundizaría a partir de la construcción de lazos potentes con distintos partidos de la derecha radical mundial, especialmente con los españoles de la agrupación neofranquista Vox, en cuyo congreso de 2022 Milei fue invitado a participar, y con el candidato chileno José Antonio Kast, que reivindicaba la figura del dictador Augusto Pinochet.

Ninguna de estas actitudes parecía afectar a los votantes de Milei, cuyo número crecía cada día un poco más.

A principios de abril de 2023, Macri anunció al país que no pelearía por volver a la presidencia. Unos días después, los encuestadores intentaban deducir cómo afectaría eso la pelea entre el moderado y dialoguista Horacio Rodríguez Larreta y la cada vez más extremista Patricia Bullrich.

«Ningún cambio en la interna. Pero Juntos por el Cambio está en caída. Por primera vez veo indicios serios de que todo esto puede terminar en Milei», se sorprendió Alejandro Catterberg, un experto en la medición del humor social argentino.

Las elecciones presidenciales argentinas se realizan en tres pasos. El primer turno es el de las primarias. Todas las fuerzas políticas presentan a sus candidatos y de ahí quedan los más votados.

La elección tendría rasgos atípicos.

El primero de ellos era que sería un enfrentamiento entre tres fuerzas competitivas. Eso ya era una demostración de la increíble fortaleza de Milei. En ninguna de las nueve elecciones presidenciales realizadas desde 1983 se había producido una competencia real entre tres.

De las tres fuerzas, había una sola que tenía un candidato, al que nadie discutía: Milei lideraría a los libertarios.

Juntos por el Cambio definiría su candidatura en una desgastante disputa entre Rodríguez Larreta y Bullrich. Una situación más que favorecía al libertario. Además, Macri, que

supuestamente era el armador de la oposición tradicional, no paraba de mandarle señales a Milei. «Nosotros vamos a ir a una segunda vuelta con esta nueva expresión más liberal, más rupturista, diría yo, y más de enojo con la frustración que se arrastra desde hace décadas en la Argentina —dijo el expresidente —. Va a ser un desafío para el candidato nuestro que gane la interna, para demostrarle a la gente que, más allá de las intenciones rupturistas y de cambio de Javier Milei, nosotros tenemos las mismas, pero con experiencia. Eso debería inclinar la balanza a favor nuestro. Pero va a ser una segunda vuelta muy complicada, porque día a día hay más gente que se enoja y más gente que cree que hay que romper todo. Yo creo que hay que dinamitar todo… o semidinamitar todo».

El oficialismo, finalmente, había elegido como candidato a Sergio Massa, el ministro de Economía que reemplazó a Martín Guzmán y era apoyado por Alberto Fernández y Cristina Kirchner.

Massa había iniciado su carrera política en la juventud de la UCeDé, el partido liberal que comandaba Álvaro Alsogaray. Luego se incorporó al peronismo, a través del dirigente gastronómico Luis Barrionuevo, el sindicalista de mayor confianza de Carlos Menem. Luego fue kirchnerista, antikirchnerista, fue muy popular, se postuló para la presidencia como peronista disidente, se acercó a Macri, se alejó de Macri, volvió al peronismo y ahora iría de nuevo por la presidencia.

Era un político con experiencia y talento. Pero su candidatura parecía también una opción suicida. Un ministro de Economía solo podría ser victorioso en un contexto donde la inflación y la pobreza bajaran, y la producción creciera. En 2023, Massa no había logrado ni una cosa ni la otra. Además, el recorrido político de Massa era la imagen misma de un miembro de aquello que Milei llamaba la casta. Su única posibilidad era que la división opositora le permitiera llegar a la segunda vuelta y que, en ese momento, le tocara enfrentar a una opción tan irracional que la sociedad finalmente volviera a preferir al peronismo: una chance realmente remota.

Milei, mientras tanto, se radicalizaba cada vez más.

En abril de 2023, hubo un acto en la Feria del Libro, que hubiera sido impensado meses antes. La batalla cultural empezaba a dar sus frutos. Milei fue allí para presentar, junto con Nicolás Márquez, el nuevo libro de Agustín Laje, *La batalla cultural*. Laje estaba eufórico: «Esto es muy emocionante. Estamos en el epicentro del progresismo. El libro ha sido un instrumento hegemonizado por los sectores progresistas. Sin embargo, hoy la derecha está copando la feria del libro gracias a todos ustedes».

La entusiasta muchedumbre estalló en una ovación.

El más contundente, como tantas otras veces, fue Márquez.

Mientras Milei asentía y aplaudía, Márquez afirmaba:

– «Estamos en una suerte de guerra. Nosotros no tenemos adversarios. Tenemos enemigos: la progresía, la progredumbre y todos sus aliados, los bienpensantes, la casta a la que siempre ataca con certeza Javier Milei. Y no solamente la casta política, también la casta periodística hegemonizada por un progresismo que nos atosiga, que nos abruma. No hay diferencias filosóficas sustanciales entre los canales kirchneristas y los canales que responden a Cambiemos. No. Nosotros tenemos enemigos y tenemos que aniquilarlos y aplastarlos ideológica y políticamente».

– «En la Argentina también se violan los derechos humanos. Durante este gobierno se realizaron 30 000 abortos. Esos 30 000 muertos son de verdad, como los 3000 militares ilegalmente detenidos por haber combatido el terrorismo marxista».

– «La civilización occidental y cristiana está siendo atacada por una embestida globalista de inspiración progresista y el principal referente, el capitán que debería estar en la primera línea de combate defendiendo la cristiandad, se dedica a mandar la carta de elogio a Hebe de Bonafini».

Milei dedicó largos minutos a desarrollar su teoría de que la izquierda ha complotado durante décadas para adueñarse de la

mente de la gente por medio de las estructuras estatales y culturales, y que ahora era el tiempo de hacer lo mismo, pero en sentido contrario. Y explicó por qué era necesario dar una batalla cultural y política al mismo tiempo. «La batalla cultural no solo se libra escribiendo, no solo se libra dando conferencias, ni tampoco peleándose con cuanto zurdo aparezca en la tele. Si esa batalla cultural no tiene una parte en la política real, nos van a llevar puestos. Porque ustedes les pueden ganar todos los debates, pero después hacen adentro de la Cámara lo que se les da la gana», dijo.

Laje, por su parte, dedicó su libro a quienes han «resistido» la ofensiva «progresista». La enumeración que hizo es una gran descripción de los enojos que se expresaban en el creciente apoyo a Milei: «Resisten las personas que quieren cuidar su ingreso y su propiedad y que sin embargo están siendo aplastados por un Estado interventor. Resisten los padres de familia que quieren educar a sus hijos en sus valores y que tienen un Estado que se quiere meter con el niño, incluso sexualmente. Resisten los chicos que van a la escuela y que han despertado y tienen catorce años, y muchos de ellos están acá y se dan cuenta de que los están adoctrinando. Están resistiendo los hombres demonizados por la cultura feminista contemporánea, a los cuales se les dice que su masculinidad es tóxica y a los cuales se los invita a autodenigrarse en cursos para idiotas antipatriarcales. Resisten también las mujeres que se dan cuenta de que el feminismo era un colectivismo. Y que esas mismas que te decían que te tenías que empoderar, en realidad te dicen que, si no repetís lo que ellas dicen, sos menos mujer que ellas y no merecés llamarte mujer. Están resistiendo los heterosexuales, pero también están resistiendo muchos homosexuales que se preguntan: "¿desde cuándo un motivo de orgullo tiene que ser lo que yo hago en mi cama? No se meta en lo que yo hago en mi cama". Están resistiendo los creyentes, a quienes se los pisotea como a nadie. Se les pisotea su fe, se les pisotea sus instituciones, se los ridiculiza a diario, se atenta contra su objeción de conciencia y contra su libertad de culto».

«Agustín Laje es una de las mentes más brillantes que he

conocido en mi vida», remató ese día Javier Milei.

En su breve carrera política, Milei había despreciado a Raúl Alfonsín, el padre de la democracia argentina, se había acercado a personajes que simpatizaban claramente con la última dictadura militar argentina, había despotricado contra los zurdos, los comunistas, había respaldado denuncias de fraude infundadas por parte de dirigentes como Jair Bolsonaro en Brasil y Donald Trump en los Estados Unidos.

En un programa de televisión, la periodista Luciana Geuna le formuló una pregunta tan obvia como inquietante.

—¿Usted cree en la democracia?

La respuesta natural habría sido «sí». Pero Milei se resistió a darla.

—La democracia tiene muchísimos problemas —respondió.

—Está bien, la democracia tiene muchísimos problemas. Pero ¿usted cree en la democracia?

—Te lo voy a contestar de otra manera. ¿Conocés el teorema de la imposibilidad de Arrow?

—Quiero que me responda. Acá pregunto yo. ¿Cree en la democracia?

—¿Y qué pasa? ¿No puedo contestar como yo quiero?

—Le estoy haciendo una pregunta sencilla, fácil de responder.

Milei no la quería responder, y resolvió la situación con su estilo.

—El teorema de la imposibilidad de Arrow dice que, aun cuando tengas que todos los individuos son racionales y respetan los órdenes de preferencia en términos de transitividad, aun así el agregado no te asegura la consistencia del resultado. O puesto de otra manera, si tenemos tres lobos y una gallina votando cuál es la cena de esta noche, yo sé cómo termina.

No era un hecho aislado. Milei admiraba a Rothbard, que había escrito contra la democracia. Milei recomendaba los escritos de Hans-Hermann Hoppe, que había escrito un volumen completo sobre por qué había que terminar con la democracia. Era una cuestión doctrinaria de fondo.

Milei designó como candidata a vicepresidenta a Victoria Villarruel, la abogada que había confraternizado con militares condenados por graves violaciones a los derechos humanos.

A partir de abril, Milei debió enfrentar una serie de elecciones en provincias del interior del país. Para ello, eligió candidatos que, en su mayoría, habían sido parte de la política tradicional.

En esa lista sobresalían dos apellidos. Uno era el más resistido por muchos militantes de la primera hora: Bussi. El otro era Menem. Milei se asoció con Martín Menem, un empresario de la provincia de La Rioja. Era hijo de Eduardo Menem, quien había presidido el Senado de la Nación durante diez años, y sobrino del expresidente Carlos Menem. Desde los años setenta, la familia Menem era la cabeza de la clase política riojana. Sus parientes ocupaban decenas de cargos públicos. Se trataba, además, de una de las provincias más pobres del país y ellos eran muy ricos. Para el libertario, el concepto de casta empezaba a adquirir contornos difíciles de definir.

Milei era un admirador del expresidente, tío de su nuevo aliado. Lo había visitado junto con Martín en privado. La hija de Carlos, Zulemita, contó después que el anciano político había dicho tras la visita: «Puede tener chances. Es más menemista que todos ustedes». La gestión de Carlos Menem fue atravesada por escándalos de corrupción muy graves.

Esa duplicidad podía ser vista como una expresión de picardía, de doble discurso, de talento político, de hipocresía, de crecimiento, de una combinación de todas esas cosas. En cualquier caso, Milei empezaba a incorporar velozmente a familias y figuras de la vida política tradicional de la Argentina, eso que él llamaba «los mismos de siempre».

En las elecciones provinciales que se realizaron en esos meses, a Milei le iría muy mal. Si había algún fenómeno llamado Milei, debía tener algún efecto en las elecciones provinciales. Pero los libertarios eran aplastados. Milei anunció que se retiraba de todas las competencias, salvo de la presidencial. Parecía el prólogo de una derrota.

En abril, el vínculo entre Viviana Canosa y Javier Milei llegaría a su fin. Canosa lo entrevistó en un clima inusualmente tenso para la armonía habitual que reinaba entre elllos. Él intentaba explicar los beneficios de la dolarización. Ella le preguntaba si eso no empobrecería más a la gente. Los rostros y las miradas no eran cálidas ni distendidas. Ya no había complicidad. Ella insistía en preguntarle por la responsabilidad de Massa en todo lo que pasaba en el país. Él no eludía la pregunta, pero no se ensañaba con Massa, como lo había hecho con Raúl Alfonsín, Horacio Rodríguez Larreta o el papa Francisco.

Un par de semanas después Canosa explotó. Leyó al aire un artículo publicado por *Clarín* sobre supuestos arreglos de candidaturas por dinero y desplazamientos de libertarios a favor de candidatos vinculados a Massa.

«Ustedes saben que yo lo quiero a Javier Milei. Lo adoro. Lo conocí en la pandemia. Me encantaba su libertad y su resistencia a aceptar el régimen carcelario en el que nos habían encerrado. Pero también me gustaba que hablaba de la casta. Y Massa es la casta. Y nadie desmiente lo que se está diciendo. ¿Qué está pasando?».

Entonces puso al aire un breve intercambio de mensajes privados donde le decía: «Hola, Javi, ¿cómo estás? Primero eso, ¿cómo estás? Acabo de leer en *Clarín* que dicen que Massa te está armando las listas. Te juro que me pongo a llorar. ¿Me explicás? Besoooo».

Milei le respondió mientras masticaba algo. «Mirá, te voy a explicar, son capaces de hacer cualquier cosa. Yo te dije que iba a ser la campaña más sucia de la historia, operan todo el tiempo, pero estoy comiendo… después te llamo».

No volvieron a hablar.

Milei se referiría varias veces a ese conflicto. «En La Nación + hay una señora que opera en mi contra, que no deja de mentir», dijo, sobre su examiga. «Ella me llamó. Pero resulta que yo estaba comiendo una empanada. Tal vez se enojó porque yo estaba comiendo una empanada», se burló.

Los sitios de YouTube partidarios de Milei ya calificaban a

Canosa como traidora, boluda, insoportable, despechada. En las redes, las agresiones contra ella se multiplicaban y adquirían connotaciones sexuales agresivas.

Pocas semanas antes de las primarias, los encuestadores insistían en que la distancia entre las tres primeras fuerzas sería mínima.

En ese contexto, Milei tuvo otra ayuda. Patricia Bullrich, la precandidata de Juntos por el Cambio, se volvió literalmente incomprensible. El cansancio de la campaña empezó a conspirar gravemente contra su coherencia.

Bullrich protagonizó, por ejemplo, un extraño diálogo con Jonatan Viale y su equipo.

—Tenés que bajar subsidios, y subsidiar a la gente que no puede pagar una tarifa alta —proponía ella—. Tenés que bajar el Estado, digamos de una manera igual en todos lados. Tenés que hablar con las provincias, porque no puede ser que las provincias sean un gasta, gasta, gasta y no producen nada. Tenés que hablar con las municipalidades para la baja de impuestos, como hicieron muchos.

—Pero bajás subsidios, suben tarifas, se te dispara la inflación…

—Es que vos vas a tener… vos tenés dos elementos que hoy te impiden… digamos… te impiden… la Argentina había crecido el año pasado y ahora está de nuevo en deflación. ¿Por qué estamos en deflación? Técnicamente, estamos en una hiperinflación. El 102%…

—¿Técnicamente?

—Sí, claro. Pongámosle otro nombre para no asustar. Una súper, súper inflación. ¿Por qué estamos de nuevo en deflación? Primero, porque tenés un cepo…

—Recesión.

—¿Eh?

—En recesión.

—Sí.

—¿Cómo vas a hacer el año que viene para gobernar? Porque el año que viene va a ser peor que este…

—No. ¿Cómo va a ser peor?

—Si vas a cortar todos los recursos del Estado, va a haber un ajuste.

—Permitime, permitime.

—Por ahí es necesario.

—Nooooo, pará, pará, pará, pará. Si vos hoy ajustás el Estado, vas a desajustar a la gente.

¿Deflación? ¿Hiperinflación? ¿Superinflación? ¿Recesión? ¿Las provincias gastan, gastan, gastan, y no producen nada? ¿Si ajustás al Estado vas a desajustar a la gente? Frente a la claridad de Milei, Bullrich transmitía confusión.

En julio, a pocos días de las primarias, el libertario volvió a referirse a la tradición judía. Luis Novaresio le preguntó si estaba dispuesto a negociar con el Congreso, dado que, aun si llegaba a ser presidente, sus bloques legislativos serían minúsculos. Milei lo negó. Dijo que llamaría a una consulta popular. Que aplicaría un megaajuste porque la inflación la bajaría de cualquier manera.

Novaresio insistió. Entonces Milei dijo:

—No voy a negociar mis valores. Jamás. Mis valores no son negociables. Vos escuchaste distintas notas mías. ¿Quién es mi máxima referencia?

—Hayek —respondió el periodista.

—Más que Hayek, Moshé.

—A mí me da un poco de miedo la vinculación con lo religioso porque creo que, cuando uno se pone religioso, se pone dogmático.

—Cuando vos entendés los valores, no se negocia. Pero ¿sabés qué? Está bien que haya traído a Moshé acá. Moshé descubre que era judío. Según el faraón, iba a ser su heredero. Había desplazado a Ramsés, su hijo, para que el hijo de la hermana fuera su heredero. ¿Sabés qué podría haber dicho Moshé?: mirá, yo asumo como faraón, sigo teniendo esta vida en el palacio, y luego libero al pueblo judío. Siendo faraón, ¿quién se lo iba a negar? Pero se fue. Estuvo con el pueblo. Se convirtió en un esclavo más. Tuvo un inconveniente: fue apresado. El faraón lo mandó llamar. Le dijo: «Si vos me decís que no sos judío, para mí no sos judío». Entonces Moshé le dijo: «No solo soy judío. Sino que también te exijo que liberes a mi pueblo». El faraón le respondió: «Ah, ¿sí?», y lo dejó en manos de Ramsés. En ese momento, todavía Moshé no creía. ¿Y qué

terminó pasando? Volvió y liberó al pueblo judío. Si lo mirás *ex post*, el resultado es el mismo. Pero, ¿son iguales? No. Porque uno estaba basado en una mentira. El otro estaba basado en la verdad.

—¿Te sentís el Moisés de la política argentina?

—No. Jamás podría estar en ese lugar. Estamos hablando del único profeta que pudo hablar con el Creador. Jamás se me ocurriría imaginar semejante cosa. Además, la característica fundamental de Moshé era una humildad infinita.

—¿Te sentís un tipo humilde?

—Trabajo para eso. Es una lucha continua contra el ego, la codicia y la lujuria.

14
«¿Me indultaste?»
(22 de junio de 2023)
(pequeña anotación personal)

Durante el año posterior a aquella entrevista en la que había hablado de la venta de niños, intenté varias veces entrevistar a Milei. Siempre había alguna excusa. La relación se cortó el 22 de junio de 2023, un mes y medio antes de las primarias. Le escribí:

—Hola, Javier, ¿me indultaste o sigo en el freezer? Más allá de toda joda, me gustaría que hagamos una nota antes de las primarias. Mi idea es escucharte, no armar ningún lío. Si te jodió alguna crítica, lo único que tengo para argumentar es que es la historia de mi vida. Todos los políticos de primera línea en algún momento se ofendieron por una nota o un comentario. Solo los buenos entienden que no es nada personal y que son las reglas del juego, o mis reglas al menos. En serio. *Fair play*. Sea lo que fuera lo que te enojó, ya debería estar prescripto. Abrazo.

Me respondió:

—Hola, Ernesto querido: Desde mi punto de vista, dar lugar a chimentos de peluquería y a mentiras operadas desde espacios políticos difiere mucho del *fair play*. En otras oportunidades, además tengo la convicción de que has intentado jugar sucio y ser parte del movimiento de ensuciar. De todos modos, eso lo entiendo, detestás la idea de que un liberal llegue al poder y estás dispuesto a trabajar para que ello no suceda. Finalmente, no padezco la desgracia de tercerizar la aprobación. No necesito de tu calificación de buen o mal político. Al margen de que estoy bastante grande como para que alguien me quiera manipular. Ya tendremos una

Argentina liberal en la cual se discutan argumentos y no emociones socialistas, y eso permitirá un debate adulto que hoy no existe. Nos vemos cuando tengamos una mejor Argentina. Un gran abrazo…!!! VIVA LA LIBERTAD, CARAJO.

—Ah. Estás enojado en serio. Es un disparate calificarme como socialista. Con leer lo que digo sobre Venezuela o Cuba hace años bastaría. Vos no podés entender que muchos de los que creemos en el capitalismo critiquemos tu punto de vista, porque tu modelo de capitalismo es un espanto. Entonces, nos macarteás. En una sociedad libre, los periodistas le damos lugar a lo que nos parece. No tengo la menor idea de a qué te referís. Pero así como vos no necesitás tercerizar la aprobación, yo no te voy a pedir permiso sobre mis coberturas. No creo que vos ni Vox ni Bolsonaro representen ninguna idea de libertad. Es un chiste eso. Igual, cuando termine todo esto, si querés tomamos un café. Y si no, no. Yo voy a insistir. ¡Abrazo!

—En una sociedad libre, el periodismo se ejerce de modo libre… no con pauta… ¡Así es que no conocés bien el modelo…!

—Vos no tenés ningún modelo, no jodamos más con eso.

—Si vos lo decís, así debe ser.

Volveríamos a hablar.

15
Un aluvión incontenible
(agosto-octubre de 2023)

El 13 de agosto de 2023, un hombre relativamente joven llamado Santiago Caputo se quitó la camisa y dejó que un tatuador grabara una ilustración en su espalda. Era un dibujo del «Hombre gris» de Parravicini.

Había una curiosa historia detrás de ese tatuaje.

Benjamín Solari Parravicini es una especie de Nostradamus argentino que pronosticó, en la década del treinta del siglo XX, la aparición de un hombre gris que salvaría al país de todas sus crisis. La leyenda ha sido aplicada a casi todos los presidentes cuando ganaron las elecciones.

Caputo era un publicista y había integrado los equipos de Jaime Durán Barba, el imaginativo consultor que fue clave en la llegada de Mauricio Macri al poder. De aquella experiencia surgieron varias empresas nuevas que se especializaron en asesorar candidatos en la Argentina y en otros países de América Latina. Caputo conducía una de ellas con otros dos socios, que se repartían los trabajos, aunque no necesariamente en base a sus simpatías políticas.

A Milei lo unía algo más que un contrato profesional.

Se había vinculado con él a través de Ramiro Marra, el youtuber financiero que participaba de la mesa chica libertaria. Caputo y Marra habían sido compañeros del secundario. Caputo se sorprendió en 2020, cuando empezó a medir a Milei. Sus estudios le atribuían un potencial enorme. Gracias a la televisión y a las redes, lo conocía mucha gente. Además, los resultados de los *focus groups* reflejaban una identificación muy potente entre amplios sectores de

la sociedad con el libertario, cuando ni siquiera era candidato.

A medida que avanzaba la campaña, Caputo fue imbuido por el clima místico que rodeaba a Milei y se transformó en un creyente. Estaba convencido de que el hombre gris sería Milei. Por eso, unos días antes de las primarias había prometido que se tatuaría ese personaje si su líder ganaba las primarias.

Y, sorprendentemente, las ganó. Así que esa misma noche cumplió su promesa.

Mientras Caputo se tatuaba, el país era sacudido por los resultados electorales.

En esas horas, una joven llamada Mariana Espósito se encontraba muy angustiada. Tuiteó cuatro palabras: «Qué preocupante. Qué triste». En cuestión de segundos, recibió miles de insultos de usuarios de las redes sociales. Mariana era conocida como «Lali», una de las cantantes más populares del país. Su fama trascendía las fronteras. «Podría no opinar nada, obvio. Es lo más cómodo. Pero no soy así. Así que sí, para mí, es realmente triste votar un antiderechos. Eso opino. Igual, tranquis, que soy una ciudadana angustiada, no una candidata ni nada. Relajen. Un beso respetuoso para todos», respondió Lali ante las agresiones.

Unos días después, le preguntaron a Milei por el episodio.

—No la conozco. Yo escucho a los Rolling Stones —dijo.

La candidata a vicepresidenta Victoria Villarruel fue más agresiva.

—La verdad que, Lali, ¿qué querés que te diga? Vos te llenás la billetera con el Estado. Desde el momento en que recibís dinero público por los recitales que das, lógicamente tenés interés en seguir sosteniéndote la billetera…

Milei no olvidaría ese intercambio.

Otra persona preocupada era Carolina «Pampita» Ardohain, una de las modelos más bellas y carismáticas del país.

—Hay cosas que dice Milei que me preocupan. Una de las que más me preocupan, y hoy lo hablaba con uno de mis hijos en casa, era la posibilidad de comprar armas al tener una mayoría de edad.

¿Eso cómo sería en el país? Los ejemplos que tengo de otros países es que no hay un testeo previo de la salud mental de las personas que compran las armas. Como sabemos, hay tiroteos en colegios, cines, teatros. También habló de la venta de órganos, privatización de los colegios públicos y de la salud pública —comentó.

Milei reaccionó con desprecio.

—Pareciera que se guiaran más por chimentos de peluquería que por propuestas concretas que nosotros hacemos.

Era una respuesta deshonesta. Muchas veces Milei había defendido, y justificado en base a la existencia de discutibles estudios estadísticos, la libre portación de armas.

Esa misma noche, en medio de la euforia, los seguidores de Milei gritaban enardecidos:

—¡Es para vos, es para vos… Canosa puta, la puta que te parióooo!

Viviana Canosa, que había sido muy amiga de Milei y luego había roto con él de manera estruendosa, los escuchaba mientras participaba de la cobertura de las elecciones en La Nación+. En un momento de la transmisión, salió al aire la candidata a vicepresidenta Victoria Villarruel.

—La están agrediendo a Viviana Canosa —le señaló el periodista Luis Novaresio.

Villarruel respondió:

—La verdad es que no estoy de acuerdo, pero ¿qué quieren que les diga? No convalido los insultos. Tampoco convalido las difamaciones y las he recibido por parte de Viviana, así que… hago un manto de misericordia para todos y sigo adelante.

De fondo, se escuchaba, fuerte: «Canosa puta, la puta que te parióooo».

La conductora, entonces, dijo:

—Misericordia tiene que tener el pueblo argentino con las barbaridades que dijeron. Igual, pueden venir de a uno, que los atiendo sin problema.

Milei todavía no era presidente. Para llegar a la Casa Rosada

debía atravesar todavía dos pruebas más: las elecciones generales y la segunda vuelta. Pero era claramente el favorito. Había obtenido el 30% de los votos. La segunda fuerza más votada había sido Juntos por el Cambio. Pero la candidata elegida dentro de esa alianza, Patricia Bullrich, solo había obtenido un 17%. Debería realizar un gran esfuerzo para atraer a los votantes de Rodríguez Larreta, el contrincante al que había derrotado luego de una pelea terrible entre ambos. El otro que quedaba en pie era el candidato peronista, Sergio Massa, ese ministro de Economía que no lograba detener la inflación. Igual, estaba en una posición expectante: un 28% había votado al peronismo. Massa estaba a solo dos puntos.

Milei les habló a los suyos. El diario *El País*, de Madrid, resumió ese discurso en un video que duraba menos de dos minutos, donde destacaba cinco ideas básicas.

– «La justicia social es una aberración». «Estamos frente al fin del modelo de la casta. Ese modelo basado en esa atrocidad que dice que donde hay una necesidad nace un derecho, pero se olvida que ese derecho alguien lo tiene que pagar, cuya máxima expresión es esa aberración llamada la justicia social».

– «Acabaremos con la casta». «Hemos logrado construir una alternativa competitiva que no solo dará fin al kirchnerismo, sino que además dará fin a la casta política parasitaria, chorra e inútil que hunde a este país».

– «Somos los únicos que queremos el cambio». «Hoy somos la fuerza más votada porque somos la verdadera oposición. Porque, recuerden, una Argentina distinta es imposible con los mismos que vienen fracasando hace cien años».

– «Dedica su triunfo a sus perros». «Se imaginarán a quiénes también: a mis hijitos de cuatro patas. A Conan, a Milton, a Rothbard, a Robert y a Lucas».

– «La revolución liberal nos hará una potencia mundial». «No importa que sea con buenos o malos modales. Casta de la falacia *ad hominem*, de la discusión de las formas. Discutamos contenidos, el contenido que ustedes no tienen y que a

nosotros nos sobra».

El País es uno de los mejores diarios del mundo. Es difícil encasillar ideológicamente a un medio de comunicación. Pero parece bastante claro que los valores que transmite lo ubican lejos de las ideas de Milei. Sin embargo, debajo del video colgado esa noche, había miles de comentarios, la mayoría de ellos favorables al argentino.

– «Qué soplo de aire fresco escuchar algo así de un político. Felicidades, Argentina».

– «Sería bueno que aquí en España, los que pretendan un país competitivo y serio, comiencen a decir la verdad de una vez por todas y dejar de utilizar sofismas».

– «Go Argentina! Go Boca Juniors. From Japan».

Una de las mejores explicaciones sobre el huracán que arrasaba en la Argentina se desprende de una nota escrita para *La Nación* por la periodista Paz Rodríguez Niell. Ese relato permite bucear en el corazón de quienes votaron con esperanza a Milei.

Así empezaba: «Florencia Guitián vive a 4200 metros de altura. Se levanta cada mañana en una casa de piedra helada, en un valle árido de la Puna salteña. Cría llamas y cabras, rodeada de inmensas cumbres rocosas de arbustos bajos y yuyos amarillos, sin vecinos a la vista. Una vez por mes baja al pueblo, un poco a pie y un poco a dedo, a cobrar su pensión de madre de más de siete hijos. Aunque no estaba obligada, este mes fue dos veces; la segunda, el domingo pasado. "Yo voté para Milei", dice. Florencia tiene setenta y seis años. "Me dijo mi hijo que lo votara. Que habla lindo, que nos va a dar más trabajo, que no van a estar tan caras las cosas. Así me dijo", cuenta. Florencia fue dos años a la escuela pero no aprendió a leer. Dice que su preocupación más acuciante es que cada pan de sal que comen sus cabras antes costaba 20 pesos y ahora, 500. Su único hijo varón, Luis, tiene cincuenta y un años y trabaja en una mina de oro. Su nieto Fernando cursa el último año del secundario en San Antonio de los Cobres —público, como toda la educación en el municipio— y también votó a Milei, igual que la mayoría de sus

compañeros. Siguen sus videos por TikTok, que para desconcierto de los punteros tradicionales, se convirtió en la herramienta de campaña más eficaz de Milei en la Puna. “No me parece mal que el colegio deje de ser público. Todos deberíamos empezar a ocuparnos de nosotros mismos”, dice Fernando».

San Antonio de los Cobres es un pueblo de Salta. En ese lugar, Milei había logrado su mejor elección: fue votado por el 63% del pueblo. Rodríguez Niell se instaló allí varios días para tratar de entender. «La televisión nacional y sobre todo las redes sociales fueron la vía de penetración de Milei en San Antonio de los Cobres, adonde llegó internet 4G hace dos años. Aquí no tiene ni un solo dirigente que lo represente. Nadie pegó un cartel con su foto y ningún candidato de La Libertad Avanza vino a hacer campaña. “Y ahí está su éxito”, dice, sin nada de broma, un experimentado político tradicional del peronismo salteño. La última vez que Milei pisó Salta fue hace siete años», escribió.

Luego registró lo que decían algunos de los votantes:

«Gabriel Martínez es guía del Tren a las Nubes y está convencido de que en San Antonio de los Cobres “toda la clase trabajadora está con Milei”. Tiene treinta y ocho años y es el único que nació en el pueblo del grupo que acompaña hoy a los turistas. Cuando falta media hora para que salga el tren, recibe a los que llegan sin pasaje en la oficina de la estación —hoy en remodelación—, que parece quedada en el tiempo. Techos altos, paredes revestidas de madera, una salamandra, una antigua campana que todavía se usa y un viejo teléfono de pared. “Tenemos la mayor reserva de litio, el servicio turístico más importante, que es este [por el tren], y nada de eso se ve. La juventud, sobre todo, se da cuenta de que es un departamento muy rico y prefiere arriesgar antes que seguir así».

«Son las 2 de la mañana y Teresa García atiende con una compañera la guardia del hospital de San Antonio de los Cobres, que tiene 20 camas y recibe pacientes de toda la región —y a veces, incluso de Jujuy—. Ella también cree que la minería derrama menos de lo que debería en el pueblo, y votó a Milei. Como a Florencia Guitián, la convenció su hijo. Teresa es enfermera y le

faltan cinco horas para que termine un turno tranquilo, de varios turistas apunados. Este año vivieron una época muy dura, con tres suicidios adolescentes seguidos. Teresa participó del paro de sanidad —el tipo de medidas de fuerza que Milei rechaza— porque en San Antonio no les pagan como personal de frontera ni les reconocen la "zona desfavorable". No está de acuerdo con que se privatice la salud ni con que se reforme el régimen de la educación pública, y admite que la personalidad de Milei le da "un poco de miedo". Dice, no obstante, que lo va a volver a votar: "Como está la Argentina, no hay otra"».

Otro de los afectados por el triunfo de Milei fue Gabriel Rabinovich. Durante años, Rabinovich se dedicó a estudiar, junto con un grupo de talentosos científicos argentinos, una proteína llamada Galectina-1, una aliada clave de algunos tipos de cáncer, porque inhibe la capacidad de ataque del sistema inmunológico. La Galectina-1 es un elemento tan relevante que la agresividad de algunos tumores —carcinoma de colon, mama, próstata, pulmón, melanoma— está directamente relacionada con los niveles de presencia de esa proteína. Rabinovich y los suyos primero demostraron el vínculo entre la proteína y los tumores. Luego, probaron que, eliminando esa proteína, las defensas eran capaces de activarse e, incluso, de destruir los tumores. Además, especularon, correctamente, que esa misma proteína, por su capacidad de inhibir la actuación del sistema inmunológico, podría servir para combatir enfermedades autoinmunes, como la esclerosis múltiple.

La misma semana en la que Milei ganó las primarias, Rabinovich anunció la creación de una empresa para iniciar el proceso que podría convertir estos descubrimientos en medicamentos que lleguen a los pacientes, en caso de que sus resultados se confirmaran en seres humanos. O sea, al increíble aporte del descubrimiento podían agregarle rentabilidad.

Horas después de ese anuncio, Rabinovich escuchaba preocupado el anuncio de que Milei cerraría el Conicet, el organismo que había financiado esas investigaciones.

—Que se ganen la plata sirviendo al prójimo con bienes de

mejor calidad y mejor precio, como hace la gente de bien. ¿Qué productividad tienen? ¿Qué han generado los científicos? No se nota su aporte. Ganarás el pan con el sudor de tu frente —decía el favorito.

Esa escena fue parte de un sketch que trascendería, otra vez, las fronteras argentinas. Milei apareció en un set de televisión frente a un gráfico con el organigrama del Estado nacional, con todos sus ministerios, secretarías y organismos representados por papelitos pegados a una especie de pizarrón gigante.

—Ustedes, si se fijan acá, tienen el gran curro que explica la decadencia argentina, que es el Estado —explicaba el candidato.

Y a continuación, arrancaba y revoleaba, uno por uno, cada papelito, mientras gritaba:

—Ministerio de Turismo y Deporte. ¡Afuera! Ministerio de Cultura. ¡Afuera! Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible. ¡Afuera! Ministerio de las Mujeres, Género y Diversidad. ¡Afuera! Ministerio de Obras Públicas. ¡Afueraaaa! ¡Aunque te resistas! Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación. ¡Algo bien del sector privado! Nada bueno salió del sector público. ¡Afuera! Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social. ¡Afuera! Ministerio de Educación. ¡Adoctrinamiento! ¡Afuera! Ministerio de Transporte. ¡Afuera! Ministerio de Salud. ¡Afuera! Ministerio de Desarrollo Social ¡Afuera!

Luego de las primarias, el gobierno recibió dos golpazos. Al día siguiente de los comicios se vio obligado a devaluar un 20%. Fue una decisión tomada a presión, ante la desesperante caída de las reservas del Banco Central. Eso produjo un nuevo aumento de precios, que llevó la inflación del 7% de julio al 12% de agosto y septiembre. Y la inflación había sido, precisamente, uno de los factores que habían determinado su derrota. Además, las medidas solo servían para ganar tiempo. Era evidente que, ante la debilidad reflejada en la derrota electoral, Massa no tenía chances de evitar que, en pocas semanas, los precios compensaran el margen que había conseguido el gobierno con la devaluación. Otra vez el dólar

quedaría atrasado, los exportadores se negarían a liquidarlo y volvería el fantasma de una devaluación descontrolada. Durante la gestión de Guzmán, en medio de la desgastante pelea interna dentro del oficialismo, la inflación había trepado del 50 al 60%. Ahora se acercaba peligrosamente al 200%.

El segundo episodio fue más grave aún. Martín Insaurralde era en ese momento jefe de Gabinete de la provincia de Buenos Aires, colocado allí por la presión ejercida por Máximo Kirchner. Insaurralde había sido intendente de la populosa localidad de Lomas de Zamora y desde allí se había proyectado como un *primus inter pares*, una especie de líder de los intendentes del Conurbano. Era un personaje poderoso y muy representativo del peronismo en la región. En medio de la campaña hacia la primera vuelta, se difundieron fotos donde se lo veía en un yate con una mujer sexi, con la que bebía un champagne carísimo. Navegaba por las azules aguas del Mediterráneo. Si alguien quería ver un símbolo obsceno de una «casta parasitaria» ahí estaba esa imagen increíble: un dirigente político con su amante en un yate que casi nadie en la Argentina podía pagar, y menos con el sueldo de un funcionario público.

Desde hacía años, Milei venía vinculando los dos fenómenos: los políticos corruptos emitían dinero para conservar el poder y para hacerse ricos, y esa emisión generaba la inflación que empobrecía a todos. El escandalete servía como un ejercicio comprobatorio y didáctico: todo el mundo sentía en el bolsillo los efectos de la devaluación, y a eso se sumaba el escándalo político sexual que involucraba a Insaurralde.

Por si tanta noticia fuera poca, unos días después de la elección Milei reveló que estaba de novio con Fátima Florez, una humorista muy conocida, con un enorme talento para imitar personajes. Fátima se había vuelto popular por su notable imitación de Cristina Kirchner cuando era presidenta.

«Nos amamos», le escribió Milei a Ángel de Brito, conductor de un programa de espectáculos.

De Brito contó que también había dialogado con ella sobre el

tema. «Me contó que el viernes, antes de las elecciones, estuvieron juntos y pernoctaron. Después, él se fue para el búnker. Y me dijo que, antes de despedirse, estuvieron media hora abrazados. Él es tántrico todo el tiempo», dijo el periodista.

Luego reprodujo el diálogo con Fátima.

—¿Cómo media hora abrazados?

—Sí, media hora. Como una sopapa. No nos podemos separar.

Milei y Florez se habían conocido a finales de 2022, en uno de los tradicionales almuerzos de Mirtha Legrand. Se empezaron a seguir en Instagram. Él la llamó. Ella estaba por entonces casada. Se separó.

Todos los medios empezaron a reproducir ese almuerzo donde Milei y Florez se cruzaron por primera vez. Estaban sentados uno al lado del otro. Fátima imitaba a Cristina Kirchner.

—Lo veo solito, Milei. Usted debería venir conmigo —lo provocaba.

Él se resistía:

—Usted bien sabe que soy su principal opositor.

Ella insistía:

—Mire que los de Juntos por el Cargo no lo quieren… Hagamos la fórmula usted y yo Milei… —y lo tomaba de la mano.

Él aclaraba, incómodo:

—Es Fátima. Aclaremos que no es Cristina.

Milei se daba todos los gustos. «Néstor Kirchner en la Argentina, y Alberto Fernández, Lula y Dilma Rousseff en Brasil, López Obrador en México son personas que buscan instalar la Unión Soviética latinoamericana. El socialismo fue un fracaso en lo económico, en lo social, en lo cultural, y además es un sistema que asesinó a 150 millones de seres humanos. Pero, ¿sabés lo que sucede? Que es el sistema que les permite a los envidiosos y resentidos llevar una vida más cómoda. Porque, ¿qué es en el fondo un socialista? Una basura, un excremento».

En cualquier otro contexto, párrafos como este hubieran despertado hilaridad y repudio. Ninguno de esos líderes que Milei

mencionaba podían ser comparados con los que condujeron al sistema soviético. Además, no parece muy democrático calificar a alguien como «basura» o «excremento humano» porque tiene una idea distinta de cómo organizar una sociedad.

«Zurdo de mierda», «recontracomunista», «escoria humana», «basura», «periodistas pauteros y roñosos» eran términos que se incorporaban con naturalidad al léxico político, límites que se iban corriendo.

En paralelo, el torrente de popularidad comenzó a romper los diques de contención. En esos días, Milei se reunió con Luis Barrionuevo, jefe del sindicato de gastronómicos desde hacía cuarenta y cuatro años y autor de una frase que generó un escándalo en los noventa: «Tenemos que dejar de robar por dos años». El dirigente sindical fue un operador clave del Pacto de Olivos, que aseguró la reelección de Carlos Menem, y había sorprendido en los últimos tiempos por su apoyo militante a la frustrada candidatura del kirchnerista Wado de Pedro. Todos esos ingredientes eran suficientes para que Milei lo rechazara por su pertenencia a la «casta de parásitos» que, según su relato, había destruido a la Argentina. «Me parece que, a diferencia de Juntos por el Cambio, dio una muestra de sentir democrático», justificó el libertario.

Por su parte, Victoria Villarruel, la candidata a vicepresidenta, aceleraba en su intención de imponer una versión de la década del setenta en la que los militares —básicamente— eran héroes o víctimas, y los desaparecidos, mayoritariamente, terroristas.

Una semana después del triunfo, organizó un acto de «homenaje a las víctimas del terrorismo» en la Legislatura porteña. En el desarrollo del acto, Arturo Larrabure recordó cómo su padre fue secuestrado, permaneció cautivo durante más de un año en una cárcel del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y luego fue asesinado. Larrabure, unos meses antes, había sido recibido por el papa Francisco en el Vaticano. Lorenza Ferrari, por su parte, relató la muerte de su hija Laura, quien esperaba la nota de un examen en la vereda de la Universidad de Belgrano, cuando estalló un coche

bomba de la mano de enfrente. Graciela Saraspe denunció que su padre Oscar fue asesinado por el ERP mientras jugaba a los dados en su propio bar, en el pueblo tucumano Ingenio Santa Lucía. Ella, por entonces, era una criatura. Para los protagonistas, contar lo que vivieron en un ámbito oficial y en un contexto político que cambiaba vertiginosamente debe haber sido reparador y justo. Se trataba de víctimas que, efectivamente, no habían tenido el espacio que tuvieron otras víctimas.

En ese contexto, Villarruel agregaba sus pinceladas. Calificaba como «personaje siniestro» a Estela de Carlotto, la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, una organización que había recuperado 130 niños robados a sus familias por la dictadura. Impugnaba un cable de la agencia oficial porque, según ella, su directora estaba casada con un exguerrillero: «Estás casada con un terrorista». O, ante distintas críticas, respondía con la consigna «lágrimas de zurdos».

El triunfo de Milei en las primarias puso en el centro de la escena la dolarización, su principal propuesta para estabilizar el país. Días después de la elección designó en su equipo de asesores a Emilio Ocampo, un economista dedicado a las finanzas, que había redactado un trabajo donde intentaba demostrar los beneficios de la dolarización.

En esos días unos doscientos economistas firmaron un texto que advertía sobre los riesgos de ese camino. En la lista de firmantes figuraban economistas ortodoxos y heterodoxos, consultores financieros y profesores universitarios, exfuncionarios de gobiernos militares y civiles, técnicos de gobiernos peronistas y antiperonistas.

Conviene repasar sus argumentos para entender la naturaleza del debate.

– «Aunque la promesa de contar con una moneda estable ha generado seguramente la esperanza de amplios sectores de la población castigados por la continua erosión del poder adquisitivo de sus ingresos, la experiencia internacional y la propia situación de nuestra economía indican que la propuesta en cuestión está lejos de ser una panacea y que,

por el contrario, podría generar múltiples dificultades para nuestro desempeño inmediato y futuro».
– «Carecemos de los dólares necesarios para rescatar la base monetaria y ofrecer un respaldo razonable a los depósitos bancarios… Las propuestas existentes para reparar esta escasez de divisas suponen incrementos absurdos de la deuda pública que comprometerían aún más la percepción de insostenibilidad de las finanzas gubernamentales. La única alternativa, entonces, sería dolarizar a un tipo de cambio tan elevado que provocaría una espiralización adicional de la inflación como consecuencia del colapso de la demanda real de dinero que presumiblemente gatillaría el solo anuncio de avanzar en esa dirección. Provocar un estallido (hiper)inflacionario no parece un comienzo muy auspicioso para "estabilizar" la economía».
– «Aunque la credibilidad brindada por el ancla monetaria podría provocar una eventual convergencia en algún momento a los registros inflacionarios de los Estados Unidos, el funcionamiento macroeconómico estaría plagado de rigideces y dificultades. Con escasa flexibilidad nominal, inexistente integración con los mercados de factores del emisor de la moneda y ausencia de transferencias fiscales compensatorias, la ocurrencia de shocks externos adversos nos sometería a recurrentes períodos recesivos y de elevado desempleo con vistas a recuperar competitividad externa, tal como ocurrió en el final del régimen de Convertibilidad y como muestra la evidencia de los países de la región que han dolarizado recientemente».
– «El esquema se basa en la fantasía de que —eliminada la posibilidad del financiamiento monetario— el gobierno estará obligado a equilibrar inmediatamente su presupuesto, algo que también desmienten nuestra propia experiencia pasada y, por ejemplo, el caso de Ecuador, que ha experimentado ya un par de episodios de *default* desde que adoptó el dólar como moneda. Otro tanto ocurre en el caso

de El Salvador —una economía pequeña y, en principio, más asociada al ciclo norteamericano—, pero que, sin embargo, exhibe recurrentes problemas fiscales, una deuda con una trayectoria insostenible y que, en un contexto de irresuelta fragilidad, ha reformado recientemente su sistema de pensiones a cambio de financiamiento de corto plazo, comprometiendo su sustentabilidad intertemporal».

Milei, que en otros tiempos hubiera querido ser reconocido entre esos economistas, los despachó con apenas unas líneas: «170 economistas fracasados que han sido derrotados tanto en las aulas como en los hechos, en la lucha contra la inflación, vienen a condenar una solución a la estafa monetaria».

A mediados de septiembre, Milei y Fátima aparecieron en la tele para contarle al país el amor que estaban viviendo. Eran dos tortolitos.

Mirtha Legrand les preguntó cómo se habían conocido, quién llamó a quién, y en un momento le señaló a Milei:

—El otro día, en medio de un discurso, mencionaste una cifra, 540 creo… Se lo dedicaste a alguien…

Fátima intervino:

—En realidad, era para mí… ji, ji…

—¿Y qué significa?

—Eso tiene varios significados. Es cuando alguien te da una vuelta y media…

—Eso es 540 —apuntó Milei.

—Era una referencia a nuestra conexión, ¿entendés? —agregó Fátima.

Milei y Fátima estaban frente a frente. Intercambiaban caritas, risitas y arrumacos.

—Ah, son raros ustedes, ¿eh? —señaló Legrand.

—Para mí, somos tal para cual.

—Sí, sí, tal para cual, ji, ji.

En ese momento se tomaron las manos por encima de la mesa.

—Me encanta conocerte.

—Un placer.
—Somos exóticos, ¿o no?

Milei oscilaba entre la seducción y la violencia verbal. El principal blanco de sus agresiones era, ahora, Patricia Bullrich, la candidata de centro derecha que, en otros tiempos, había tenido buena relación con él, y le había ganado la candidatura presidencial a Rodríguez Larreta dentro de Juntos por el Cambio. Milei aspiraba a enfrentar al gobierno en la elección final y para eso necesitaba dejarla fuera de carrera.

Bullrich había militado cerca de la organización guerrillera Montoneros durante la década del setenta. Milei la atacaba: «Era una terrorista que ponía bombas en jardines de infantes y mataba niños».

No había forma de comprobar esa acusación, que en realidad eran varias, porque Milei hablaba en plural: «bombas en jardines de infantes». Pero no se trataba de un debate limpio sobre el pasado de cada uno. Si él le decía a alguien «terrorista asesina de niños», inmediatamente, cientos de miles de cuentas en las redes sociales repetirían «terrorista asesina de niños». No todos tendrían tiempo de analizar si era cierto o no.

Además, Milei tenía una coartada. Los insultos no habían empezado con él. En las últimos años, el ambiente político había estado cruzado por insultos y acusaciones: cómplice de la dictadura, montonero, chorro eran de las más habituales.

En alguna medida, era hijo de la cultura política que repudiaba, y de la que provenían quienes lo repudiaban a él.

Hijo no reconocido, tal vez.

Pero hijo al fin.

A medida que se acercaba la fecha clave de la primera vuelta, en la que competiría con Massa y Bullrich, Milei empezaba a rodearse de multitudes, especialmente en el norte del país, donde decenas de miles de personas iban a dónde él estuviera, mientras cantaban «la casta tiene miedooo», «la casta tiene miedoooooo».

Esas escenas triunfales convivían, cada día, con alguna

intervención controvertida.

Durante el segundo debate presidencial, dos semanas antes de las elecciones, Patricia Bullrich lo cuestionó por haber propuesto la creación de un mercado de compra-venta de órganos.

Milei respondió con agresividad:

—Hay 300 000 potenciales donantes y 7000 personas en lista de espera. Es evidente que hay un problema de corrupción ahí. ¿A vos te gusta el robo?

Como ocurrió cuando argumentaba sobre la pandemia, aquí también los datos estaban mal. El número de 300 000 potenciales donantes, tal vez, surgía de la cantidad de personas que mueren anualmente en la Argentina, que es aproximadamente esa cifra. Pero solo una ínfima minoría podría donar órganos. Los especialistas explicaron que solo están en condiciones de hacerlo las personas que mueren en terapia intensiva, porque solo en ese contexto es posible su preservación. Eso apenas representa el 4% del total de fallecidos. O sea: 12 000 potenciales donantes, no 300 000. Se trata de una diferencia abismal. Además, la lista de espera de 7000 personas era un porcentaje pequeño del total que requiere un trasplante. Los expertos calculaban esa cifra en 100 000 personas.

Milei desconocía completamente el tema del que hablaba, denunciaba un delito de corrupción sin ninguna prueba y exponía su nula empatía con situaciones humanas dramáticas.

Otro conflicto que lo tuvo en el centro de la escena se desató cuando dijo que «cuanto más alto esté el dólar, más fácil será dolarizar». Y sostuvo que el peso era «excremento» y que la gente debía salir de la moneda nacional. En los años previos, las corridas contra el peso habían generado gran inestabilidad en la Argentina. Milei no actuaba con responsabilidad en ese sentido. Luego de los resultados del 13 de agosto las cosas habían empeorado, cuando quedó claro que el gobierno ya no tenía poder para frenar la escalada del dólar e impuso una devaluación del 20% que volvió a enloquecer el sistema de precios.

En ese contexto, las declaraciones de Milei, ya el favorito para

suceder a Fernández, eran letales. Si el futuro presidente decía esas cosas, era lógico que la corrida contra el peso se acelerara. Eso lo beneficiaría electoralmente. Era razonable pensar que empujaba al país al vacío para beneficiarse.

Milei se fastidió: «Llevo en política casi dos años. ¿Me van a culpar a mí de la decadencia de los últimos cien años, y el escándalo de los últimos cuarenta, y el desastre que ocurre en la Argentina desde el kirchnerismo? ¿Por qué no tratan de ser un poco más serios?».

Otro de los flancos que ofreció el libertario en esas semanas se produjo cada vez que le preguntaban a uno de los suyos por el lugar que deberían tener los gays en la sociedad.

—Filosóficamente, ¿estás a favor del matrimonio igualitario? —le preguntaron a Diana Mondino, una economista que luego sería canciller.

—Sí. Pero quiero aclarar un poquito más. Filosóficamente, como liberal, estoy de acuerdo con el proyecto de vida de cada uno. Es mucho más amplio que el matrimonio igualitario. Si, dejame exagerar, vos preferís no bañarte y estar lleno de piojos y es tu elección, listo. Después no te quejes si a alguien le molesta que tengas piojos.

También le preguntaron a Ricardo Bussi, jefe de los libertarios en la provincia de Tucumán, sobre su opinión respecto de los homosexuales.

—Son seres humanos que merecen todo nuestro respeto. Como los rengos, como los ciegos, como los sordos. Son pequeños sectores de la sociedad que tienen que ser reconocidos, claramente. Ahora, no sé por qué hay que darle un cargo público por ser travesti. Eso lo pagamos nosotros. El que decide ser travesti, que se la banque solo.

Solo a efectos didácticos, para entender lo que significan estas cosas, vale la pena cambiar la palabra «gay» por la palabra «judío».

—¿Qué opina usted de los judíos?

—Filosóficamente, como liberal, estoy de acuerdo con el proyecto de vida de cada uno. Es mucho más amplio que los judíos. Si, dejame exagerar, vos preferís no bañarte y estar lleno de piojos y

es tu elección, listo. Después no te quejes si a alguien le molesta que tengas piojos.

O:

—Son seres humanos que merecen todo nuestro respeto. Como los rengos, como los ciegos, como los sordos. Son pequeños sectores de la sociedad que tienen que ser reconocidos, claramente. Ahora, no sé por qué hay que darle un cargo público por ser judío. Eso lo pagamos nosotros. El que decide ser judío, que se la banque solo.

Luis Novaresio insistió hasta el cansancio con el asunto. Se lo preguntó a Carlos Rodríguez, por entonces el referente económico de Milei.

—Yo sé que vos sos gay, y me siento perfectamente cómodo al 100%, pero si veo a dos mujeres besándose, me encanta, y si veo a dos hombres besándose, me duele la barriga. Hay un problema que ustedes tienen que entender, que es la testosterona, algo hormonal.

Novaresio le explicó, pacientemente:

—Yo tengo tanta testosterona como vos. A mí me duele la barriga cuando a un pibe lo echan de su casa por ser gay, o no le dan un trabajo por ser gay.

En el final de la campaña volvió a aparecer Lilia Lemoine. Para entonces, era casi una diputada nacional electa, ya que ocupaba uno de los primeros lugares en la lista de candidatos de la provincia de Buenos Aires. Había sido una *cosplayer* versátil y sexi antes de dedicarse a la política. Había sido maquilladora y fotógrafa personal de Milei. Lo había transformado en el general Ancap y lo había acompañado desde su rol de capitana Ancap. Había ido a la tele disfrazada de ese personaje. Había entrado en crisis en la pandemia, filmado clips antifeministas con Danann, su pareja de entonces. Había roto con él, había denunciado como «ratas» a disidentes y concurrido a marchas por el Día Internacional de la Mujer para pronunciarse, desde allí, a favor de que las mujeres tuvieran derecho a la libre portación de armas.

En esos días de octubre, Lilia anunció que presentaría un proyecto para permitirle a un hombre renunciar a su paternidad en caso de que una mujer lo seduzca «para que acabe adentro (sic)» o

en caso de que «le pinche un forro (sic)».

Cuando se armó revuelo, Lemoine bancó la parada.

«Menos Perón y más Rothbard», escribió en su cuenta de Twitter.

Debajo de la consigna colgó la tapa de *La ética de la libertad*, escrito por el estadounidense, y el siguiente párrafo, que serviría para justificar su proyecto sobre las obligaciones de los padres: «En la sociedad libre ningún hombre puede tener la obligación legal de hacer algo por otro ya que eso invadiría los derechos del primero… Aplicando nuestra teoría a los padres y a los hijos, esto significa que un padre no tiene derecho a agredir a sus hijos, pero también que el padre no debe tener la obligación legal de alimentar, vestir o educar a sus hijos».

El texto que subió Lemoine se ponía luego aún más picante: «El padre debe tener el derecho de dejar de alimentar a sus hijos, es decir, de dejarlo morir».

Muchos de los seguidores de Milei, incluidas algunas personas muy cercanas al candidato, la desautorizaron. Una de las voces más activas en ese sentido fue Iñaki Gutiérrez, un joven dirigente que tenía acceso a la intimidad de Milei y manejaba su cuenta de TikTok.

«Largue las drogas, señora», le respondió, lapidaria, Lemoine.

En esos días tan tensos, Lemoine dio varios reportajes. En uno de ellos fue bastante explícita acerca de la relación que la unía con Javier Milei.

—¿Fuiste pareja de Milei?

—Mmmm… es un tema delicado. Y no es para hablarlo.

—¿Por qué?

—Porque él está en pareja. Está feliz. Y lo decidimos mantener en secreto porque no daba.

—Pero lo contaste vos.

—Me hicieron una cámara oculta. No es justo hablar de eso. Somos grandes amigos. Si él no lo dice públicamente, yo no tengo por qué estar diciéndolo.

—¿Cómo te llevás con Fátima?

—No la conozco… pero si Javier es feliz, fantástico.

—¿Es real esa relación?

—Yo calculo que sí. Esa relación es real. Cuánto vaya a durar es otro tema.

—¿No te da celos que esté con Fátima?

—Uno está pensando en una campaña política, en la posibilidad de que este hombre que adoro y admiro tanto sea presidente de la nación. No es momento de preguntarle: ¿qué somos nosotros, Javi? No ha lugar. Yo lo defino como una relación de amigos. Y yo siempre digo: soy el soldado Cabral de Javier.

El 19 de octubre de 2023, un enfervorizado Javier Milei encabezó su acto de cierre previo a las primarias del siguiente domingo. Otra vez, una multitud lo acompañó en uno de los estadios cerrados más grandes de la ciudad de Buenos Aires.

Milei terminó gritando, con toda la gente:

—¡¡El domingo, cueste lo que cueste, el domingo tenemos que ganar!!

Y luego:

—¡¡¡Primera vuelta… la puta que lo parióoooo!!! ¡¡¡Primera vuelta… la puta que lo parióoooo!!!

Todo hacía creer que estaba a punto de alcanzar la gloria, que pocas horas después sería el nuevo presidente de la Argentina, porque ganaría en primera vuelta.

—¡¡¡Primera vuelta… la puta que lo parióoooo!!! —coreaba la multitud.

Esa misma noche de euforia y excitación, antes de Milei habló Alberto Benegas Lynch padre, a quien el candidato definió como «el máximo prócer del liberalismo argentino».

—Es necesario romper las relaciones diplomáticas con el Vaticano —declaró.

Bella y radiante, ajena a todo eso, Fátima Florez saludaba desde una de las plateas. Cada vez que el estadio oscurecía, un foco la iluminaba especialmente a ella. El futuro era de Javier y ella estaría siempre cerca de su amor.

16
«Yo estoy en el medio de sus sábanas»
(22 de octubre al 19 de noviembre de 2023)

El 20 de octubre las noticias no fueron buenas para Milei. Había obtenido el 30%, ni un voto más que en las primarias de agosto. Sergio Massa, el golpeado ministro de Economía, en cambio, pegó una gran remontada y le sacó 7 puntos de ventaja: estuvo a apenas 3 puntos de ganar en primera vuelta, porque el sistema electoral argentino establece que será presidente quien obtenga 40 puntos y más de 10 de ventaja respecto del segundo. Como había previsto Milei casi tres meses antes, el balotaje lo enfrentaría con el gobierno. Pero partía de más atrás que lo esperado. En ese instante, parecía que la ola había frenado.

Había motivos para pensar que la sociedad se había asustado ante una fuerza política cuyos dirigentes ofendían a las minorías, insultaban al papa, proponían romper relaciones con el Vaticano, privatizar las calles, debilitar o eliminar la educación pública, terminar con la ciencia, habilitar la venta de órganos, dolarizar sin dólares, terminar con el Banco Central, humillar a periodistas, o promovían una corrida por razones electorales.

Los sorprendentes resultados de esa noche proyectaron a nivel nacional a Axel Kicillof, un personaje que era la contracara de Milei en varios aspectos. Kicillof tenía cincuenta años, casi como Milei. Había sido, como él, profesor de Economía y era, también, economista. Pero su punto de vista era exactamente el opuesto al de Milei. Kicillof creía definitivamente en la intervención del Estado en la economía. Había publicado libros sobre la historia del pensamiento económico y sobre John Maynard Keynes.

También fue parte de una generación que se incorporó a la política cuando el kirchnerismo se radicalizó después de 2008. En ese clima, fue descubierto por Cristina Kirchner, quien lo promovió a cargos de mayor responsabilidad, hasta que, a fines de 2013, lo designó como ministro de Economía. Su carrera política creció luego del triunfo de Mauricio Macri, a tal punto que en 2019 fue candidato a gobernador por la provincia de Buenos Aires y ganó.

Su gestión se desarrolló en tiempos muy conflictivos. Debió gobernar la provincia en medio de una pandemia. Sus posturas, en muchos momentos, fueron extremas: fue, por ejemplo, el principal impulsor del cierre extendido de los colegios, cuando ya había evidencia contundente de que abrirlos no aumentaría la cantidad de muertos. Debió convivir con un proceso inflacionario tremendo, que el gobierno nacional, de su signo político, no lograba contener.

Sin embargo, ese domingo fue reelecto gobernador con el mayor peso electoral del país, con una diferencia del 20% sobre el segundo candidato más votado.

Massa había obtenido el primer puesto. Kicillof había sido reelegido por un amplio margen. El peronismo recuperaba su impulso.

Pero nada estaba dicho aún.

En la misma noche del escrutinio, Patricia Bullrich, al admitir que había quedado tercera y, por ende, fuera del balotaje, envió un mensaje clarísimo de acercamiento a Milei. «Yo no voy a ser la que ayude a que el populismo siga en el poder», dijo. Los votos sumados de Milei y Bullrich superaban ampliamente los de Massa. El destino de la Argentina estaba, entonces, en manos de los votantes de Bullrich. ¿Apoyarían a un candidato alineado con la ultraderecha de otros países, que humillaba a Raúl Alfonsín e insultaba al papa, que no tenía reparos en ser muy violento en público cuando una mujer le objetaba algo? ¿Se mantendrían neutrales? ¿Preferirían votar al peronismo, al que habían combatido tanto? ¿Se dividirían entre un candidato y otro?

De la resolución de ese dilema dependería el resultado de la elección.

Pocas horas después, Milei y Bullrich se encontraron en el domicilio del expresidente Macri. Milei había calificado a Bullrich de «asesina». Bullrich había sostenido que las ideas de Milei eran «malas y peligrosas» y sugerido que algunas de sus propuestas, como la de vender órganos, merecían una mirada psiquiátrica. Poco después, sellaron un acuerdo contra el peronismo, el enemigo común.

El acuerdo había sido anticipado por Milei en 2022: «Toda la política argentina va a cambiar», había dicho. «Al final del camino, se va a producir una alianza entre nosotros y los halcones de Juntos por el Cambio. Me refiero al ingeniero Macri y la señora Bullrich. Las palomas van a terminar con el kirchnerismo».

El *outsider*, el principiante, el inexperto era capaz de analizar la política con bastante precisión.

Todo ese periplo permite percibir que Milei es muy capaz de cambiar sus relaciones ante una modificación del contexto. Eso se llama pragmatismo y es un elemento central de la política. En él tal vez los giros sean demasiado violentos: lo que parece una enemistad irreconciliable de repente se transforma en un encuentro conmovedor. En alguna medida, eso también puede percibirse en sus relaciones personales. Una persona puede pelearse con sus padres y luego reconciliarse. Pero hay pocas que los denuncian en televisión por haberles aplicado «terribles palizas», los describen como tóxicos, dicen que para ellos están muertos y luego se reconcilian como si nada hubiera pasado. En Milei, un amor se podía transformar en odio o en indiferencia, y al revés.

Luego del acuerdo con Bullrich, Milei publicó un meme en las redes sociales. Allí se veía a un león gigante abrazando a una pata, que se cobijaba feliz en su pecho.

El jueves posterior a la primera vuelta, cuando faltaban apenas veinte días para la definición, Milei tuvo una participación extrañísima en un programa televisivo.

Frente a Esteban Trebucq, el periodista que era su amigo, pareció descompensarse. En un momento de la entrevista, el candidato empezó a pedir silencio. Gesticulaba como si de ello

dependiera que se produjera o no un estallido en su cabeza.

«¿Podemos pedir que termine el murmullo detrás de cámara? Son temas muy delicados y veo que no cesan de hablar a pesar de mis cambios de tono para pedírselos de manera implícita. Convengamos que estamos con un nivel de bullicio no convencional para temas tan complejos como los que estamos tratando. Y si yo le erro, a mí me destrozan públicamente y nadie va a decir que atrás había un murmullo que me estaba matando. Yo entiendo lo que quieran, pero veo gente desde que inicié que habla, demasiado, digamos, y es muy difícil explicar temas tan complejos con murmullos en el oído. No son temas fáciles y, además, va la vida de 47 millones en esto».

Un ratito después, el diálogo se puso más raro aún.

—Frente al anuncio de Bullrich, yo posteé un meme —dijo.

—El del león y el pato.

—Sí. Hago una pregunta: ¿alguien vio las métricas de ese tuit? ¡Tiene más de 250 000 likes! ¡Tiene casi 16 millones de impresiones! Solo en mi cuenta de Instagram, ¡¡¡el posteo tiene más de un millón de likes!!! ¡Ey!… no, no, no, pará, pará pará… lo que quiero decir es… Así como hay un salame, o tres salames opinando desde una computadora… ¿sabes qué?… mientras que esos miran a la señorita por internet… yo estoy en el medio de sus sábanas…

El rostro tenso, los ojos que se movían sin control, la expresión furiosa, esa noche Milei era cualquier cosa menos un candidato presidencial que transmitía seguridad.

Todos los fantasmas sobre su inestabilidad personal parecieron corporizarse. El episodio de la entrevista revelaba un problema personal cuya gravedad era imposible de medir desde afuera. Pero el problema existía. Demasiadas veces, Milei había tenido reacciones destempladas, de una agresividad desproporcionada; muchos de los aspectos que él mismo reveló sobre su vida lo definían como un personaje singular. De repente, parecía hablar en cámara lenta y, a la vuelta de la esquina, empezaba a gritar o a insultar como un desaforado.

En este caso, además, se le agregaba una forzada referencia a

una cuestión sexual, en medio de un reportaje que no tenía nada que ver con el tema. No era la primera vez que ocurría.

En 2016, Milei sostuvo: «La única salida de este país es Ezeiza. ¿Por qué? Suponete que vos vas a hacer un proyecto. Tenés que enfrentar 101 impuestos. Es imposible ganar plata. Pero suponete que, por un milagro de la naturaleza, ganás plata. Te va a venir un político chorro, con el verso de la justicia social y la distribución del ingreso, y te la va a robar. Nuestro verdadero enemigo es el Estado. El Estado es el pedófilo en el jardín de infantes con los nenes encadenados y bañados en vaselina».

En otra nota, había propuesto eliminar la coparticipación federal. El periodista Marcelo Bonelli le señaló que tal vez eso sería irrealizable. Milei respondió: «Suponga que usted tiene una hija y de repente hay alguien que tiene una adicción a… ehhhh violación a mujeres. O sea… y su hija es víctima. Entonces, ¿qué va a decir? Y noooo. Bueno, ¿pero es una solución más radicalizada? No. Hay que terminar con el sistema de coparticipación. Hay que barrerlo».

En otra conferencia sostenía: «Que vos pienses que los políticos te cuidan es como poner a tus hijos en manos de un pedófilo».

Como todo candidato competitivo, Milei había estado sometido a una enorme presión. Meses de tensión lo atravesaban. Ocho días antes estaba convencido de que podía ganar en primera vuelta. Poco después debió procesar el sacudón, cuando supo que no había sumado un voto más que en las primarias. En ese estado, habló para todo el país.

El lunes se apresuró a ofrecerle el Ministerio de Seguridad a Bullrich, a quien horas antes había acusado de haber sido una terrorista, se enojó con una periodista que le marcó la contradicción, dio un reportaje. Dio otro reportaje, uno más. Se reunió con Macri, a quien semanas antes había calificado de tibio, irritante y fascista, y con Bullrich, que poco antes era «mucho peor que Massa». Otro reportaje. Aplaudió que Bullrich lo apoyara. Y fue a otro reportaje, donde se abrazó con ella.

Mientras todo esto pasaba, las redes ardían y él, como siempre, era el centro de ese huracán: traidor, león, loco, líder, fascista, mi

presidente, casta, anticasta, volátil, nazi, genio. Barrionuevo lo abandonaba ante la llegada de Macri. Mientras tanto, contaba frenéticamente likes, impresiones, retuits, intercambios.

Rápidamente, el calificativo de «loco» empezó a inundar el debate político. Hasta él mismo lo utilizó en un tuit. «La Argentina del revés —se defendió él—. Si uno pide en un estudio de televisión respeto, lo tildan de loco. Pero al que rifa 3 puntos del PBI en su aventura electoral por ambición de poder lo tratan de sensato».

En los años anteriores había pasado del anonimato y la soledad a los sets de televisión, a números estrambóticos en las redes y de ahí a la antesala de la Casa Rosada. Insultó, fue insultado. Agredió, fue agredido. Denunció, fue denunciado. Gritó por televisión, contó intimidades, denunció conspiraciones, se enamoró, se disfrazó de un héroe de cómic, imitó a Leonardo Favio, se volvió a enamorar, veló a un perro al que consideraba un hijo, lo clonó varias veces, generó una corriente inesperada de simpatía social, y de rechazo, se volvió uno de los personajes más populares del país, y su fama empezó a trascender las fronteras.

Todos los focos iluminaron su extraño carisma, sus costumbres, sus perros, sus propuestas disruptivas, su desmesura, su mudanza, su infancia, sus ideas, sus exabruptos, la relación con sus padres, sus costumbres sexuales, todos temas que él expuso generosamente y que se transformaron en cuestiones cotidianas para todos los argentinos. Lo amaron, lo odiaron, lo rodearon, lo admiraron, lo ridiculizaron. Su envión era imparable. A cada paso generaba más fanáticos y más enemigos. Milei se enojaba, denunciaba conspiraciones, agredía, fanfarroneaba. Y la rueda aceleraba.

A todo eso hubo que sumarle la campaña electoral. Se trata de un esfuerzo sobrehumano.

Son meses en los que un candidato come mal, duerme mal, casi no tiene espacio para el placer, para refugiarse en los afectos verdaderos. La presión es insoportable, y no cede. Actos interminables, presiones de todo tipo, decisiones que se deben tomar en tiempo real, poco margen para equivocarse, viajes, actos, y esas caras nuevas de personajes extraños, arribistas en los que no

hay más remedio que confiar, pero en los que no conviene confiar. No hay casi nadie bueno alrededor. Milei tomaba siete bebidas cola por día, a las que le agregaba azúcar, para mantener la energía. Engordaba. Semanas antes, aún en carrera, Bullrich había dejado muy expuesta la manera en que todo eso horadó su coherencia. Casi no se le entendía cuando hablaba.

En el medio, tenía que dar respuestas certeras, tolerar agresiones muy hirientes, devolverlas, no fallar, mantener la calma, mantener la calma, mantener la calma… hasta que un hecho insignificante —un ruidito, una pregunta conflictiva— produce un descalabro. Hay momentos en que la mente no puede procesar tanta información. Y pasa lo que pasa.

Luego de salir de la Jefatura de Gabinete en 2019, Marcos Peña escribió un texto muy agudo sobre la presión que sufren los políticos de primera línea, y especialmente los que deben ejercer el poder.

Algunas de sus reflexiones eran muy atinadas:

– «A medida que uno crece en la carrera política y va asumiendo más tareas, se dispara un mecanismo de defensa que te lleva al modo supervivencia, un modo que en cada persona se vive distinto, pero que generalmente te pone a la defensiva, más desconectado de las emociones, menos capaz de empatizar con otras personas. Vivir en permanente conflicto, defendiendo posiciones, tomando decisiones, recibiendo críticas y ataques, nos lleva a un modelo adictivo, donde la operación táctica se vuelve la droga del día a día».

– «A esa dinámica complicada se le agrega el condimento de la fama y la exposición pública. Ser muy conocido en una sociedad hipercomunicada como la que vivimos es algo que tiene un impacto sobre la persona y su familia. No es neutro ni natural. Restringe tu libertad, impacta sobre toda la gente que te rodea, redefine relaciones. En resumen, aumenta la soledad y potencia esos mecanismos defensivos».

– «En general, la ciencia política no se concentra en entender la fama y cómo impacta sobre una persona. Además, es algo

que mutó mucho en los últimos años, con el avance de la comunicación digital. Pensemos que el celular inteligente se masificó en los últimos diez años, explotando así plataformas como YouTube, WhatsApp, Facebook, Instagram o plataformas como Netflix y Spotify, que no existían hasta hace relativamente poco».

Como ocurrió muchas otras veces durante su carrera, el gobierno salió en auxilio de Milei. Casi al mismo tiempo en que el candidato se descompensaba, empezó a faltar combustible en las estaciones de servicio. La razón por la que esto ocurría era un clásico del último peronismo. Para tratar de evitar que la inflación aumentara más aún, el gobierno había pisado los precios. Eso, naturalmente, era un incentivo para aumentar el consumo, pero no solo de los argentinos, sino también de los habitantes de los países limítrofes, que cruzaban masivamente las fronteras cada día para cargar combustible. Las empresas, naturalmente, resistían la entrega de su producto. Encima, la inflación no frenaba sino que, por la incertidumbre que se derivaba de estas medidas, aumentaba.

Esa dinámica requería una gestión muy eficiente para garantizar el abastecimiento, porque el exceso de demanda hacía previsible que, en un momento u otro, faltaría combustible. De hecho, en enero de 2022 ya se había producido una crisis similar. No es habitual que un país se quede sin nafta. A la Argentina ya le había ocurrido. Le sucedería otra vez, nada menos que en el último tramo de la campaña electoral.

El episodio era particularmente delicado, además, porque la principal empresa energética era estatal. Con lo cual, si en algún momento faltaba combustible, la responsabilidad central era de funcionarios del oficialismo que no habían previsto la situación.

Si el estallido personal de Milei exhibía algunos de sus problemas personales, la falta de nafta volvía a exponer la irracionalidad del gobierno. Pisaba un precio, generaba una crisis de oferta, no paraba la inflación, gestionaba mal toda esa tensión, y quedaba atrapado en sospechas de boicot entre los distintos sectores

que, al mismo tiempo, integraban ese gobierno y se odiaban entre sí.

Milei la tenía picando en el área: «Este es el comunismo al que nos quiere llevar este gobierno. Ya sabemos que, si ponen precios fijos, lo único que logran es que se produzca menos. El ejemplo es Venezuela. Están sentados sobre un mar de petróleo. Pero no tienen nafta».

Su imagen hablando de likes, retuits y de cómo se metía entre las sábanas de otras personas era impresionante. Pero el otro candidato era el símbolo de una Argentina donde no había nafta, donde crecían rápidamente la inflación, la pobreza y la incertidumbre.

¿Qué votaría la gente? ¿A un hombre tan raro como Milei o al ministro de Economía de un gobierno que, por las mismas razones por las que se quedaba sin nafta, empezaba a tener problemas serios inclusive para proveer medicamentos e insumos médicos?

Unas horas antes de la elección, Milei agregó un nuevo foco de tensión. Denunció que en las primarias se había producido un fraude.

—Las elecciones de octubre 22, ¿fueron limpias, Javier? —le preguntó Jaime Bayly, un conocido periodista y escritor peruano que vive en Miami.

—No.

—Pero, ¿fue un fraude o hubo irregularidades?

—Hubo irregularidades de semejante tamaño que ponen en duda el resultado.

Mientras el candidato decía esto, su hermana presentaba un escrito ante la Justicia donde denunciaba «un fraude colosal». Cuando fue citada por la Justicia para aportar elementos concretos del fraude, no concurrió. El objetivo de instalar la duda ya se había conseguido. Pequeños grupos de manifestantes se congregaban en el centro de la capital para amplificarla.

Milei había defendido las denuncias de fraude difundidas por Donald Trump en los Estados Unidos y de Jair Bolsonaro en Brasil. Uno de los voceros más elocuentes de esa campaña en Brasil había

sido Fernando Cerimedo, el experto en comunicación que trabajaba con el libertario. En esos días, Cerimedo fue el puente para que arribara al país Tucker Carlson, el popular periodista despedido de Fox News por informar acerca de un fraude contra Trump, pese a que en la intimidad confesaba que no tenía pruebas que lo confirmaran. Carlson también había difundido en el mundo, desde su canal de YouTube, que la elección brasileña había sido fraudulenta. Milei se sumaba a esa cadena de episodios.

El reportaje que Carlson le hizo a Milei fue anodino, pero tuvo más visitas que cualquier otro reportaje a cualquier otra figura política mundial.

La imagen internacional del agitador libertario, el provocador, el niño golpeado, volvía a crecer.

Una semana antes de las elecciones se produjo el debate final entre Sergio Massa y Javier Milei. El país paró para verlo. Salvo en pequeños fragmentos, Massa se mostró a la ofensiva: sólido, agresivo, por momentos demoledor. Curiosamente, Milei titubeaba, no contestaba ni siquiera cuando su respuesta era obvia y hubiera puesto en aprietos a su adversario. Parecía una pelea de box entre un púgil potente, entrenado, preciso y un principiante.

Pocas veces la diferencia fue tan grande entre alguien que demostraba un acabado conocimiento de cómo funcionaba el Estado y un candidato que parecía dubitativo, temeroso, tal vez incapaz. Uno desplegaba seguridad, experiencia, conocimiento y golpeaba donde dolía. El otro titubeaba. Con el correr de la semana, Milei explicó que se había concentrado en no ponerse nervioso, en no tener reacciones destempladas, en no exhibir los rasgos personales que ya generaban miedo en el público independiente.

En medio de eso, Milei denunció una especie de complot. Explicó que Massa había buscado «agredirlo y tratar de hacer cosas» para sacarlo «de las casillas», con la supuesta intención de mostrarlo «como alguien desequilibrado y que no está en condiciones de gobernar».

«Como todo el aparato juega a favor de Massa, en su equipo tenía un conjunto de psicólogos que estaban buscando puntos con

los cuales agredirme. El público de Massa estaba enfrente mío y, cada vez que yo tenía que hablar, se dedicaban a toser, era un coro de tos. Él buscaba un desborde emocional mío y no lo logró, aun con los tosedores».

Ese episodio, el de los tosedores, no sería olvidado fácilmente por el candidato.

Al terminar el debate, esa misma noche, el equipo de Milei cenó en una parrilla del barrio Las Cañitas. Eran cincuenta personas. Milei estaba en la cabecera. Los atendían quince mozos que aparecían al mismo tiempo con cada plato: ensaladas, chorizos, morcillas, mollejas, las primeras tiras de asado. En un momento, aparecieron los quince con bandejas de papas fritas. Milei alzó los brazos y empezó a gritar:

—¡¡¡Nooooo!!! ¡¡¡Papas fritas, noooo!!! ¡¡¡Noooo!!! ¡¡¡Papas fritas, nooooo!!!

Los mozos quedaron petrificados.

Karina se levantó lentamente y les pidió que retiraran las papas fritas.

Milei se serenó y volvió a su asiento.

Guillermo Francos, el principal asesor político de Milei, no resistió la tentación. Se paró, encaró a un mozo, agarró un montoncito de papas con la mano derecha y las depositó en su plato, junto a la carne. Luego se las comió.

Ese día todo el mundo supo que el líder libertario tenía, entre tantos rasgos de su personalidad, una profunda fobia a las papas fritas.

Faltaba apenas una semana para el veredicto definitivo.

17
Antes de que sea tarde
(pequeña anotación personal)

Cinco días antes de las elecciones necesité decir esto en mi programa de radio:

Sé que no es habitual que un periodista diga lo que voy a decir. Y que probablemente sea incorrecto. Para mí, además, es muy traumático decirlo. No me une casi nada a Sergio Massa. Su recorrido político no me representa, tengo dudas sobre su honestidad personal. Pero creo que hay que votar a Sergio Massa. No es el rol de un periodista influir de esta manera. Solo debe hacerlo ante circunstancias extremas. Y la verdad es que creo que estamos ante una circunstancia extrema. Solo por eso estoy diciendo lo que digo.

Hace cuarenta años que soy periodista. Solo una vez conté a quién iba a votar. Fue en 2003. Voté, entonces, por Néstor Kirchner. En ese momento estaba muy fresca la crisis de la convertibilidad y me parecía horroroso que el balotaje se definiera entre Carlos Menem y Ricardo López Murphy, dos candidatos que expresaban los valores de la década del noventa. Pero entonces lo conté porque me lo preguntaron, porque no me dio para evadir la respuesta. No fue, ni de lejos, una toma de postura pública. Aquel fue un buen voto. Aunque ya se podían percibir síntomas de la enfermedad que estalló poco después, creo que la gestión de Néstor Kirchner fue muy defendible.

Pero son viejas historias.

Esto es algo muy distinto.

Entiendo que la situación económica de la Argentina es muy

agobiante. Eso se debe, en gran medida, a las decisiones de un gobierno malo y, además, irrespetuoso. Y Massa es hoy la principal figura de ese gobierno. Por eso, sé que mucha gente cercana votará a Milei, como diciendo: no quiero mirar mucho lo que es Milei, pero cualquier cosa va a ser mejor que esto.

No estoy de acuerdo. Creo que se puede estar peor. El ajuste brutal del gasto público que plantea Milei no es algo abstracto. Significa un recorte inmediato y brutal del poder adquisitivo, especialmente de aquellos que menos tienen. Significa que cientos de miles de personas se van a quedar sin trabajo y que rápidamente va a haber muchísimos más niños pobres.

Ya sé que digo esto y estás pensando: ¿y ahora?, ¿qué está pasando ahora? Solo me queda encogerme de hombros, admitir que son preguntas muy sensatas pero, al mismo tiempo, insistir con una idea: se puede estar mucho peor y todo lo que dice Milei hace pensar que así va a ser.

Pero, si mi angustia se debiera solamente a la cuestión económica, no estaría diciendo esto. Al fin y al cabo, ¿quién tiene la verdad absoluta sobre ese asunto? ¿Quién puede asegurar que Massa haría las cosas mejor si este año y medio fue un desastre?

Hay otras cuestiones en juego. Se están rompiendo cosas que no deberían romperse, consensos que son muy elementales para nuestra convivencia.

Cuando uno mira con atención su trayectoria se encuentra con videos en los que se ve a Milei agredir con mucha virulencia a mujeres que piensan distinto a él o que se atreven a plantearle una disidencia. No es que discute con ellas: las agrede, las insulta, las humilla, y ellas terminan llorando. Una de las mujeres agredidas se llama Teresa Frías. Es una periodistas salteña a la que se le ocurrió preguntarle por qué las teorías de Keynes funcionaron en los Estados Unidos y no en la Argentina. Milei le empezó a gritar que era una estúpida, una ignorante, una burra, le anunció que la iba a desburrar, todo a los gritos luego de larguísimos minutos. Tras la difusión del video, por parte del equipo de Milei, miles de sus seguidores se ensañaron con Frías, de manera despiadada. Ella

terminó con ataques de pánico.

Otra de las agredidas fue Sol Pérez, una modelo y conductora de televisión a la que se le ocurrió sostener que el Estado debía proteger a los más débiles. La reacción de Milei fue tan fuerte y ofensiva que fue invitado a retirarse del programa. Lo que ocurrió después en las redes sociales fue terrible.

¿Qué les vamos a explicar a nuestros hijos si Milei es presidente, es decir, si recibe un respaldo masivo luego de haber agredido así a mujeres? ¿Que nuestra sociedad avala estas cosas? ¿Que ellos se sientan libres de agredir a otros porque así lo enseña la exitosa carrera de Milei?

Alguien me puede decir que yo miro para otro lado ante conductas igual de graves de Massa. Pero no recuerdo que Massa haya hecho este tipo de cosas.

No termina ahí. Yo creía que estábamos todos de acuerdo en el respeto a la figura de Raúl Alfonsín. Si nos ponemos a discutir, te podría decir diez cosas buenas y otras diez malas de Alfonsín. Pero en él se condensan muchos valores: la defensa del régimen democrático, el repudio a la dictadura, el juicio a las cúpulas militares y de la guerrilla, la idea de una sociedad integrada, aunque él no haya sabido construirla, la honestidad personal.

Ahora ha aparecido Milei para explicarnos que Alfonsín es una persona repudiable. Lo llama «el fracasado de la hiperinflación». Le pone a un muñeco una careta de Alfonsín para pegarle con más fuerza. Milei ha dicho que sus valores no son los de Alfonsín. No cree en la democracia, defiende a los militares de la dictadura, reivindica a Carlos Menem, un hombre que introdujo la corrupción a la democracia argentina, sostiene que la justicia social es una inmundicia.

¿Todo eso estamos dispuestos a entregar a cambio de un proyecto económico cuyos resultados pueden ser aún peores que esto?

Yo no.

Pero sigamos.

Otro de los consensos que, desde mi escala de valores, ennoblece

a nuestra convivencia es que no se debe discriminar a nadie. ¿Ustedes escucharon lo que han dicho Milei y los suyos cuando alguien les pregunta sobre su posición respecto de la homosexualidad? Milei mismo ha dicho que él es tan liberal que no le importa si alguien se enamora, incluso, de un elefante. Diana Mondino explicó que alguien tiene todo el derecho a ser gay como a no bañarse y andar lleno de piojos. Ricardo Bussi aclaró que los gays son una minoría como tantas otras, «como los rengos, los sordos o los mudos».

Imagínense si ante una pregunta sobre qué opina de los judíos, un dirigente dijera «son una minoría, como los rengos», o «soy tan tolerante que me da lo mismo un judío o uno que ande sucio y piojoso», o «no me importa que alguien se case con un judío o con un elefante». Bueno: esas cosas raras están pasando entre nosotros. Imagínense un chiquito de quince años, que tiene toda la inseguridad del mundo porque siente que le gustan los hombres, y tiene que definir su identidad y no sabe cómo enfrentarlo. Entonces descubre que está por llegar al poder un equipo donde hay gente que impunemente le dice que ser gay es como no bañarte y andar con piojos.

Yo pensaba que estábamos de acuerdo con que una sociedad debe respetar a las minorías, defender la democracia, repudiar las violaciones a los derechos humanos, rechazar a los hombres que humillan a las mujeres.

Hasta que llegaron Milei y los suyos. Y resulta que le vamos a entregar todas las cosas en las que creíamos.

Mucha gente inteligente, mucha gente a la que quiero, me dice que va a votar a Milei. Y entonces me parece que estamos ante una discusión de valores que es muy profunda. Yo no estoy dispuesto a resignar que a las mujeres no se las maltrata, yo no estoy dispuesto a resignar que a los gay no se los trata de piojosos, no estoy dispuesto a resignar que, aunque cueste, la justicia social es un valor a defender y no estoy dispuesto a resignar que se transforme a Alfonsín en un tipo despreciable, al que hay que pegarle puñetazos porque es un fracasado inflacionario.

Son mis valores. Tal vez esté equivocado. Pero no estoy dispuesto a resignarlos. Veo una persona sin experiencia, veo una persona con ideas económicas que me parece que incrementan el problema serio que tenemos, que además no tiene equilibrio en lo personal para soportar la presión que significa gobernar, veo todo eso y veo una cuestión de valores, veo una tragedia social.

Como veo todo eso junto, no me perdonaría no advertirlo. Entiendo que mi punto de vista tiene que ver con mi vida, con mi experiencia, con mis valores y no tienen por qué ser los valores de todos. Pero me parece que se están rompiendo cosas que no deberíamos romper.

En estos días he pensado mucho en Julio Strassera, el fiscal del juicio a los excomandantes, el que demostró que hubo un plan sistemático durante la dictadura para perseguir gente, matarla, torturarla, robarle sus bebés. Estamos por votar a un hombre que dice que en los setenta hubo un ataque militar que fue repelido por las fuerzas de seguridad y que, en todo caso, hay que castigar los excesos. Es lo mismo que decían en sus alegatos los militares acusados por Strassera.

Yo digo: toda la gente que admiró a Strassera durante tantos años, que vio que no tenía nada que ver con el kirchnerismo, que era un crítico durísimo del kirchnerismo, que se emocionó con aquel alegato del Nunca Más y ahora escucha a Milei, ¿no ve el contraste? ¿También vamos a entregar a Strassera?

Finalmente, hay algo que pasó ayer que me vuelve a parecer muy grave y que rompe con acuerdos básicos que llevan cuarenta años. En estos tiempos mucha gente ha ganado y perdido elecciones a nivel nacional. No hubo un solo caso en las que un perdedor no haya reconocido las elecciones al ganador. Cristina Kirchner se negó a entregar el bastón, pero reconoció que Macri ganó. Macri perdió elecciones. Nunca dijo que perdió por fraude. Eso es importante porque, si vos pensás que el presidente es un impostor, es alguien que ganó con trampas, eso quiere decir que la democracia no funciona. Milei denunció la existencia de un fraude en primera vuelta, pero no presentó ninguna evidencia. Su aparato de

propaganda, que es consumido por muchos jóvenes, construye la idea de un fraude que no existió, como lo hicieron Bolsonaro en Brasil y Trump en los Estados Unidos.

Y entonces, si él pierde el próximo domingo, vastos sectores de la población van a creer que el presidente democrático es un presidente fraudulento, y entonces no van a creer en la democracia. Y vas a tener, como en Brasil y como en los Estados Unidos, manifestaciones muy importantes contra el fraude que no existió.

De verdad, no me gusta jugar tan fuerte en un proceso electoral. Porque después de decir esto pareciera que todo lo que uno hace es en función de esa decisión que tomó respecto a este balotaje. La verdad es que no me perdonaría no hacerlo.

Y finalmente, si gana Milei, espero haberme equivocado. En ese caso, voy a reconocer que fue un presidente respetuoso, democrático y que hizo una buena gestión económica. Hoy no creo que haya chances de eso. Pero puedo equivocarme, como me equivoco todo el tiempo.

18
«Dios los bendiga»
(19 de noviembre de 2023)

El 19 de noviembre de 2023, Javier Milei fue votado por el 56% de los argentinos. Él contaría después cómo fue el momento en que lo supo. «Nosotros teníamos encuestas, pero las tirábamos todas a la basura. Estaba con unos amigos de la comunidad judía. Todos rezábamos, con nuestras kipás puestas. En un momento, se comunicó Cecilia Moreau, la presidenta de la Cámara de Diputados, para decirnos que Sergio Massa estaba por reconocer la derrota».

Milei se transformó, así, en el primer presidente libertario de la historia mundial.

—Quiero agradecer a todos los argentinos de bien. Porque hoy comienza la reconstrucción de la Argentina. Hoy comienza el fin de la decadencia argentina. Hoy se termina el modelo empobrecedor del Estado omnipresente. Hoy volvemos a abrazar las ideas de la libertad. Esas ideas se apoyan en tres pilares: un gobierno limitado, que cumple a rajatabla con los compromisos que ha tomado, respeto a la propiedad privada y comercio libre. Basta del modelo empobrecedor de la casta. Hoy volvemos a abrazar el modelo de la libertad para volver a ser una potencia mundial. Al mismo tiempo, quiero decirles que todos aquellos que quieran sumarse a la nueva Argentina serán bienvenidos. No importa de dónde vengan. Sabemos que hay gente que se va a resistir. A todos ellos quiero decirles lo siguiente: dentro de la ley todo, fuera de la ley nada. En esta nueva Argentina no hay lugar para los violentos. Vamos a ser implacables. Cuántas veces habremos dicho y nos hemos cansado de repetir que la victoria en la batalla no venía de la cantidad de

soldados, sino de las fuerzas que vienen del cielo. Por lo tanto, quiero darles las gracias a todos y no podría terminar de otra manera.

—¡Viva la libertad!

—¡¡¡Viva…!!!

—¡Viva la libertad!

—¡¡¡Viva…!!!

—¡Viva la libertad!

—¡¡¡Viva…!!!

—Dios bendiga a los argentinos.

Esas fueron las últimas palabras de su discurso, esa noche mágica e inquietante.

Pocos días después llegaría a la Casa Rosada el profesor despeinado. Y junto con él, el niño golpeado, el histrión, el mejor agitador de la historia, el maltratador de mujeres, el polemista, el matemático, el arquero, el cantante de rock, el clonador de perros, el profesor de sexo tántrico, el gritón, el economista libertario, el líder de la batalla cultural, el defensor a ultranza de los monopolios, el hombre que odia a los comunistas, el admirador de Rothbard, el austríaco, el hombre que solo confía en su hermana.

Un experimento inédito estaba por ponerse en marcha.

19
Garabatos
(21 y 22 de noviembre de 2023)

El 21 de noviembre, a las 16.13, le escribí al presidente electo:

«Hola, Javier. Te escribo para felicitarte por tu triunfo. Sabés que no es lo que hubiera preferido y que pienso que tu enfoque puede traer muchos problemas. Pero fue un triunfo en buena ley. Deseo enfáticamente haberme equivocado y que, al final del camino, hayas cambiado mis ideas. Así que mucha suerte en el intento. De verdad. Si le encontrás la salida a este laberinto, va a ser mejor para todos».

A las 16.29 me respondió:

«Muchas gracias, Ernesto. Me consta tu honestidad intelectual. Haré todo lo que esté a mi alcance para salir del pozo. Llamame si podés».

Obviamente, lo llamé. Me dijo que sabía que había convocado a votar a Massa y que no tenía ningún reproche al respecto. «Vos nunca ocultaste quién sos. Es lógico que alguien que piensa como vos proceda como vos lo hiciste».

El 23 de noviembre entré al hotel donde estaba alojado. Me recibió descalzo en una especie de pequeño living, acompañado por su rabino personal.

Durante una hora y media me explicó lo que pensaba hacer mientras hacía garabatos sobre tres hojas de oficio apaisadas, como si se tratara de un pizarrón que ayudaba a entender lo que decía.

Cada tanto, el rabino le insistía en que era la hora de rezar.

«Por vos lo digo, no por mí».

«Sí, sí», decía él y seguía garabateando.

En esas hojas extrañas se sintetizaba el problema principal que veía en la economía argentina, sobrante monetario, deuda con importadores, la montaña de Leliqs.

Eso explicaba que era necesario producir el ajuste más importante de la historia de la humanidad.

Me llevé las hojas de recuerdo.

«¿Las vas a publicar?».

«Ahora no. Pero creo que lo haré en un libro que estoy escribiendo sobre vos».

«Okei. Para eso sí».

Varios meses después miro esos garabatos. La primera página está encabezada por la palabra «Coyuntura». Luego se enumeran, del 1 al 9, las causas por las que la Argentina estaba al borde de la hiperinflación. Allí se pueden leer expresiones que refieren al sobrante monetario, la deuda del Banco Central en Leliqs, el déficit fiscal, la brecha cambiaria, el déficit fiscal de 15% del PBI, la deuda con importadores, entre otros ítems. Sobre la base de la primera página, en mayúsculas gigantes, Milei escribió:

«PLAN DE ESTABILIZACIÓN URGENTE».

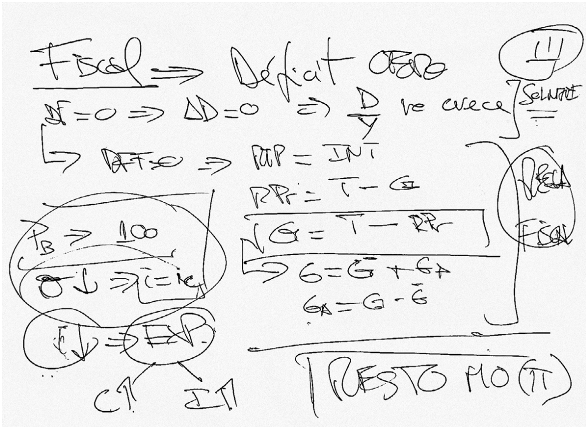
En la segunda página sobresale otra palabra, también en mayúsculas:

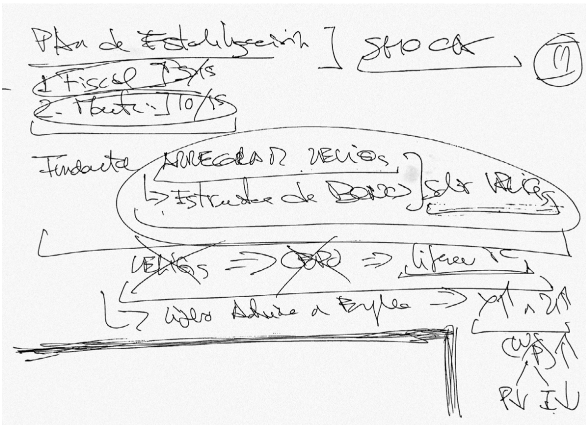
«SHOCK».

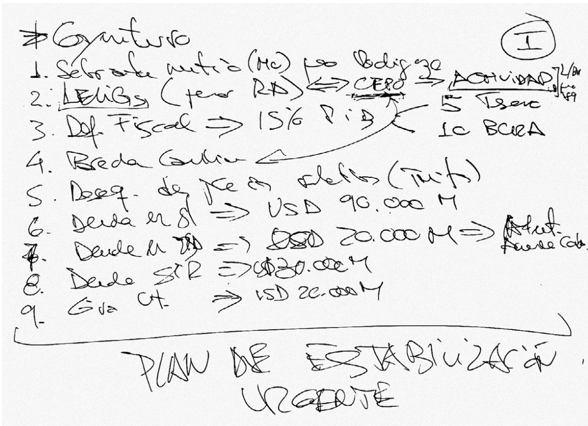
Por debajo de ella aparecen tachadas las palabras Leliqs y Cepo. Y sin tachar: «Liberar TC». Por su ubicación, seguramente se refería al tipo de cambio.

En la tercera parte anotó una serie de fórmulas que me explicó, una por una, y que, seis meses después, ya no recuerdo a qué se referían. Por fuera de los símbolos, se puede leer, bien grande:

«FISCAL - DÉFICIT CERO - REGLA FISCAL».


Fiscal ⇒ Déficit CERO
III
ΔF = 0 ⇒ ΔD = 0 ⇒ D/Y se crece
RPr = T − G
G = T − RPr
G = Ḡ + GA
GA = G − Ḡ
RECA FISCAL
PB ⇒ 100
RESTO MO (π)


Plan de Estabilización] SHOCK
II
1. Fiscal
2. Monet.
ARREGLAR VIEJOS
Estructura de BONOS
VIEJOS ⇒ CERO ⇒ libera
PV I


Coyuntura
I
1.
2.
3. Déf. Fiscal ⇒ 15% PIB
4.
5.
6. ⇒ USD 90.000 M
7. ⇒ 20.000 M ⇒
8. ⇒ 30.000 M
9. ⇒ USD 20.000 M
CERO ⇒ ACTIVIDAD
1C BCRA
PLAN DE ESTABILIZACIÓN URGENTE

20
El enviado de Dios
(27 de noviembre de 2023)

De repente, por si algo le faltara a la complejidad del personaje, Milei empezó a ser judío. Bueno, no exactamente. Porque —técnicamente— no es judío. Para eso debería convertirse, o ser hijo de madre judía. Sin embargo, decidió ser tan judío como podría serlo alguien que no lo es. Eso lo transformó, para ciertas miradas, en más judío que la mayoría de los judíos.

Parece un trabalenguas. Quizás lo sea, pero tiene explicación.

Pocos antes de asumir la presidencia, Milei viajó a Nueva York para visitar la tumba del rabino Menachem Mendel Schneerson y agradecerle por el triunfo electoral, que le había pedido en una visita anterior. La mayoría de los judíos desconocen la existencia de Schneerson. Solo sus seguidores más devotos, entre ellos Milei, han visitado dos veces esa tumba.

Las imágenes de ese día lo exhiben entrando a un cementerio rodeado por judíos ortodoxos, ataviados con sombreros negros, largas barbas y abrigos oscuros. Mientras vivió, Schneerson fue el líder de la organización mundial de judíos ortodoxos llamada Jabad-Lubavitch, o «Jabad», o «los Jabad» en la jerga del judaísmo porteño. Fue un líder de tanta trascendencia que tras su muerte, ocurrida en 1994, nadie ocupó su lugar. Algunos de sus seguidores sostienen que podría revivir y transformarse en el Mesías, el enviado de Dios que los judíos observantes esperan hace tres mil años.

El acercamiento de Milei a la religión judía era un hecho trascendente en su vida. El profesor libertario, el agitador, el futuro presidente, el novio de Fátima Florez, que no era judía, el hermano de Karina, el niño golpeado por sus padres, había decidido ser lo más judío posible.

Tenía un rabino personal con el que rezaba en privado asiduamente y con quien compartía su estudio cotidiano de la Torá y el Talmud, los libros centrales para la religión a la que se acercaba. Y en sus discursos citaba el Libro de Shemot, el segundo libro del Antiguo Testamento, el fragmento bíblico que refiere al éxodo de los judíos de Egipto.

Milei solía utilizar como alegoría momentos de ese episodio histórico. En un discurso para justificar que votaría por la eliminación del impuesto a las ganancias, explicó que los judíos huyeron de Egipto, entre otras razones, porque les cobraban muchos impuestos. En un reportaje anticipó que, si el Congreso trababa sus proyectos de ley, él no negociaría, así como Moshé —así llama a Moisés— no había negociado con el faraón. Ya como presidente, les pediría a los principales empresarios que invirtieran, así como el pueblo judío, a instancias de Moisés, se arrojó a las aguas del mar Rojo sin saber si podrían atravesarlo. En otra oportunidad, cuando le preguntaron por su hermana, comenzó a llorar y la comparó con Moisés. «Yo soy como Aarón, su hermano, que era el divulgador. Ella es Moshé».

También se refería a la historia de los macabeos, esa familia de campesinos religiosos que liberó a Judea de la invasión de la cultura helénica, pese a su desventaja numérica y tecnológica respecto del ejército al que enfrentaban. Con eso, quería decir que el apoyo de Dios permitía vencer cualquier desafío. Además, contaría que recibió los resultados de la segunda vuelta electoral «rodeado por amigos de la comunidad judía, todos con nuestras kipás» (en hebreo se dice kipot).

Shimon Axel Wahnish, el rabino de Milei, fue el testigo más cercano de la nueva inclinación del libertario. Relató que Milei «había visto la película de Charlton Heston de 1956, *Los Diez*

Mandamientos, y se había inspirado en Moisés como líder de los hombres». En 2021 se interesó más sobre el tema. «Comenzó a asistir a las comidas de Shabat, como en familia, comenzó a leer la porción semanal de la Torá y aprendía muy rápido y de manera muy inteligente. Hacía preguntas sobre los pasajes de la Torá y manteníamos conversaciones durante una hora seguida. No era sermonear, era llegar a la respuesta a una pregunta a través de la conversación».

La visita de Milei a la tumba de un rabino en Nueva York y su vínculo estrecho con la ortodoxia judía no era, por cierto, el acercamiento a cualquier tipo de judaísmo, sino a uno muy específico. Pese a que su número e influencia han crecido mucho en los últimos años, los ortodoxos siguen siendo minoría. Algún lector tal vez esté familiarizado con figuras como Sigmund Freud, Woody Allen, Albert Einstein o Daniel Baremboim, o con los líderes históricos del Estado de Israel, como David Ben-Gurión o Golda Meir, o con grandes científicos como Albert Sabin, el creador de la vacuna antipolio, o escritores como Isaac Bashevis Singer o Scholem Aleijem, o políticos destacadísimos como Henry Kissinger. Ninguno de ellos pertenece a Jabad-Lubavitch ni a ninguna comunidad ortodoxa, porque han llevado vidas más seculares, menos definidas por preceptos religiosos.

Como en tantos otros ámbitos de su vida, Milei no era un moderado. Si había que ser judío, sería más judío que nadie.

Jabad-Lubavitch pertenece a la ortodoxia judía. Eso quiere decir que sus miembros están unidos por la fuerte convicción de que Dios (al que no mencionan con todas sus letras), durante el éxodo, le entregó a Moisés una verdad absoluta: las Tablas de la Ley. Para el judaísmo religioso clásico, ese acto fue aún más significativo porque implicó la revelación de las leyes escritas y de las orales. Ese es el punto neurálgico de su fe, del cual se desprende una dedicación apasionada y casi excluyente por el estudio de varios libros centenarios que derivan de ese origen.

Uno de ellos es la Torá, el Pentateuco, que incluye el relato de

aquel éxodo y de la creación del mundo, además de la primera enumeración de normas que deben regir la vida de un ser humano. Otro libro es el Talmud, que contiene los textos rabínicos de comienzos de la era cristiana y un compendio de las discusiones entre distintas escuelas de rabinos, acerca de cuáles son las normas que deben cumplir los judíos en su vida cotidiana. También está el Shulján Aruj, el código de leyes compilado en el siglo XV.

Los rabinos eruditos poseen bibliotecas inmensas, repletas de miles de libros y tratados escritos en hebreo, en los que se discuten exhaustivamente esas normas a lo largo de los siglos. Se supone que los «rebes», los maestros, son los encargados de transmitir esas verdades a las comunidades que lideran. Esos textos tienen más influencia sobre sus vidas que los cambios de costumbres en las sociedades que habitan. Ahí está lo esencial, lo permanente, el mensaje de Dios. Por eso sus vidas son tan particulares si se las observa con la mirada de alguien que no es un judío ortodoxo o que está impregnado de la cultura occidental. Hay algo místico allí, si se piensa en miles de hombres de largas barbas vestidos de negro que dedican sus vidas a rezar, y a interpretar y enseñar escrituras sagradas de hace cientos o miles de años.

Las vestimentas son distintas en cada comunidad ortodoxa. En las más estrictas, los hombres visten de negro, usan sombreros del mismo color y, en general, se dejan la barba. Las mujeres casadas llevan peluca, porque se considera que el cabello natural es una fuente de atractivo erótico, y no deben dejar nada de su piel al descubierto, aun en verano. En sus templos los hombres ocupan la planta baja, y a las mujeres se les reserva el primer piso, o son separados por una cortina. Los hombres y las mujeres solo bailan entre sí, muchas veces con extremo fervor. Un hombre puede tocar a cualquier hombre y una mujer a cualquier mujer, pero ningún hombre puede tocar a una mujer que no sea su esposa, ni siquiera bailar con ella en público. Todo eso tiene una explicación.

Los casamientos están autorizados solo entre miembros de familias ortodoxas. En la mayoría de los casos, los chicos y chicas solteros son vinculados por personas de la comunidad. La mujer

recibe información sobre la existencia de varios jóvenes que podrían ser sus maridos y, en base a esos datos, decide con quién de ellos prefiere reunirse. Luego de dos o tres citas, tal vez alguna más, si ella está de acuerdo, se consuma el matrimonio. Esos encuentros pueden ser entre hombres y mujeres que viven en distintos países.

El rol de la mujer está restringido, mayoritariamente, a la educación de los hijos y a su alimentación. Es muy valorado en ese sentido, incluso en oraciones que se repiten en el shabat, el día sagrado. La mayoría de las familias tienen muchos hijos, uno seguido del otro.

Aunque puede haber discusiones sobre cada punto, para la mayoría de los rabinos ortodoxos la homosexualidad es una conducta antinatural, y si la ciencia contradice a los libros sagrados —como lo hace el darwinismo, por ejemplo— debe ser revisada. Las otras religiones que se basan en el Antiguo Testamento —el cristianismo, el islam— se han alejado de la verdad al reconocer como enviado de Dios, el Mesías, a personas que no lo eran.

Sus vidas están regidas por obligaciones específicas, que ordenan cada uno de sus días: la lectura de los textos mencionados y su estudio es un elemento básico, y está especificado qué corresponde leer cada semana del año. Los sábados están obligados a descansar: nadie puede trabajar ni tampoco encender una luz eléctrica, tocar un celular o pulsar el botón de un ascensor. Es el día en que Dios descansó, dejó de crear. Nadie, entonces, debe crear.

Por el contrario, las relaciones sexuales durante el sábado son aceptadas y estimuladas, porque es día de descanso y de placer. Los ortodoxos se rigen por las normas alimentarias del *kashrut* —la comida kasher—, que les impide comer ciertos animales, como el cerdo o peces sin escamas, o mezclar genéricamente carne con leche.

Un elemento central de la liturgia ortodoxa son los tefilín, una palabra bíblica que habitualmente se traduce como «filacterios». Se trata de una cajita que contiene rollos con fragmentos del Pentateuco y de la cual surgen cordones o tiras de cuero oscuro. Cada día, durante la oración matutina, los judíos practicantes se

atan los tefilín a un brazo. Es un ritual muy importante.

A partir de la aparición de un grupo de rabinos ortodoxos en el centro neurálgico de la política argentina, tuve oportunidad de entrevistar a Tzvi Grunblatt, líder de la organización en la Argentina.

—¿Por qué razón no permiten que las personas sean libres y que hagan su vida como les parezca, que cada cual tenga sexo con quien quiera, que trabaje de lo que elija, que las mujeres tengan el rol que ellas elijan? —le pregunté.

—Eso no es la libertad. Para nosotros, la libertad consiste en no ser esclavos de nuestros impulsos, para cumplir la ley de Dios. La esclavitud es ser dominado por nuestros deseos. La libertad consiste en superarlos.

—Pero, ¿no registran que el mundo ha cambiado, que la gente es muy distinta a lo que era hace doscientos años? ¿Por qué razón ustedes resisten esos cambios?

—Las cosas esenciales no cambian. Lo que vos mencionás ocurre hace apenas cien o ciento cincuenta años. Pero el sol sale por el mismo lado hace millones de años. Y se pone por el mismo lado hace millones de años. Si el sol no cambia, ¿por qué habríamos de cambiar nosotros? No vamos a abandonar tradiciones de tres mil años.

Jabad-Lubavitch, la comunidad que rodeó a ese judío inesperado, es un movimiento, una organización que fue fundada, en la segunda mitad del siglo XVIII, por un rabino que vivía en una pequeña aldea judía ubicada en Bielorrusia. Ya no viven judíos allí: los que no huyeron a tiempo, fueron asesinados por el nazismo. Los sucesivos líderes de la organización —el hijo, el nieto y el bisnieto del fundador— sufrieron las vicisitudes del siglo XX (el comunismo, el nazismo). Eso los llevó finalmente a instalarse en los Estados Unidos. Menachem Mendel Schneerson, el rabino cuya tumba visitó Milei, era el yerno de su antecesor en el cargo y, a su vez, fue el último gran rabino de los Jabad.

Su liderazgo convivió con una expansión de la comunidad. Y su

figura empezó a ser venerada en un estilo que incorporó ciertos elementos del culto a la personalidad. Eso era una novedad para una religión que se jactaba de no adorar imágenes. Numerosas crónicas periodísticas reflejan cómo en la comunidad ubicada en Queens los retratos del rabino aparecen en escuelas, templos, en juegos para niños y hasta en cunas de bebés. Eso se repite en todo el mundo.

Los Jabad son un movimiento mesiánico. Esto quiere decir que creen que llegará el Mesías y habrá justicia y abundancia en el mundo. Varias crónicas cuentan que, luego de la muerte de Schneerson, un sector de la organización promovió que se lo reconociera como un mesías, como el enviado de Dios. Eso casi ocasiona un cisma, porque otros rabinos sostenían que era una herejía. En cualquier caso, todos los integrantes de la comunidad se refieren a Schneerson como «el rebe», el maestro, el sabio. Muchos de ellos guardan en sus casas gruesos volúmenes con sus enseñanzas, que eran anotadas por sus seguidores mientras él hablaba en ocasiones especiales. Algunos consideran que volverá como el Mesías.

En algunos discursos en la Argentina, Milei haría alusión a «el rebe». Pocos judíos —y casi ninguna persona que no lo fuera— podían entender esa referencia. Es que Milei es, siempre, Milei. En este caso, más judío que cualquier judío, aun cuando no sea judío, porque no se ha convertido, porque no nació de vientre judío y, entre otras cosas, porque cuando viajó a la tumba de Schneerson estaba enamorado de una mujer que no era judía y se besaba con él, semidesnuda, en un escenario público.

O al menos decía que estaba enamorado.

Muchas pasiones de Milei son intensas y lo intenso suele ser efímero.

Milei viajó a Nueva York acompañado por Eduardo Elsztain, uno de los hombres más ricos de la Argentina, miembro de la comunidad Lubavitch. Elsztain era un joven integrante de la comunidad judía que estudió en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Dotado de gran habilidad para los negocios desde pequeño,

su imperio creció a partir de su dedicación a los negocios financieros, agropecuarios e inmobiliarios. Por un tiempo, fue el socio argentino de George Soros, gracias a cuyo aporte logró despegar. Soros es muy resistido por intelectuales cercanos a Milei y lo acusan de ser un conspirador que instaló la agenda globalista. En la década del noventa, Elsztain se convirtió, probablemente, en el principal inversor inmobiliario de la Argentina. Su progresiva inclinación hacia el judaísmo ortodoxo proveyó a Jabad-Lubavitch de una fuente de financiamiento. En los años previos al ascenso de Milei, Elsztain realizó una fallida inversión en Israel. A lo largo de los meses, se transformaría en una persona de consulta del nuevo presidente, que era judío, a su manera tan personal.

Así contó *La Nación* ese momento particular, cuando Milei peregrinó a esa tumba que, para algunos, es sagrada:

> Eran las 9.20 de un lunes soleado y frío en Nueva York, cuando Javier Milei bajó de su camioneta, en la puerta del cementerio Montefiore, en Queens. Casi sin hablar, el presidente electo cumplió con su promesa y visitó, junto a su hermana, colaboradores y empresarios, la tumba del rabino Menachem Mendel Schneerson, conocido como el Rebe de Lubavitch, un venerado maestro fallecido en 1994. En la primera parada de su estadía en Estados Unidos, Milei hizo una recorrida rápida por el cementerio, donde están enterrados no solo el Rebe de Lubavitch sino, además, miembros de su familia y miles de judíos de la comunidad norteamericana. Luego ingresó al denominado Ohel, una construcción especial dentro mismo del cementerio, donde además de una sinagoga y espacios para el estudio de la Torá (Biblia hebrea), están los restos del rabino de Lubavitch y su suegro, Iosef Itzjak, dos tumbas repletas de papeles con pedidos que acercan los cientos de judíos y no judíos que llegan cada día para venerar al que consideran un «Tzadik» (justo), un ser especial por sus enseñanzas y la profundidad de su legado. «La verdad es que no llegué a conocer al Rebe

personalmente, pero apenas en el último año tuve el privilegio de visitar la tumba del Rebe dos veces. Allí pedí su santa bendición para poder ser elegido presidente de la Argentina y esta bendición se hizo realidad esta semana».

Un hombre con verdades absolutas rodeado por otros hombres con verdades absolutas. Quizás en ese detalle sea posible encontrar la clave de esta curiosa historia, si esa clave existe.

Varios meses después de haber asumido como presidente, Milei diría: «Cuando el pueblo hebreo ya había salido de Egipto, y habiendo recibido milagros a diario, lo criticaban a Moisés. Si se levantaba temprano, decían que se levantaba temprano porque estaba peleado con la mujer. Si se levantaba tarde, decían que estaba haraganeando. Y si se levantaba en punto, decían que no tenía nada que hacer. Lo que quiero decir es que, si a Moisés, que fue el máximo libertador de la historia de la humanidad, lo criticaban todo el tiempo, a mí me pueden decir lo que se les dé la gana. Si lo criticaban a Moisés, ¿cómo no me van a criticar a mí?».

21
«We need to talk, Elon!»
(6 de diciembre de 2023)

«First of all, there is a phrase from Milton Friedman that I think is sublime in the context of this topic. “A society that puts equality before freedom will get neither. A society that puts freedom before equality will get a high degree of both”. Even John Stuart Mill pointed this out. A society that obsessed with equality sooner or later becomes a society of looters and fall apart. That is the story of Argentina. Therefore, the point is that social justice is unjust. There is nothing more unjust than social justice. Because, what is the greatest achievement of liberalism? Liberalism greatest achievement is “equality before the law”. That is, the law is the same for everyone. When you adhere to the issue of social justice, which means the redistribution of income, what you are really doing is using the “Repressive State Apparatus” so you can take from the successful to distribute it capriciously according to the wishes of whomever is in power».

El párrafo que antecede podría haber formado parte de uno de los tantos debates que se han dado en los últimos dos siglos en los países capitalistas acerca de cuál es la manera de construir sociedades que promuevan, al mismo tiempo, tanto la inversión y la formación de riqueza como la integración social y la protección de los más débiles. En ese contexto, representaría una posición extrema que expresa con mucha capacidad de síntesis uno de los polos de ese debate tan central: el que sostiene que la justicia solo puede provenir de no trabar la actividad de los ricos y poderosos.

En la primera semana de diciembre de 2023, para la Argentina,

ese párrafo cobró otra dimensión. En primer lugar, porque el autor, pocas horas después, se transformaría en presidente de la nación. Eso solo ya era una noticia de magnitudes históricas. En el país de Juan Domingo Perón y Eva Duarte llegaría al poder, por una mayoría muy clara, un hombre que decía, textualmente: «No hay nada más injusto que la justicia social».

Además, la trascendencia de ese párrafo se agigantó porque fue reproducido por Elon Musk, uno de los hombres más ricos del planeta. Musk lo posteó en la red social X (ex Twitter), de la cual no solo es usuario sino también su propietario. El video de Milei fue subtitulado en inglés y, en pocas horas, reproducido ¡61 millones de veces!

Antes de ser presidente, la imagen de Milei empezaba a rebotar en todo el mundo. Su asunción, entonces, no era solo una noticia que sacudía a la Argentina, sino que despertaba —como pocas otras inauguraciones de períodos presidenciales— una atención internacional impactante. Ese fenómeno ya se había percibido en las semanas previas, por la cantidad de corresponsales extranjeros que aterrizaban en el país. También, por los viajes relámpago que hicieron reconocidos agitadores de la radical *right* internacional, como el estadounidense Tucker Carlson, para entrevistar al presidente electo.

Una de las colegas que vivió en carne propia todo este fenómeno fue Teresa Bo, la argentina que trabaja desde hace años para la cadena qatarí Al Jazeera. Luego del ataque de Hamas del 7 de octubre en el sur de Israel, preparaba sus valijas para trasladarse, como siempre, a la zona de conflicto. Le pidieron que se quedara en Buenos Aires para cubrir el fenómeno Milei. Apenas pudo escaparse a Medio Oriente por dos semanas y tuvo que volver.

Era una especie de psicosis.

Una mirada lineal podría atribuirla al triunfo de un líder de extrema derecha en uno de los países más importantes de América Latina. La categoría de «extrema derecha» podría generar extensos debates en un simposio de cientistas sociales. Pero, *grosso modo*, alguien cuyas amistades internacionales más estrechas no lo

vinculan a Angela Merkel, a Luis Lacalle Pou o a Emmanuel Macron, sino a Jair Bolsonaro, a Santiago Abascal o a Viktor Orbán —los tres rodearon al nuevo presidente durante el fin de semana de la asunción— bien puede definirse como perteneciente a las expresiones más derechistas del sistema político occidental.

En los últimos años, numerosos intelectuales republicanos y liberales, en todo el mundo, han advertido sobre el surgimiento de nuevos líderes que fagocitan a las democracias mediante distintos métodos: se perpetúan en el poder, desprecian a los parlamentos, no reconocen los resultados electorales cuando son derrotados, persiguen o desprecian a las minorías sexuales, se adueñan de la prensa más influyente, castigan a cualquier empresario que financie a la oposición. En ese patrón de comportamiento aparecen, con sus obvios matices, Nicolás Maduro, Daniel Ortega, Donald Trump, Jair Bolsonaro, Vladimir Putin, Viktor Orbán. Algunos de ellos aterrizarían en la Argentina para celebrar al nuevo presidente, mezclados con líderes más típicos de las democracias estables.

Más allá de eso, en la atención internacional hacia Milei seguramente haya jugado un rol su mirada acerca de cómo debería organizarse una sociedad capitalista. Precisamente eso es lo que destacaba el tuit de Musk: su repudio a la justicia social y a cualquier tipo de regulación.

Al contar su historia, Milei dijo que se hizo libertario al conocer el libro de Murray Rothbard que defendía a los monopolios como genuinos creadores de riqueza. Esa fe, esa doctrina que ha defendido Milei de manera muy genuina, era una novedad para el mundo capitalista: iba incluso mucho más lejos que Trump, Bolsonaro, Meloni o Vox.

Nadie se había animado a hacer una apología de los monopolios. Tal vez por eso magnates globales como Musk lo empezaron a proyectar al infinito y más allá. Al fin y al cabo, es lo que Musk había sostenido toda su vida: que el Estado no debía poner límites al empuje del capitalismo privado, que la mayoría de las regulaciones son estúpidas y contraproducentes.

Si criticar cualquier abuso de una empresa con posición

dominante —algo tan habitual en la historia del capitalismo— pasa a ser emparentado con el fascismo, o con el comunismo, o con la injusticia, o con el «kirchnerato», es entendible que quienes disfrutan de esas posiciones dominantes defiendan la prédica del nuevo presidente. Por eso, también, podrían estar muy interesados en que no fracase, y eso podría representar una ventaja para el gobierno de Milei.

Luego de que Musk posteara sus citas a Friedman y Stuart Mill, Milei le respondió:

—We need to talk, Elon!

Hablaron al día siguiente.

La aparición de Musk en el horizonte de Milei tiene un costado tanto o más interesante que su potencial impacto económico, o el trampolín que significa —y significaría— en la proyección internacional de la figura del argentino.

Durante toda la campaña electoral se había discutido acerca de episodios públicos en los que Milei expresaba una evidente inestabilidad emocional. Reacciones destempladas, estallidos incomprensibles, metáforas sexuales inapropiadas, referencias en tiempo presente a animales ya fallecidos, palizas terribles en la infancia conformaban un coctel que no era tranquilizador, si se tiene en cuenta que están referidos a alguien que debería conducir un país en tiempos difíciles.

«Milei debe demostrar que tiene estabilidad emocional para gobernar», dijo, por ejemplo, Carlos Pagni, uno de los periodistas más influyentes. Juan González, autor de *El Loco*, también sostuvo que no era lo mejor que «una persona inestable gobierne un país inestable». Milei fue consultado muchas veces sobre el tema y respondía con un latiguillo. «La diferencia entre un loco y un genio es el éxito».

Musk, en ese sentido, era la demostración categórica de cómo un hombre inestable, con problemas de salud mental tan evidentes como los de Milei, podía hacer grandes cosas. De hecho, mientras Milei asumía el poder y hablaba con Musk, en las librerías de Buenos Aires se podía conseguir una monumental biografía del

creador de Tesla, Space X y tantas otras empresas de vanguardia tecnológica. Walter Isaacson, el autor, ya había escrito biografías deslumbrantes de otros inventores, como Leonardo da Vinci o Steve Jobs. El libro sobre Musk está atravesado por la perplejidad ante la confluencia de un hombre sufrido, golpeado de niño, humillado por su padre, con intensos desequilibrios y sufrimiento psíquico, pero al mismo tiempo tan exitoso como alguien podría serlo en la vida.

Justine Wilson, su primera mujer y madre de seis de sus doce hijos, describió a Musk de esta manera: «Si tu padre te está llamando siempre retrasado e idiota, tal vez la única opción sea desconectar en tu interior todo aquello que habría abierto una dimensión emocional que él no tenía herramientas para abordar. Aprendió a desconectar el miedo. Si apagás el miedo, tal vez tengas que apagar otras cosas, como la alegría, o la empatía».

Claire Boucher, madre de otros tres de sus hijos, comentó: «Yo creo que no sabe relajarse, saborear el éxito y oler las flores. Creo que fue condicionado por su niñez para asumir que la vida es dolor». Y luego: «Tiene numerosas mentes y muchas personalidades bastante distintas. Y se mueve entre ellas con mucha rapidez. De un momento a otro sientes que el aire de la sala cambia y de pronto toda la situación se ha desplazado hacia otro de sus estados. Mi versión favorita es la que se apunta al Burning Man, es capaz de dormir en un sofá y tomar sopa de sobre tranquilo. El modo demoníaco es cuando se pone todo oscuro y se mete en el centro de su tormenta mental. Cuando estamos juntos, trato de estar con el Elon correcto. En esa cabeza hay tipos a los que no les gusto y que a mí tampoco me gustan. Si está concentrado en algo concreto, no le llega ningún estímulo, no procesa ningún *imput* del mundo exterior. Le digo cosas y no se acuerda en absoluto de nada. El modo demoníaco ocasiona mucho caos, pero también consigue que las cosas se hagan».

Musk mismo ha manifestado: «Me modeló la adversidad. Mi umbral de dolor llegó a ser muy alto».

En su biografía hay muchas referencias a esos momentos de desequilibrio. «Musk entró en una época que oscilaba entre períodos

de depresión, estados de shock, aturdimiento y energía desbordante. Le daban bajones enormes que lo llevaban prácticamente a la catatonía y a la parálisis depresiva. Y, después, como si estuviera accionado por un interruptor, se animaba de pronto…», cuenta Isaacson, en referencia a los años 2017 y 2018.

En mayo de 2021, el propio Musk bromeó sobre sus problemas psiquiátricos en la apertura de *Saturday Night Live*: «A quienes haya podido ofender, solo quiero decirles que he reinventado los coches eléctricos y estoy enviando personas a Marte en una nave espacial. ¿Creían que también iba a ser un tipo tranquilo y normal? De hecho, esta noche estoy haciendo historia al ser la primera persona con Asperger que presenta *Saturday Night Live*, o al menos la primera en admitirlo. No estableceré mucho contacto visual con el equipo de esta noche, pero no se preocupen, se me da bastante bien representar a un ser humano, en el modo emulación».

Al igual que Milei, Musk es adicto a Twitter. Esa compulsión lo llevó, varias veces, a protagonizar escándalos internacionales. Por ejemplo, calificó como «*pedo guy*», o sea, pedófilo, a uno de los buzos que participaron del salvataje de doce niños atrapados en una cueva en Tailandia. Musk había ofrecido sus servicios para rescatarlos. Pero el drama se solucionó sin su ayuda. Uno de los rescatistas lo acusó de haber intentado una maniobra propagantística y Musk enfureció, como tantas veces le pasaría a Milei.

Con el tiempo, Musk compraría Twitter. Su biógrafo interpretó de esta forma ese movimiento: «De niño, Elon sufría palizas y acosos en el patio. Y nunca había estado dotado de la destreza emocional necesaria para prosperar en ese árido territorio. Aquello le infligía un profundo dolor y a veces lo hacía reaccionar a los desaires en términos demasiado emocionales. Pero fue, asimismo, lo que lo preparó para ser capaz de enfrentarse al mundo y librar ferozmente todas las batallas. Sentirse herido, acorralado, acosado, ya fuese en línea, ya en persona, lo llevaba de regreso a un lugar tremendamente doloroso, en el que era humillado por su padre y acosado por sus compañeros de clase. Pero ahora él era dueño del

patio del recreo».

Con Milei y Twitter pasaba algo parecido. Además, ahora que sería presidente, ejercería con todo su condición de dueño del patio.

Musk y Milei desprecian las regulaciones estatales, combatieron los límites que el Estado impuso a los ciudadanos durante la pandemia, desprecian al progresismo, consideran que los monopolios son una bendición y no deben ser regulados, son adictos a las redes sociales.

Pero hay un hilo invisible, una pregunta dramática que une ambas vidas. ¿Puede un loco, o al menos alguien que tiene reacciones bastante parecidas a la locura, mover montañas?

La vida de Musk parece responder categóricamente esa pregunta. Sí, claro que puede.

Pero convengamos que se trata de una excepción. Las historias de niños golpeados y humillados por sus padres no suelen terminar bien.

Milei, desde ese origen terrible, ya había escalado muy alto. ¿Sería capaz su mente de procesar los estímulos que cualquier presidente recibe?

El destino de un país, en cierta medida, dependería de la respuesta a esa dramática pregunta.

TERCERA PARTE

LA PROFECÍA MALDITA

22
La trampa argentina
(pequeña anotación personal)

Cuarenta años antes de la llegada de Milei al poder, alguien escribió una profecía. Esa profecía se cumplió letra por letra. Si se cumpliera una vez más, Milei no tendría chances. Todo el tiempo que duró la escritura de este libro, pensé en ella. En realidad, desde que la leí, vuelvo y vuelvo a ese lugar. Me impresiona su capacidad para anticipar lo que ocurre y lo duro de su pronóstico. Cuando uno la lee y sabe lo que pasó después, da la impresión de que la Argentina es un país condenado.

Lo que sigue es, precisamente, la historia de esa profecía.

Era 1983. Por entonces, Lionel Messi no había nacido. Diego Maradona no había ganado un mundial. No existían las computadoras personales, ni los celulares, ni el fax, ni internet, ni Amazon, Facebook, Twitter o TikTok. Era un mundo muy distinto. Javier Milei tenía apenas trece años. Ni Luis Puenzo ni Juan Campanella habían ganado un Oscar. Las personas que querían divorciarse porque habían dejado de quererse no podían hacerlo. La patria potestad pertenecía solo a los hombres. No existía el matrimonio igualitario. La revista *Humor* batía récords de venta, el Muro de Berlín estaba más sólido que nunca y muchos jóvenes del mundo viajaban a Nicaragua para apoyar la revolución sandinista. Eran tiempos difíciles, como siempre. Pero volvía la democracia. Había motivos para renovar la esperanza. Tal vez esta vez se quedara para siempre.

En ese mundo tan diferente, un hombre vio el futuro argentino.

Redactó un ensayo donde describió, con una precisión estremecedora, a los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner, y el de Mauricio Macri… ¡veinte años antes de que el primero de ellos llegara a la Casa Rosada!

En realidad, su autor contó lo que, en su opinión, impedía que la Argentina fuera un país normal. Lo increíble es que, luego de publicar su punto de vista, las cosas se repitieron casi de la misma manera en los siguientes cuarenta años. Una y otra vez, los mismos errores y las mismas justificaciones. Como si el destino argentino tuviera un sino determinista, inevitable, y trágico.

Ese texto —o profecía— es un clásico de un sector del pensamiento económico nacional. Se titula «El péndulo argentino: ¿hasta cuándo?». Su autor fue un industrialista llamado Marcelo Diamand. Así describió los comienzos del kirchnerismo: «Sus ideas económicas reconocen la inspiración del modelo keynesiano y del nacionalismo económico. Sus principales objetivos son la distribución progresiva del ingreso y el pleno empleo. El primer objetivo se instrumenta mediante mayores beneficios sociales, aumentos nominales del salario y, a menudo, controles de precios. También se recurre al manejo de los grandes instrumentos de política económica, como el tipo de cambio y las tarifas de los servicios públicos, en función del objetivo prioritario de evitar que aumente el costo de vida. El segundo objetivo se logra asegurando un alto nivel de demanda. Las etapas expansionistas suelen empezar con el aumento de los salarios reales, el crédito barato, el incremento de la actividad económica y una euforia en el sector industrial y comercial».

Luego, el autor enumeró los rasgos que definieron el ocaso del movimiento fundado por Kirchner. «Sin embargo, la mayoría de las veces esta etapa no dura mucho. El déficit del presupuesto crece, la balanza comercial se desequilibra, aparece el desborde sindical, surge el desabastecimiento y se acelera la inflación. El proceso culmina con el agotamiento de las reservas del Banco Central y en una crisis de la balanza de pagos. La expansión se detiene y se inaugura una etapa económica caótica. A medida que pasa el

tiempo, aumenta la oposición de los estratos influyentes de la sociedad y, finalmente, sobreviene la caída del equipo económico o del gobierno».

Eso, casi exactamente, es lo que ocurrió entre 2003 y 2015.

El texto es especialmente agudo cuando anticipa el balance que realiza el kirchnerismo de su derrota: «Aunque admite algunos errores, tiende a minimizar su importancia y, como justificación principal de su fracaso, alega la insuficiencia del poder popular para manejar los resortes clave de la economía y la resistencia de poderosos grupos económicos nacionales e internacionales».

Naturalmente, Diamand no se refería al kirchnerismo con ese nombre, porque no lo conocía, sino con el de «corriente popular».

Claro, después de los keynesianos llegan los ortodoxos. ¿Qué hacen? Es otro punto de una clarividencia casi mágica, en la que incluso aparecen las clásicas argumentaciones de la necesidad de un sacrificio doloroso, al final del cual la Argentina iniciaría un proceso de desarrollo sostenido. «La caída del poder popular provoca siempre un brusco vuelco hacia la ortodoxia económica, ahora identificada con “lo serio” en la economía. En general, los equipos ortodoxos llegan al poder en medio de una crisis de la balanza de pagos. Sus respuestas frente al problema son una serie de propuestas que involucran una brusca devaluación, un aumento de los ingresos agropecuarios, una caída de los salarios reales, una drástica restricción monetaria, una recesión de mayor o menor profundidad, y un deliberado esfuerzo de atracción de capitales extranjeros. De acuerdo con las afirmaciones de la ortodoxia, la recesión y la caída de los salarios reales no serían más que perjuicios momentáneos que corresponderían a un período inevitable de sacrificio, necesario para ordenar y sanear la economía».

Al igual que lo ocurrido con el kirchnerismo, la gestión macrista tendría un momento favorable. «Esa política puede lograr ciertos éxitos al comienzo. La tasa de inflación, que siempre aumenta inicialmente a raíz de la devaluación, más adelante suele disminuir, los capitales financieros afluyen del exterior y el salario real en

parte se recupera. Sin embargo, en algún momento del proceso sobreviene una crisis de confianza. El flujo de capitales financieros se invierte. Los préstamos del exterior que habían ingresado comienzan a huir. Se produce una fuerte presión sobre las reservas de divisas, una crisis en el mercado cambiario y una brusca devaluación. Caen los salarios reales, disminuye la demanda, la tasa de inflación otra vez aumenta vertiginosamente y se vuelve a caer en una recesión más profunda que la anterior».

¿Por qué ocurre esto? Así lo explicó Diamand en 1983: «Los préstamos ingresan en divisas. Por lo tanto, las amortizaciones y los intereses (o los dividendos) también deben ser pagados en divisas. El destino más frecuente de los aportes extranjeros consiste en proveer un respiro en el sector externo que permita evitar una recesión y haga posible que continúe el crecimiento de la producción. A medida que logra su objetivo, se consumen más divisas. Se agrega, además, el pago de los nuevos préstamos y, así, se incrementa por doble vía el proceso inicial. Para mantener el equilibrio en el mercado cambiario, es necesario que los créditos se vayan renovando una vez que vencen. Además, para compensar los intereses y el aumento de los gastos de divisas, es necesario que se vaya incrementando en forma continua el volumen de nuevos créditos e inversiones que ingresan. Se genera así un proceso de endeudamiento acumulativo que, tarde o temprano, tiene que desembocar en una nueva crisis de la balanza de pagos, más grave que la anterior».

De acuerdo con Diamand, la propia lógica del kirchnerismo lo llevaba a su fracaso. Hay un momento en que no es posible estimular el consumo porque el país se queda sin dólares y, a partir de ahí, empieza la debacle. La lógica del macrismo, la de la ortodoxia, también lleva al desastre. Un modelo que se apoya en el ajuste y el endeudamiento tarde o temprano requiere más dólares y termina en una crisis de deuda. Sin embargo, ni unos ni otros fueron capaces de pensar que sus modelos contienen la semilla de su propia destrucción. La culpa, invariablemente, es de los otros. Cuando gobiernan, porque hacen lo incorrecto. Cuando se oponen,

porque impiden la implementación de lo virtuoso.

«La reacción de la ortodoxia ante su falta de éxito ha sido siempre igual a la de la corriente popular. Aunque admite errores de conducción, atribuye siempre su fracaso a la insuficiencia de su poder político para efectuar el saneamiento necesario en la administración pública, para eliminar las empresas ineficientes y para mantener los salarios deprimidos por un tiempo suficiente como para que se genere un proceso sostenido de crecimiento».

Diamand sostiene que ese detalle —el diagnóstico sobre las razones del fracaso— es clave, porque alimenta la tendencia a repetirlo: «La determinación de la causa de los ciclos pendulares tiene gran importancia política. Porque, si realmente esta causa es el empate de fuerzas, entonces cualquier gobierno, para resolver el problema económico del país, debe lograr una concentración suficiente de poder capaz de eliminar ese empate. Para ello, sea cual fuere la tendencia por la que opte, debe descontar de antemano una fuerte oposición de los intereses que quedarán afectados e imponer en forma autoritaria las políticas que emprenda».

En cambio, si ambas miradas están equivocadas, las consecuencias serían otras. «Si ninguna de las políticas aplicadas tienen una viabilidad intrínseca, entonces ni el desorden, el desabastecimiento, la inflación y la cesación de pagos externos, que caracterizaron casi siempre hasta ahora a la corriente popular, ni tampoco el descenso de los salarios, la recesión, el endeudamiento externo y la crisis de confianza, propia de la corriente ortodoxa, son fenómenos casuales, sino que constituyen fallas de las respectivas políticas».

En 1998, quince años después de aquella profecía, el clima social ya no era el mismo.

El director de cine Aldolfo Aristarain estrenó su película *Martín (Hache)*. En una de las escenas más recordadas y repetidas de ese film, un padre que vivía en España aconsejaba a su hijo: «Lo único que te digo es que, cuando uno tiene la chance de irse de Argentina, lo tiene que aprovechar. Es un país donde no se puede ni se debe vivir. Te hace mierda. Si te lo tomás en serio, si pensás que podés

hacer algo para cambiarlo, te hacés mierda. Es un país sin futuro. Es un país saqueado, depredado y no va a cambiar. Los que se quedaron con el botín no van a permitir que cambie… La Argentina no es un país. Es una trampa. Alguien inventó algo como la zanahoria del burro. La trampa es que te hacen creer que puede cambiar. Lo sentís cerca, que no es una utopía, que es ya. Y siempre te cagan».

El 10 de diciembre de 2023, Milei sería el nuevo encargado de demostrar que esa profecía maldita podía ser derrotada. Los Kirchner y Macri la habían desafiado. Así les fue. Ahora le tocaría a él. Su punto de vista estaba claro, era el de la ortodoxia. Si esta había fracasado era por falta de decisión de sus ejecutores, pero la idea básica era correcta. Por esa idea se jugaría la vida. Y la de mucha otra gente.

23
El rey de la selva
(diciembre de 2023-febrero de 2024)

El 10 de diciembre de 2023 fue un día caluroso y soleado. A diferencia de sus antecesores, Milei decidió no hablarle a la Asamblea Legislativa. Se presentó ante los senadores y diputados solo para recibir los atributos del poder y realizar el juramento formal. En ese breve acto, se abrazó fríamente con Alberto Fernández, el presidente saliente, y mantuvo un intercambio cálido con la vicepresidenta Cristina Kirchner, a quien hizo reír al mostrarle que su bastón presidencial llevaba tatuadas las imágenes de sus cinco mastines ingleses: Conan, Murray, Robert, Lucas y Milton.

La decisión de no hablarle a la Asamblea Legislativa era una declaración de guerra contra la política tradicional, que Milei definía como «la casta». Una vez que juró, el nuevo presidente salió del edificio del Congreso y se acomodó en un atril en el exterior. Desde ahí, se dirigió a los seguidores y, al mismo tiempo, dio la espalda a los legisladores, sus enemigos. En el momento en que Milei iniciaba su discurso, la vicepresidenta electa, Victoria Villarruel, subió las escalinatas y se retiró abruptamente del acto. Así como Milei le daba la espalda a la Asamblea Legislativa, ella la daba la espalda a él.

Durante la campaña, el libertario había anunciado que su vice se haría cargo de las cuestiones de seguridad y defensa. Sin embargo, horas antes de la asunción, le entregó esa tarea a Patricia Bullrich. La relación entre el rockero y la chica conservadora empezaba a tensarse.

«Durante más de cien años, los políticos han insistido en defender un modelo que solo genera pobreza, estancamiento y miseria —arrancó Milei, ya con la banda presidencial cruzada en el pecho—. Un modelo que considera que los ciudadanos estamos para servir a la política y no que la política existe para servir a los ciudadanos. Un modelo que considera que la tarea de un político es dirigir la vida de los individuos en todos los ámbitos y esferas posibles. Un modelo que considera al Estado como un botín de guerra que hay que repartir entre los amigos. Señores, ese modelo ha fracasado. Así como la caída del Muro de Berlín marcó el final de una época trágica para el mundo, estas elecciones han marcado el punto de quiebre de nuestra historia».

Entre los invitados más destacados, estuvieron presentes el líder ucraniano Volodimir Zelenski, el controvertido presidente húngaro Viktor Orbán y el expresidente brasileño Jair Bolsonaro, a esas alturas un íntimo del argentino.

«Sabemos que será duro. Por eso quiero traerles, también, una frase sobresaliente de uno de los mejores presidentes de la historia argentina, que fue Julio Argentino Roca: "Nada grande, nada estable y duradero se conquista en el mundo cuando se trata de la libertad de los hombres y del engrandecimiento de los pueblos si no es a costa de supremos esfuerzos y dolorosos sacrificios"».

Sobre el final, volvió a recostarse en la liturgia judía. «Recuerdo cuando hace dos años, junto a la doctora Villarruel, hoy vicepresidente de la nación, ingresamos a esta casa como diputados. Recuerdo que en una entrevista me habían dicho: "Pero, si ustedes son 2 en 257, no van a poder hacer nada". Y también recuerdo que ese día la respuesta fue una cita del libro de Macabeos 3:19, que dice que la victoria en la batalla no depende de la cantidad de soldados, sino de las fuerzas que vienen del cielo. Por lo tanto, Dios bendiga a los argentinos y que las fuerzas del cielo nos acompañen en este desafío».

Durante los días previos a su asunción, el presidente electo se había dedicado a armar su gabinete. Le quitó a Villarruel lo que le había prometido y se lo dio a Bullrich, a quien había acusado en la

campaña de haber puesto bombas en jardines de infantes. Luego se desprendió del equipo económico que lo había apoyado. Quedó afuera Carlos Rodríguez, el jefe de asesores económicos, a quien Milei había calificado como uno de los cinco mejores economistas de la historia argentina. La otra baja significativa fue la de Emilio Ocampo, el economista que impulsaba la dolarización. El trato hacia él fue innecesariamente cruel: en un lapso de cinco días, Milei anunció que presidiría el Banco Central y luego lo desplazó.

El lugar de ambos fue ocupado por Luis Caputo y Santiago Bausili, hombre de confianza del primero. Era un viraje radical. Caputo había sido criticado por Milei debido a su actuación como secretario de Finanzas y como presidente del Banco Central durante la gestión de Macri. Desde el primer cargo, Caputo había ofrecido altas tasas de interés a grandes fondos de inversión para que el gobierno argentino financiara el déficit fiscal que Macri no había eliminado. Eso, para el Milei de 2016, ya era una herejía. En 2018, Caputo pasó a presidir el Banco Central y garantizó la entrega de dólares a gran parte de esos mismos fondos de inversión que pugnaban por salir de la Argentina en medio de la crisis, luego de haber hecho una diferencia sustancial. Milei había sido lapidario con él: «Se fumó 15 000 millones de dólares en dos días».

El flamante ministro de Economía le habló al país el 12 de diciembre. Tal vez ese haya sido el discurso más trascendente en los primeros seis meses de gestión, porque estableció los lineamientos económicos centrales del nuevo gobierno. Si la designación de Caputo contrastaba con la recorrida anterior de Milei, las medidas anunciadas eran aún más sorprendentes.

La primera de ellas fue una devaluación del peso del 118%, una de las más altas de la historia argentina y casi sin antecedentes en el mundo. Esa medida buscaba recomponer los márgenes de ganancia del sector exportador, generar mayores liquidaciones de reservas, y encarecer las importaciones, para cuidarlas. El nuevo esquema podría mejorar el ingreso de dólares, a cambio de dañar el poder adquisitivo de la población. Además, la aceleración inflacionaria, si no era acompañada por aumentos de los salarios estatales y

jubilaciones, serviría para licuar el gasto público, al costo de producir una recesión.

En los años de su ascenso mediático, Milei había sido lapidario con Macri, justamente por haber devaluado la moneda. Sostenía entonces que la única manera de ordenar la economía era mediante el ajuste del gasto, y no a través de una devaluación. Para el Milei de entonces, una devaluación brusca generaría un fuerte aumento de los precios, y luego una recesión profunda. Recortar el gasto, en cambio, podría ser expansivo si despertaba confianza y atraía inversiones. «Los políticos no quieren hacerlo porque implica pagar el ajuste con la de ellos», decía.

No obstante, devaluó. Y, fiel a sus características de personalidad, devaluó más que cualquier otro. Eso provocó, como él mismo había anunciado, primero, una aceleración de la inflación y, luego, una profunda recesión.

La segunda medida fue un fuerte aumento del impuesto PAIS, que se aplica a las compras de productos en moneda extranjera. El objetivo era, lógicamente, equilibrar las finanzas del Estado sin que el peso del ajuste recayera en el recorte de gastos. Pero, otra vez, contradecía de manera flagrante las promesas de campaña. «Antes de subir impuestos, me corto un brazo», había dicho el candidato. El presidente arrancó subiéndolos.

El tercer elemento del plan consistía en un dramático recorte del gasto público, mediante la eliminación de la obra pública, una reducción de los envíos de fondos a las provincias, y el congelamiento de jubilaciones y salarios estatales. Este último punto coincidía con el espíritu de las propuestas del Milei candidato, que siempre había postulado la necesidad de ajustar el gasto. Pero era sustancialmente diferente de uno de los eslóganes centrales de su campaña.

«Esta vez el ajuste lo va a pagar la casta. No lo va a pagar la gente», había dicho una y mil veces. Las medidas afectarían el nivel de vida de todos.

Otra diferencia entre los dos Milei, el agitador y el presidente, era la gran ausente en el menú libertario. No habría dolarización y

se mantendría el control de cambios.

—Javi, te está mirando Ariel. Él es un compañero. ¿Él iría a cobrar el sueldo en dólares? —le había preguntado Fantino en 2022.

—Sí, exactamente, va a cobrar en dólares. Va a pagar en dólares.

Milei había dicho que tenía los 10 000 millones de dólares necesarios para poder dolarizar a un tipo de cambio razonable.

Nada de eso existía. Aquel anuncio estruendoso era pospuesto, o quedaba en la nada.

Los presidentes siempre son distintos de los candidatos que fueron. En este sentido, muchas personas percibieron como un rasgo sensato y pragmático la decisión de no dolarizar y mantener el control de cambios.

Meses después, él mismo lo explicaría: «La verdadera apuesta de nuestros predecesores era que abriéramos alegremente todo desde el momento cero. Entendieron que somos libertarios. Ahora: lo que ellos creían era que comíamos vidrio. No. Vidrio no comemos. La apuesta que ellos tenían era que eso gatillara una corrida, que se cuadruplicara la cantidad de dinero en pocos días, que eso detonara una hiperinflación y, en el medio de esa megacrisis, ellos volver al poder en enero, en un contexto donde, además, se iban a ocupar de generar saqueos, ataques a supermercados, cosas que ya conocemos».

En cualquier caso, lo más importante no era si Milei se parecía a Milei o cuánto se parecían, sino si sus propuestas funcionaban. Ese era el partido que empezaba a jugarse en esas semanas clave. La profecía maldita describía de esta manera el arranque de los gobiernos ortodoxos que después terminarían mal: «En general, los equipos ortodoxos llegan al poder en medio de una crisis de la balanza de pagos. Sus respuestas frente al problema son una serie de propuestas que involucran una brusca devaluación, un aumento de los ingresos agropecuarios, una caída de los salarios reales, una drástica restricción monetaria, una recesión de mayor o menor profundidad, y un deliberado esfuerzo de atracción de capitales extranjeros. De acuerdo con las afirmaciones de la ortodoxia, la

recesión y la caída de los salarios reales no serían más que perjuicios momentáneos que corresponderían a un período inevitable de sacrificio necesario para ordenar y sanear la economía».

El 20 de diciembre, el presidente libertario se comunicó con su pueblo por cadena nacional. La imagen lo mostraba sentado en el despacho presidencial, como un jefe, en el centro de la escena. Detrás, marciales, estaban los funcionarios más destacados de su Gabinete, y una persona que no pertenecía a él. Se trataba de Federico Sturzenegger, el fallido presidente del Banco Central durante el gobierno de Macri, a quien Milei siempre había defendido. Sturzenegger se había retirado de aquella gestión en medio de un áspero conflicto con Caputo. Ahora, ambos volvían al ruedo como parte del nuevo equipo: Caputo en primera línea, como ministro; Sturzenegger, como diseñador en las sombras de la estrategia económica.

Ese día, Milei anunció la derogación de cientos de mecanismos de regulación de la economía. Dispuso, por ejemplo, que las empresas de combustible y las de medicina prepaga fueran excluidas de cualquier tipo de control de precios. Esa medida se fundamentaba en una convicción central de Milei, según la cual, si alguien aumenta demasiado los precios, tarde o temprano aparecería un competidor que ofrecería un precio más bajo. Resolvió también liberar el precio de los medicamentos y eliminar cualquier castigo a las empresas que decidieran, por la razón que fuera, desabastecer de su producto al mercado.

Al mismo tiempo, derogó la ley de alquileres, que solo permitía actualizaciones de precios con una frecuencia anual. Con una inflación superior al 100%, el congelamiento depreciaba el valor del alquiler, reducía la oferta de viviendas y, por lo tanto, perjudicaba a los inquilinos. Desde el anuncio, los propietarios podrían cobrar lo que quisieran, en la moneda que quisieran, y actualizar lo que les pareciera.

Decisiones similares de desregulación o modificaciones en ese sentido afectaban a sectores tan variados como los clubes de fútbol,

la privatización de empresas públicas, la propiedad de tierras, el sector aerocomercial, los servicios de internet, el sector turístico, la legislación laboral. En todos los casos, el enfoque era el mismo: para bien o para mal, el Estado se retiraba de cualquier regulación.

Con esa ofensiva, Milei exploraba dos límites: los de su poder personal y los de la tolerancia social. La abrumadora mayoría de los constitucionalistas advirtió que, con un decreto tan abarcativo, Milei prácticamente eliminaba las funciones del Congreso. «No nos debemos equivocar por la tentación autoritaria. La solidez de la desregulación depende de la sustentación legal. Todo dentro de la ley, nada fuera de ella», escribió Daniel Sabsay, un jurista extremadamente crítico del kirchnerismo que ahora denunciaba que el nuevo gobierno barría con las facultades legislativas. Minutos después denunció: «En las redes sociales ya me están diciendo traidor».

Mientras, Milei demostraba que estaba dispuesto a ser un líder de verdad. Su inexperiencia, los límites que le imponía la Constitución o el reducido número de legisladores que le respondían no lo transformarían en un presidente dubitativo. Sus formas, al contrario, parecían las de un revolucionario. Entre el vacío de poder y el exceso, prefería, por mucho, lo segundo.

El segundo límite que exploraba Milei era el de la sociedad. Sus primeras medidas económicas representaban un golpe al nivel de vida de mucha gente que lo había votado, pensando tal vez en que el ajuste recaería sobre «la casta». Las consultoras más serias registraban que en la última semana de diciembre los alimentos habían subido un 11%, la medición semanal más alta en treinta años.

Esas medidas no fueron acompañadas por una compensación social de una magnitud acorde. El diario *La Nación* publicó que los ingresos de dos tercios de los argentinos no alcanzaban para consumir lo suficiente como para no ser pobres. Los jubilados habían recibido ese mazazo, al que se sumaba la liberación del precio de los medicamentos. Nadie pensaba demasiado en ellos. Los

comedores populares, que atendían a cientos de miles de personas, empezaron a dejar de recibir los aportes de alimentos del Estado. Sus organizadores denunciaban una y otra vez esa carencia, que terminaría en un escándalo.

Milei empezó a reaccionar con furia ante algunas críticas. Sus redes se colmaron de mensajes, escritos o replicados por él, que calificaban a los disidentes como «parásitos», «zurdos», «tránsfugas del Estado», «gente deshonesta», «esclavos conformes con su esclavitud», «terribles fachos», «subversivos». En campaña, había dicho que cada uno era dueño de decir de otras personas lo que quisiera, con una sola excepción: si los insultos provenían del aparato del Estado, eso era «fascismo» o «policía del pensamiento». Ahora, como presidente, como jefe de ese Estado, insultaba *a piacere*. Y sus seguidores reproducían sus insultos, cientos, miles de veces.

Al mismo tiempo, Milei difundía mensajes que lo veneraban.

– «El impulso y la decisión de Milei para sacar a la Argentina de la mediocridad es admirable».

– «Un patriota. Milei va a quedar en la historia».

– «Sin caer en exageraciones, Javier Milei debe ser actualmente el mejor presidente del mundo» (decía sobre sí mismo).

A fines de 2023, el líder libertario viajó a Mar del Plata, donde Fátima Florez protagonizaba el show teatral más exitoso de la temporada. No fue una visita privada, sino todo lo contrario. En un momento, Milei apareció en el escenario. Ella vestía una sugerente malla plateada, que dejaba descubiertas algunas partes de su cuerpo, entre ellas sus glúteos.

El presidente le dio un gran beso y luego improvisó un breve discurso, que sería retransmitido al país por las redes sociales. «Quiero que sepan que van a venir meses duros. Pero estos meses van a valer la pena. Nos vamos a poner de pie… y vamos a salir con fuerza. ¡¡¡Viva la libertad, carajo!!!».

La platea lo ovacionó.

—¡Libertad! ¡Libertad!

Milei giró hacia Fátima, ella lo abrazó y se dieron un larguísimo y apasionado beso. Eran dos amantes fogosos y apasionados que no se podían despegar.

La platea deliraba.

El 31 diciembre, horas antes del año nuevo, algunos miles de personas manifestaron frente al hotel donde se alojaba la novia del presidente. Ella salió al balcón, eufórica. Agitó las manos, saludó, agradeció.

—¡¡¡Feliz año!!! —gritó desde el balcón.

—¡¡¡Ar-gen-tina!!! ¡¡¡Ar-gen-tina!!! —fue la respuesta.

En los primeros días de enero, Milei se concentró en agredir a una joven artista. Todo ocurrió en el contexto del conflicto entre el gobierno nacional y varias provincias por el recorte de fondos. Uno de los primeros en reaccionar fue el gobernador de La Rioja, Ricardo Quintela, a quien se le había rebelado la Policía en reclamo de mejores salarios. Cuando le preguntaron por el asunto, el presidente respondió: «Si gasta plata contratando a Lali Espósito y después no les paga a los policías, no es un problema nuestro».

Lali era una actriz y cantante muy querida. Su popularidad trascendía las fronteras del país. En ese momento no participaba de ninguna discusión política. Pero Milei no olvidaba que cinco meses antes ella había escrito en la red X que le resultaba preocupante el triunfo libertario.

Apenas mencionó a Lali, las redes sociales se colmaron de mensajes que hacían referencia a ella como «Lali Depósito». Milei retuiteó un posteo de la cuenta «Milei presidente 2023»: «Lali Espósito confirmó que se aleja de la música por tiempo indefinido». El Milei real comentó: «Siempre estuvo alejada de la música». Luego replicó otro tuit que decía: «Lali Depósito abandona la música. Se acabaron los contratos con el Estado». Y así.

Lali respondió:

—No me alejo de la música. Me voy a meter a hacer el mejor disco de mi vida.

El *bullying* creció.

Lali Depósito.

Les robás plata a los pobres.

Chorra.

Ensobrada.

Kirchnerista.

Decenas, cientos, miles de veces.

Milei replicaba esos mensajes, los comentaba, agregaba los propios. Era el presidente. Usaba todo ese poder para castigar a alguien que apenas había expresado una opinión.

En medio del vendaval, Lali fue a un festival de rock y decidió decir algo. Ni siquiera en ese contexto mencionó al presidente. «Esta unión que genera el arte, la música, la cultura, nadie nos la va a sacar jamás. Esto depende de nosotros. Esta canción es para los mentirosos, los giles, los malas personas, las personas que no valoran, los antipatria».

Milei decidió no dejarlo pasar. «Ella empezó. Si te gusta el durazno, bancate la pelusa. Si querés agredir, tenés que estar limpio. Si sos un parásito que vivió chupando toda la vida de la teta del Estado, estás en problemas. Y si estás en línea con un espacio político que te pagó las presentaciones, no sos un artista. Sos un mecanismo de propaganda. Si le molesta que le digan Lali Depósito, bueno, lo siento. Le quedó Lali Depósito. Porque vive de los pagadores de impuestos, a costa del hambre de los chicos de Catamarca».

La acusación era arbitraria. Muchos artistas argentinos han participado de festivales organizados por el Estado. Entre ellos, Fátima Florez. Milei solo elegía como blanco a la única persona que lo criticaba. Las redes libertarias respondían enardecidas a ese llamado.

Una de las primeras en solidarizarse con la cantante fue María Becerra. Con veinticuatro años, es la música argentina más escuchada en Spotify. Otra estrella, como Lali. «El ensañamiento contra ella es violencia y deja en evidencia que la quieren silenciar», escribió.

¿Qué hizo Milei? Replicó un tuit que decía que la madre de

Becerra estaba casada con «la morsa Aníbal Fernández» y, por eso, la cantante escribía lo que escribía. Aníbal Fernández es un dirigente peronista muy conocido. La información era falsa. Además, quien había opinado era la cantante, no su madre. Pero qué importaba. Las redes libertarias replicaban la mentira y el método: la utilización de la vida privada para silenciar disensos, la suposición de que alguien que opina distinto lo hace por razones espurias.

Personas muy populares, de distintas trayectorias, profesiones e ideologías decidieron expresar su solidaridad con Lali. Entre ellos: Bizarrap, Laura Alonso, Marcelo Tinelli, La China Suárez, Carla Peterson, Rusher King, la Chica del Brunch, Tini Stoessel, Connie Ansaldi, Amalia Granata, María Laura Santillán, Luis Novaresio, Martín Yessa, Nelson Castro, Andrés Ciro Martínez, Tute, Julieta Ortega, Liniers, Cazu, Coscu, Paulina Cocina, Carolina Píparo, Ignacio Torres, Trueno, Martín Lousteau, Pampita, Dadatina, Julio Leiva, Nicki Nicole, Jimena Barón, Lito Vitale, Darío Barassi, Sofía Morandi, Candelaria Tinelli, Flor de la V, Claudia Villafañe, Moria Casán, Damián Betular, Mariana Enríquez, Claudia Piñeiro, Dante Spinetta, Dalma Maradona.

«Gramsci señalaba que, para implantar el socialismo, era necesario introducirlo desde la educación, la cultura y los medios de comunicación. Argentina es un gran ejemplo de ello. Cuando uno expone la hipocresía de cualquier vaca sagrada de los progres bienpensantes, se les detona la cabeza», aleccionaba el presidente.

En esos días, Viviana Canosa se enteró de que se quedaba sin trabajo. Había recibido a Milei muy cordialmente en su programa durante los años ascendentes del libertario. Luego se pelearon y ella empezó a criticarlo con la misma intensidad con que antes lo elogiaba. Hasta la asunción de Milei, conducía un programa de televisión por cable en un canal con muchas figuras que admiraban al presidente, y un programa en una radio fundada por Luis Majul, uno de esos colegas.

Milei asumió el 10 de diciembre. Veinte días después, Canosa fue despedida de ambos lugares.

El presidente, mientras, salía por radio y hablaba de Fátima, su novia.

—Ella es una profesional impresionante. Voy a contar algo de la intimidad. Sucede que un día yo estaba en el Congreso y las sesiones son larguísimas. Entonces le digo: bueno, voy a ir, pero pensá que de repente termino a cualquier hora. Ese día terminamos temprano, tres y media de la madrugada. Del Congreso me fui a la casa de Fátima. Cuando llego, estaba toda transpirada, hecha sopa. ¿Por qué? Porque estaba haciendo fierros. Mientras me esperaba, hacía tres horas de gimnasia. Para que tengan una idea del nivel de profesionalismo. No es que ese éxito salió de un repollo. Ella tiene ofertas de Estados Unidos y Europa. En algunas plazas de Estados Unidos está en condiciones de hacer alto batacazo. He visto espectáculos en Las Vegas y en Nueva York y el espectáculo de ella está a ese nivel.

—Es muy buena, es muy buena —decía su entrevistador.

Él lo interrumpía:

—No solo es muy buena. Está muy buena.

Y cerraba la nota con risotadas.

El 8 de enero, Milei firmó un decreto por el cual dispuso que en la papelería oficial figurara la leyenda: «2024, Año de la defensa de la vida, la propiedad y la libertad».

El segundo mes de gobierno arrancó con buenas y malas noticias para Milei. La inflación había sido del 25,6%, la más alta de los últimos treinta años. La caída del poder adquisitivo de los salarios y jubilaciones había sido récord. Sin embargo, la gente lo apoyaba. Su imagen no se había deteriorado. Un enorme sector de la sociedad demostraba que estaba dispuesta a sacrificarse. Le creían que esta vez tendría sentido.

El gobierno continuó su ofensiva y envió al Congreso una ley ómnibus que, al igual que el decreto, intentaba modificar infinitos aspectos de la vida social y económica argentina. Entre sus disposiciones más importantes, le pedía al Congreso que renunciara

a gran parte de sus facultades durante los siguientes años, habilitaba un blanqueo muy generoso de fondos por parte de evasores de impuestos, reducía jubilaciones e impuestos a los bienes personales (que pagan los sectores más ricos), al mismo tiempo que aumentaba impuestos para monotributistas sociales, que se ubicaban en lo más bajo de la pirámide social.

La ley también limitaba el derecho a la protesta, al punto que obligaba a pedir permiso en caso de que tres personas quisieran encontrarse en la calle. Además, disponía un régimen con ventajas impactantes para las inversiones mayores a 200 millones de dólares: las empresas pagarían menos impuesto a las ganancias que las restantes, tendrían permitido importar todos los insumos necesarios para su funcionamiento sin ninguna obligación de generar encadenamientos productivos con industrias locales, no tendrían obligación de liquidar en el país las divisas producto de la exportación y serían beneficiadas con el libre acceso a las divisas. Al mismo tiempo, habilitaba a privatizar todas las empresas que quedaban en manos del Estado, incluida la estratégica petrolera YPF.

Era la primera batalla que Milei daría contra «la casta». «Los políticos y sindicalistas demostrarán ante el pueblo si están con las ideas de la libertad o siguen formando parte de la casta parasitaria que hundió a este país», desafiaba.

Unos días después, Milei se instaló definitivamente como un referente político mundial. El niño golpeado, el judío inesperado, el hombre que desprecia el matrimonio y la monogamia, pero ama a los perros y las matemáticas, el economista solitario, viajó al tradicional cónclave de Davos, donde anualmente se reúnen los empresarios más ricos del mundo. Y les dijo que estaban cooptados por el comunismo.

Así se dirigió al mundo el arquero frustrado, el hombre que eyaculaba cada tres meses, el copión, el agitador callejero:

– «Hoy estoy acá para decirles que Occidente está en peligro, porque aquellos que supuestamente deben defender sus valores se encuentran cooptados por una visión que

inexorablemente conduce al socialismo y, en consecuencia, a la pobreza».

– «Ya sea que se declamen abiertamente comunistas, fascistas, nazis, socialistas, socialdemócratas, nacionalistas, demócratas cristianos, keynesianos, progresistas, populistas o globalistas, en el fondo no hay diferencias sustantivas: todos sostienen que el Estado debe dirigir todos los aspectos de la vida de los individuos».

¿Un demócrata cristiano no tiene diferencias sustanciales con un nazi? ¿La agenda del cambio climático es comunista y está relacionada con el aborto? ¿El movimiento feminista es una estrategia de la izquierda radical? ¿Merkel es lo mismo que Hitler? ¿Pedro Sánchez es igual que Stalin?

En otras circunstancias históricas, ese discurso hubiera sido recibido con perplejidad. Pero las cosas no estaban cambiando solamente en la Argentina.

Elon Musk difundió una vez más el discurso de Milei.

Se reprodujo millones de veces.

Milei regresó a la Argentina eufórico. Pasaba horas en las redes reproduciendo las repercusiones de su exposición. Días después, la Cámara de Diputados aprobó en general la ley ómnibus que había enviado al Congreso. Victorioso, imparable, el presidente empezó a subir memes a las redes sociales.

En uno de ellos, un león hermoso, brillante, monumental, levantaba en su mano un libro en cuya tapa se leía *Ley Bases*, mientras lo aclamaba una multitud compacta y eufórica de leoncitos y algunos humanos sin rostro. El contraste entre el tamaño del león y el del resto de los seres vivos era tal que los leoncitos parecían pigmeos, o algo menos que eso. En otro meme el león estaba de pie, trajeado, con las manos apoyadas sobre una estructura de mármol, mientras observaba el desfile de una multitud de seres insignificantes que lo veneraban. Al lado del imponente rey de la selva aparecía una persona canosa que, otra vez, contrastaba por su pequeñez. En el tercer meme el protagonista

también era ese felino, con su cabellera brillosa, los ojos dorados, su mirada segura y calma. De fondo, se veía el Congreso de la Nación. La multitud —millones de figuras minúsculas con rostro impersonal — lo aclamaba mientras agitaba banderas argentinas. El león estaba parado en la avenida Rivadavia, sobre una gigantesca cárcel. Sus patas delanteras descansaban sobre los barrotes de las puertas.

El verdadero Javier Milei había posteado en Instagram el dibujo con la leyenda: «Oíd, mortales, el grito sagrado, libertad, libertad, libertad», como si el león estuviera abriendo las puertas. Pero en el dibujo, paradójicamente, los pigmeos están entrando en esa cárcel, disciplinados y mansos.

Había en esos dibujos una clara ambición imperial.

En medio de la euforia por la aprobación de la ley y la excitación por su popularidad, Milei regresó a Mar del Plata. Para permitirle llegar al teatro, la policía cortó la calle. Varios miles de personas se agolparon para verlo. Él bajó de su camioneta negra y saludó a los simpatizantes. Luego, se repitió el cuadro de diciembre: subió al escenario, fue recibido con el grito «Libertad! Libertad!», Fátima, semidesnuda, lo abrazó. Luego habló: «La otra vez, cuando vine, estábamos a pocos días de haber iniciado la gestión y dije que iba ser difícil, pero lo íbamos a lograr, y lo estamos logrando: evitamos la híper, la inflación empezó a bajar y prontamente vamos a salir adelante. Así que, con fe, vamos a salir. ¡Viva la libertad, carajo!». Mientras los espectadores lo aplaudían, se acercó a Florez y, otra vez, la besó.

Horas más tarde, Milei realizó su segundo viaje internacional.

La primera escala fue Israel, el Estado judío que se halla involucrado en un sangriento conflicto bélico con la organización palestina Hamas. Allí se reunió con las máximas autoridades y concurrió al Muro de los Lamentos junto con su rabino personal, y con decenas de judíos ortodoxos que bailaron con él en ese lugar sagrado. En un momento se acercó al muro y, al tocarlo, tuvo un acceso de llanto incontrolable. Se alejó cobijado en el pecho del rabino mientas sollozaba. Pocas veces un judío reaccionaba de esa

manera, pero Milei es siempre más efusivo. En el poco tiempo que llevaba de gobierno había participado de una celebración callejera de Jánuca, la festividad que celebra la rebelión de los macabeos, y había inaugurado las «Macabeadas», una competencia deportiva que reunía a deportistas judíos de todo el continente. En este caso, se dejó rodear por rabinos cuya aspiración es regir la vida cotidiana de la sociedad israelí según los preceptos sagrados, e impulsar la colonización de zonas ocupadas por el Estado judío en guerras anteriores. Además de una expresión de identidad muy fuerte y curiosa, su recorrido expresaba una posición política muy controvertida, inclusive puertas adentro del Estado judío.

En un instante, Milei besaba apasionadamente a su talentosa y sensual novia, que no era judía. En el instante siguiente, se conmovía profundamente al llegar al Muro de los Lamentos, rodeado por rabinos vestidos de negro, que pugnaban por mantener inamovibles las tradiciones legadas a través de los siglos, cuya religión prohibía a los hombres tocar a las mujeres en público. «Yo soy católico, pero practico el judaísmo», dijo en esos días.

Era, evidentemente, un líder versátil.

24
Los cuarenta y tres conejos
(febrero-marzo de 2024)

A medida que daba sus primeros pasos como presidente, Milei tuiteaba sin parar. Tanto que los medios empezaron a medir la cantidad de horas que pasaba en las redes sociales, cuántos tuits escribía por día, cuántos retuits, cuántas interacciones. Era rara la jornada en que dedicara menos de cuatro horas al asunto. Sobre todo, de noche.

Desde su asunción, Milei había utilizado su cuenta de Twitter como un instrumento, al mismo tiempo castigador y autocelebratorio. Allí reproducía diariamente entre veinte y treinta elogios superlativos hacia él. Además, insultaba a cualquiera que dijera algo que le pareciera improcedente.

A veces esos insultos eran disparados por nimiedades. Por ejemplo, un día estaba viendo televisión y escuchó que Silvia Mercado, una periodista que no tenía animadversión hacia él, informó que los mastines ingleses ya se habían mudado a la residencia presidencial. Le dedicó varios tuits en los que la trataba de mentirosa compulsiva. Esas señales despertaban una reacción en cadena de un grupo de tuiteros que actuaban como un aparato paralelo de propaganda. Al unísono, todos empezaban a insultar a Mercado.

Algunos argumentos de Milei eran extraños, por decir lo menos. Alejandro Borensztein ha sido uno de los columnistas más ácidos en la denuncia del kirchnerismo. Ante el nerviosismo y la agresividad creciente del presidente, tituló una columna dominical con la expresión «Calmate, Javi». Milei volvió a enfurecer y lo acusó de

haber complotado con el kirchnerismo para que, durante el último debate de la campaña, colocaran tosedores que lo distrajeran.

La sucesión de enojos era interminable. A Luisa Corradini le dijo que era una «operadora» de *La Nación* porque contó que la sala de Davos donde él había disertado no estaba llena. A María O'Donnell la tildó de mentirosa porque había dado una información incorrecta, que ella misma había corregido apenas se dio cuenta de su error. A Joaquín Morales Solá le dijo que era violento, agresivo, que se victimizaba y lloraba censura. A Jorge Lanata lo acusó de ser «larretista» y «ensobrado». A Jorge Fontevecchia le deseó que su medio de comunicación quebrara. De Víctor Hugo Morales dijo que era un ser humano despreciable. Al escritor Jorge Fernández Díaz lo insultó: «Es un imbécil que escribe pelotudeces». A Martín Rodríguez Yebra, secretario de redacción de *La Nación* y columnista político en LN+, lo calificó de «pobre ser que pertenece a la política putrefacta sin altura intelectual».

Una y otra vez definía a los periodistas como «ensobrados», «corruptos», «pauteros», «operadores», «miserables».

Los exabruptos se reproducían miles de veces. Escalaba, así, un clima de agresividad cada vez más tóxico, que se sumaba a la tensión que producía el cambio de régimen económico.

Nada era comparable con lo que ocurrió a fines de enero, cuando el presidente se disgustó porque los diputados que habían votado la ley en general, empezaron a introducir reformas y límites a su poder en el análisis de los detalles. Milei ordenó que la retiraran y a continuación publicó una seguidilla de fotos de diputados opositores, con sus nombres, a veces con sus teléfonos particulares, acompañadas con leyendas ofensivas: «estos son los hijos de puta que no quieren que cambie el país», o «estas son las caras de los traidores». Las amenazas llovían sobre ellos. Durante varios días, se dedicó a escrachar disidentes, gente que no votaba como él quería. En un momento de la discusión, Milei se ensañó con Ignacio Torres, el gobernador de Chubut, que pertenecía al PRO. Primero, reprodujo un tuit donde Torres aparecía en cuatro patas. El autor del tuit original celebraba cómo lo estaban «meando» en un

reportaje. Luego, subió a sus redes un meme donde la cara de Torres aparecía modificada para que pareciera un joven con síndrome de Down. Los dibujitos, otra vez, se reproducían miles de veces.

Casi siete años antes, Donald Trump, un líder que Milei admiraba mucho, se burló de un periodista discapacitado. Así como lo hizo Lali Espósito, pero más enfáticamente, fue criticado por Meryl Streep en una ceremonia de entrega de los Golden Globe. «Hubo una actuación que me sorprendió este año, que penetró en mi corazón. No porque haya sido buena. No había nada bueno en ella. Pero fue eficaz y cumplió su objetivo, porque hizo reír a su audiencia. Fue ese momento en el que la persona elegida para sentarse en la más respetable silla en este país imitó a un periodista discapacitado, alguien a quien superaba ampliamente en poder y en la capacidad de defenderse. Realmente rompió mi corazón. No puedo sacármelo de la cabeza. No era parte de una película. Era la vida real. Este intento de humillar, cuando es realizado por alguien tan poderoso, se mete en la vida de todos, porque de alguna manera da permiso para que otras personas hagan lo mismo. La falta de respeto incita a la falta de respeto. La violencia incita a la violencia. Cuando los poderosos utilizan su posición para intimidar a otros, todos perdemos».

Trump respondió que Meryl Streep era «la actriz más sobrevalorada» de los Estados Unidos y la calificó de «lacaya de Hillary Clinton».

Lo que ocurría en la Argentina era un eco de un fenómeno mundial y, a su vez, lo potenciaba.

Algo estaba pasando en las sociedades, que premiaban a personas que hacían estas cosas. Ni Trump ni Milei pretendían engañar a nadie. Siempre fueron lo que fueron. Esos comportamientos eran reconocidos, tolerados, aplaudidos.

En medio de su enojo, Milei volvió a apelar a la tradición judía. Subió a su cuenta de Instagram una historia en hebreo que, traducida, decía así: «Y aconteció que, cuando llegó al campamento y vio el becerro y las danzas, Moisés se enardeció de ira y arrojó las

tablas de sus manos y las tiró al pie del monte. Y tomó el becerro que habían hecho y lo quemó en el fuego, y lo molió hasta reducirlo a polvo, que esparció sobre las aguas, y le dio de beber al pueblo de Israel». Los versículos estaban acompañados con la imagen de un Moisés enardecido de odio, que arrojaba al vacío las Tablas de la Ley.

El contexto refiere a una historia bastante conocida. Moisés había subido a un monte para recibir los diez mandamientos grabados en piedra. Al regresar, sus seguidores lo habían desobedecido y adoraban a un becerro de oro. Entonces enfureció ante esa traición, armó un ejército de leales y decidió castigar a los disidentes. «Cuando Moisés vio el desenfreno del pueblo, porque Aarón había tolerado toda clase de excesos, exponiéndolo así a la burla de sus enemigos, se paró a la entrada del campamento y exclamó: "¡Los que están de parte del Señor, vengan aquí!". Todos los hijos de Leví se agruparon a su alrededor». Luego, ordenó: «Que cada uno se arme de su espada; recorran el campamento pasando de una puerta a otra, y maten sin tener en cuenta si es hermano, amigo o pariente». Algunos historiadores sostienen que ese día hubo tres mil asesinados por las tropas de Moisés.

La inflación de enero fue del 20,6%. En los dos primeros meses de gobierno se acercaba al 50%, la más alta en treinta años. Pero Milei sonreía.

Una mitad larga de la sociedad seguía apoyándolo. Cuanto más agredía a los políticos, más lo seguían. Había encontrado un método.

El 1 de marzo, el libertario protagonizó otra de sus notables *performances*. Concurrió al Congreso para inaugurar las sesiones ordinarias. Y dijo de todo.

> Tras haber visto con mis propios ojos y en detalle la vulgaridad del despilfarro con que la política se acostumbró a vivir, ratifico una vez más que no se trata de impericia. Se trata de un esquema consciente y planificado… Es

precisamente el modelo económico del Estado presente, un régimen de gasto público alto, déficit fiscal, deuda y emisión monetaria. El sistema del que la casta política se sirve para expropiar riqueza de los argentinos de bien y dárselos a sus clientes y amigos.

Hace poco más de tres meses, después de cien años de paulatina decadencia y más de una década de caída libre a la miseria, una mayoría silenciosa levantó la voz. Esa mayoría silenciosa, que se compone de los que trabajan, de los que producen, de los peones rurales que se levantan a las cuatro de la mañana, del que atiende un negocio, del cuentapropista, del trabajador informal, del joven que no encuentra trabajo y de las amas de casas que tienen la enorme tarea de educar a nuestras generaciones futuras.

Esa Argentina despertó, asistió a las urnas y puso en la presidencia a un hombre recién llegado a la vida política, que conduce una fuerza política nueva, que puede no tener mayorías parlamentarias, ni intendentes, ni gobernadores, pero que sabe lo que tiene que hacer, sabe cómo hacerlo y tiene la convicción para hacerlo.

Un pueblo sojuzgado por una clase privilegiada; un héroe —Moisés, Judas Macabeo, el General Ancap— que llegaba para salvarlo: era el relato que, según la politóloga María Esperanza Casullo, explicaba por qué funciona el populismo.

Funcionaba, claro. El *rating* de ese discurso fue casi similar al de un partido importante de la Selección nacional. La magia no había terminado.

Unos días después del embate de Milei contra la casta se conoció que el propio presidente se había subido el sueldo un 50%, cuando la mayoría de los salarios y jubilaciones estaban estancados. Días antes había enfrentado al Parlamento al enterarse de que los diputados y senadores se habían subido las dietas. Acusaba a «la casta» por conductas que él imitaba.

Decidió actuar rápido: dejó sin efecto su propio aumento y echó

por televisión a un funcionario de segunda línea que nada tenía que ver con el tema. Luego exigió a los presidentes de las cámaras legislativas que hicieran lo mismo con el sueldo de diputados y senadores. La vicepresidenta Victoria Villarruel se negó y, de inmediato, como si hubieran recibido una orden de alguien poderoso, las cuentas más populares del mundo libertario la empezaron a llamar traidora, golpista, y a difundir supuestos datos de su vida íntima. Algunos funcionarios y diputados de Milei aseguraron que Villarruel conspiraba contra el presidente.

La vice primero respondió con un comunicado, asegurando que siempre iba a apoyar al presidente pero que el Senado era la casa de las provincias y también debía ser respetado. «Esto no es un reinado. Si no reciben un salario para la importantísima tarea que les delegamos, solo van a poder ser legisladores los ricos», se plantó. Luego criticó que el gobierno considerara combatir el narcotráfico con las Fuerza Armadas. «No están para combatir contra los civiles. Y el narco es un civil». Admitió que no le gustó que difundieran que estaría a cargo de las áreas de seguridad y defensa y luego la hicieran a un lado. «Fue una decisión del presidente. La respeto. Pero obviamente no me agradó». Y se burló respecto de que el presidente tuviera que convivir con ella y con su hermana Karina, dos mujeres de mucho carácter. «Pobre jamoncito», dijo.

Milei se había enemistado en términos personales muy hirientes, y en muy poco tiempo, con diputados, senadores, periodistas, gobernadores. Era el turno de la vicepresidenta.

En los días que siguieron, su equipo le sugirió que desactivara esa bomba. Milei se bajó de la pelea por un par de semanas.

Se sacaron un par de fotos juntos.

El 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, Milei decidió cerrar el Salón de las Mujeres de la Casa de Gobierno, para reemplazarlo por el Salón de los Próceres, que fueron elegidos por él, todos varones. El 24 de marzo, el día en que gran parte del país recuerda la represión ilegal de la dictadura instalada en 1976, Milei difundió un pequeño video cuyo objetivo central era explicar que los militares habían sido atacados antes de iniciar la represión, y

discutir la cifra de los 30 000 desaparecidos. Era como si un gobierno alemán aprovechara el Día del Holocausto para explicar que, en realidad, los judíos asesinados en los campos de concentración habían sido mucho menos que 6 millones.

Pero la fecha más importante de marzo, que afecta a todas las familias, es el inicio de las clases. Ese día sucedió algo rarísimo. Milei concurrió a inaugurar el ciclo lectivo al colegio católico de Villa Devoto al que había asistido en su infancia. La probabilidad de que un alumno se desmayara durante un acto escolar era realmente muy baja. Sin embargo, mientras Milei hablaba, se desmayaron dos. Ante el primer episodio, paró de hablar unos segundos y le pidió a su médico que atendiera al joven desvanecido. El segundo alumno perdió el conocimiento cuando Milei despotricaba contra los «zurdos». «Ja. Nunca fallan. Unos los nombra y pasan estas cosas», bromeó, y siguió como si nada.

Milei les explicó a los chicos que debían leer todo lo que se escribiera sobre la dictadura, que no se dejaran adoctrinar por nadie. «Yo ingresé a un año de lo que fue el golpe cívico militar, una de las partes más oscuras de la historia de Argentina, interpretado y reinterpretado, cosa que los invito a que hagan por ustedes mismos siempre; tengan espíritu crítico, lean un lado de la biblioteca y el otro».

Cuando se refirió al aborto, no abrió todas las posibilidades. Simplemente, expresó su opinión. «Les aclaro que, para mí, es un asesinato agravado por el vínculo. Y lo puedo fundamentar desde una perspectiva matemática, filosófica, desde el liberalismo y desde lo biológico».

Había una escala de valores muy precisa en esas definiciones, acorde con la batalla cultural que prometía dar. Una adolescente que interrumpe un embarazo era una asesina. En cambio, la conducta de un militar que tortura a un prisionero indefenso tal vez merecía ser analizada desde distintos enfoques.

En un momento, el presidente hizo un chiste sobre el tamaño del pene de los burros. A su lado se encontraba una joven menor de edad. «Los jóvenes les empezaron a hablar a sus padres y a sus

abuelos de las ideas de la libertad, y les hablaban de Milei, Milei, Milei… Hay un chiste, no lo puedo decir porque es muy grosero… pero el burro tiene éxito por insistidor, no por lo otro. ¿Se entendió? Y tanto insistieron que, en algún momento, abrieron los videos y así empezó todo».

Ese día, Milei consiguió un éxito significativo. Pese al fuerte recorte del poder adquisitivo de los salarios, casi no hubo huelga docente. Y la que hubo no se sintió demasiado. Ocho años antes, Macri había tenido serias dificultades para iniciar el ciclo lectivo. Los gremios, conducidos por dirigentes kirchneristas, movilizaron a decenas de miles de personas. A Milei no le hicieron eso, seguramente porque muchos docentes lo habían votado y lo reconocían como su líder. Así de poderoso era su influjo.

A principios de abril, el amor apasionado llegó a su fin. El presidente había viajado a Miami para recibir una distinción como «embajador de la luz» por parte de la comunidad judía ortodoxa Jabad-Lubavitch. En medio de la ceremonia, en el templo, apareció Fátima Florez. Milei le dio un frío beso —los hombres no deben besar a una mujer en un templo— y siguió en lo suyo. Fátima se quedó sola mientras la comitiva se alejaba.

A los pocos días, Milei subió un comunicado oficial a Twitter: «Como resultado del arrollador éxito profesional que está viviendo Fátima, de quien me siento sumamente orgulloso, ha recibido numerosas propuestas laborales para trabajar tanto en Estados Unidos como en Europa. Esto, sumado a la compleja tarea que hoy enfrento y que los argentinos me han encomendado, nos ha llevado a vivir separados, imposibilitando la relación de pareja que nos gustaría tener, pese a cuánto nos queremos. Por eso es que decidimos terminar nuestra relación y mantener un vínculo de amistad, dado lo que sentimos el uno por el otro y cuanto nos queremos, nos respetamos y admiramos mutuamente».

Fátima no dijo nada sobre el tema.

Otra cabeza rodaba mientras el León seguía su marcha.

A principios de abril se desató un conflicto inesperado, y

particularmente interesante, entre el gobierno y las empresas de medicina prepaga. «Se les fue la mano», denunció el ministro de Economía Luis Caputo.

¿A qué se refería?

En diciembre, el gobierno había desregulado prácticamente todos los precios: combustibles, medicamentos, provisión de internet, alquileres y prepagas. Naturalmente, las empresas los aumentaron.

En pocas semanas, la cuota se multiplicó por cuatro, muy por encima de la inflación. Las empresas argumentaban que era necesario porque el gobierno anterior había retrasado mucho los precios y eso había hecho entrar en crisis al sector, ya que, al mismo tiempo, aumentaba el valor de los insumos.

Una de las convicciones centrales de Milei, que lo hizo libertario, era que el Estado no debía intervenir en esas situaciones: si un monopolio se excedía en los precios, argumentaba, aparecería un competidor que lo desplazaría ofreciendo el mismo producto más barato.

El vocero presidencial defendió ese punto de vista de manera contundente. «Cuando uno fija un precio, básicamente empezás a tener problemas con las cantidades. Si el precio de las prepagas ha sido digitado por el Estado, lo que te iba a pasar es que ibas a perder servicios. Es una decisión que va a colaborar con que el servicio sea mejor».

Milei volvió a cambiar. Las redes libertarias se enardecieron contra Claudio Belocopitt, uno de los empresarios más representativos del sector. En cambio, callaban respecto de Mario Lugones, dueño de otra de las empresas, que había aplicado los mismos aumentos. Lugones era superintendente de Salud: debía regular a las empresas, incluida la propia. Además, era el padre de uno de los publicistas de Milei. Belocopitt señaló que el ataque era una arbitrariedad porque múltiples sectores habían subido los precios más que las prepagas y el gobierno lo toleraba.

Como en otros casos, había una evidente contradicción entre el agitador de campaña y el presidente. El candidato Milei decía que

cualquier intervención del Estado en los precios generaría pobreza y, en última instancia, comunismo. Pero intervenía incluso con escraches contra los empresarios que no hacían lo que él quería. ¿Había estado equivocado o guiaba a la Argentina hacia el comunismo?

Días después de la declaración de Caputo, el gobierno denunció ante la Justicia a las empresas del sector por haber hecho algo que el propio gobierno había permitido mediante un decreto.

Mientras tanto, un llamativo debate sobre la vida afectiva del presidente crecía en los medios. Milei había concedido un reportaje a Andrés Oppenheimer, de la CNN. Ante la pregunta de cómo hacía para relajarse, respondió: «Me levanto y, en general, me subo al carrito de golf y me voy a ver a mis hijitos de cuatro patas: a Conan, Murray, Milton, Robert y Lucas, que están en una parte de la quinta. Estoy con ellos aproximadamente una hora y ya después vuelvo, me baño y me pongo a trabajar».

—Leí que tiene que estar con uno por vez porque, si está con los cuatro, se pelean —acotó el periodista.

Milei se molestó.

—Con los cinco —aclaró, enfático—. Conan, Robert, Lucas, Milton y Murray.

¿Cuatro o Cinco?

Volvía a referirse a Conan, cuando era evidente que estaba muerto.

Milei lo clonó. Sobre ese punto había testimonios encontrados: algunos sostenían que de esa clonación habían nacido cuatro cachorros, y otros, que las mascotas clonadas eran cinco. Incluso la empresa Perpetuate, encargada de clonar al animalito, emitió dos felicitaciones a su cliente luego del triunfo electoral: en una de ellas hablaba de cuatro cachorros y en otra, de cinco.

La única vez que Milei mostró a sus perros, eran cuatro. Celia Melamed, la veterinaria que en un momento vinculó las almas de Milei y de Conan, o eso dijo, relató que, entre los cinco perros clonados, había uno que había impresionado a Milei porque se movía por la casa como si la conociera. A ese le habría puesto el

mismo nombre y consideraba que era una especie de reencarnación del original.

En cualquier caso, el presidente nunca se mostró con los cinco perros. Juan González, el periodista que publicó el primer libro sobre Milei, sostenía enfáticamente que no había cinco perros, sino cuatro.

El tema escaló en una conferencia de prensa de Manuel Adorni, el vocero presidencial.

—Muchos se preguntan si, efectivamente, hay cuatro o cinco perros en la quinta de Olivos, y quería consultarte —le preguntaron.

—Ehhh, con respecto a la cantidad de perros que pueda tener el presidente, no entiendo en qué te cambia que sean cuatro perros, que sean cinco perros o que sean cuarenta y tres conejos.

—Simplemente porque hay distintas versiones. Pero, si es una pregunta que incomoda…

—No, no es una pregunta que incomoda. Pero, bueno, es que tienen un nivel de insistencia… Digamos: si el presidente dice que hay cinco perros, hay cinco perros y se terminó. Son preciosos encima. Son unos animales hermosos, hermosos.

Unos días después, otro colega insistió:

—Te quería consultar sobre los perros del presidente. Si son cuatro o cinco perros ya no es un problema del presidente, sino de todos los argentinos. Porque, si el presidente tiene cuatro perros y ve cinco, estamos hablando de una persona que ve algo que no se condice con la realidad.

—Mirá, la verdad es que lo que sugerís me parece una falta de respeto: definir al presidente como una persona que habla con cosas que no existen. Y te lo digo de verdad, ¿eh? Me parece una cuestión absolutamente irrespetuosa. Es meterse con su familia.

25
La tienen adentro
(abril-junio de 2024)

Las broncas, berrinches, escraches y pataletas presidenciales escalaron cuando, a mediados de abril, empezó a instalarse el debate sobre un tema central: el plan económico de Javier Milei. El presidente volvió a perder el control. Casi diariamente disparaba: son chantas, hacen extrapolaciones absolutamente idiotas, son un poquito arrogantes, deshonestos intelectualmente, pifiadores seriales, son cuadrados, son fanáticos, son fanáticamente arrogantes, caraduras, liberticidas, miopes, ignorantes, se les va a tener que caer la cara de vergüenza, las ridiculeces que dicen.

En esos días, el politólogo Jaime Durán Barba había escrito: «Normalmente trato de usar números para acercarme a la realidad, superando prejuicios. Los precios están descontrolados, comparados con los de otros países en los que vivo. El paquete de medicamentos que compro periódicamente cuesta en la Argentina 775 dólares norteamericanos, en Ecuador, 323, y en México, 221». Casi al mismo tiempo, la escritora y periodista Josefina Licitra publicó en la red social X: «Estoy en Italia. Caja de 10 cápsulas de café 3 euros. Tallarines Di Cecco, 2 euros. Campera de varón de pluma en tienda de marca 40 euros. Busqué repuesto para una Mont Blanc que no puedo usar porque en Argentina está a 180 000 pesos: acá, 8 euros. Creo que nos están cagando». Las redes se colmaron de anécdotas similares.

El primero que se animó a sugerir que el rey, tal vez, estaba desnudo fue Mariano Fernández, profesor del Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (CEMA) que supo ser un gran amigo

de Milei.

Fernández escribió en *La Nación*:

– «La caída de los tipos de cambio financieros (dólar MEP, CCL) respondería a un movimiento transitorio de capitales que, aprovechando que la regla cambiaria es insuficiente (devaluación mensual del 2%), obtienen ganancias de bajo riesgo en dólares. Cuando perciban que el programa muestra signos de debilidad, procederán a dolarizar sus carteras e invertir el flujo de capitales refugiándose en activos externos».

– «Pese a que muchos economistas quieren disfrazar el cambio de precios relativos como una oportunidad, la realidad es diferente. La apreciación cambiaria, como se dijo, no es fruto de una entrada de capitales permanentes (inversión), sino que es el resultado de mantener el cepo y brindar condiciones de bajo riesgo para hacer rápidamente ganancias en dólares».

Fernández no solo marcaba un problema macroeconómico. También señalaba que había gente haciendo grandes negocios gracias al esquema diseñado por el gobierno.

Otros economistas de la ortodoxia, como Carlos Rodríguez, eran más duros aún: «Javier Milei dijo siempre: si hacemos lo mismo de siempre, obtendremos los mismos resultados de siempre. Pero quiere reponer el impuesto a las ganancias, mantiene el CEPO, propone subir retenciones, prorrogó Bienes Personales con la misma base por todo su mandato, subió el impuesto PAIS, licuó ingresos… ¡Hace lo mismo de siempre!». Rodríguez había sido jefe del equipo de economistas del libertario durante la campaña electoral.

La intervención más influyente fue la de Domingo Cavallo, el ministro de Economía que en 1991 diseñó un plan antiinflacionario exitoso. Milei lo ponderaba habitualmente. Aquella historia de los años noventa terminó muy mal en 2001, con la peor crisis económica que se haya registrado en el país. También en ese momento Cavallo era ministro. Luego de aquel estallido, debió

atravesar un largo período de ostracismo, durante el cual intentó defender lo que había hecho. En los últimos tiempos, de la mano del fenómeno Milei, Cavallo lentamente había vuelto a transformarse en una referencia para numerosas empresas, economistas y periodistas.

El exministro consideraba que el ritmo de devaluación del 2% mensual debía corregirse. «Si el ritmo del *crawling peg* activo no se ajustara a un ritmo más cercano a la tasa de inflación, los costos de producción en dólares tenderían a aumentar hacia niveles que desalentarían las actividades de exportación y las sustitutivas de importaciones, poniendo en peligro el superávit comercial, luego de que se agoten las divisas generadas por la cosecha gruesa y los stocks de insumos importados».

A partir de ahí, las discusiones se volvieron cada vez más ácidas. Milei sostenía que el gobierno había logrado un superávit fiscal en tiempo récord. Sus críticos marcaban que había sido logrado mediante métodos que no eran sostenibles en el tiempo. El presidente explicaba que el gobierno compraba reservas como nunca. Los críticos señalaban que, en realidad, lo que hacía era posponer los pagos de importaciones, y así incrementaba la deuda en dólares. Además, le recriminaban haber producido una recesión de dimensiones inéditas, una situación completamente incoherente con sus promesas de campaña y su perspectiva ideológica. Milei intervenía en algunos precios para apurar el descenso de la inflación, aumentaba impuestos sobre el sector privado, mantenía el control de cambios, con lo cual regulaba un precio que definía muchos otros.

Los economistas que le planteaban objeciones eran cercanos a él. No solo Cavallo o Rodríguez. Miguel Ángel Broda, que había sido su jefe años atrás, decía: «El gobierno está enamorado de la tasa de inflación, pensando que tienen un plan de estabilización. La inflación está bajando, y va a seguir bajando. Pero un programa exitoso es ir a un dígito de inflación anual. Mi impresión es que se va a estabilizar en un número de 4 o 5 por mes, que es altísimo». También sostenía: «No deberíamos mantener el ajuste del dólar al

2% mensual. Aun con la baja de la tasa de inflación, que va a seguir en mayo y junio, sobre todo si se demoran infelizmente los ajustes de las tarifas, vamos a tener en octubre el mismo tipo de cambio real que tuvimos el 12 de diciembre, que devaluamos 118%. Eso no es lo mejor para Argentina. Hay muy buenos economistas que dicen que tenemos que tener el dólar que tuvo Néstor Kirchner de 2003 a 2007. Eso es: 1500 pesos».

Cavallo agregaba: «El gobierno va a tener que ocuparse de algo en lo que todavía no se ocupó, que es la economía real, qué pasa con el empleo, con los salarios… Tiene que haber paritarias mensuales».

John Micklethwait, uno de los editores con más experiencia de la agencia Bloomberg, le preguntó a Milei si no correspondía acelerar el ritmo de devaluación.

—No, porque no tiene ningún sentido hacer eso. Eso lo dicen también algunos economistas locales, que están completamente equivocados. La pregunta es: ¿por qué tengo que hacer saltar el tipo de cambio hoy si el tipo de cambio libre coincide con el oficial? ¿Qué tipo de estupidez es esa de que tengo que hacer saltar el tipo de cambio si el tipo de cambio está alineado con el del mercado? A los economistas les cuesta salir de ciertos modelos mentales que traen en la cabeza. Es como decimos nosotros: no la ven.

Milei, además, imitaba y se burlaba de sus colegas en los actos públicos. Carlos Melconian, un reconocido economista que había preparado el plan económico de Patricia Bullrich, se levantó y se retiró de un acto público ante un *stand up* hiriente del presidente.

Milei se burló de él porque había dicho que la dolarización era imposible en las condiciones actuales. La burla era absurda porque las medidas del presidente confirmaban ese diagnóstico. Sin embargo, igual lo ridiculizaba frente a todo el país.

Demasiado pronto para saber quién tenía razón.

A mediados de abril, Milei viajó a Bariloche y se reunió con los hombres más ricos del país en el hotel Llao Llao, uno de los más exclusivos, antiguos y bellos de la Argentina. En los últimos años,

había sido adquirido por Eduardo Elsztain, el empresario que pertenecía a la comunidad Jabad-Lubavitch y era un interlocutor habitual del presidente.

«Hoy es el cumpleaños del Rebe», les dijo. Solo unos pocos podían saber que se refería al rabino enterrado en la tumba neoyorkina que había visitado, al que algunos miembros de su comunidad consideraban un enviado de Dios. Luego apeló a una parábola bíblica: «Además, estamos entrando en Pésaj, cuando se recuerda la salida de Egipto. Pero esto es muy interesante, porque después de las diez plagas que caen sobre Egipto y todo lo que pasó, Moisés lleva al pueblo hasta el Mar Rojo y le piden que lo abra. Moisés golpea el báculo y le dicen "abrilo". Y les dice "que se manden". "No, no, que lo abra y entramos". Y les dice "no, tienen que tener fe, tienen que mandarse, tienen que entrar y cruzar". Y el agua no se abría, y del otro lado estaban los egipcios, o sea, la esclavitud, que se los venían a llevar puestos. Y ahí, cuando el príncipe heredero se lanza y cree y confía, se abren las aguas y ahí se da la liberación final. ¿Qué quiere decir eso? Muchachos, en algún momento van a tener que poner las pelotas, van a tener que invertir, se van a tener que jugar para que se abran las aguas y seamos libres. ¡Viva la libertad, carajo!».

La inflación había sido de 25 puntos en diciembre, de 20 en enero, de 13 en febrero. En marzo había bajado a 11 puntos. Los distintos cálculos aproximados de pobreza marcaban que había subido alrededor de un 10%, un récord en tan corto período. La imagen social de Milei seguía alta. Era un hecho mágico. El presidente seguía encandilando a la población, incluidos sus seguidores más pobres.

A la discusión sobre el plan económico se sumó otro episodio inesperado. El 23 de abril, al menos un millón de personas salió a la calle para protestar contra el gobierno. Fue una de las manifestaciones más imponentes de la historia argentina. Como había hecho con las provincias, con los hospitales, con los jubilados, con la obra pública, e incluso con la asistencia a enfermos

oncológicos, el gobierno había decidido reducir al mínimo los envíos de dinero a la universidad pública de todo el país. Milei justificaba la medida con el argumento fiscal, pero además ponía en duda la propia existencia de esa universidad. Sostenía que allí se adoctrinaba a los estudiantes, y que se financiaba con impuestos que pagaba toda la sociedad «a punta de pistola».

El gobierno podía haber impulsado la discusión acerca de si el gasto universitario se aplicaba de manera eficiente, si había derroche o corrupción, si correspondía cobrar un arancel a los estudiantes que habían asistido a colegios privados en la secundaria. En lugar de hacer eso, planificó un ataque frontal, sin dar espacio a una negociación. Los docentes anticipaban que en pocos meses deberían cerrar algunas facultades, lo que ponía en riesgo el proyecto de vida de cientos de miles de jóvenes, y frustraba a sus familias.

La presión subió a tal punto que ese 23 de abril las calles y plazas del país recibieron a una multitud inédita en defensa de uno de los logros históricos de la sociedad argentina. Unos días después, el gobierno decidió abrir una negociación y se comprometió a enviar, paulatinamente, parte de los fondos que había recortado.

Lo ocurrido con las universidades reflejaba un hecho nuevo: ante un límite, Milei pataleaba, se enfurecía, insultaba, pero también negociaba.

Luego de la derrota parlamentaria de enero, el presidente había iniciado una extenuante negociación con los diputados de la oposición, a los que había tratado de ratas, para aprobar la ley ómnibus. Hacia fines de abril, logró que la Cámara de Diputados la aprobara luego de conceder dos tercios de su contenido. Era una ley mucho más pequeña. El corazón de lo aprobado consistía en un régimen de incentivos para grandes inversiones, donde la Argentina concedía a las inversiones extranjeras condiciones mucho más favorables que a cualquier empresa local o ya instalada en el país: pagarían 10% menos de impuesto a las ganancias que el resto, podrían liquidar fuera del país todas las divisas producto de la exportación, no se les imponía ninguna obligación de comprar

insumos a proveedores locales —algo típico de estos regímenes en otros países—, se les garantizaba estabilidad fiscal por treinta años. En el área fiscal, además, se eliminaba el régimen de monotributo social, que permitía a los trabajadores más pobres realizar un aporte más bajo que el resto a cambio de recibir, por ejemplo, cobertura de salud. Al mismo tiempo, se reducía casi a cero el impuesto a la riqueza. Se eliminaban las sanciones a los empleadores que no regularizaran a las empleadas domésticas, y se permitía un blanqueo de capitales ocultos, con mínimas condiciones y las tasas más generosas de la historia.

Ese era el sesgo del gobierno que había ganado las elecciones. Esta vez, de todos modos, la ley se había aprobado en Diputados bajo las normas de la democracia. Milei perdía cuando se ponía extremo y daba algunos pasos cuando negociaba. Era capaz, además, de utilizar todos los recursos al mismo tiempo: presionar, insultar, escrachar, negociar, ser rígido, ser flexible. Por momentos, parecía menos irracional de lo que era, o —quién sabe— menos irracional de lo que parecía. ¿Era loco? ¿Se hacía el loco para después negociar? ¿Eran dos Milei distintos? En todo caso, sería muy necio no admitir que se trata de una personalidad compleja.

La inflación de abril fue de 8,8%. Seguía bajando. Milei se volvió a burlar de los economistas que lo criticaban. «Ayer conocimos la tasa de inflación. Fue 8,8. Pero nosotros estamos recomponiendo precios relativos. Está ocurriendo. Lo que pasa es que, para los que le pifiaron, es más fácil decir que no hay plan de estabilización. Si no hay plan de estabilización, ¿qué creen? ¿Que baja de casualidad la inflación?». A quienes lo criticaban porque su plan imponía demasiadas regulaciones, les decía: «Hay algunos utópicos que son completamente imbéciles y estúpidos. Me piden que vaya derecho, cuando a veces, si vas derecho, te matás. Sos idiota, sos un completo idiota… La mayoría de los economistas son una manga de brutos que no entienden nada». Sus mediciones de imagen resistían sin dificultad.

A mediados de mayo el presidente viajó a España para participar

de una convención del partido ultraderechista Vox y desató otro escándalo.

Milei apareció en un estadio con diez mil personas que lo recibieron como a un rock star: «¡¡Libertad, libertad!!», le gritaban. Vox representaba uno de los tantos partidos que cuestionaban el orden vigente en los países democráticos tradicionales, por su pasividad ante el ingreso de inmigrantes, pero también por su progresiva tolerancia a conductas individuales que reprochaban con mayor o menor franqueza: el divorcio, el matrimonio entre personas del mismo sexo, la interrupción legal del embarazo. Milei se abrazaba a los religiosos ortodoxos en Israel, a Donald Trump en los Estados Unidos y, ahora, a la derecha radical europea. En el mismo congreso de Vox, el secretario de Culto de Milei, Francisco Sánchez, cuestionó, precisamente, que en la Argentina se hubiera aprobado una ley de divorcio vincular y otra que permitía casarse legalmente a dos personas del mismo sexo.

Milei desplegó allí su discurso anticomunista clásico. «Mi tarea histórica es ser un humilde divulgador de las ideas de la libertad. Estoy convencido de que hoy más que nunca estas ideas y valores necesitan ser defendidos del asedio del maldito y cancerígeno socialismo. Nunca se olviden de que los malditos socialistas asesinaron a 150 millones de seres humanos».

Así explicó su programa: «¿Saben qué es lo mejor para los trabajadores? Que pacten contrato libremente con sus empleadores. ¿Saben qué es lo mejor para las mujeres? Dejar de tratarlas como víctimas que necesitan cuidados especiales. Yo me pregunto: ¿acaso los socialistas consideran a las mujeres como seres inferiores para estar otorgándoles privilegios? ¿Saben qué es lo mejor para el planeta? Dejar que el mercado encuentre, como ha hecho siempre, las mejores soluciones. ¿Saben qué es lo mejor para los niños? Un padre y una madre que los conocen mucho mejor que cualquier burócrata. ¿Y saben cómo se logra esto? Retirando al Estado parasitario de la vida de las personas y dejando que los ciudadanos sean libres».

Luego explicó: «En la Argentina estamos haciendo el ajuste más

grande y abrupto de la historia humana, y para el espanto de todo el zurderío, la sociedad nos sigue apoyando. Llora la izquierda local e internacional».

En medio de ese discurso, sugirió que la mujer del presidente del gobierno español, Pedro Sánchez, era corrupta y él la encubría.

Fue ovacionado.

Su magia invadía España.

El gobierno español retiró a su embajador en la Argentina.

«Pedrito, te tengo al borde del nocaut», se burló Milei.

Otra vez el mundo hablaba de él.

Unos pocos partidarios empezaban a enfadarse, a plantear dudas, a alejarse. Un ejemplo interesante de esas reacciones fue un editorial de Jaime Bayly, que había entrevistado a Milei antes de las elecciones y había apoyado explícitamente su candidatura. A medida que el libertario avanzaba en sus primeros meses de gobierno, Bayly empezó a fastidiarse. Primero, reaccionó frente a expresiones homofóbicas de distintos personajes vinculados a Milei.

Cuando Milei hizo lo que hizo en España, Bayly dijo:

– «Milei se asoció al club de la extrema derecha europea. Ese club no es precisamente una reunión de liberales. Qué ocurrencia. Vox y los partidos de extrema derecha no son liberales, son fuertemente antiliberales, conservadores, por lo general conservadores religiosos».

– «Entiendo que Milei se pelee con Díaz-Canel, con Ortega o con Maduro. Pero España no es una dictadura. España tiene un presidente socialista, que es democrático, que ha sido elegido por el pueblo. La economía española marcha bastante bien. O sea, tampoco es verdad que, si la derecha no gobierna, la economía se va al carajo, como dice Milei. En los países más exitosos de Europa, no siempre gobierna la derecha. Pienso en Alemania, pienso en Francia, pienso en los países escandinavos. Allí muy a menudo gobiernan los socialdemócratas y lo hacen bien, y son países felices, donde la clase media vive bien y nadie se quiere ir del país».

– «Milei se va al extremo de Vox, unos señores que a mí no

me caen demasiado simpáticos. Y que no son liberales. Mentira que sean liberales. Mentira. Están contra el aborto, están contra los inmigrantes, están contra las minorías sexuales y un largo etcétera ominoso».
– «Milei tiene que entender que, en la vida, hay que celebrar la diversidad. No todos pueden ser de extrema derecha. No, no. Hay gente de derecha más moderada, hay gente de centro estimable, hay gente de izquierda pero que es democrática, que es honorable, que es decente, y hay gente de izquierda que, cuando llega al poder, gobierna bien. Ustedes dirán: ¿quién?, ¿quién? Chile, después de Pinochet, tuvo treinta años de gobiernos de izquierda y esos gobiernos de izquierda hicieron un trabajo formidable. A ver, ¿quién más?, ¿quién más? Felipe González fue presidente del gobierno español casi dos décadas, y gobernó muy sabiamente. Entonces, es una idiotez decir que, si no gobierna la extrema derecha, la economía española va a terminar como la venezolana o como la cubana. No, no seamos tan burdos, no seamos tan ignorantes. Y sobre todo, tan maniqueos. Si no estás conmigo, estás contra mí. Y entonces te insulto, insulto a tu esposa y me voy después de haber arrojado salivazos a todo el mundo».

En esos días aparecieron datos estremecedores sobre la evolución del plan económico de Milei. El Banco Central reportó la baja de 275 000 cuentas sueldo. Ese recuento ha sido siempre un reflejo bastante aproximado de lo que ocurre con el empleo en el país, salvo por un detalle: no incluye el empleo en negro. O sea que las personas que habrían perdido el trabajo seguramente eran muchas más. Se trataba de una caída que casi no registraba antecedentes, por fuera de períodos de crisis extrema, como las de 1989 y 2001, o de la pandemia. En este caso, lo único que había ocurrido era que Javier Milei y Luis Caputo habían puesto en marcha su plan de gobierno.

Ese dato se complementaba con otro igualmente inquietante. El

Indec informó que en el tercer mes del año la economía se había achicado más de un 8%. Tres cuartas partes de la caída se había producido desde los anuncios del cambio de régimen económico posteriores al 10 de diciembre. Los números habrían sido peores de no haberse computado la evolución del sector agropecuario, cuyo crecimiento respecto del año anterior se debía, simplemente, a un factor climático: no había sequía.

Para colmo, el peso se depreció frente al dólar paralelo cerca de un 20%. Cada vez que ocurrían estos fenómenos, durante los años anteriores, Milei explicaba que la suba del precio del dólar, en realidad, era anticipatoria. Lo que ocurría era que el peso se depreciaba por falta de confianza respecto del valor de los productos. Primero subía el precio del dólar, porque era un activo financiero, y luego subirían todos los demás.

Al cumplir seis meses de gobierno, los patentamientos de autos habían caído un 22,1% respecto del año anterior, las ventas de electrodomésticos un 47%. El peor dato refería al consumo de leche, que reflejaba la calidad de la alimentación de los niños. Se había derrumbado un 17,4%.

Milei no cedía.

—Hay gente que no llega a fin de mes —le señaló un periodista.

—Eso no es cierto. Si no llegara a fin de mes, se estaría muriendo en la calle. Y nadie se está muriendo en la calle.

El 22 de mayo, pocas horas después de su regreso de España, Milei presidió un singular acto en el Luna Park, para presentar su libro *Capitalismo, socialismo y la trampa neoclásica*. Una mezcla rara de discursos, algunos en inglés, desprolijas desgrabaciones de actos públicos, artículos sobre economía matemática y conferencias donde otras personas, a las que no se identificaba, hablaban sobre el autor. Una vez más, aparecieron documentadas denuncias de que una parte del libro había sido plagiada. El presidente se presentó como una estrella de rock. Cantó, bailó, y luego pronunció un discurso en el que expuso, básicamente, su mirada filosófica sobre la economía.

A algunos periodistas les llamó la atención la ausencia de Nicolás Posse, el jefe de Gabinete, la mano derecha del presidente, sobre quien había dicho: «Fue una de las pocas personas que me bancó en momentos difíciles de mi vida». Con posterioridad, fuentes de la Casa Rosada regaron las versiones en contra de Posse. La más repetida sostenía que había espiado a otros integrantes del Gabinete.

La despedida de Posse fue, como la de otros funcionarios, muy cruel. El 25 de mayo, en un acto público en la Catedral, con todas las cámaras de televisión enfocándolo, Milei saludó uno por uno a los miembros de su equipo. Al llegar a Posse, lo evitó.

Había estallado la primera crisis de Gabinete en solo cinco meses de gobierno. En ese breve período habían rodado las cabezas de 40 funcionarios de primera línea, designados por el propio presidente. Milei desplazó al primer titular de la Anses, Osvaldo Giordano, porque no le gustó algo que su mujer había votado en el Congreso. Cuando trascendió que se había aumentado el sueldo, desplazó al secretario de Trabajo Omar Yasín, que no tenía nada que ver con el asunto. Luego de la marcha universitaria, echó a tres funcionarios de la cartera de Educación. Sin embargo, el problema lo había generado él mismo, al recortar violentamente el presupuesto del área.

Mientras estos debates agitaban a la Argentina, la estrella de Milei seguía proyectándose a todos los rincones de la tierra. La revista *Time* le dedicaba su tapa: «The radical. How Javier Milei is shocking the world». Milei reproducía esos elementos, siempre con el mismo remate: «VLLC. Viva la Libertad, Carajo».

Después del acto en el Luna Park, Milei fue afectado por el escándalo más serio de su gestión. La Argentina había vivido en la última década un sostenido crecimiento de sus índices de pobreza e indigencia. Ese proceso se aceleró a una velocidad desconocida desde que el gobierno devaluó la moneda un 118%. En ese contexto, tras la puesta en marcha del plan Milei, los referentes de distintas organizaciones sociales empezaron a transmitir su perplejidad porque el gobierno había dejado de enviar alimentos a

los comedores populares. Los funcionarios de la administración anterior, por su parte, informaban que habían dejado un stock y nadie se explicaba por qué, de repente, las provisiones no llegaban adonde debían.

La denuncia cobró visibilidad a medida que pasaban las semanas, sobre todo porque nadie atendía los reclamos. La encargada directa de la ayuda social era Sandra Pettovello, tal vez la integrante del Gabinete con mayor vínculo afectivo con Javier Milei después de su propia hermana.

Ante la creciente presión, el propio presidente, su vocero Manuel Adorni y su ministra difundieron denuncias por supuesta corrupción de los administradores de los comedores. Adorni dijo: «La idea es evitar intermediarios, que el alimento le llegue a quien lo necesita y evitar que se hagan negocios con los pobres». Pettovello había relatado el 2 de marzo: «En los comedores se compran productos de segunda o tercera calidad. Nosotros pensamos la política alimentaria de otro modo. Que llegue lo seco y lo fresco. Y que los chicos se puedan alimentar correctamente. Porque lo otro es abominable».

Milei afirmaba, el 9 de abril: «La ministra Pettovello tiene una brigada anticorrupción que cae de incógnito en los lugares que hay dentro del Ministerio. La mitad de los comedores eran comedores fantasmas, no existían».

«Son unos hijos de puta», se exacerbaba el periodista que lo entrevistaba.

Ninguna de esas denuncias pudo ser probada, al menos en esa dimensión.

Luego, ante una requisitoria del periodista Ari Lijalad, el gobierno admitió que había retenido 5000 de toneladas de alimentos. «Son alimentos adquiridos por la administración anterior y están allí porque un buen porcentaje de los comedores eran truchos», justificó Adorni.

Al salir del Tedeum del 25 de mayo, Milei fue encarado por un periodista.

—Presidente, ¿tiene algo que decir sobre los alimentos retenidos

en los galpones?

—Que estamos descubriendo antros de corrupción.

Mientras, Adorni preguntaba: «¿Quién puede creer que estamos en contra de alimentar a los que menos tienen?».

Finalmente, gracias a la presión sostenida de los líderes de los movimientos sociales, a un muy buen trabajo periodístico, a las declaraciones de algunos sacerdotes y a la rápida reacción de un juez, se supo, ya sin ningún tipo de dudas, que el gobierno había guardado 5000 toneladas de comida en medio de una crisis dramática.

Arrinconada, la ministra Pettovello admitió el escándalo y ordenó que se repartieran los alimentos. Además, buscó un chivo emisario donde descargar la responsabilidad. Por eso renunció Pablo de la Torre, el secretario de Niñez. La guerra sorda entre Pettovello y De la Torre adquirió ribetes brutales. Ella lo denunció penalmente por contrataciones irregulares. El entorno de De la Torre difundió que los guardaespaldas de la ministra habían encañonado a un colaborador para que lo denunciara.

Milei había quedado como un presidente que no repartía alimentos en medio de una crisis social dramática.

El clima interno del gobierno empezaba a ser tóxico.

En pocos días se había ido el jefe de Gabinete, junto con decenas de funcionarios, y el secretario de asistencia a la Niñez, con otra parva de colaboradores.

En los días previos a que se cumplieran seis meses en el ejecutivo, Milei tuvo malas y buenas noticias. Por un lado, la Cámara de Diputados aprobó por mayoría abrumadora un aumento moderado a los jubilados. Si Milei seguía insultando diputados y senadores, corría el riesgo de sufrir una serie interminable de derrotas. Una semana después, por una diferencia ínfima, consiguió que el Senado diera la media sanción a la Ley Bases, o a los restos que quedaban de ella luego de una extensa negociación. Eso generó euforia en los mercados financieros: finalmente el libertario demostraba que era capaz de conseguir éxitos políticos.

En esos días, Elon Musk dijo: «Por todo lo que leí, los

movimientos de Milei han sido los indicados, por lo que voy a alentar a la gente a que le dé todo el apoyo, porque las políticas del pasado no han funcionado. Creo que es muy importante que la Argentina tenga éxito y tiene todo mi apoyo. Mi predicción es que, a menos que Milei sea frenado en tomar las medidas que quiere, la Argentina tendrá un crecimiento masivo de su economía y habrá mucha más prosperidad y optimismo sobre el futuro, como no hubo en los últimos cien años».

Eso se sumó a una exitosa negociación con la República Popular China, para renovar un préstamo fundamental para no perder estabilidad financiera. Milei celebró el acuerdo posteando una imagen que unía en una misma bandera los colores celeste y blanco con el rojo estridente del país comunista más importante del mundo.

Una vez más, el presidente daba un volantazo de 540 grados. ¿No había dicho que la Argentina cortaría relaciones con China porque era un régimen asesino? ¿No había dicho después que permitiría los contactos de empresarios privados con los chinos, pero que no habría ninguna relación entre los Estados? ¿No se trataba del líder que encabezaba la batalla final contra el comunismo que había asesinado a 150 millones de seres humanos?

Milei era capaz de ser una cosa y la contraria mil veces. Denunciaba en público que su padre le pegaba palizas terribles, y que lo consideraba muerto. Luego se reconciliaba y decía: «Se meten con mis padres. Son inmorales, son repugnantes». Nadie se había metido tanto con sus padres como él mismo. Patricia Bullrich pasaba de ser una asesina de niños a una ministra ejemplar. Posse era una de las personas que más lo había sostenido en la vida y luego, un traidor al que echó a patadas. Caputo se había «fumado 15 000 millones de dólares» pero ahora era un ministro «rockstar». Fátima era el amor de su vida y semanas después era expulsada del paraíso mediante un comunicado oficial. China era una potencia comunista asesina y ahora, una amiga a la que Milei trataba cariñosamente. El Papa era un comunista, el enviado del maligno, pero ya se había transformado en el argentino más importante del

mundo. Y así hasta el infinito.

«¿Cuál Milei es el verdadero?», se preguntó José Benegas, el intelectual liberal preocupado por el viraje de muchos liberales hacia el autoritarismo. «Todos», se respondió a sí mismo.

El dato más importante fue que la inflación, en el sexto mes de gobierno, había bajado a un inesperado 4,2%.

La profecía maldita advertía sobre los planes ortodoxos: «Esa política puede lograr ciertos éxitos al comienzo. La tasa de inflación, que siempre aumenta inicialmente a raíz de la devaluación, más adelante suele disminuir, los capitales financieros afluyen del exterior y el salario real en parte se recupera». A esos logros seguirían problemas muy serios.

Pero Milei no compartía esos miedos.

Al conocerse el dato de inflación, desafió: «Para todos esos que descreen de la economía del mercado les dedico la frase de Maradona. Ojo que hay dos, hago referencia a una que se puede sintetizar en tres letras: LTA».

Es interesante esa declaración. LTA quiere decir «la tenés adentro». Supone que, en una relación sexual, la persona que es penetrada ocupa un lugar humillante. Ese es el primer detalle. «Tenerla adentro» no es una elección de quien encuentra placer erótico por esa vía, ya sea heterosexual u homosexual. Parece, en cambio, la situación de alguien que fue sometido y merece ser humillado por eso. Por eso, quien se equivoca en algo, para Milei «la tiene adentro». De hecho, la segunda frase de Maradona a la que hizo referencia era «que la chupen». «Con perdón de las damas, que la chupen. Que la sigan chupando. Yo soy blanco o negro, gris no lo voy a ser en la vida. Ustedes me trataron como me están tratando. Sigan mamando», había dicho.

Diego Maradona había pronunciado esas frases a principios de 2010, cuando clasificó agónicamente para el Mundial de ese año, siendo el técnico de la Selección. Había estado al borde del abismo, pero no había caído. Solo celebraba haber evitado una catástrofe. En ese contexto, no bastaba con el resultado obtenido: necesitaba

tomarse revancha de quienes lo habían criticado.

El elemento más llamativo está relacionado con cómo continuó esa historia. La Selección que dirigió Maradona en el Mundial fue goleada y descalificada, de manera humillante, por Alemania.

Todo lo que vino para Maradona después de esa frase fue peor, en lo deportivo y en lo humano, hasta que murió en noviembre de 2020.

Había festejado antes de tiempo.

EPÍLOGO
Argentina será un paraíso

Soy el máximo exponente de la libertad a nivel mundial.

Le guste a quien le guste.

No discuto con cucarachas.

Con las cucarachas no se discute. Se avanza y listo.

Yo era un profesor. Un día me decidí a dar una batalla cultural. La Argentina era el número uno del mundo. Implantaron el socialismo. Ahora es el 164. Nos íbamos a transformar en la villa miseria más grande del planeta.

Y acá estoy.

Entro a un lugar y la gente empieza a gritar «libertad, libertad».

Es así. ¿No lo vieron? En España, en Italia, en Israel, en Miami. En todos lados del mundo me reciben como a un rockstar.

Gritan «Libertad».

O «Argentina, Argentina».

Donde voy se produce un terremoto.

Donde voy es una fiesta.

Porque, lo dicen todos: soy el máximo exponente de la libertad a nivel mundial.

Estoy en otra liga. Eso los irrita porque muestra su insignificancia, lo berretas que son, lo poco que son.

Les encantaría ser como yo.

Pero la agenda de ellos, en cambio, es liliputiense.

Estamos ante un evento inédito en la historia. Me reuní dos veces con Elon Musk, o sea, el empresario más importante del planeta. Nunca un presidente argentino se reunió con los cinco empresarios más importantes de la tierra.

Fenómeno barrial. Eso decían de mí todos mis enemigos.

Me ningunearon, me basurearon, se burlaron de mí. Se metieron con mis hijitos de cuatro patas, hasta con mis padres y mi hermana se metieron.

Son li-te-ral-men-te liliputienses en términos de coeficiente intelectual. No están acostumbrados a estar con una persona que es uno de los cinco líderes más importantes del mundo.

Entonces, yo no puedo estar discutiendo con cualquiera.

Si tienen complejo de inferioridad respecto de mi persona, que se busquen un psicólogo que los haga madurar.

Ahora me critican también porque viajo mucho. Yo trabajaba en una empresa. Odiaba tener que viajar tanto porque extrañaba mucho a Conan. Ahora extraño por cinco. Y me putean porque viajo.

Sí, odio viajar.

Mire si no estaría más cómodo quedándome en Olivos.

Cuando el pueblo hebreo ya había salido de Egipto, y habiendo recibido milagros a diario, lo criticaban a Moisés. Si se levantaba temprano, decían que se levantaba temprano porque estaba peleado con la mujer. Si se levantaba tarde, decían que estaba haraganeando. Y si se levantaba en punto, decían que no tenía nada que hacer. Lo que quiero decir es que, si a Moisés, que fue el máximo libertador de toda la historia de la humanidad, lo criticaban todo el tiempo, a mí me pueden decir lo que se les dé la gana.

Si lo criticaban a Moisés, ¿cómo no me van a criticar a mí?

¿No se dan cuenta lo que pasa? ¿No vieron lo que pasó en Davos? ¿No vieron lo que pasó en Miami? ¿No vieron lo que pasó en España?

En la campaña vino a reportearme Tucker Carlson. Fue el reportaje más visto de la historia del mundo. ¡El más visto de la historia de la humanidad! ¡Trescientos cuarenta y seis millones de personas! ¿Escucharon eso?

Les da odio, resentimiento, envidia. Por su insignificancia, su pequeñez, su completa irrelevancia.

Recibí una inflación que iba al ritmo del 17 000% anual.

Algunos me lo discuten. Especialmente ese enano comunista, el soviético de la provincia. Pobres. No saben calcular interés compuesto. Hice el ajuste más grande de la historia humana. Y la bajé al 50%. Es un récord.

Pero no lo entienden.

Me importa tres carajos.

Con las cucarachas no se discute. Tampoco con los ensobrados de los periodistas, los cuales, obviamente, despotrican todo el tiempo porque les cortamos la pauta oficial.

¿Me están aplaudiendo? Van a ver que los medios van a editar este aplauso y van a poner un abucheo.

Les cortamos a esos delincuentes la pauta. Mentirosos seriales.

Creíamos que lo íbamos a lograr en un año y lo logramos en el primer mes. Como se logró algo que era imposible lograr, empezaron a criticar la calidad del ajuste. Además, que no lo íbamos a poder sostener. Y febrero tuvimos de nuevo superávit financiero, y en abril, y en mayo.

Y entonces me hablan de la recesión.

Se les metió la tintura en el cerebro.

Están viviendo una revolución. ¿No lo ven?

Mi ministro de Economía es un rockstar. Le piden autógrafos en la calle. En un país donde los ministros de Economía siempre fueron odiados. Hasta eso está pasando.

Pero son li-li-pu-tien-ses.

La Argentina era el país más rico del mundo. Hoy tenemos 55% de pobres y 15% de indigentes. No hace falta que el mundo tenga que sufrir semejante debacle para escapar de las ideas del socialismo.

Me siento responsable de que el mundo lo vea.

Porque vengo de un futuro apocalíptico para evitarlo.

Algo así como la historia de Terminator.

Son pigmeos.

Son seres ínfimos.

Son chantas.

Hacen extrapolaciones absolutamente idiotas. ¿Qué quieren que

haga?

Son deshonestos intelectualmente, pifiadores seriales, son cuadrados, son fanáticos, son fanáticamente arrogantes, caraduras, liberticidas, miopes, ignorantes, se les va a tener que caer la cara de vergüenza, las ridiculeces que dicen.

Me importa tres carajos.

Mi tarea histórica es ser un humilde divulgador de las ideas de la libertad. Hoy más que nunca estas ideas y valores necesitan ser defendidos del asedio del maldito y cancerígeno socialismo. Nunca se olviden de que los malditos socialistas asesinaron a 150 millones de seres humanos.

Hace unos meses nos paramos frente al Foro de Davos, principal exponente de la Agenda 2030, y les dijimos que, de continuar este rumbo, Occidente se encaminaba a su extinción.

Hace unos días los pueblos de Europa han hablado y han revalidado con su voto nuestra visión, a pesar de los llantos de los progresistas locales e internacionales.

Hace más ruido un solo hombre gritando que cien mil callados, decía el general San Martín.

Vaya que hemos gritado.

Vaya que seguiremos gritando.

Los chorros están nerviosos. La casta tiene miedo. Quieren tirarme un muerto, meterme preso, derrocarme, dar un golpe de Estado.

Pero, ¿saben qué?

Me van a tener que sacar muerto de la Casa Rosada.

Soy uno de los cinco líderes del mundo.

Uno de los dos presidentes más populares.

Y el máximo referente de la libertad a nivel mundial.

¡Soy el que destruye el Estado desde adentro! Es como estar infiltrado en las filas enemigas.

¡Amo ser el topo dentro del Estado!

La reforma del Estado la tiene que hacer alguien que odie el Estado. Y yo odio tanto al Estado que estoy dispuesto a soportar todo este tipo de mentiras, calumnias, injurias.

Sobre mi hermana.

Sobre mis perros.

Sobre mis padres.

Sobre mis seres queridos.

Con tal de destruir el Estado, estoy dispuesto a soportar todo.

Me van a tener que sacar muerto de la Casa Rosada.

Una periodista norteamericana me pidió que le dijera algo a la gente que no tiene para comer.

La foto es tremenda, pero la película es maravillosa.

Hace unos meses, el 85% de la gente decía que estaba mal. Hoy lo dice el 65%.

Es cuasimilagroso.

Me dijo que me estaba haciendo una pregunta emocional.

Yo no tengo por qué lidiar con las emociones. Yo hablo de números y de realidad, no de emociones.

¿Cuáles son las emociones de quien tiene un Lamborghini? No lo sé. Porque probablemente, si está en un lugar muy pobre, puede ser que se sienta muy bien con su Lamborghini. Pero, si vive en un lugar donde todos tienen 15 Lamborghinis, se siente miserable.

No puedo lidiar con las emociones, yo solamente puedo lidiar con la realidad.

Hay 15% de la población que es indigente. Si nosotros hubiéramos seguido haciendo lo mismo que se estaba haciendo, hoy habría 60% de indigentes.

No se puede caer en la falacia del paraíso.

Si me vas a comparar contra el paraíso… siempre la vida es horrible.

Yo creo en la prensa libre. Pero cuando la prensa recibe dinero del Estado, no es libre. Es esclava del Estado.

Pero la realidad, digamos, les rompe los ojos todo el tiempo.

Si fuera cierto lo que dicen los medios, este gobierno ya hubiera estallado.

Si fuera cierto que la gente no llega a fin de mes, se estaría muriendo en la calle.

El gobierno no estalló.

Mi imagen crece cada día.

Y la Argentina va a ser una potencia. Va a ser un paraíso.

Europa está súper regulada. No se puede expandir. Estados Unidos tiene una situación absolutamente temerosa, tibia. Gris. Nadie sabe lo que está haciendo China. Estamos buscando que Argentina se convierta en uno de los cuatro polos de inteligencia artificial del mundo.

Nosotros estamos proponiendo a estas grandes empresas que vengan a Argentina y recreemos el paraíso.

No solo van a volver los argentinos que se fueron.

Otras personas talentosas del mundo van a venir a la Argentina.

La Argentina va a ser un paraíso.

¿Qué puedo hacer yo si no lo entienden esas cucarachas? ¿Discutirles?

Soy el máximo referente de la libertad a nivel mundial.

LTA.

Liliputienses.

Comunistas.

Resentidos.

Soy el presidente más idolatrado del mundo.

Zurdos.

No tengamos miedo. Yo sé que ustedes me creen. Lo siento todo el tiempo. No tengamos miedo. La victoria en el combate no depende de la cantidad de tropas, sino del apoyo de las fuerzas del cielo.

Ellos nos atacan, llenos de violencia e impiedad, para exterminarnos a nosotros, a nuestras mujeres y a nuestros hijos, y para apoderarse de nuestros despojos.

Nosotros, en cambio, luchamos por nuestra vida y nuestras costumbres.

El cielo los aplastará delante de nosotros.

No les tengan miedo.

Viva la libertad.

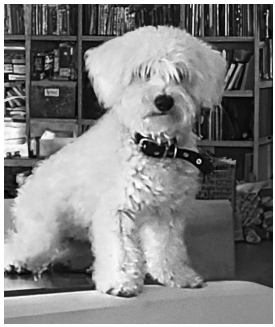
Carajo.

Fenómeno barrial.

¿Usted discutiría con una cucaracha?

[Este capítulo fue construido con declaraciones textuales que el presidente Javier Milei realizó en los días previos al cierre de este libro. Correspondía que el protagonista de esta historia tuviera la última palabra].

AGRADECIMIENTOS



Este libro debe muchísimo a María Luisa Romanazzi y Juan Tenembaum, dos jóvenes y talentosos colegas. María Luisa fue una incansable detectora de detalles que podían enriquecer el retrato de Javier Milei, entre cientos y cientos de horas de grabación. Juan fue quien me recomendó que leyera a Rothbard para entender a Milei, mucho antes de que existiera la idea de este libro. Luego se zambulló en los textos de los autores que Milei recomendaba y se transformó en una guía imprescindible para entender esa parte del cerebro presidencial. Los dos se apasionaron al analizar la «batalla cultural» que Milei encabezaba, con una mirada generacional mucho más fresca que la mía. Voy a extrañar el diálogo cotidiano con ambos.

Alejandra Glombovsky me acompañó estoicamente —a veces, como corresponde, no tan estoicamente— durante todos estos meses. Fue, como siempre, sensible, aguda, cariñosa, una gran editora y una mejor compañera. Cuando pudo, protegió al texto de mí mismo.

Aun cuando falleció mucho antes de que Milei siquiera pensara en dedicarse a la política, Marcelo Zlotogwiazda estuvo todo el

tiempo presente en la elaboración de este trabajo. Haber sido su amigo durante tantos años ejerció una influencia decisiva sobre mi formación periodística y humana. Muchas veces me descubrí preguntándome qué pensaría de tal enfoque o tal párrafo. Creo que él sonreiría si lo supiera.

María O'Donnell revisó el texto despiadadamente, palabra por palabra, sin que se lo pidiera. Me obligó a agregar capítulos que faltaban y a borrar otros que sobraban. Fue el gesto de una amiga de verdad que, además, potenció el intercambio tan rico que nos une hace años.

Muchas personas participaron de lecturas parciales o completas y me transmitieron, generosamente, sus opiniones. Entre ellas, Reynaldo Sietecase, Susana Decibe, Pablo Avelluto, Martín Guzmán, María Victoria Baratta, José Benegas, Daniel Mintzer, Tamara Tenembaum, Flavia Pitella, Jorge Fernández Díaz, Astrid Pikielny, Sandra Sturze y Gastón Tenembaum, el primero que me advirtió, hace ya varios años, sobre el crecimiento de Milei entre los jóvenes. Gastón fue el responsable de la ironía que aparece en esta página. Cualquier reproche al respecto, dirigirse a él.

El rabino Tzvi Grunblatt, jefe de Jabad-Lubavitch en la Argentina, tuvo la generosidad de compartir un diálogo en público y otro en privado conmigo. Fue un aporte muy importante para la comunidad que rodea a Milei, tras su particular giro hacia el judaísmo. Espero haber sido respetuoso.

El talentoso Juan González, el primero de nosotros que percibió la necesidad de dedicarse obsesivamente al personaje, fue muy generoso al compartir información cada vez que se lo solicitaba.

Este libro sería muy distinto, además, de no haber tenido cerca, diariamente, durante tantos años, a mis geniales compañeros del «grupo de autoayuda» de las mañanas: Gustavo Grabia, Yamila Segovia, Tamara Pettinato y Jairo Straccia. Fuera de cualquier broma, mi vida es más interesante y feliz con ellos.

Los diálogos cotidianos con Emmanuel Álvarez Agis, además de ser un privilegio, me han ayudado a entender, en la medida de mis posibilidades, los desafíos que enfrenta el país en materia

económica, y las marchas y contramarchas de los últimos gobiernos en torno a esas dificultades.

Marcelo Duclos, Nicolás Márquez y el propio Javier Milei conversaron en algún momento conmigo, sabiendo que escribía este libro. Diego Giacomini, Carlos Maslatón, Darío Epstein, Carlos Kikuchi aportaron datos sobre distintas etapas de la carrera de Milei. Todos ellos fueron, para frustración de este autor, extremadamente reservados con su vida privada.

Adriana Fernández fue muy generosa al confiar en el proyecto desde el principio. Fue un placer trabajar con ella, lo mismo que con Paula Pérez Alonso e Ignacio «Nacho» Iraola.

Este libro, finalmente, no sería el mismo sin los aportes de Garfio, mi hijito de cuatro patas.

Sus ideas fueron las más atinadas.

LIBROS

Muchos libros fueron importantes en la redacción de *Milei. Una historia del presente*. Tal vez el lector tenga curiosidad por algunos de ellos y este brevísimo comentario sirva como guía.

Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek fueron dos figuras relevantes en la historia del pensamiento filosófico-económico. El libro más influyente de Mises, *La acción humana*, tiene cerca de mil páginas. Zambullirse en él es toda una aventura: mezcla una mirada sobre la historia de la humanidad, un debate sobre para qué sirve la economía como ciencia, un enfoque sobre cómo evolucionan las sociedades humanas y un rechazo tajante a cualquier tipo de intervención. Hay que tomar impulso para hacerlo. Pero quien desee entender los fundamentos de la Escuela Austríaca tiene que hacer el esfuerzo.

Los dos libros de Hayek más mencionados por Milei son *Camino de servidumbre* y *La fatal arrogancia*. El primero advierte que cualquier intervención del Estado deriva, necesariamente, en problemas que guían hacia nuevas intervenciones y, de esa manera, se construye un Estado autoritario. *La fatal arrogancia* no solo es el título del libro sino un concepto que Milei ha usado mucho para depreciar cualquier intento del Estado de intervenir en el sistema de precios, o en la economía, para beneficiar o perjudicar a alguno de sus actores. Hayek despliega allí sus argumentos contra la pretensión de diseñar una sociedad de acuerdo con la razón humana. Discute con Marx, y también con Platón, Rousseau o Saint Simon. Estos dos textos de Hayek permiten entender las ideas dominantes de la Escuela Austríaca y requieren menos esfuerzo que *La acción humana*.

Los libros de Milei son engorrosos y desordenados. Sus ideas

están mejor expuestas en algunas de sus clases de Economía, sus debates sobre el tema o ciertos discursos. El presidente ha sido mucho mejor agitador y difusor de sus ideas que escritor. De hecho, su último libro, *Capitalismo, socialismo y la trampa neoclásica*, arranca con tres discursos suyos, donde sintetiza la evolución de su pensamiento y, luego, sus principales puntos de vista. De cualquier modo, quien tenga ganas podrá consultar *Maquinita, infleta y devaluta*, o *Libertad, libertad, libertad*, escritos en coautoría con su examigo (como tantos otros) Diego Giacomini, o *El camino del libertario*, su desprolija autobiografía, o *Pandenomics*, un audaz volumen con sus ideas acerca de la pandemia. Pese a ser sesgada y basada en datos generalmente erróneos, esa mirada le dio un enorme rédito como político.

Hay una enorme distancia entre la jerarquía de Mises y Hayek y la de Murray Rothbard. Sin embargo, *El Manifiesto Libertario* es un ágil texto de difusión de las ideas de la Escuela Austríaca y, también, una demostración de cómo su aplicación por parte de otros autores puede deslizarla hacia posturas racistas, antidemocráticas o extremas. Los textos de Hans-Hermann Hoppe, como *Democracia. El dios que fracasó* o *Un libertarismo realista* son un reflejo muy ilustrativo de los mecanismos intelectuales que pueden llevar a un liberal hacia el totalitarismo o el racismo más rústico.

El libro de los Macabeos relata la gesta que inspiró tanto a Milei. Si alguien quiere encontrar una narración más épica, tal vez convenga conseguir *Mis gloriosos hermanos*, una conmovedora novela escrita en los años cuarenta por Howard Fast, un judío estadounidense y de izquierda. Textos que cuenten la historia de Moisés y el éxodo de Egipto hay muchos. Uno de los más divertidos, porque además permite conocer la mente audaz y divertida de su autor, es *Moisés y el monoteísmo*, de Sigmund Freud. Milei ha recomendado también *La economía en una lección*, de Henry Hazlitt. Es un hermoso texto donde el talentoso periodista advierte, de manera muy didáctica, sobre los problemas de la intervención del Estado en la economía.

Para entender la evolución del pensamiento económico, es

recomendable el libro de Axel Kicillof, *De Smith a Keynes*. Milei lo odiaría, pero de verdad es apasionante. Los debates entre Keynes y Hayek están resumidos de manera muy bella en *Keynes vs. Hayek. El choque que definió la economía moderna*, del británico Nicholas Wapshott. Se encuentra fácilmente en internet. *El Loco*, de Juan Luis González, es el primer intento por penetrar a fondo en la personalidad de Milei. Solo por eso ya tiene un enorme mérito. Además, es interesantísimo. *Falacias libertarias*, de Guido Agostinelli, es muy útil y serio para contrarrestar gran parte de los datos que Milei ha difundido. Como mínimo, permite percibir que son discutibles. En muchos casos, además, son falsos.

José Benegas ha escrito dos textos muy interesantes guiados por la angustiosa comprobación de que sus ideas liberales empezaban a ser usadas con fines autoritarios: *Lo impensable. El curioso caso de liberales mutando al fascismo* y *Milei. Todas las respuestas a las preguntas que genera*. *El Libro Negro de la nueva izquierda*, de Agustín Laje y Nicolás Márquez, expone con crudeza las batallas culturales de Milei y los suyos. *Hegemonía y estrategia socialista*, de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, puede servir para entender contra qué izquierda combaten las nuevas derechas.

Quien pretenda curiosear o tener una experiencia en sexo tántrico se va a divertir recorriendo *Tantra. El culto de lo femenino*, de André Van Lysebeth, un libro recomendado por el presidente. Su idea central es que la violencia, la desigualdad y la injusticia provienen de una visión patriarcal y occidental del universo, incapaz de tomar en cuenta la espiritualidad y la «unidad» de todo para gestionar la convivencia entre los seres humanos. La mejor forma de transformar esto es a través del tantra, la conexión espiritual con el «todo», que se alcanza, principalmente, por medio del placer sexual.

El significado del debate sobre la existencia del Banco Central puede hallarse en un apasionante libro: *Manías, pánicos y cracs. Historia de las crisis financieras*, de Charles Kindleberger y Robert Aliber, especialmente el capítulo undécimo, que refiere al rol de los Bancos Centrales como prestamistas de última instancia.

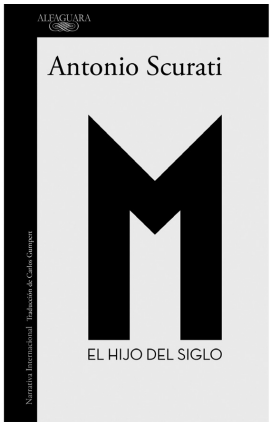
El péndulo argentino, de Marcelo Diamand, es un trabajo fantástico. Allí están expuestos con mucha claridad los dilemas de la economía argentina y por qué rebota una y otra vez contra los mismos obstáculos. Quien quiera abundar en la historia económica de este país fallido no podrá evitar caer en las páginas de *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, de Pablo Gerchunoff y Lucas Llach.

La cita del inicio de este libro fue extraída de *M. El hijo del siglo*, una narración electrizante y poética de la toma del poder por parte de Benito Mussolini. No soy partidario de las analogías históricas simplistas. Milei y Mussolini pueden ser dos personajes muy distantes entre sí. O no. Pero el libro describe lo que ocurre cuando se quiebra un orden político establecido. Además, es un texto sagaz, movilizante y nada concesivo con las fuerzas políticas derrotadas por el Duce.

La escritora ruso-estadounidense Ayn Rand ha escrito novelas que inspiraron a liberales y libertarios. Tuve la mala suerte de arrancar por *La rebelión de Atlas*, donde un par de empresarios luchan sin cuartel contra las ataduras del Estado y la resistencia desleal de los empresarios prebendarios. Cada cual tiene sus gustos. A mí me pareció innecesariamente eterno, y bastante vulgar. Me divirtió un poco más *El manantial*, que cuenta la historia de un arquitecto que rompe con el establishment cultural y periodístico.

Hay un párrafo de Rand que merece ser citado en este contexto: «Todo dictador es un místico y todo místico es un dictador en potencia. Un místico anhela la obediencia de los hombres, no su acuerdo. Quiere que entreguen su conciencia a sus afirmaciones, sus edictos, sus deseos, sus caprichos, como su conciencia se entrega a la de ellos. Quiere tratar con los hombres mediante la fe y la fuerza; no encuentra satisfacción en su consentimiento si debe obtenerlo mediante hechos y razones. La razón es el enemigo que teme y, al mismo tiempo, considera precario; para él la razón es un medio de engaño; siente que los hombres poseen un poder más potente que la razón, y solo su creencia sin causa o su obediencia forzada pueden darle una sensación de seguridad, prueba de que ha logrado controlar el don místico que le faltaba. Su deseo es mandar, no

convencer».


ALFAGUARA
Antonio Scurati
M
EL HIJO DEL SIGLO
Narrativa Internacional Traducción de Carlos Gumpert

VIDEOS

Capítulo 2

El programa *Animales sueltos* al que se refiere el texto se puede ver en «Animales sueltos», de A. Fantino (programa completo HD), subido a YouTube el 26/07/2016.

La anécdota de Milei gritándole a una vecina porque le preguntaba si enseñaba a Keynes está incluida en el podcast «Sin control. El universo de Javier Milei», producido por *Anfibia* y *El País* y puede encontrarse en Spotify.

La pelea narrada entre Milei e Ismael Bermúdez también forma parte del programa «Animales sueltos» ya citado.

La narración de Fantino sobre lo que ocurrió con Milei después de ese programa puede encontrarse en YouTube como «Fantino recordó los inicios de Milei en la TV y destacó una cualidad: "Es agradecido y lo valoro"», 10/09/2023.

Capítulo 3

Los testimonios de Javier y Karina Milei sobre el esfuerzo y sacrificio de su padre para progresar pueden encontrarse en el documental de Santiago Oría, *Javier Milei: la revolución liberal*, 2023.

El relato de Milei sobre los maltratos físicos y psicológicos de su padre pueden encontrarse en «Javier Milei con Luis Novaresio en Debo Decir», 16/09/2018.

El programa de Nicole Neumann donde Milei cuenta que no quiere ser padre puede encontrarse en YouTube como «Javier Milei con

Nicole Neumann», 12/11/2018.

El momento en que Milei hace referencia al maltrato psicológico que ejercía su mamá puede encontrarse en el programa de Luis Novaresio ya citado.

El testimonio con Claudia Fontán puede encontrarse bajo el título «Mi papá me pegaba y mi mamá era cómplice», en «Javier Milei en Pampita Online», 9/07/2018.

El episodio de Karina Milei en televisión con sus padres y su perro, al que hace referencia el texto, está disponible en YouTube como «El día que Karina Milei y su perro Aaron participaron en el programa de Guido Kaczka», 19/12/2023.

Milei cuenta la relación con su abuela en el programa de Andy Kusnetzoff, y puede encontrarse con el título «Javier Milei: "Mis padres no existen para mí" - PH Podemos Hablar», 06/2018.

El programa donde Milei relata cómo debutó sexualmente se encuentra en YouTube con el título «Javier Milei presentó a "hijo" Conan y a sus "nietos" de cuatro patas en Infama Recargado», 19/08/2018.

Las anécdotas de Karina y Javier Milei sobre el desempeño del presidente como arquero y su interés por la economía pueden encontrarse en el documental de Santiago Oría, ya citado.

Milei relata dónde conoció a Conan en su libro *El camino del libertario*.

La historia de por qué Milei llegó a pesar 120 kilos puede encontrarse en la última entrevista que el autor de este libro le realizó en su programa de radio, en «Javier Milei con Ernesto Tenembaum en Radio con Vos», 28/06/2022.

La charla donde el presidente le cuenta a Nicole Neumann que Conan se ponía celoso cuando llevaba mujeres a su casa puede encontrarse en YouTube como «Javier Milei con Nicole Neumann», 12/11/2018.

El episodio donde Milei habla sobre las preferencias musicales de su perro Conan puede encontrarse en YouTube, como «Milei sobre su familia - Javier Milei con Guillermo Andino. Parte ½», 20/05/2022.

La confesión sobre su preferencia por sus perros por sobre las personas se encuentra en «Javier Milei presentó a “hijo” Conan y a sus “nietos” de cuatro patas en Infama Recargado», ya citado.

El recuerdo sobre los consejos de Mauro Viale cuando iniciaba su carrera mediática está narrado en *El camino del libertario*.

Los argumentos contra el matrimonio que cita el capítulo pueden encontrarse en «Javier Milei al diván en Terapia de Noticias», 5/10/2017.

Sus prácticas sexuales y cómo ejercía el sexo tántrico pueden encontrarse en el programa de Andy Kusnetzoff, «Programa 18 (23-06-2018) - PH Podemos Hablar», 2018.

Milei afirma que la comida no le interesa en el programa «Doble Mérito Título: #15Preguntas que siempre quisiste hacerle a Javier Milei | Episodio 60», 21/09/2021.

La referencia al capítulo de *Los Simpsons* donde revela que sus últimos días los pasaría con sus perros y su hermana Karina son del encuentro con Jorge Fontevecchia, «Voté a Macri en el 2015 - Javier Milei con Jorge Fontevecchia - DÍA 1/3», 23/9/2021.

Capítulo 4

El hallazgo de Milei de los textos de Murray Rothbard son narrados en *El camino del libertario*.

El momento donde Milei explica que durante veinte años engañó a sus alumnos puede encontrarse en la entrevista «Diálogos 26: Entrevista con Javier Milei», 8/10/2019.

La comparación entre la mafia y el Estado y su preferencia por la mafia puede encontrarse en una charla del programa chileno *Vía pública* como «Javier Milei discute con periodista chileno», 18/12/2019.

Capítulo 5

El programa de Georgina Barbarossa en Crónica TV donde Daniela

presenta el tema «bomba tántrica» dedicado a su nuevo novio puede encontrarse con el título «Daniela presentó su nuevo tema "Bomba tántrica"», 17/08/2018.

El programa de *Intratables* donde Javier Milei discute con un dirigente peronista se puede ver en «"Me vivo alimentando a bananas" Milei contra un peronista, Intratables», 6/09/2016.

La pelea con Brancatelli en *Intratables* se puede ver en «Javier Milei contra Diego Brancatelli: "Cuando vos das un derecho alguien lo tiene que pagar"», 2/12/2017.

Uno de los episodios donde Daniela y Milei cantan en televisión puede encontrarse en «Involucrados - América - Programa 6/08/18 - "Endúlzame que soy Milei" el romance menos pensado: el economista y la cantante Daniela», 6/08/2018.

Cuando Cinthia Fernández le enseña a bailar a Milei figura en «Cinthia Fernández le enseña a bailar a Javier Milei», 20/08/2018.

El episodio que narra Milei sobre cómo conoce a Diego Sucalesca puede encontrarse en «Diálogos 26: Entrevista con Javier Milei», 8/10/2019.

El capítulo de «El consultorio de Milei» que menciona el texto se titula «El Rata», 29/03/2018.

El episodio donde Milei agrede al periodista Claudio Zlotnik puede encontrarse como «Milei abandona un programa en A24: "Si me vas a poner a discutir con un pelotudo me voy"», 31/12/2018.

La crítica de Milei a la gestión de Caputo puede buscarse en YouTube como «Javier Milei te explica por qué las Leliqs son una bomba de tiempo», 31/10/2018.

El enojo de Milei contra Prat-Gay y Marcos Peña puede encontrarse en «Luis Novaresio Entrevista», por A24, 30/08/2018.

El video del programa de Moria Casán donde Milei habla sobre sus preferencias sexuales puede encontrarse como «¡Mirá el desopilante diálogo sexual entre Javier Milei y Moria Casán!», 16/07/2018.

Milei convertido en el General Ancap puede encontrarse en YouTube como «Soy el general Ancap Javier Milei», 19/02/2019.

El relato de Lilia Lemoine sobre los inicios de su relación con Milei pueden encontrarse en *El camino del libertario*.

Milei presentó a sus «nietitos» de cuatro patas en el programa de Pía Shaw, «Javier Milei presentó a "hijo" Conan y a sus "nietos" de cuatro patas en Infama Recargado», ya citado.

Capítulo 6

La pelea de Javier Milei con Sol Pérez puede encontrarse como «Sol Pérez se retira del programa tras cruzarse con Milei», 18/02/2019.

Agustín Laje agrede a Sol Pérez en su cuenta de X, «x.com/agustinlaje/status/1097706031235428354?s=46&t=Fw-xYkXFPNLehYGjhHq1Ng».

El segundo cruce con Sol Pérez se encuentra como «Sol Pérez se larga a llorar y echan a Javier Milei del programa», 18/03/2019.

El violento episodio donde Milei maltrata a Teresita Frías se puede ver en «Milei maltrató a una periodista de Radio Caput», 28/06/2018.

La defensa de Milei ante la denuncia de Frías puede encontrarse en «Denuncia de maltrato contra el economista Javier Milei», 28/06/2018.

La reacción de Milei ante las opiniones del periodista Alfredo Zaiat está disponible en «Javier Milei opina sobre Cavallo y la Convertibilidad», 14/10/2018.

El fuerte cruce entre Nito Artaza y Milei se encuentra en You Tube como «Escándalo al aire entre Javier Milei y Nito Artaza: "El idiota sos vos"», 25/09/2019.

Cuando Milei compara sus violentas respuestas con la reacción que cualquiera tendría ante un hombre armado que intenta matar está disponible en «Milei contra Martín Seefeld y toda la mesa de Mirtha Legrand», 8/07/2023.

La respuesta de Milei sobre sus agresiones a Nito Artaza figuran en YouTube como «"Métanse lo políticamente correcto en el orto", Parte 2 de la pelea Milei Artaza - Intratables», 25/09/2019.

Lilia Lemoine aparece por primera vez en televisión como *cosplayer* en «C5N - DE 1 A 5: Lilia Lemoine», 12/09/2014.

El video que Lemoine difunde en su canal de YouTube susurrando en inglés figura como «ASMR - Sleep induction - Lady Lemon Cosplay», 3/01/2017.

El siguiente video mencionado en el texto es «ASMR - Lluvia, inducción al sueño. Lilia Lemoine», 26/12/2016.

Cuando Lemoine se disfraza de Mujer Maravilla puede verse en «Pikachu Agresivo - Lilia Lemoine», 11/05/2017.

La referencia a sus gustos sexuales y por qué se considera «demisexual» también pueden encontrase en su canal de YouTube como «Viernes de Sexo: soy demisexual. Lilia Lemoine», 13/05/2016.

Las bases del partido libertario susurradas por Lemoine se encuentran como «Bases del Partido Libertario argentino versión ASMR!», 18/01/2019.

El programa televisivo de Roberto García donde Milei lleva a Lilia personificando al General Ancap puede encontrarse en YouTube: «Como Capitana ANCAP acompañando a Javier Milei en #LaMirada», 3/12/2019.

La entrevista en *El País* puede encontrarse con el título «Lilia Lemoine, custodia de la imagen de Javier Milei: “Se ha vuelto uno de los hombres más deseados del país”», 13/09/2023.

Capítulo 7

La conferencia «Nuevos ataques a la libertad» se encuentra en YouTube como « Laje / Milei / Marquez - Nuevos ataques a la Libertad - Conferencia Completa», 25/03/2019.

Capítulo 8

El programa de América TV donde Milei expone sobre la pandemia es «Efecto cuarentena | Javier Milei en Intratables (10/04/20):

"Vamos hacia la peor crisis"», 10/04/2020.

El video de Lilia Lemoine convocando a una de las primeras marchas anticuarentena figura como «Lilia Lemoine - Hablemos de las Mentiras de la Pandemia - Hidroxicloroquina», 22/05/2020.

El episodio donde Lemoine se graba a las tres de la mañana denunciando que la policía fue a buscar a su mamá figura como «26 de mayo de 2020 - Nos Vinieron a Buscar…».

La referencia al primer acto político de Javier Milei se encuentra como «Javier Milei arranca su campaña política: "¡Vamos a sacar a estos políticos hijos de puta!"», 24/10/2020.

El acto organizado por «el Negro» Almeida se encuentra como «8N - Acto oficial - La juventud despierta | Danann, Ziarelli y El Presto | Martin Almeida», 15/11/2020.

La narración de Almeida a la que el texto hace referencia es «Hora de Reír - Martin Almeida Stand up», 23/12/2015.

El discurso de Álvaro Cicarelli se encuentra como «8N - Acto Oficial - Discurso de Álvaro Cicarelli | Martin Almeida Stand up», 15/11/2020.

El discurso de Eduardo Prestofelippo se encuentra como «8N - Acto oficial - Discurso de El Presto | Martin Almeida Stand up», 15/11/2020.

El programa de Juana Viale donde Milei y Bullrich discuten es «La noche de Mirtha - Programa 03/10/20».

La reacción de Javier Milei cuando un peatón le grita en medio de un acto de campaña forma parte del video «Villa Devoto con Milei y Rosales», y puede encontrarse en el canal de YouTube de José Luis Espert, 20/11/2020.

Los testimonios recolectados por Lemoine pueden encontrarse en YouTube como «Urgente Milei - cuenta fan», que, hasta antes de asumir como presidente, era la cuenta oficial de Javier Milei y se llamaba «Javier Milei oficial».

La reconciliación entre Patricia Bullrich y Milei luego del programa de Juana Viale puede encontrarse como «Marcha 27F - Javier Milei y Patricia Bullrich el saludo contra los K | Martin Almeida

Stand up», 2/03/2021.

En *Pandenomics*, el documental de Santiago Oría, pueden encontrarse las reflexiones de Milei sobre la pandemia.

Capítulo 9

El tema musical de Danann que menciona el texto se titula «Distopía» y puede encontrarse en el canal oficial del youtuber.

El encuentro entre los youtubers libertarios Laje y Danann figura como «Dos tipos en un bar (ft. Agustín Laje)», 23/03/2018.

El evento al que hace referencia el capítulo con los youtubers cercanos a Milei puede encontrarse como «Parque Chacabuco - Tipito Enojado & El ministerio de Odio | Martin Almeida Stand up», 5/02/2021.

El documental de Agustín Laje, *Querida resistencia*, puede verse en el canal oficial del youtuber.

Capítulo 10

El enojo de Milei donde denuncia por censura a Leandro Santoro figura como «Milei con Viviana Canosa en A24», 1/03/2021.

Los dichos de Santoro que ofuscaron al futuro presidente pueden verse en el canal de YouTube del entonces asesor de Alberto Fernández, como «Entrevista con Jorge Fontevecchia en Net TV», 18/10/2020.

La explicación de por qué Gramsci es el problema de todos los males en la Argentina forma parte de una entrevista con Viviana Canosa y puede encontrarse como «Viviana Canosa con Javier Milei - A24», 4/04/2022.

El llanto desconsolado de Milei al explicar lo que su hermana Karina significaba para él figura en «Javier Milei se emociona en lo de Viviana Canosa, A24», 13/09/2021.

La escena donde Milei compara el Estado con un pedófilo en un jardín de infantes forma parte de una entrevista con Luis

Novaresio, y puede encontrarse con el título «LNE | Luis Novaresio entrevista a Javier Milei: "Pagamos su vagancia y también sus destrozos"», 26/10/2018.

Victoria Villarruel habla sobre su relación con Milei en «¿La Ves? (Programa Completo Jueves 21/3/24)».

El episodio de Milei contra el expresidente se encuentra como «Milei tiene un muñeco con la cara de Alfonsín para darle trompadas», 22/10/2023.

Las agresiones de Milei al papa Francisco figuran en la entrevista con Viviana Canosa, «"Soy provida y el papa es un imbécil", Javier Milei con Viviana Canosa- 10/11/20», y con Tucker Carlson en X: «Ep. 24 Argentina's next president could be Javier Milei. Who is he? We traveled to Buenos Aires to speak with him and find out», 14/09/2023.

La reacción de Milei frente al «brindis» de Alberto Fernández y Fabiola Yáñez en Olivos se encuentra como «Luis Novaresio con Javier Milei: "Alberto fijó las reglas y no las cumplió" #DichoEsto», 9/08/2021.

Capítulo 11

Las agresiones de Milei a Horacio Rodríguez Larreta pueden verse en «Javier Milei insultó y amenazó a Horacio Rodríguez Larreta: "Zurdo, te puedo aplastar"», 27/08/2021.

Las agresiones a María Eugenia Vidal que cita el capítulo figuran en «"Vidal tiene un discurso colectivista repugnante", Javier Milei con Eduardo Feinmann», 24/07/2018.

La ruptura con López Murphy figura como «Milei con Adorni | "López Murphy es empleado de Larreta"», 15/05/2023.

El acto donde Milei canta su arenga libertaria está disponible en «Multitudinario lanzamiento de campaña de Milei: "¡Hoy comienza la reconstrucción de Argentina!"», 7/08/2021.

La presentación de Maslatón a El Presto y su discurso pueden verse en «Milei diputado 2021 | El discurso de El Presto en apoyo a Javier Milei», 27/08/2021.

El discurso de festejo de Milei luego de las PASO 2021 se encuentra en YouTube como «El peluca Milei» y como «“Hoy el liberalismo se llevó el 25% de los votos” - Javier Milei festejó en el Búnker», 12/9/2021.

La opinión de Milei sobre los audios de Fernanda Vallejos contra Alberto Fernández figuran como «Javier Milei “El audio de Vallejos tiene gran valor, no soy quién para criticar las formas”, LN+», 08/2021.

La traviata libertaria puede encontrarse como «La ópera de Milei contra el gasto público», en la web de *Clarín,* 3/10/2021.

El programa de televisión donde Milei ataca a Campanella se puede encontrar en «Milei deschavó a Campanella: “Es el troll favorito de Marcos Peña” - Milei en La Nación+», 30/9/2021.

El cruce entre candidatos que menciona el capítulo puede encontrarse en «#DebateCapital en A Dos Voces: Milei, Bregman, Santoro y Vidal cara a cara», 13/10/2021.

El video donde Milei habla a sus seguidores tras conseguir una banca como diputado nacional figura como «Milei arremetió contra Alberto Fernández tras las elecciones - Discurso de Javier Milei», 14/11/2021.

El episodio donde Milei se emociona al hablar de Karina como Moisés puede verse como «Javier Milei se emociona en lo de Viviana Canosa, A24», 13/09/2021.

La entrevista donde Milei responde con la lectura del libro de los Macabeos se realizó en Diputados TV y puede encontrarse como «“Con Espert vamos separados” - Javier Milei antes de asumir como Diputado», 7/12/2021.

Capítulo 12

La entrevista que realizó el autor de este libro junto a María O’Donnell puede encontrarse en el canal de YouTube de «El peluca Milei» con el título «Milei contra los progres de O’Donnell y Tenembaum - Javier Milei en CNN», 2/10/2021.

La segunda entrevista que realizó el autor de este libro en su

programa diario en Radio Con Vos puede encontrarse como «Javier Milei con Ernesto Tenembaum en Radio con vos», 28/06/2022.

Capítulo 13

El episodio donde Milei responde a los cuestionamientos de plagio puede encontrarse como «Javier Milei en la Feria del Libro Presentando #ELCAMINODELLIBERTARIO con Viviana Canosa», 14/05/2022.

El programa de Alejandro Fantino donde Milei afirma que están dadas las condiciones para dolarizar la economía figura en YouTube como «Milei consiguió los dólares para dolarizar Argentina - Javier Milei con Alejandro Fantino», 21/7/2022.

La respuesta a las acusaciones al espacio de La Libertad Avanza puede encontrarse como «Javier Milei responde la acusación de Mila Zurbriggen, con Jonatan Viale», 13/02/2023.

Las denuncias de los youtubers Presto, Danann y De Peroncho se encuentran en «Por qué Danann, Presto y Depe dejaron de ayudar a Milei en 2022 (fieles a las IDEAS)», 12/10/2023.

El cruce entre Milei y la entonces presidenta de la Cámara de Diputados, Cecilia Moreau, durante la sesión en repudio al magnicidio de Cristina Kirchner puede encontrarse como «sesión completa: 3 de septiembre de 2022 - Diputados Argentina», 3/09/2022.

El rechazo de Milei a los dirigentes políticos que saludaron a Lula tras ganar las elecciones puede encontrarse en su cuenta de X, «x.com/JMilei/status/1587069760444964864».

La presentación del libro de Agustín Laje donde participaron Nicolás Márquez y Milei puede verse en «Agustín Laje, Javier Milei y Nicolás Márquez presentan “La batalla cultural” en la Feria del Libro», 22/05/2022.

La pregunta de Luciana Geuna sobre la democracia forma parte del programa «Verdad / Consecuencia», 12/8/2021.

La entrevista donde aparece por primera vez la tensión entre

Viviana Canosa y Milei puede encontrarse como «Milei con una irreconocible Viviana Canosa», 18/04/2023.

El episodio donde Canosa expone sus charlas con Milei se titula «Canosa sobre su charla con Milei por las listas: "Decime que es mentira lo que dicen de Massa"», 5/07/2023.

La respuesta de Milei a Canosa se encuentra como «Milei le respondió a Viviana Canosa y le pegó la ninguneada del año | Break Point», 12/08/2023.

El programa de Jonatan Viale con la participación de Bullrich puede verse como «Patricia Bullrich, presidenta del PRO: "La clase media está destruida en la Argentina"», 14/03/2023.

El programa de *La cornisa* con Bullrich puede encontrarse en «Patricia Bullrich en el programa "La Cornisa" de Luis Majul por LN+», 3/10/2021.

La entrevista de Luis Novaresio donde Milei habla de los valores de Moisés puede encontrarse en el canal oficial del periodista de YouTube, como «Javier Milei // +Entrevistas -Luis Novaresio», 14/04/2023.

Capítulo 15

El video de *El País* puede encontrarse en su sitio con el título «Elecciones Argentina: El discurso de Javier Milei tras ganar las primarias, en cinco ideas |EL PAÍS», 14/08/2023.

El video «Javier Milei: "No sabía quién era Lali Espósito"» figura en YouTube, 14/08/2023.

La declaración de la vicepresidenta contra la cantante pop se encuentra disponible como «Victoria Villarruel apuntó contra Lali Espósito», 24/08/2023.

La preocupación expresada por la modelo Carolina «Pampita» Ardohain sobre las propuestas de Milei puede encontrarse como «PASO 2023: el debate de Jorge Lanata y las Angelitas sobre el triunfo de Javier Milei», 14/08/2023.

La respuesta de Milei a Ardohain se encuentra como «Javier Milei le respondió a Pampita y ninguneó a Lali Espósito», 16/08/2023.

El cruce entre Villarruel y Canosa figura como «Tenso cruce al aire entre Viviana Canosa y Victoria Villarruel en #LaNacion+», 22/10/2023.

Milei y Jonatan Viale hablan sobre el cierre de los ministerios en «La propuesta de Javier Milei con los ministerios», 15/08/2023.

El video de Milei eliminando ministerios puede encontrarse como «¿Qué ministerios planea eliminar Milei si llega a la presidencia?», 15/08/2023.

Javier Milei saluda a «540» en su discurso tras ganar las PASO presidenciales en «Ganó Milei ¡Es Presidente!», en el canal de YouTube El Peluca Milei, 14/08/2023.

El programa donde el periodista Ángel de Brito confirma el romance entre Milei y Fátima Florez puede encontrarse como «Los detalles del noviazgo de Javier Milei y Fátima Flórez - #LAM», 21/08/23.

El programa *La noche de Mirtha Legrand* donde Milei y Fátima se conocen se encuentra en YouTube con el título «El día que Milei conoció a su novia Fátima Flórez hace 1 año», 25/08/2023.

La cita que menciona el capítulo donde Milei desprecia el rechazo de economistas a su planteo sobre la dolarización puede encontrarse en su cuenta de X: «x.com/jmilei/status/1700963241520762970?s=46&t=Fw-xYkXFPNLehYGjhHq1Ng».

Milei y Fátima Florez se muestran por primera vez juntos en televisión en «La noche de Mirtha - Programa 07/10/23 - Primer programa - Invitados: Javier Milei y Fátima Flórez».

El episodio sobre los dichos de Milei a Patricia Bullrich puede encontrarse como «Milei dijo que Bullrich ponía bombas en los jardines de infantes», 3/10/2023.

El cruce entre Bullrich y Milei se encuentra como «Segundo Debate Presidencial 2023», 8/10/2023.

Las declaraciones de Milei sobre la posibilidad de dolarizar se titula «Cuanto más alto esté el precio del dólar, más fácil es dolarizar», 5/10/2023.

El episodio donde Milei plantea que quieren responsabilizarlo por la

«decadencia de los últimos cuarenta años» puede encontrarse en la conferencia de prensa realizada durante la campaña electoral, con el título «Conferencia de prensa de Javier Milei y Ramiro Marra», 11/10/2023.

Las declaraciones de Diana Mondino sobre las personas gays figuran en el canal de YouTube de La Nación + con el título «Diana Mondino evaluó el primer cambio que debería hacer la Argentina para poder dolarizar», 1/11/2023.

Las declaraciones de Ricardo Bussi sobre los derechos de las personas gays se encuentran como «Ricardo Bussi: "El que decide ser travesti que se la banque"», 6/10/2023.

El diálogo entre Novaresio y Rodríguez figura como «Carlos Rodríguez: "Este país no está para dolarizar ahora"; + Entrevistas con Luis Novaresio», 23/11/2023.

El episodio donde Lemoine propone un polémico proyecto de ley y confiesa haber sido pareja de Javier Milei se encuentra en YouTube como «Guadalupe Vázquez y Diego Lewen: Una Hora y Gracias | con Lilia Lemoine», 17/10/2023.

El episodio sobre el cierre de campaña de Milei puede encontrarse como «Milei en el Movistar Arena - Cierre de campaña», 18/10/2023.

Capítulo 16

El anticipo de Milei sobre la alianza de Patricia Bullrich y Mauricio Macri con La Libertad Avanza puede encontrarse en declaraciones radiales a Radio Rivadavia del 20 de abril de 2022.

El episodio durante el programa de Esteban Trebucq puede encontrarse en «Milei rompió en llanto tras pasar las elecciones», 26/10/2023.

La escena donde Milei compara al Estado con un pedófilo ya fue citada en el capítulo 10.

Las declaraciones de Milei en el programa de Marcelo Bonelli pueden encontrarse como «"Los vicios no son delitos": Javier Milei en A Dos Voces», 9/02/2022.

El episodio donde Milei compara el desabastecimiento de combustible con el «comunismo» de Venezuela puede verse en YouTube como «Javier Milei: “La falta de nafta es una postal del futuro con Massa”», 29/10/2023.

La denuncia de fraude que realiza Javier Milei puede verse en la entrevista «Jaime Bayly Entrevista Exclusiva a Javier Milei - Primera Parte», 7/11/2023.

La explicación de Milei sobre el debate con Sergio Massa puede encontrarse como «Javier Milei habló con Eduardo Feinmann tras el debate presidencial: “Había intención de provocarme”», 13/11/2023.

Capítulo 17

El comentario del autor de este libro puede encontrarse en el canal de YouTube de Radio Con Vos con el título «Ernesto Tenembaum dijo por qué no quiere que Javier Milei sea presidente», 23/04/2023.

Capítulo 18

El momento en que Javier Milei gana las elecciones presidenciales puede encontrarse como «El discurso completo de Javier Milei tras ganar las elecciones presidenciales en Argentina», 19/11/2023.

Milei cuenta cómo se enteró de que se había convertido en presidente en la entrevista con Ben Shapiro, en «Javier Milei con Ben Shapiro», 14/04/2024.

Capítulo 20

La declaración de Wahnish puede encontrarse en una nota que concedió a *The Jerusalem Post* titulada «El rabino de Javier Milei

al “Post”: Cómo el presidente argentino se enamoró del judaísmo - exclusiva», 5/03/2024.

La entrevista al rabino Grunblatt puede encontrarse en el canal de YouTube de Radio con Vos como «Rabino Grunblatt: “El judaísmo va a fortalecer a Milei en tratar de hacer lo mejor para el pueblo”», 28/11/2023.

La nota de *La Nación* puede encontrarse con el título «Javier Milei rezó y cumplió una promesa en la tumba del rabino de Lubavitch en Nueva York», 27/11/2023.

Capítulo 21

Milei saluda a Elon Musk en X: «x.com/JMilei/status/1732017865614631242», 5/12/2023.

El video al que hace mención el capítulo puede encontrarse como «“La diferencia entre un genio y un loco es el éxito”, dijo Javier Milei en #LaCruelVerdad», 3/01/2023.

La participación de Elon Musk en el programa *Saturday Night Live* se encuentra en YouTube como «Elon Musk Monologue - SNL», 9/05/2021.

Capítulo 22

La película *Martín (Hache)* (1997) fue protagonizada por Federico Luppi, Juan Diego Botto y Cecilia Roth, y puede encontrarse en la web con el nombre de la escena: «La Patria es un invento».

Capítulo 23

El discurso durante el acto presidencial de Milei puede encontrarse como «Discurso completo de Javier Milei tras asumir la presidencia de Argentina», 10/12/2023.

La cita de Milei donde critica a Caputo figura en YouTube como

«Javier Milei te explica por qué las Leliqs son una bomba de tiempo», 31/10/2018.

Milei promete cortarse un brazo antes de subir un impuesto en el programa de Juana Viale, «La noche de Mirtha - Programa 03/10/20».

El programa de Alejandro Fantino donde Milei afirma que están dadas las condiciones para dolarizar la economía figura en YouTube como «Milei consiguió los dólares para dolarizar Argentina - Javier Milei con Alejandro Fantino», 21/7/2022.

El discurso del 20 de diciembre puede encontrarse como «Cadena nacional: Javier Milei».

El momento en que Milei viaja a Mar del Plata a ver a su pareja fue el 30 de diciembre de 2023 y puede encontrarse en YouTube con el título «Javier Milei subió al escenario en el show de Fátima Flórez».

El ataque a Lali Espósito en medio de una pelea por el recorte de fondos provinciales con el gobernador riojano Ricardo Quintela sucedió en comunicación con Radio Mitre, 14/01/2024.

El mensaje de Espósito puede escucharse durante su show en Cosquín Rock 2024.

La justificación de Milei tras los violentos ataques a Espósito puede encontrarse en la entrevista del programa radial «En López 910» de Radio La Red, 15/02/2024.

Milei escribe un largo texto contra la defensa de Lali Espósito que realizan múltiples artistas en su cuenta de X «Desarmando el Gramsci Kultural», en «twitter.com/JMilei/status/1758492144224895437».

La referencia contra los políticos y sindicalistas puede encontrarse como «Discurso de Javier Milei, Presidente de la Nación Argentina | Apertura de Sesiones Ordinarias | 2024», 1/03/2024.

El discurso en Davos puede encontrarse como «La conferencia completa de Javier Milei en Davos», 17/01/2024.

Las imágenes a las que hace referencia el capítulo pueden encontrarse en la nota del autor de este libro en *Infobae*, titulada «Los encantadores memes que difunde el presidente “más sexy de

la historia"», 3/02/2024.

La segunda presencia de Milei en Mar del Plata puede encontrarse como «Mar del Plata: Milei fue a ver a Fátima al teatro y se besaron en el escenario», 4/02/2024.

El episodio donde Milei viaja a Israel puede encontrarse como «Milei llora desconsolado en el Muro de los Lamentos y se abraza a un rabino», 6/02/2024.

Las declaraciones de Milei donde afirma ser católico pero practicar el judaísmo pueden verse en una entrevista realizada en la TV italiana y en el canal oficial del presidente de YouTube como «Milei brilló en la TV italiana: "El Estado, una asociación criminal"», 12/02/2024.

Capítulo 24

Una de las reacciones en redes sociales ante la información de Silvia Mercado puede verse en «x.com/JMilei/status/1744728910301188145».

El tuit donde acusa al humorista Alejandro Borenztein de «jugar para los K» puede verse en «x.com/JMilei/status/1759248568202715296».

El ataque a Luisa Corradini puede verse en «x.com/JMilei/status/1748048707625386401».

Milei le dice «mentirosa» a María O'Donnell en «x.com/JMilei/status/1748360012441743409».

Milei ataca a Joaquín Morales Solá durante el evento AynRand Con y puede encontrarse con el título «El discurso completo de Javier Milei en la AynRandCon 2024», 6/04/2024.

La acusación a Jorge Lanata puede encontrarse en «twitter.com/JMilei/status/1779871852321439804».

Durante una entrevista con Alejandro Fantino en el canal Neura, Milei atacó a los periodistas Jorge Fontevecchia, Jorge Fernández Díaz y Víctor Hugo Morales. El episodio puede encontrarse como «Javier Milei en vivo en los estudios de Neura | Multiverso Fantino», 8/04/2024.

Mile descalifica a Martín Rodríguez Yebra en sus redes sociales en «x.com/JMilei/status/1763927959746801821».

Algunos de los ataques de Milei al gobernador Ignacio Torres pueden encontrarse en la entrevista que brindó a LN+ con Horacio Cabak, con el título «Javier Milei volvió a criticar a "Nacho" Torres: "Es un pobre chico que no puede leer ni un contrato"», 25/02/2024.

La *performance* de Milei en la apertura de sesiones puede encontrarse como «Discurso de Javier Milei, Presidente de la Nación Argentina | Apertura de Sesiones Ordinarias | 2024», 1/03/2024.

Victoria Villarruel habla sobre sus diferencias con Milei en «¿La Ves? (Programa Completo Jueves 21/3/24)».

El gobierno comunicó el cierre del Salón de la Mujer el 8 de marzo en un video con la voz en *off* de Karina Milei, protagonizado por ella y Manuel Adorni. El video pertenece a la Casa Rosada y se titula «Salón de los Próceres Argentinos».

El spot del gobierno por el 24 de marzo de 2024 puede encontrarse en las redes sociales como «Memoria completa».

La apertura del ciclo lectivo 2024 puede encontrarse como «Javier Milei en la apertura ciclo lectivo 2024 del colegio Cardenal Copello», 6/03/2024.

Milei anunció su ruptura con Fátima Florez en X, «twitter.com/JMilei/status/1778966504026878280».

Las declaraciones de Adorni defendiendo que el Estado no intervenga en el valor de las prepagas puede encontrarse en sus habituales conferencias de prensa, 21/12/2023.

La entrevista completa de Andrés Oppenheimer puede encontrarse como «Entrevista a Javier Milei: megacárceles, su relación con EE.UU. y lo que opina de Petro, AMLO y el papa Francisco», 6/03/2024.

El episodio donde Adorni es consultado por los hijos de cuatro patas de Milei puede encontrarse en sus habituales conferencias de prensa, 22/04/2024.

El enojo del vocero presidencial por la consulta sobre la cantidad de

perros vivos de Milei puede encontrarse en su conferencia de prensa de 29/04/2024.

Capítulo 25

La entrevista completa de John Micklethwait puede encontrarse en el canal oficial de Bloomberg como «Argentina's Milei on Currency Controls, Subsidies, Trump, China (Full Interview)», 5/04/2024.

El episodio donde Milei se burla de Carlos Melconian puede encontrarse en el canal oficial del presidente de YouTube, con el título «Discurso del Presidente Javier Milei en la Fundación Libertad», 24/04/2024.

El momento en que Milei habla ante empresarios en Bariloche puede encontrarse como «Discurso del Presidente Javier Milei en el Foro Llao Llao 2024», 19/04/2024.

La crítica a economistas puede encontrarse en el discurso completo de «La conferencia completa de Javier Milei en Cicyp», 15/05/2024.

El discurso completo de Milei en España puede encontrarse en «Acto de Vox con líderes internacionales de extrema derecha como Milei o Le Pen», 19/05/2024.

La respuesta de Milei sobre el hambre de la gente puede encontrarse en «Milei: "Si la gente no llegara a fin de mes ya se hubiera muerto"», 24/05/2024.

Milei defendió a Sandra Pattovello y denunció comedores fantasmas en el programa de Alejandro Fantino «Javier Milei en vivo en los estudios de Neura», 8/04/2024.

Los autoelogios pueden escucharse en la entrevista que realizó Jonatan Viale en su programa «¿LA VES? | Javier Milei a solas con Joni Viale», 20/05/2024.

La entrevista de Andrés Oppenheimer fue citada en el capítulo 24.

Las declaraciones de la médium Celia Mehamed pueden encontrarse en el canal de YouTube de Radio Con Vos, con el título «La médium que se comunicó con Conan, el perro de Milei: "Se

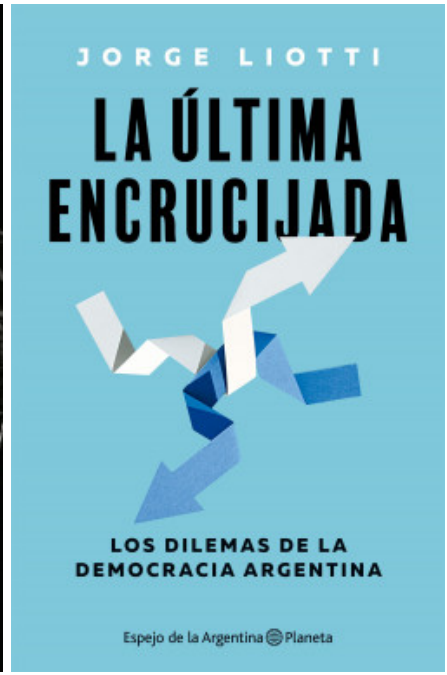
reencarnó en uno de los clones”», 26/04/2023.

La referencia a Maradona fue en la exposición de Milei en La Rural y puede encontrarse como «Javier Milei, en la Edición 2024 de EXPOFI», 12/06/2024.

Grupo Planeta

¡Seguinos!

¿Te gustó este libro? Te recomendamos...



CARLOS PAGNI

EL NUDO

POR QUÉ EL CONURBANO
BONAERENSE MODELA
LA POLÍTICA ARGENTINA

Espejo de la Argentina Planeta